

II

IMPEDIMENTA

Lori  
Jelfer

# Damas Asesinas





# *Damas asesinas*

*Mujeres letales  
de la historia*



**TORI TELFER**

*Traducción del inglés a cargo de  
Alicia Frieyro*



IMPEDIMENTA



*Una letal compilación de damas asesinas, dotada de un vitriólico humor negro, que rescata del olvido a catorce maestras del crimen que hicieron de lo criminal un arte.*

*«Un libro magníficamente bien documentado y lleno de detalles de lo más sangriento.  
Maravilloso.»*

Kirkus Reviews

*«Este libro te atrapará y te mantendrá despierto toda la noche.»*

People

*Este odio contra lo humano, más aún contra lo animal, más aún contra lo material, esta repugnancia por los sentidos, por la razón misma, este temor a la felicidad y a la belleza, este anhelo de apartarse de toda apariencia, cambio, devenir, muerte, deseo, anhelo mismo; todo esto significa, atrevámonos a comprenderlo, una voluntad de la nada, una repulsión por la vida, una rebelión contra los más fundamentales presupuestos de la vida, ¡pero es y sigue siendo una voluntad!*

NIETSCHE, *La genealogía de la moral*

Que nadie piense que soy débil.

EURÍPIDES, *Medea*

# LA POBLACIÓN ESQUIVA



Cuando pensamos en asesinos en serie, lo hacemos siempre en masculino. Pensamos en hombres o, mejor dicho, en un «tipo concreto de hombre»: una suerte de sociópata depravado y retorcido que actúa en solitario. Tendrá, con toda probabilidad, un apodo espantoso con el que los medios, cariñosamente precisos, lo habrán bautizado: el Destripador, el Violador Vampiro, el Hijo de Sam, el Asesino de las Sombras, el Carnicero de Berlín... Su apodo es su marca, un nombre de pesadilla para un hombre de pesadilla cuyas víctimas son, las más de las veces, mujeres inocentes.

Es cierto: los hombres son los que más sangre derraman en los libros de historia. Y, en el caso de los asesinos en serie, concretamente, los hombres superan en número a las mujeres por una abrumadora mayoría. Durante los últimos cien años, menos del 10% de los asesinos en serie han sido mujeres, o eso es lo que creemos. (Los registros no son ni mucho menos precisos. En 2007, tras una exhaustiva labor de investigación, se publicó un libro en el que se enumeraban ciento cuarenta asesinas en serie conocidas. Un blog a favor del movimiento por los derechos de los hombres incluye una lista con más de mil. Lo que sí sabemos es que la cifra, sea cual sea, ha aumentado en Estados Unidos desde la década de los setenta.) La sociedad tiende a sumirse en una especie de «amnesia colectiva» cuando se trata de recordar los episodios de violencia femenina; tanto es así que, cuando Aileen Wuornos fue acusada de siete asesinatos violentos en 1992, la prensa la coronó como «la primera asesina en serie de Estados Unidos», un título que conservaría durante muchos años.

Evidentemente, Aileen no fue la primera asesina en serie de Estados Unidos, ni de lejos. Pero las asesinas en serie son maestras de la farsa: se mueven entre nosotros con la misma apariencia que nuestras esposas, nuestras madres y nuestras abuelas. Incluso después de haber sido apresadas y castigadas, la mayoría de ellas acaba desdibujándose y desapareciendo entre las brumas de la historia, cosa que no sucede cuando el asesino es un hombre. Los historiadores aún siguen preguntándose quién era Jack el Destripador, pero casi nunca se interesan por su repulsiva compatriota Mary Ann Cotton, que se cobró la vida de tres o cuatro veces más víctimas que él, la mayoría de ellas niños.

No es que la sociedad no reconozca la presencia del mal en las mujeres, porque estas han sido retratadas como maquinadoras, malévolas y propiciadoras del apocalipsis desde que Eva mordió la manzana. Pero se diría que preferimos confinar a las mujeres malvadas dentro de los límites de nuestras historias de ficción. Pueden atraer a los hombres hacia los escollos (las sirenas), tenderles una trampa para acusarlos de asesinato (*Perdida*) o aspirar su aliento hasta matarlos en un poema («La Belle Dame sans Merci»); pero, cuando dan el salto a la vida real y empiezan a matar a personas de carne y hueso, nos mostramos reacios a aceptarlo. Nos resulta imposible creer que lo hicieran *a propósito*. A las mujeres, por norma, únicamente se las considera capaces de cometer homicidios de tipo expresivo-impulsivo —el asesinato como resultado de una acción en defensa propia, un arrebató de furia, un trastorno hormonal, un ataque de histeria—, no de llevar a cabo homicidios de tipo instrumental-cognitivo, que son premeditados, planificados y se

ejecutan a sangre fría.

De ahí la infame afirmación que haría Roy Hazelwood, del FBI, en 1998: «No existen las asesinatas en serie».

¿Qué sucede cuando la gente se enfrenta a una asesina en serie, cuando la imagen del «sexo débil» se resquebraja y miramos a los inquietantes ojos de una mujer con sangre seca bajo las uñas? En primer lugar, es probable que comprobemos si es guapa o no. (En 2015 se llevó a cabo un estudio de lo más pormenorizado con la intención de determinar cuáles de las sesenta y cuatro asesinas en serie que analizaban poseían un «atractivo por encima de la media».) Esto ayuda a asimilar mejor sus crímenes, ya se sabe, con un poco de azúcar la píldora pasa mejor... A día de hoy recordamos a la asesina Erzsébet Báthory como una vampira sexy que solía bañarse en sangre de vírgenes, cosa que no es del todo cierta, pero que la deshumaniza, la mitifica y, en consecuencia, nos proporciona una excusa para no hacernos preguntas incómodas del tipo: si se supone que los hombres son los agresores, ¿por qué existen mujeres como Erzsébet? Muchos hacen lo imposible por establecer un nexo entre las asesinas en serie y la lujuria a toda costa, aun cuando sus crímenes no tienen nada que ver con ello. Un ensayo muy provocador del año 1890, titulado «Truth About Female Criminals», lo expone claramente, con mayúsculas y todo: «Sea nativa o extranjera, joven o vieja, bonita o espantosa, la criminal toma su fuerza del territorio que le es más ventajoso, el del SEXO».

¿Que la mujer en cuestión no es guapa? ¡Pues a la hoguera con ella! Y ya de paso pongámosle un apodo ridículo como la Abuelita Risueña, Hell's Belle (La Beldad del Infierno) o Annie Arsénico. En 2015, una cámara de vigilancia captó a una mujer rusa ya anciana con una cacerola en la que, presuntamente, transportaba la cabeza de su mejor amiga, y los medios no tardaron en bautizarla como Grannyball Lecter. Estos no son apodos pensados para aterrorizar al personal, sino meros golpes de efecto con los que rematar ese fabuloso chiste que es la violencia femenina. (¡Ahí va Arsenic Annie! ¡La elegancia se demuestra con una orden de alejamiento!)

Al igual que los apodos, los arquetipos pueden ser herramientas de categorización muy útiles, pero también estos acaban suprimiendo, a menudo, aquellos matices que apuntan a la presencia del mal en lo femenino, a su lado oscuro. Por ejemplo, la imagen de la mujer como fuente de vida y de alimento es preciosa, comparable incluso a la idea de la Madre Tierra; pero esta última también es una destructora despiadada que arrasa con justos y pecadores por igual. No obstante, rara vez se invoca esta vertiente suya cuando se habla de las mujeres. ¿Y qué decir del arquetipo de la mujer hombruna y violenta? Ese sí que confunde a los críticos. Debido al «mito de la pasividad femenina», es habitual que a la mujer que no se guarda para sí misma su ira no solo se la considere masculina, sino que se la llegue a ver prácticamente como a un hombre. Cuando en el siglo XVII París sufrió una plaga de envenenadoras, un periodista publicó la siguiente reflexión: «No hemos de suponer que son como las demás; de hecho, parece más natural compararlas con los más perversos de los hombres».

Verán ustedes, comprendo que resulta más fácil asimilar los asesinatos en serie si se atenúan con un apodo o se endulzan con el sexo o se categorizan por arquetipos. Tenemos un sinfín de trucos

bajo la manga para suavizar la violencia femenina: deshumanizamos a las asesinas en serie comparándolas con monstruos, vampiros, brujas y animales; las erotizamos hasta que nos resultan inofensivas (*Bad Girls Do It! An Encyclopedia of Female Murderers*, «Hot Female Murderers That You'd Probably Go Home With»); incluso podemos gritar a los cuatro vientos la trilladísima cita de Kipling, «La hembra de la especie es más mortífera que el macho», y luego seguir a lo nuestro, satisfechos, dando el asunto por zanjado. Lo entiendo. El asesinato asusta, de modo que ¿para qué ahondar en él? ¿Para qué buscarle una explicación? Sin embargo, creo que, en última instancia, saldremos ganando si reconocemos la existencia de la agresividad femenina, incluso cuando esta es enfermiza y retorcida. No hacerlo implica negar la realidad. Y, por si aún queda alguien que no se ha dado cuenta, es precisamente ese negacionismo el que ha hecho posible que tantas encantadoras abuelitas se dedicaran a matar década tras década sin que nadie sospechara de ellas.

Si tuviera que describir a las mujeres de este libro con una única palabra (aparte de *tremendas*), creo que optaría por *ajetreadas*. Al indagar en sus vidas, no he podido evitar exclamar de admiración, aunque a regañadientes, ante la cantidad de empleos que tuvieron estas mujeres, la cantidad de maridos a los que engañaron, la cantidad de veces que burlaron a las autoridades. Discrepo de esa estoica y perturbada noción suya de que la mejor forma de deshacerse de sus problemas y seguir adelante con sus vidas era el asesinato, pero reconozco ese impulso enfermizo que las llevaba a tratar de mejorar sus circunstancias. (Aunque, claro, esto no puede aplicarse a las asesinas superricas, como Erzsébet, que no hacían otra cosa que dar palos de ciego en la oscuridad, ahogándose en su propio poder.) Nietzsche ya abordó la existencia de este impulso en 1887, cuando escribió: «Antes quiere el hombre querer *la nada* que *no querer*».

Podríamos preguntarnos: ¿por qué matan las mujeres?, pero pienso que es mejor plantearnos por qué matan las personas. Y ese es un tema para un libro mucho más largo y sesudo que este. La gente mata por toda clase de razones: ira, codicia, perverso narcisismo, simple irritación. El asesinato resulta tan terriblemente enigmático porque es antinatural (acabar con la vida de un ser humano es como jugar a ser Dios) y, al mismo tiempo, muy predecible. Las personas llevamos desde el comienzo de los tiempos durmiendo, comiendo, apareándonos y matándonos unos a otros (a veces en este mismo orden, *¡como hembras de mantis religiosa!*). Es el abecé de la humanidad. Al leer este libro, los lectores encontrarán en los registros históricos presentados muchas opiniones escandalizadas, mucho poner el grito en el cielo, y tiene su gracia, la verdad, porque, vaya, ¿tan sorprendente es que las personas «sigan» matándose unas a otras? ¿De verdad nos asombra que también las mujeres sean herederas y ejecutoras de todo este horror?

En la introducción a *Guerra y paz*, Lev Tolstói saca a colación el caso de Darya Nikolayevna Saltykova, una asesina en serie de la Rusia del siglo XVIII que aparece en este libro. «En mis estudios de cartas, diarios y tradiciones no he hallado atrocidades ni violencias mayores que las que pueden encontrarse hoy o en cualquier época —escribe Tolstói—. También entonces los hombres amaban y envidiaban, buscaban la verdad, aspiraban a la virtud y se dejaban arrastrar por las pasiones.»[1]

Si bien todas y cada una de las mujeres mencionadas en este libro fueron moldeadas por sus respectivas épocas, sería una falacia pensar que sus crímenes, esas atrocidades y violencias de las que habla Tolstói, tuvieron lugar en un caldo de cultivo primigenio que nosotros, en nuestro presente intachable, hemos dejado atrás por vía evolutiva. Por supuesto que tengo plenas esperanzas de que llegue el día en que vivamos en una cápsula cultural utópica, donde las crónicas de todas nuestras transgresiones pasadas como raza humana serán gloriosamente reducidas a cenizas, como la biblioteca de Alejandría, y donde nos someteremos a un gran lavado de cerebro para creer en nuestra propia perfección. Pero, hasta que llegue ese momento, no nos queda otro remedio que afrontar los hechos: las asesinas en serie existen, no hay duda.

Estas damas asesinas eran listas, hoscas, maquinadoras, seductoras, temerarias, egoístas, delirantes, y estaban dispuestas a hacer lo que fuera para abrirse camino hacia lo que ellas consideraban una vida mejor. Eran despiadadas e implacables. Estaban perdidas y confundidas. Eran psicópatas y asesinaban niños. Pero no eran lobas. No eran vampiras. No eran hombres. Las crónicas lo demuestran una y otra vez: eran terrible, intrínseca e ineludiblemente humanas.

---

[1]. Liev Tolstói: *Guerra y paz*, Madrid, Taller de Mario Muchnik, 2003. Traducción de Lydia Kúper. (*Todas las notas al pie son de la traductora.*)

# *Damas asesinas*



LA CONDESA SANGRIENTA



ERZSÉBET BÁTHORY

La palabra *asesina* resulta tan seductora... En gran medida, es esa pareja de eses sibilinas la que le confiere al término su ponzoñoso encanto. Y luego están las historias: Lilith, lady Macbeth, Medusa, Medea... No nos cansamos de leerlas. Todas ellas son unas antagonistas literarias magníficas, pero el relato resulta todavía más estimulante —al menos para quienes poseen una curiosidad algo morbosa— cuando se trata de mujeres reales.

Una de las primeras asesinas en serie de la historia fue la clase de chica a la que uno asociaría con una serpiente: una mujer cuya memoria ha sido preservada, sexualizada y vampirizada desde que, en la década de 1720, se descubrieron los registros de su juicio. Es la gran dama de las asesinas en serie; la sadomasoquista por antonomasia; la mujer que inspiraría el nombre de no una ni dos, sino hasta ocho bandas de *black metal*; la temible condesa húngara: Erzsébet Báthory.

En la actualidad, Erzsébet se ha convertido en un símbolo de la sádica y demente decadencia de la aristocracia, o bien en un ejemplo de lo peligroso que resulta ser una mujer poderosa (todo depende del artículo académico que uno esté leyendo). Lo cierto es que no disponemos de las pruebas necesarias para acusarla de los crímenes que se le imputan. Se rumorea acerca de la existencia de un diario incriminatorio que se perdió en algún rincón de Hungría, y también hay investigadores que tratan de limpiar su nombre. Pero, habiendo transcurrido tantos siglos entre su vida y la nuestra, es posible que nunca lleguemos a obtener pruebas forenses definitivas que demuestren su culpabilidad.

Así y todo, es indudable que esta dama siempre parecía encontrarse hasta el cuello de sangre.

## UNANIÑA Y SU CASTILLO

Erzsébet Báthory lo tenía todo a su favor para llevar una vida envidiable. Nació el 7 de agosto de 1560 en el seno de uno de los clanes más poderosos de Centroeuropa, y lo absurdamente abundante de sus riquezas y su impecable pedigrí académico bastaban para demostrarlo. Sus padres, protestantes, no repararon en gastos a la hora de proporcionar a su precoz hija una educación clásica. No solo hablaba húngaro y eslovaco —probablemente, la lengua materna de muchos de sus sirvientes—, sino también griego, latín y alemán.

Pero no todo en el mundo de la pequeña Erzsébet era un cuento de hadas. Según algunos rumores, sufría terribles ataques epilépticos de pequeña. Además, resulta que sus padres eran primos. Al igual que muchos de los formidables clanes de por aquel entonces, la familia Báthory era muy proclive a la endogamia, costumbre que, históricamente, ha dado lugar a más de un noble de constitución frágil y propenso a la locura.

Cuenta la leyenda que Erzsébet presenció cosas terribles durante su infancia; entre ellas, el espeluznante espectáculo de ver cómo cosían a un hombre en el interior del estómago de un caballo. ¿Su crimen? Robar. Según las crónicas, la pequeña Erzsébet se echó a reír con socarronería al ver cómo la cabeza del hombre sobresalía desde el interior del cuerpo del caballo. La mayoría de las anécdotas que el folclore atribuye a sus primeros años de vida no son

más que meros intentos de explicar sus posteriores crímenes, pero, dejando a un lado los pormenores, es muy probable que Erzsébet fuera testigo de un número nada desdeñable de actos violentos durante su niñez. Por aquellos días, azotar a la servidumbre era una costumbre más que aceptada —según la ley húngara, los campesinos eran «propiedad» de los nobles— y también es posible que Erzsébet asistiera a alguna que otra ejecución pública.

Ahora bien, no solo estamos hablando de una niña inteligente y escalofriantemente impávida ante la violencia. Erzsébet era, además, muy pero que muy bonita. Un retrato de 1585 la representa como una belleza angustiada y delicada, con una ancha frente blanca —las mujeres de la época se depilaban las primeras líneas del cuero cabelludo para parecer más aristocráticas, como la reina Isabel I de Inglaterra—, cuya mirada atraviesa el lienzo con unos ojos muy grandes y tristes.

Al cumplir diez años, Erzsébet fue prometida en matrimonio al conde Ferenc Nádasdy, un muchacho de quince años, hijo de otra poderosa familia húngara. Siguiendo la costumbre, Erzsébet se mudó al palacio de los Nádasdy durante el periodo de compromiso y allí aprendió a administrar las vastas propiedades de su familia política. Se rumorea que, en esa época, tuvo una aventura con un joven campesino, se quedó embarazada y fue obligada a entregar a la criatura bajo el mayor de los secretos, mientras que su prometido hizo castrar al desafortunado muchacho antes de arrojarlo a una jauría de perros salvajes. Sea esto cierto o no, el caso es que Erzsébet acabaría ganándose la reputación de ser una mujer de libido voraz, y el joven Nádasdy pronto se haría famoso por su delirante y creativo gusto por la violencia.

El 8 de mayo de 1574, cumplidos los catorce años, Erzsébet contrajo matrimonio con su vehemente novio ante cuatro mil quinientos invitados. Los fastos se prolongaron durante tres días y, para ponerle la guinda al pastel, Nádasdy remató la celebración regalándole a su nueva esposa un hogar propio, la fortaleza más escabrosa y solitaria de Hungría, conocida como el castillo de Csejthe. Se trataba de una construcción de estilo gótico emplazada en lo alto de un escarpado cerro. Nádasdy no tenía ni idea de los crímenes que Erzsébet cometería más adelante en los oscuros y aislados salones de Csejthe.

Los Nádasdy-Báthory eran ahora una pareja increíblemente rica, con un gran caché social, pero apenas se veían. Tardaron diez años en engendrar a su primer vástago, cosa bastante inusual para los matrimonios de la época. Si Erzsébet hubiera sido estéril, este hecho habría constituido un motivo más que aceptable para que Nádasdy se divorciara de ella. Sin embargo, no fue la biología lo que les impidió procrear durante tan largo tiempo, sino la guerra. A los tres años de casados, Nádasdy partió a la frontera húngara para combatir al invasor otomano, mientras que Erzsébet se dedicaba a trasladarse de un castillo a otro para supervisar sus extensas tierras y mantener en orden las finanzas de sus numerosas propiedades. Las cartas que le envió a su esposo son correctas y respetuosas, si bien dejan entrever algún que otro destello ocasional de ese carácter férreo que por el momento mantenía a raya, como cuando le reprende por haberse marchado tan campante a Transilvania sin informarla siquiera.

La invasión otomana tomó tintes más serios en 1591 —dando comienzo a la que se conoce como la Guerra Larga— y Nádasdy volvió a marcharse para luchar en lo que se había convertido en un conflicto mucho más cruento y sangriento. Aquel hombre amaba la guerra. Sobresalía en ella. Y en esta ocasión se ganó el apodo de Caballero Negro de Hungría por su inhumana crueldad. Antes de

matar a sus enemigos, se aseguraba de que estos le enseñaran los mejores métodos de tortura de los turcos, y, si le entraban ganas de practicar deporte, se ponía a jugar a la pelota con sus cabezas decapitadas. Luego regresaba junto a su esposa, cabalgando bajo el frenesí de aquellos baños de sangre, con los gritos de sus enemigos retumbando aún en las profundidades de su mente.

La Guerra Larga fue agotando las arcas húngaras hasta el punto de que la familia gobernante, los Habsburgo, llegó a sufrir cierta falta de liquidez, pero Erzsébet jamás se vio afectada por los estragos económicos de la guerra porque Nádasdy le mandaba un caudal continuo de tesoros otomanos. Es más, los Nádasdy-Báthory se hicieron tan ricos que acabaron prestando dinero a los Habsburgo para que Hungría pudiese proseguir con la lucha. Ahora, contaban entre sus deudores al rey en persona. Debían de sentirse invencibles.

## PATEANDO ESTRELLAS

Aunque Erzsébet y Nádasdy no se veían demasiado por aquel entonces, sacaron tiempo para estrechar vínculos con la práctica de una afición muy concreta que ambos compartían: la tortura de jóvenes sirvientas.

Nádasdy, cómo no, estaba más que familiarizado con la violencia. ¡Uno no se hace con el título de Caballero Negro de Hungría sin haber espetado a unos cuantos enemigos por el camino! Y Erzsébet ya contaba con una amplia experiencia en la aplicación de castigos, habida cuenta de los centenares de sirvientes que tenía a su cargo a diario. El uno presenciaba e instigaba la violencia del otro, lo que resultaría en una relación a distancia caracterizada por una reciprocidad sanguinaria: menos «contemplar con nostalgia la misma luna» y más «apuñalar a la gente al mismo tiempo».

Nádasdy enseñó a su esposa a liar un pedazo de papel untado en grasa, situarlo entre los dedos de los pies de un criado desobediente y luego prenderle fuego, una divertida forma de entretenimiento que él llamaba «patear estrellas». Al parecer, también le compró a Erzsébet una especie de guante con garras que ella empleaba para rasgar la carne de sus criadas. Se dice que, en una ocasión, Nádasdy untó con miel a una jovencita y la obligó a permanecer al aire libre para que sufriese los incesantes picotazos de los insectos. En resumen, el Caballero Negro fue toda una fuente de inspiración para una joven sociópata tan impresionable como Erzsébet.

Pero Nádasdy no sería el único entrenador con el que ella contaría. En 1601, una misteriosa mujer llamada Anna Darvolya entró a formar parte del servicio de la casa como dama de compañía de Erzsébet. Los lugareños la describían como una «bestia salvaje con forma de mujer» e incluso se rumoreaba que era una bruja. Tan pronto como esta se instaló en el castillo, la personalidad de Erzsébet empezó a cambiar. «La señora se volvió más cruel», declararían sus sirvientes. Si Nádasdy había enseñado a Erzsébet a torturar, fue Darvolya quien la enseñó a matar.

«¡JAMÁS HA HABIDO BAJO EL CIELO CARNICERO TAN CRUEL!»

En la residencia de los Nádasdy-Báthory de vez en cuando moría alguna que otra joven criada, pero esto no escandalizaba ni extrañaba al resto de la aristocracia. A ojos de las clases más

poderosas, aquellas jóvenes campesinas eran meros objetos de usar y tirar. Después de que en 1514 se sofocara un levantamiento contra los señores feudales, el código jurídico conocido como el *Tripartitum* redujo los derechos de los siervos y los campesinos hasta casi hacerlos desaparecer, al tiempo que protegía aún más a los nobles que abusaban de ellos.

Erzsébet no solo contaba con el amparo de la ley, sino que estaba por encima de ella. Para entonces, los Báthory-Nádasdy le habían prestado dinero tantas veces al rey de Hungría que Erzsébet se había convertido en una figura intocable. (A la muerte de Nádasdy, el rey le debía casi dieciocho mil florines, una deuda prácticamente imposible de saldar). Bien protegida en su escabroso castillo en lo alto de un cerro, Erzsébet podía hacer lo que le viniera en gana.

Pero eso no significa que no hubiera nadie que reparara en las cosas desagradables que les pasaban a las sirvientas de Erzsébet. Los pastores protestantes de la zona empezaron a sospechar cuando cayeron en la cuenta de que Erzsébet les solicitaba constantemente que celebraran ritos funerarios para sus jóvenes sirvientas, que habían muerto de «cólera» o «por causas desconocidas y misteriosas». En un momento dado, les pidió que bendijeran un ataúd de grandes dimensiones, pero los pastores rehusaron hacerlo cuando les llegaron rumores de que este contenía nada más y nada menos que *tres* cadáveres. Las habladurías adquirieron tintes tan escandalosos que uno de los pastores tuvo la osadía de llevarse a la condesa Báthory a un aparte después de un sermón y llamarla asesina a la cara. «Su Ilustrísima no debería haber actuado de ese modo porque ofende al Señor, y nosotros seremos justamente castigados si no alzamos nuestra voz y reconvenimos a Su Excelencia —le dijo—. Y, para confirmar que lo que digo es verdad, solo necesitamos exhumar el cuerpo [de la última muchacha fallecida], y veréis que las marcas revelan de qué forma se produjo la muerte.»

La condesa le siseó que sus parientes no tolerarían tan vergonzosas acusaciones, a lo que el pastor replicó: «Si Su Ilustrísima tiene parientes, yo también tengo uno: Dios, nuestro Señor... Desenterremos los cuerpos y entonces veremos lo que habéis hecho». Erzsébet salió furibunda de la iglesia, aunque, finalmente, Nádasdy consiguió aplacar al pastor. El conde, sin embargo, no podría seguir cubriendo a Erzsébet para siempre.

El Caballero Negro murió por enfermedad en 1604; Erzsébet tenía cuarenta y cuatro años. Y, una vez más, la servidumbre notó que esta experimentaba un cambio. Su carácter violento empezó a intensificarse, su ferocidad se volvió insaciable. Quizá se debiera al estrés, pues ahora debía administrar sus extensas propiedades sin contar con los rápidos ingresos procedentes de los expolios de la Guerra Larga. O puede que estuviera intentando huir de la aterradora realidad de verse envejecer, pues según la leyenda era una mujer increíblemente vanidosa. Es posible, incluso, que se tratara de una psicosis latente, fruto de las infames costumbres endogámicas de los Báthory, que ahora empezaba a aflorar. Sea como fuere, lo que había comenzado como un *hobby* compartido con Nádasdy y Darvolya devino rápidamente en una auténtica obsesión, y Erzsébet se convirtió en una fanática de la tortura y del asesinato de jovencitas. Las sacaba de las poblaciones cercanas a sus diversos castillos —niñas campesinas núbiles de cuerpos fuertes y prescindibles— y, una vez había acabado con ellas, las arrojaba por encima de los muros del castillo para que los lobos devoraran sus cuerpos.

Al igual que antes, Erzsébet no trabajaba sola. Junto con Anna Darvolya, reunió una truculenta

cuadrilla de tortura: la niñera de sus hijos, Ilona Jó; una amiga de esta última, de nombre Dorka; una lavandera llamada Katalin; y un muchacho desfigurado conocido como Ficzkó. Darvolya, Dorka e Ilona Jó eran las más crueles del grupo y se ufanaban de su macabra creatividad. Ficzkó les echaba una mano, pero era terriblemente joven. Katalin era la más cándida; intentaba llevarles comida a escondidas a las destrozadas muchachas, y en una ocasión sufrió los golpes en sus propias carnes cuando se negó a participar en la tortura.

El detonante solía ser algún error cometido por la joven criada. Tal vez la muchacha se saltase una puntada, a lo que la condesa reaccionaba con fiereza. Erzsébet solía empezar abofeteando, pateando o golpeando a la sirvienta, pero esto no era más que un aperitivo, y finalmente acababa ideando algún castigo de lo más imaginativo con el que satisfacer su sed de sangre. A las que se equivocaban con la costura las torturaban con agujas, mientras que a una muchacha que robó una moneda la marcaron con ese mismo objeto, tras convertirlo en un pedazo de metal candente. Además, Erzsébet también las sometía a juegos mentales: les clavaba agujas en los dedos y les decía: «Si a la putita le duele, que se las saque». Entonces, cuando las chicas se sacaban las agujas, Erzsébet les seccionaba los dedos. Con frecuencia desnudaba por completo a sus sirvientas antes de golpearlas y, una vez que estaba demasiado enferma como para levantarse de la cama, arrancó de un mordisco un pedazo de carne del rostro de una chica.

Si la tortura acababa en este punto, las sirvientas podían darse con un canto en los dientes, pero clavar agujas y cortar dedos rara vez dejaba satisfecha a la condesa. Fuera cual fuera el castillo en el que estuviese instalada, Erzsébet siempre disponía de cámaras de tortura específicas para sus juegos, y las brutalidades que en ellas se llevaban a cabo eran completamente atroces. La cuadrilla de tortura quemaba a las muchachas con hierros candentes o las golpeaba «hasta que sus cuerpos reventaban». En una ocasión, Erzsébet introdujo sus dedos en la boca de una sirvienta y le rasgó la cara de parte a parte. También se hablaba de la existencia de unas pinzas que empleaban para arrancarles la carne a las jóvenes, e incluso se rumoreaba que las obligaban a practicar el canibalismo. «¡Qué crueldad tan atroz! En mi opinión, jamás ha habido bajo el cielo carnicero tan cruel», le escribió a un amigo el espantado pastor protestante de Csejthe cuando se enteró de lo que acontecía en las entrañas de las mazmorras de Erzsébet. Algunas de las integrantes de la cuadrilla estaban especializadas en formas particulares de tortura: a Dorka le encantaba seccionarles los dedos a las sirvientas con unas cizallas; a Darvolya le gustaba darles quinientos latigazos; y Erzsébet gozaba con todas y cada una de aquellas variedades.

«Allá donde fuera —confesó Ilona Jó—, [Erzsébet] buscaba de inmediato un lugar donde [pudiésemos] torturar a las muchachas.» Un lugareño escuchó de boca de varias sirvientas que «su señora no podía comer ni beber sin antes haber presenciado como mataban de forma sangrienta a una de sus criadas vírgenes». Al parecer, Erzsébet no se sentía completa sin la muerte a su alrededor.

## LOS BAÑOS DE SANGRE

Detengámonos un momento. ¿No resulta todo esto excesivamente sangriento para ser verdad? ¿Una hermosa condesa que rasga rostros de jovencitas de parte a parte? ¿Que asesina vírgenes? ¿Que

alimenta a unas con la carne de las otras? Llega un punto en el que la retahíla de crímenes de Erzsébet empieza a resultar absurda. Gracias al carácter extremadamente gráfico de las transcripciones del juicio, la leyenda de la condesa Báthory se fue inflando, a lo largo de los siglos posteriores a su muerte, hasta alcanzar unas proporciones ridículas, y muchos de los rumores surgidos en ese tiempo contenían una potente combinación de sexo, narcisismo y sangre.

De entre estos últimos, uno de los que más perduran es el que afirma que la condesa se bañaba en la sangre fresca de sus víctimas con el fin de preservar su belleza por siempre jamás. La historia es la siguiente: cuando una joven sirvienta estaba asistiendo a la condesa en su *toilette*, cometió una falta y Erzsébet la abofeteó con tanta fuerza que la sangre de la campesina salpicó su noble rostro. Cuando se hubo lavado la salpicadura, Erzsébet se dio cuenta de que su piel parecía rejuvenecida: estaba perfectamente tersa, con ese aspecto tan efímero, casi translúcido, que creía que no recuperaría jamás. Así pues, se volvió una maníaca de los baños de sangre virginal, que tomaba en secretísimas sesiones a las cuatro de la madrugada.

Para desgracia de los fanáticos de los vampiros que pueda haber entre nosotros, se trata casi con toda certeza de una historia falsa. Ninguna de las sirvientas que testificaron contra Erzsébet menciona que la condesa se bañase en sangre ni nada parecido. Es más, afirman que era tanta la sangre que se derramaba durante las sesiones de tortura que se podía recoger del suelo formando un cuenco con las manos, lo que significa que Erzsébet no parecía demasiado interesada en almacenar —y aún menos en bañarse en— la valiosa sangre que manaba de sus víctimas. Resulta que la primera mención a sus baños de sangre data de más de un siglo después de su muerte: aparece en un libro de 1729 titulado *Tragica Historia*, que fue escrito por un erudito jesuita después de que este descubriera las transcripciones del juicio de Báthory.

Sin embargo, resulta bastante comprensible que el rumor de los baños de sangre haya perdurado hasta el día de hoy. No solo es una imagen cautivadora por su truculencia, sino que además permite descartar la perturbadora posibilidad de que nos hallemos ante una asesina que mata por matar. Implica que ya no hace falta preocuparse por la presencia del mal en el caso de Báthory. La vanidad constituye una explicación mucho más fácil de digerir, puesto que, de este modo, todo ese derramamiento de sangre no viene a ser más que el resultado de un insensato deseo por resultarles atractiva a los hombres. (O a las mujeres; porque Erzsébet solo mataba a mujeres, toda una rareza en el ámbito de las asesinas en serie. De hecho, corren rumores de que todo se debió a un lesbianismo reprimido.)

Pero no se decepcionen por lo de los baños. El derramamiento de sangre *chez* Erzsébet era portentoso, tanto que las paredes siempre estaban cubiertas de salpicaduras. Durante la tortura, la condesa acababa tan empapada de sangre que, en ocasiones, se veía obligada a hacer una pausa en plena faena para cambiarse la camisa. Mientras que esa afición suya de desnudar a las doncellas podría apuntar a alguna suerte de fetichismo, y sus manejos con Darvolya y el ocultismo quizá pudieran estar relacionados ocasionalmente con su deseo de preservar su juventud, podría decirse que lo que de verdad le gustaba a Erzsébet era, lisa y llanamente, destrozarse por completo.

Las habladurías sobre los crímenes de Erzsébet estaban para entonces en boca de todo el mundo, pero las gentes no podían hacer nada al respecto porque, de momento, la condesa solo mataba a campesinas, y un campesino no podía presentar cargos en contra de un noble. Los padres vendían a sus hijas a la condesa a cambio de una cantidad fija, y, si la niña moría de «cólera», mala suerte. No hay duda de que el ritmo de los asesinatos de Erzsébet era ya tan frenético que ni siquiera daba abasto para enterrar a las jóvenes como es debido —a veces los perros terminaban escarbando en las tumbas poco profundas situadas en los patios de sus castillos—, pero la condesa seguía siendo intocable.

Entonces, como tantas otras asesinas en serie después de ella, se volvió imprudente, descuidada, y mató a las personas equivocadas.

Para 1609, su cruel colaboradora Darvolya había muerto de un infarto y su economía empezaba a hacer aguas. Ahora Erzsébet seguía los consejos de la mujer que administraba sus propiedades, Erzsí Majorova, de la que se rumoreaba que era una «bruja de los bosques»; a saber, una campesina de la zona que conocía los secretos de las hierbas medicinales y del ocultismo.

Es más que probable que, a estas alturas, la condesa se hubiera vuelto medio loca de soledad. Nádasdy y Darvolya estaban muertos. Sus hijos se habían casado y habían abandonado el hogar. Sus únicos confidentes eran lavanderas, brujas y un muchacho que apenas era consciente de lo que hacía. Ninguna de estas personas podía comprender lo que significaba ser Erzsébet Báthory: lo que suponía ser poderosa y rica y hermosa y cruel, verse envejecer, y ser a la vez la única encargada de mantener a flote tu propio y tenebroso mundo. ¿Contaba Erzsébet con alguna amistad íntima en su círculo social? Es probable que no, a causa de su tremenda dependencia respecto a las campesinas y el hecho de que ocasionalmente sufriera ataques de pánico después de atender a sus obligaciones sociales, ansiedad que descargaba sobre los cuerpos de sus sirvientas. Hasta su violencia parece teñida de un terrible aislamiento, pues no se puede matar a golpes a una muchacha en una tenebrosa cámara de tortura sin dar palos de ciego en la oscuridad.

Sea como sea, el caso es que, llegado el año 1609, Erzsébet llegó a la conclusión de que necesitaba más dinero y, supuestamente, un nuevo veneno del que obtener una sangre más rica y mejor. La versión folclórica de esta historia cuenta que la sangre campesina ya no lograba mantener a raya el envejecimiento de la condesa y que la bruja Majorova sugirió que quizá la sangre de las muchachas nobles fuese más efectiva. Pero lo que sucedía en realidad era que Erzsébet estaba empezando a quedarse sin personas a las que matar. Ahora las familias escondían a sus hijas cada vez que la condesa se paseaba por el pueblo en busca de «servicio doméstico». Quizá también es posible que se dejara llevar por un arrebató, por cierta sed de venganza. Solo había un problema: los campesinos eran fáciles de manejar, pero a la nobleza en modo alguno se le iba a pasar por alto la desaparición de sus hijas.

Así que a Erzsébet se le ocurrió la brillante idea de montar una escuela para señoritas, a la que denominaría «gineceo». Las tasas escolares de este falso gineceo la proveerían de esa liquidez tan necesaria, y las hijas de los nobles le proporcionarían exactamente lo que ella quería que le proporcionaran. Ni siquiera se paró a sopesar las consecuencias lógicas que en último término tendría su plan, a saber, decenas de muchachas muertas y otras tantas familias poderosas enloquecidas de preocupación. La condesa se limitó a atraer al redil a un buen rebaño de

aristocráticas jovencitas y, en fin, se las cargó.

Cuando aquellas familias ricas empezaron a preguntar por el bienestar de su prole, el estrambótico pretexto de Erzsébet hizo saltar todas las alarmas. Adujo que en la escuela no quedaba ya ninguna alumna porque una de las muchachas, en un ataque de celos por las joyas de sus compañeras, las había matado a todas y luego, eh, se había suicidado.

Ni que decir tiene que, a estas alturas, la condesa ya no convencía a nadie con sus historias. Es más, ahora la gente estaba empezando a ver las horribles pruebas de sus crímenes con sus propios ojos: chicas que, con el cuerpo cubierto de cardenales, hacían recados en el pueblo; chicas que, con las manos quemadas, se subían al carruaje de Erzsébet; chicas que, con el rostro desfigurado, caminaban desalentadas entre el séquito de la condesa, e incluso una muchacha que escapó del castillo y llegó corriendo al pueblo con un cuchillo todavía clavado en el pie.

Y ahora era sangre noble la que se había derramado y las familias de la aristocracia clamaban justicia. Justo lo que necesitaba el rey, Matías, para mover ficha contra Erzsébet.

\* \* \*

«¡ENVIADNOS NOVENTA GATOS, OH, NUBES, OS LO ROGAMOS!»

En febrero de 1610, el rey ordenó a su palatino, György Thurzó, que investigara a la condesa Báthory.

Curiosamente, Thurzó había sido uno de los mejores amigos de Ferenc Nádasdy. Es más, eran tan íntimos que, cuando Nádasdy se hallaba en su lecho de muerte, le pidió a Thurzó que protegiera a su esposa. Y ahora Thurzó acababa de recibir el encargo de airear sus trapos sucios. No obstante, el palatino era ante todo un súbdito leal, de modo que inició las pesquisas resuelto a descubrir la verdad, al tiempo que concedía a Erzsébet un trato lo más justo posible.

Cientos de personas confirmaron los rumores acerca de los terribles crímenes de Erzsébet, permitiendo fijar una cifra total de entre 175 y 200 muchachas muertas. Decían haber visto salpicaduras de sangre en los muros, haber escuchado gritos y el restallido de los latigazos. Ninguna de las personas con las que habló Thurzó había sido testigo ocular de los hechos, pero muchos de ellos habían reparado en el elevado número de enterramientos que se llevaban a cabo en los alrededores del castillo, y también se habían fijado en que determinadas zonas de las propiedades de Erzsébet estaban sometidas a una vigilancia constante.

Convencido de la culpabilidad de Erzsébet, pero con sentimientos encontrados debido a la promesa que le hiciera a su difunto marido, Thurzó escribió al hijo y a los yernos de la condesa pidiéndoles consejo. Entre todos tomaron una resolución secreta: Thurzó podía dedicarse a investigar los crímenes siempre y cuando prometiese que Erzsébet jamás sería llevada a juicio. Aceptaban que la encerrasen y que interrogaran a sus sirvientes, pero querían evitar a toda costa el espectáculo de ver a su perturbada condesa sentada en el banquillo de los acusados. Resulta muy significativo que ninguno de sus hijos se molestara en defender su inocencia. «Un castigo público supondría una gran humillación para todos nosotros», escribió su yerno.

En diciembre Thurzó estaba casi listo para actuar, pero, antes de aventurarse a arrestar a una

mujer tan poderosa, debía tener la absoluta certeza de que era culpable. Así pues, dispuso lo necesario para que la condesa los agasajara al rey y a él con una cena en su castillo en Nochebuena. Erzsébet desempeñó el papel de cortés anfitriona a duras penas y puso fin a la velada sirviendo a sus dos invitados un misterioso pastel de color gris que había preparado ella misma, con ayuda de su bruja de los bosques, Majorova. El pastel tenía forma de *pretzel* y llevaba una hostia en el centro. Nada más probarlo, los dos hombres empezaron a sentirse indispuestos y, persuadidos de que ella trataba de envenenarlos, abandonaron el castillo de inmediato.

En la Nochevieja de 1610, una Erzsébet cada vez más paranoica se reunió con Majorova en el exterior del edificio principal del castillo de Csejthe para observar los movimientos de las estrellas y de las nubes. Tenían pensado invocar su protección mediante un hechizo y le pidieron a un escriba que anotase la fórmula del encantamiento. Cuando Majorova consideró que las condiciones eran óptimas, las mujeres elevaron un cántico.

«¡Auxiliadnos, oh, nubes, os lo rogamos! —exclamaron—. ¡Auxiliadnos, nubes, dadnos salud, salud para Erzsébet Báthory! ¡Enviadnos noventa gatos, oh, nubes, os lo rogamos!» Los gatos debían destruir a Thurzó y al rey y a todo aquel que le deseara algún mal a la condesa. Pero lo que esta última no sabía era que Thurzó se hallaba agazapado en ese momento entre las sombras del castillo, decidido a sorprenderla con las manos en la masa.

Después de que Erzsébet regresara al interior, Thurzó avanzó sigilosamente hacia el edificio, escoltado por un pequeño destacamento de guardias armados. Casi al instante, tropezaron con el cuerpo de una joven mutilada que yacía junto a la entrada, y, nada más traspasar el umbral, hallaron a otras dos muchachas moribundas. Guiados por el sonido de los gritos, los hombres llegaron hasta una de las cámaras de tortura, donde pillaron a la cuadrilla en plena faena.

No está claro si Thurzó sorprendió in fraganti a la condesa en persona o solo a sus esbirros, pero aquel descubrimiento le permitió confirmar sus sospechas. Erzsébet fue trasladada al torreón y allí la obligaron a presenciar el registro de todas sus dependencias, mientras poco a poco iban hallando todavía a más muchachas «encerradas en las estancias donde esta mujer maldita preparaba a las futuras mártires». Mientras los hombres avanzaban por los oscuros salones, Erzsébet proclamaba a gritos su inocencia, asegurando que las únicas culpables de toda aquella violencia eran sus sirvientas. Al día siguiente, fue encarcelada de forma oficial en las mazmorras de su propio castillo, las mismas que, escasas horas antes, habían albergado los cadáveres de sus víctimas.

## UNA FIERA SALVAJE

Nada más y nada menos que un total de trescientas seis personas testificaron en contra de la Condesa Sangrienta, incluidos los miembros de su cuadrilla de tortura, que ahora estaban sufriendo la tortura en sus propias carnes. Sus testimonios fueron totalmente incriminatorios.

«La Señora golpeaba y torturaba a las muchachas de tal forma que acababa cubierta de sangre», declaró Ilona Jó.

«Se las llevaban para someterlas a tortura hasta diez veces al día, como si fueran ovejas», dijo Ficzkó.

Nadie sabe con certeza a cuántas jóvenes asesinó Erzsébet Báthory. Sus cuatro cómplices aseguraron que habían sido entre 30 y 50 muchachas —y ellos desde luego tenían que saberlo, por razones obvias—, mientras que el personal de otro de los castillos de Erzsébet afirmó que había matado entre 175 y 200 chicas. Alguien fue al rey con el cuento de que habían sido 300, y un joven testigo juró y perjuró que la condesa había matado ni más ni menos que a 650 muchachas y que esta conservaba una lista con sus nombres en un librito de contabilidad.

Ilona József, Dorka y Ficzkó fueron sentenciados a muerte. A las dos primeras, responsables de tantas y «tan graves y continuadas atrocidades perpetradas contra sangre cristiana», les arrancaron los dedos con unas pinzas candentes antes de ejecutarlas y arrojar sus cuerpos a una enorme hoguera. Debido a su corta edad, Ficzkó sufrió una muerte más piadosa: fue decapitado y, luego, quemado. A Katalin, la más reacia de los cómplices, la sentenciaron a prisión.

Como se había prometido, Erzsébet jamás fue llevada a juicio y, en su lugar, fue condenada a permanecer encerrada de por vida en su propio castillo ensangrentado. Los pastores protestantes que fueron a visitarla se encontraron con una mujer furiosa que rehusaba cualquier forma de arrepentimiento. Cuando le pedían que recapacitara sobre el sufrimiento que había infligido al prójimo, Erzsébet se limitaba a espetarles que contaba con parientes muy poderosos que pronto vendrían a salvarla. Sostenía que Ilona József, Dorka, Ficzkó y Katalin eran los culpables y, cuando los pastores le preguntaron por qué no había ordenado a sus sirvientes que pusieran fin a las torturas, Erzsébet respondió que también ella les tenía miedo. En otro momento de estas entrevistas, la condesa les juró, rabiosa, que no confesaría jamás, ni aunque la torturaran con fuego.

Erzsébet odiaba a Thurzó sobre todas las cosas, y, siempre que intentaba convencer a sus familiares de que la liberasen, lanzaba continuas invectivas contra el palatino por haberla encarcelado. En una ocasión, Thurzó perdió los estribos y gritó: «Vos, Erzsébet, sois como una fiera salvaje. Estos son los últimos meses de vuestra vida. No merecéis respirar el aire de esta tierra ni contemplar la luz del Señor. Desapareceréis de este mundo y jamás volveréis a reaparecer en él. Así las sombras os envuelvan, espero que halléis el tiempo necesario para arrepentiros de esa vida tan bestial que habéis elegido vivir».

Pero ¿fue Erzsébet esa bestia de la que todos hablan?

En los siglos transcurridos desde su encarcelamiento, varios estudiosos y biógrafos han defendido que Erzsébet era inocente y/o que el juicio de los cómplices fue una farsa que no debería haber derivado en la condena un tanto bajo cuerda de la condesa. Argumentan que todo fue un montaje urdido por Thurzó y el rey, con la única finalidad de encarcelar a un rival político, incapacitar a una viuda poderosa y requisar todas aquellas suculentas propiedades de los Nádasdy-Báthory. Dicen que fue injusto que Erzsébet no fuera juzgada y que las confesiones de sus cómplices, obtenidas por medio de la tortura, no pueden tomarse como pruebas fehacientes de lo ocurrido.

Sin embargo, muchas de las voces que claman por la inocencia de Erzsébet no toman en cuenta ciertos factores culturales e históricos, como son el acuerdo entre Thurzó y los hijos de Báthory para eludir el juicio o el hecho de que la tortura formase parte habitual de los procesos inquisitoriales como el que nos ocupa, de modo que su empleo no habría resultado extraño ni

sospechoso en este caso. (Aquellos eran tiempos muy violentos en general, como demuestra el hecho de que la sentencia de muerte oficial de Ilona J6 y Dorka incluyese que les fueran arrancados los dedos.) La teoría de que el rey quería hacerse con la fortuna de Erzsébet y cancelar su deuda con los Nádasdy-Báthory también hace aguas, puesto que, a la muerte de Nádasdy, todas sus posesiones habrían pasado a su hijo de seis años, quien tomaría posesión de ellas una vez cumplidos los catorce. Cuando Erzsébet fue arrestada, ella ya no era la dueña de las vastas extensiones de tierra de los Báthory-Nádasdy, y el rey tendría que haber encarcelado a toda la familia para poder reclamar para sí la fortuna y cancelar su deuda. Es más, de acuerdo con el código Tripartitum, a Thurzó no le estaba permitido obtener provecho material alguno del enjuiciamiento de Erzsébet, de modo que no resulta creíble que este la incriminase falsamente con el único fin de enriquecerse.

También existe otro punto controvertido a ojos de quienes defienden la inocencia de Erzsébet: les parece sospechoso que Thurzó empezara a investigar a la condesa en un momento en el que aún no existían pruebas claras contra ella, solo rumores sobre su violencia, y que a esta nunca se la informase del inicio de las pesquisas. Pero todo ello era perfectamente legal en el marco del Tripartitum. Thurzó no estaba haciendo otra cosa que poner en marcha lo que se conocía como un proceso inquisitivo, cuya finalidad era determinar si se había cometido un crimen o no. Resultaba de lo más habitual reunir pruebas contra los nobles antes de informarlos de que estaban a punto de ser juzgados, o encarcelados en sus propias mazmorras, como podría darse el caso.

Pero todo esto no quiere decir que Erzsébet fuera cien por cien la ogra comeniñas aficionada a los baños de sangre que el tribunal la acusaba de ser. Buena parte de los testimonios en su contra se basaban en habladurías, y las confesiones obtenidas por medio de la tortura siempre estarán bajo sospecha. Es obvio que hubo muchas informaciones erróneas alrededor del caso en todo momento, entre ellas, por ejemplo, el dato de las 650 muchachas muertas. También existen muchas otras teorías acerca de los motivos que podrían haber llevado al rey a incriminarla falsamente: a saber, que ella era protestante y él, católico; que ella era una mujer poderosa, y a él eso no le gustaba; en fin, demasiadas como para analizarlas en profundidad en estas páginas. Quizá algún día alguien descubra un librito de contabilidad con los nombres de las víctimas garabateados en su delgada e insegura caligrafía. Hasta entonces, seguiremos un poco a oscuras.

Una vez Erzsébet quedó encerrada, toda la documentación legal concerniente al proceso fue clasificada. Pusieron a la condesa bajo arresto domiciliario en su propio castillo. El parlamento decretó que su nombre no volviera a pronunciarse en sociedad. Y las poblaciones de los alrededores de Csejthe permanecieron mudas durante los siguientes cien años.

## ASESINA

A pesar de los denodados esfuerzos del tribunal por actuar como si Erzsébet Báthory no hubiese existido jamás, la historia de la condesa se extendió como la pólvora, especialmente después de que las transcripciones del juicio salieran de nuevo a la luz en la década de 1720. En la actualidad, la Condesa Sangrienta se ha convertido en un personaje muy popular en el mundo del terror, del gore y de las vampiras sexis, presente en toda clase de formatos, ya sea en un *single* de

Venom (atentos a la letra: «Counteeess BAAATHORY») o en poemas, novelas y películas. El historiador Raymond McNally ha llegado incluso a plantear que Bram Stoker se inspiró en Erzsébet para escribir *Drácula*. El lector solo tiene que buscar las palabras «Erzsébet Báthory» en Google Imágenes para comprobar lo mucho que se ha sexualizado su leyenda: encontrará de todo, desde un manga de la condesa luciendo pinzas ensangrentadas en los pezones hasta una obra de *fan art* donde se representa a Erzsébet desnuda y reclinada seductoramente sobre una bañera llena de..., bueno, ya se imagina el lector de qué.

En los 306 testimonios recopilados por Thurzó, la palabra *sexo* aparece mencionada en una o, tal vez, dos ocasiones. El juicio no tenía nada que ver con un caso de depravación sexual; fue una investigación ocasionada por rumores de torturas y de muertes. Pero en los siglos transcurridos desde entonces han surgido multitud de historias de marcado carácter sexual, como el rumor de que tenía un amante campesino y se quedó embarazada de él, o ese secreto a voces de que se dedicaba a acostarse con todo el mundo mientras Nádasdy estaba fuera, luchando contra los otomanos. Una de las historias más populares y que mejor resisten el paso del tiempo es la relativa a su tía Klara, que, supuestamente, era bisexual y sádica. Según esta versión, Erzsébet aprovechaba las largas ausencias de Nádasdy para visitar a Klara en su castillo, donde esta le daba clases sobre brujería, tortura y cómo hacerle el amor a una mujer. Otro rumor afirma que Erzsébet y Anna Darvolya eran amantes.

Su historia está revestida de un glamur malsano, desde luego. ¿Quién puede resistirse a la idea de una noble vampiresa de larga cabellera negra y con cierta afición a desgarrar la piel tersa y desnuda de las jovencitas? A todas luces resulta una antagonista de lo más seductora a quien el sonido sibilino de la palabra *asesina* le viene como anillo al dedo. Pero todas esas historias sobre amantes y sadismo son solo formas de otorgarle cierto atractivo a su monstruosidad. No son más que una distracción, un retorcido intento de suavizar sus crímenes: «¡Fustigaba a jovencitas porque ese era su fetiche!», «¡Era una psicópata, pero también lesbiana!».

En realidad, es probable que Erzsébet fuera algo mucho más sencillo, algo terrorífico y feo: una asesina despiadada. El *fan art* que la representa como una mujer voluptuosa con el escote salpicado de sangre no infunde nada de terror, pero ese retrato de Erzsébet fechado en 1585..., eso sí que da pavor. Asomarse a la vacua y espectral mirada de esos enormes ojos de cuatrocientos años de antigüedad, eso sí que resulta verdaderamente aterrador.

La condesa Erzsébet Báthory murió el 22 de agosto de 1614, después de quejarse de que tenía las manos frías. Lo último que hizo fue tumbarse en su cama y ponerse a cantar, y maravillosamente, además. Recibió sepultura en tierra consagrada, pero su cuerpo fue trasladado con posterioridad a la cripta Báthory, debido a las protestas de los lugareños. Esa cripta se abrió en 1995. En su interior no se halló ni rastro de Erzsébet.

LA ABUELITA RISUEÑA



NANNIE DOSS

Nannie Doss era su propia agente de relaciones públicas. Acaparó las noticias a mediados de la década de 1950 coqueteando con las cámaras, haciendo bromas de lo más morbosas y pintando sus horribles crímenes de poco más que meras casualidades acaecidas en su búsqueda del príncipe azul. Después de todo, ella solo era una abuelita tonta y enamorada incapaz de hacerle daño a una mosca de forma intencionada, y mucho menos de asesinar a cuatro maridos a sangre fría. Todo cuanto hizo lo hizo por amor. Y el amor lo justifica todo. ¿No?

Nannie, nuestra protagonista de cuarenta y nueve años, era un ama de casa virtuosa, refinada y campechana —claro que sí—, y, como tal, preparaba unos pasteles de chuparse los dedos. Poseía el don de hornear la clase de tarta que llevaría a cualquier granjero a abandonar su soledad y casarse con ella *ipso facto*. Un día, envió un mantecoso dulce casero nada menos que desde su casa en Tulsa, Oklahoma, hasta Goldsboro, en Carolina del Norte, con el propósito de cortejar a un ganadero llamado John Keel. El hombre quedó prendado de ella por sus jocosas cartas y por sus más que evidentes dotes culinarias, y tenía la esperanza de que Nannie no tardara en poner rumbo al este para convertirse en su esposa. Por el momento, su amada se hallaba atrapada en Tulsa, pues tenía a su cuidado a una «tía anciana y enferma», pero Keel estaba convencido de que no tardarían en reunirse.

Sin embargo, antes de que Keel pudiera hacerse con un anillo de compromiso, se enteró de algo horrible referente a su amada: acababan de detenerla. No había ninguna tía anciana. Jamás había habido una tía anciana. La persona que Nannie tenía «a su cuidado» era su marido, y ahora estaba muerto.

«Me alegra sobremanera, vaya sí me alegra, que ella no llegase a venir a esta parte del país», declararían Keel después.

## PENSAMIENTOS RETORCIDOS

La Nannie que Keel creía conocer era Nancy Hazle, nacida en 1906. Su familia poseía una granja en el condado de Calhoun, Alabama, y sus padres eran gente muy estricta: Nannie tuvo que trabajar en el campo desde muy pequeña, y no la dejaban salir con chicos bajo ningún concepto. Hoy en día, corre el rumor de que su padre abusaba de ella y de que Nannie se rebeló acostándose con todo el que podía. No sabemos si esto es cierto o no, pero si algo está claro es que él era un hombre de lo más controlador y que a ella le gustaban los chicos, y mucho. Es más, la austeridad de esa juventud privada de novios sería algo contra lo que Nannie se rebelaría durante el resto de su vida.

Mucho antes de tener edad de empezar a pensar en chicos, sin embargo, sufrió un terrible accidente. A los siete años, Nannie estaba viajando en un tren cuando de pronto este frenó de golpe y ella se abrió la cabeza al golpearse contra la barra metálica del asiento de delante. Las secuelas de esta lesión la acompañarían durante el resto de su vida: terribles jaquecas y la

sensación de que en ocasiones tenía «pensamientos retorcidos».

Los Hazle nunca saldrían de pobres y, a los quince años, Nannie —una monada de mejillas sonrosadas y dientes separados— ya había abandonado la escuela para poder trabajar a tiempo completo en la granja. Ese mismo año contrajo matrimonio. Aquello no fue precisamente un romance a lo Romeo y Julieta; el afortunado, Charlie Braggs, era un hombre que ya contaba con la aprobación del estricto padre de Nannie. Pero incluso el propio Braggs se mostraría encantado con el enlace en un primer momento. Nannie se presentó ante él como una «mujer muy fiel a la Iglesia» y Braggs vio en ella a «una muchacha bonita, con un buen cuerpo y tremendamente divertida».

Pero a Nannie le costaba quedarse quieta. «Era muy irascible —declararía Braggs—. Toda su familia es así. A veces, se ponía como loca por algún motivo y, otras, sin razón aparente. Entonces se enfurruñaba y se marchaba durante días e incluso semanas, a menudo con otros hombres.» Charlie descubrió que Nannie «no tenía de cristiana más que una persona que jamás hubiera escuchado predicar la Biblia».

La pareja tuvo cinco hijos, pero tres de ellos murieron cuando aún eran muy pequeños, y Braggs albergaría no pocas sospechas desagradables acerca de este hecho. Se fijó en que dos de los bebés mostraron síntomas de padecer un grave trastorno estomacal justo antes de morir, y en «lo rápido que se habían puesto morados». Estos recelos le dejaron muy mal sabor de boca. Pero ¿qué podía hacer él? La maternidad era cosa de mujeres, y suponía todo un misterio para él.

En lo que duró su matrimonio, tuvo lugar aún otra desgracia: el padre de Nannie abandonó a su madre. Nannie se lo tomó muy mal y se negó a permitir que el abuelo viera a sus nietos. Es posible que ella considerara que su padre no había cumplido su parte del trato, a saber, desempeñar el rol de marido hasta sus últimas consecuencias. A cambio, la ruptura no hizo sino aumentar la adoración que sentía por su madre. «Yo por mi madre me hincaría de rodillas y me arrastraría hasta donde fuese», declararía años después. Este amor llegaría a cuestionarse profundamente con el tiempo, pero Nannie siempre se mostró tajante en lo que a su madre se refiere: la quería muchísimo y jamás le haría daño a alguien por quien sentía un amor tan puro.

Con todo, Nannie no estaba hecha para la maternidad, ni tampoco para el matrimonio; al menos, no para un matrimonio tan imperfecto como el suyo con Braggs. Después de ocho años de peleas y sospechas, Braggs se hartó de perseguir a Nannie por toda Alabama y pidió el divorcio. Es más, como tenía la sensación de que Nannie no deseaba o no estaba capacitada para ocuparse de las dos hijas que todavía les quedaban, Braggs se hizo cargo de la mayor y envió a la otra a vivir con el padre de Nannie.

Años después, Nannie declaró a un periodista que ella no odiaba a los hombres —a pesar de que sus actos apuntaban a todo lo contrario— porque algunos hombres eran buenos. Desde luego, no hay duda de que ella disfrutaba de su compañía. Siempre estaba persiguiéndolos: les escribía, coqueteaba con ellos, se los llevaba al altar. Y, efectivamente, los hombres con los que se cruzó eran buenos: al menos, eso es lo que de ellos contaban sus amigos, vecinos y familiares. Pero Nannie no opinaba lo mismo. Según su versión de los hechos, ella era siempre la princesa inocente, decepcionada una y otra vez por una larga lista de pretendientes nada satisfactorios.

## CORAZONES SOLITARIOS

La noche del viernes, 26 de noviembre de 1954, la policía de Tulsa, Oklahoma, no daba crédito cuando les trajeron a comisaría a una señora regordeta, jovial y con pinta de abuelita de cuento, detenida como sospechosa de haber asesinado a su quinto marido. La mujer, Nannie Doss, se mostró coqueta y risueña, y los agentes se quedaron estupefactos ante aquel derroche de júbilo. «Habla por los codos —comentó el detective Harry Stege—, pero no sobre el caso.» Nannie fue esquivando, entre risas, las preguntas referentes al arsénico, a las autopsias y a los matrimonios infelices. Se fumó un cigarrillo. Le brillaban los ojos.

Necesitaron veinticuatro horas y varios interrogatorios para que finalmente Nannie admitiera que, bueno, que vale, que sí, que había envenenado a su marido Sam Doss aderezando su café con matarratas. En torno a la medianoche, firmó una declaración oficial en la que confesaba ser una asesina.

Entretanto, a la comisaría no paraban de llegar informes sobre más maridos muertos, un nietastro fallecido y otras sospechas que aquella «viuda sonriente y parlanchina» venía suscitando desde hacía tiempo. Tras un fin de semana de continuados interrogatorios, Nannie soltó una risita ante los agentes y les dijo que por fin estaba preparada para limpiar su conciencia. Sam Doss no era su única víctima, declaró. Había tenido cinco maridos y había matado a cuatro de ellos.

Después de que Charlie Braggs se divorciara de ella, Nannie contrajo matrimonio con un hombre mayor llamado Frank Harrelson, de Jacksonville, Alabama, el cual ya tenía hijos fruto de un matrimonio anterior. Según Nannie, Harrelson era un miserable, un borracho y un maltratador. Estuvo soportando sus juergas de fin de semana durante quince años, hasta que un día él llegó a casa como una cuba y le espetó: «Si no te vienes conmigo a la cama ahora mismo, la semana que viene ya no estaré aquí».

«Decidí darle una lección —declaró Nannie—. Y eso hice.» Harrelson tenía por costumbre beber «matarratas» de un viejo frasco de cristal escondido en una lata de harina, así que Nannie, tras dar con el frasco, disolvió en aquel whisky barato una generosa porción de arsénico líquido. La siguiente vez que Harrelson se escabulló para echar un trago de aguardiente a escondidas, murió.

El tercer marido de Nannie fue Harley Lanning, de Lexington, Carolina del Norte. Él también bebía y, encima, era un donjuán de tomo y lomo. Nannie no podía soportar el éxito de Lanning con las mujeres y acabó estallando cuando este celebró un fiestón aprovechando que ella se encontraba fuera de la ciudad. La fiesta fue tan salvaje que al final tuvo que acudir la policía y, según Nannie, «sacar de la cama» al personal, a rastras. Cegada de ira, Nannie le echó veneno en el plato en 1952. Lanning murió antes de que llegara el siguiente fin de semana.

Después de deshacerse de tres maridos, Nannie llegó a la conclusión de que estaba lista para cambiar de método. Su búsqueda del príncipe azul había fracasado estrepitosamente hasta ahora, puesto que siempre acababa liada con donjuanes, borrachos u hombres que, como Braggs, no aceptaban el hecho de que, en ocasiones, una chica necesitara huir de casa durante una o dos semanas. De modo que tomó cartas en el asunto y decidió buscar marido por correspondencia. Previo pago de solo cinco dólares, se convirtió en miembro con carnet de un «club de corazones

solitarios» llamado el Diamond Circle, que tenía su base en San Luis. Cada mes, y durante un año entero, el experto personal de selección del Diamond Circle le enviaría una lista de «hombres solitarios» y Nannie podría contactar con aquellos que más le gustaran.

Entonces empezó a cartearse con un hombre bastante poco atractivo llamado Richard Morton y, a partir de ese momento, todo avanzó rápidamente. El 21 de enero de 1953, el administrador del Diamond Circle recibió una carta de Morton:

Le ruego que elimine nuestros nombres de su lista: R. L. Morton Sr., Emporia, Kansas, y la señora Nannie Lanning, Jacksonville, Alabama, pues ya nos hemos conocido en persona y estamos muy felizmente casados. Es una mujer dulce y maravillosa. No habría dado con ella de no haber sido por su club.

La relación, sin embargo, no tardó en desmoronarse. Morton trabajaba por las noches en una sala de billar, pero durante el día salía a la calle enfundado en su mejor traje y desaparecía misteriosamente durante horas. Esta costumbre inquietaba a Nannie. ¿Por qué motivo se marchaba a la ciudad vestido de punta en blanco si tenía a su «dulce y maravillosa» mujercita allí mismo, en casa? Y lo que es peor: cuando se encontraba de viaje en Carolina del Norte, Nannie se enteró no se sabe muy bien cómo de que Morton había comprado durante su ausencia un juego de anillos. Y lo de los anillos solo podía significar una cosa, concluyó: su marido estaba viéndose con otra.

«Perdí la cabeza y estallé cuando descubrí que él andaba por ahí con otra mujer», declararía ella. Decidió que, si Morton hacía compras secretas, también podía hacerlas ella, y, ni corta ni perezosa, regresó de Carolina del Norte con un frasco de veneno líquido escondido en la maleta. Más tarde, la policía especuló con la posibilidad de que Morton hubiese comprado los anillos con intención de regalárselos a Nannie, pero que luego los hubiese empeñado para poder seguirla hasta Carolina del Norte, probablemente al darse cuenta de que ella estaba furiosa con él. De ser así, se trataba nada menos que de ese gran gesto romántico que ella siempre había buscado y deseado; solo que no lo sabía. Así pues, añadió una dosis de veneno al café de Morton, convencida de que la estaba engañando.

Si sus cuatro primeros matrimonios estuvieron marcados por el vicio —el alcohol, la violencia y la lujuria—, el último y definitivo resultó ser tan prosaico que amenazaría con volverla loca de puro aburrimiento. Sam Doss era un auténtico pelma, un parsimonioso operario de carreteras y pastor a tiempo parcial de la Iglesia Baptista Libre, afincado en Tulsa, Oklahoma. No la dejaba comprarse un televisor, y eso que ella se moría por tener uno. Tampoco la dejaba bailar.

«Me ponía de los nervios», declaró Nannie cuando le pidieron que explicara por qué había intentado matar a Doss en dos ocasiones distintas. La primera vez, preparó una olla entera de ciruelas pasas en almíbar y las aderezó con veneno. (Las ciruelas pasas fueron todo un *hit* en la década de 1950. El presidente Eisenhower declaró que no había plato en el mundo que le gustara más que un postre a base de merengue, pulpa de ciruela pasa y una gelatina sin sabores artificiales denominada Prune Whip.) Al parecer, el apetito de Doss era lo único que este tenía de generoso. «Le encantaban las ciruelas pasas, vaya que sí —declaró Nannie—. Le cociné una caja entera y se las comió todas.»

Aquel plato mandó a Doss directamente al hospital, donde permaneció ingresado hasta veintitrés días, pero no lo remató del todo; así que, el día después de su regreso a casa, Nannie le preparó el

especial Richard Morton: una taza de café caliente con una cucharadita de matarratas. Funcionó a las mil maravillas, como ella sabía que lo haría.

Afortunadamente para el resto de los caballeros solitarios de Estados Unidos, aquellas ciruelas y aquel café fueron los últimos alimentos que Nannie envenenaría jamás. El médico de guardia se negó a firmar el certificado de defunción de Doss sin que antes se le practicase una autopsia para determinar la causa de la muerte. Por chocante que parezca, a Nannie le entusiasmó la idea y se mostró totalmente de acuerdo en que era perentorio descubrir qué había matado a Doss, «no fuera a matar a otra persona». Los órganos vitales de su marido fueron enviados a un laboratorio de Oklahoma City, y el patólogo encargado de analizarlos respondió con la prueba condenatoria: Doss tenía suficiente arsénico en su cuerpo como para matar a dieciocho pastores a tiempo parcial de la Iglesia Baptista Libre.

En una fotografía tomada después de su larga confesión, Nannie Doss aparece abandonando el juzgado junto al capitán de homicidios. Sonríe de oreja a oreja y cualquiera diría que se siente como en casa.

## «LOS EMBRUJÓ Y LOS ENVENENÓ»

Aunque el carácter coqueto de Nannie corroboraba su historia en cierta medida —es decir, que solo era un miembro de un club de corazones solitarios que, en su búsqueda del amor, había llamado a todas las puertas equivocadas—, la policía no estaba convencida de que les hubiese contado toda la verdad. Existían muchas otras muertes, demasiadas, relacionadas con su nombre, incluidas la de su madre, su padre, dos hermanas, dos de sus hijos y un nietastro. Pero, cuando intentaron obligarla a admitir que había matado a sus familiares, la actitud de Nannie cambió de manera abrupta. «Pueden ustedes levantar todas las tumbas del país —les espetó—, y no hallarán nada más con lo que cargarme.»

Aunque Nannie se mostró profundamente ofendida por las insinuaciones, las pruebas eran muy incriminatorias. Había estado cerca de sus hermanas y de su queridísima madre justo antes de que murieran. Luego, el día después del funeral de su madre, Nannie fue y se casó, más contenta que unas castañuelas, con Richard Morton, lo que no terminaba de encajar con la imagen de una hija desconsolada por la pérdida de su madre. Además, el hermano de Frank Harrelson (el marido número dos) llamó a la policía para relatarles una escalofriante anécdota de la década anterior: un día que él y Harrelson se hallaban paseando junto a un cementerio, Harrelson señaló la pequeña tumba de su nieto, murmuró que el niño había sido envenenado y, a continuación, añadió, sin más: «Yo seré el siguiente».

Nada de todo esto casaba con la imagen que Nannie se había fabricado con tantísimo esmero: la de una abuelita alegre, simpática y animada que flirteaba con la policía, sonreía a la prensa y se tomaba a broma aquella situación tan absurda. Bueno, vale que quizá hubiese asesinado a un marido o dos, pero las cosa no dejaba de tener su gracia, muy al estilo de *Arsénico por compasión* (película que, a todo esto, se estrenó cuando Nannie tenía treinta y ocho años), y de todas formas sus maridos habían sido unos cabrones mentirosos, maltratadores y mojigatos. Visto así, sus asesinatos habían sido, digamos, prácticos. Vamos, justo el tipo de solución definitiva que

podría esperarse de cualquier ama de casa con dos dedos de frente.

Pero había otras fuentes que negaban rotundamente que Morton o Lanning la hubiesen engañado jamás. De hecho, la lasciva historia sobre la supuesta orgía organizada por Lanning fue desmentida por nada menos que Charlie Braggs, el primer marido de Nannie. Por cosas de la vida, una de las hijas supervivientes de Nannie y Braggs había terminado casándose con el sobrino de Lanning, y la fiesta que la policía interrumpió no había sido en realidad más que una inocente visita familiar. «Lo único que pasó fue que la policía se enteró de que habían entrado extraños en la casa, una casa situada en el campo, y decidió acercarse para ver quiénes eran —declararía Charlie Braggs—. Después de aquello, Nannie nos escribió una carta tremebunda, pero lo cierto es que no había en el mundo un hombre más tranquilo y formal que Harley Lanning.»

El hermano de Sam Doss también contribuyó a que la versión de Nanny hiciera aguas. Había sospechado de ella desde el principio: «¿Cuándo se ha visto que una mujer esté dispuesta a recorrer más de mil quinientos kilómetros para casarse con un obrero normal y corriente solo porque sí?». Observaba cómo Nannie se dedicaba a torturar al puritano de Sam fumando delante de él y poniéndose modelitos de lo más escandalosos; para él, Nannie no era esa mujer «sencilla, cándida, franca y alegre» de la que hablaba todo el mundo. La Nannie que él conocía no era así. «Era una tipa lista —dijo—. Astuta, muy astuta. Y, si no recuerdo mal, tenía por costumbre decir una cosa y, al segundo, defender todo lo contrario.»

A pesar de sus detractores, Nannie disfrutaba de aquella fama inusitada. Ella misma se encargaba de darle carnaza a la prensa, y esta la recompensaba con titulares de lo más llamativos:

#### REPOSADA Y AFABLE ABUELITA RECONOCE HABER ENVENENADO A CUATRO O CINCO MARIDOS.

#### LA ABUELITA DE TULSA LOS EMBRUJÓ Y LOS ENVENENÓ.

#### NANNIE DOSS LLEGÓ A TENER UNA PISTOLA: ERA MUY POPULAR.

Momentos antes de aparecer en la televisión para ser entrevistada, el cámara le sugirió que se quitase las gafas y que sonriera a los focos: «A lo mejor consigues otro marido si sales guapa», bromeó. A lo que Nannie contestó: «Es verdad, sería para morirse, ¿eh?», y se echó a reír, encantada con su propio chiste. Se había convertido en el mayor notición de Oklahoma de 1954, y lo sabía.

Nannie no sería, ni mucho menos, la primera ni la última asesina en serie en alcanzar e incluso disfrutar de la fama, pero resulta que fue famosa en un momento muy interesante de la historia de Estados Unidos. Pensemos en todos los clichés que asociamos a la década de 1950: aquellas amas de casa pasando la aspiradora un día tras otro, con un martini en la mano y una mirada de horror existencial en los ojos, y aquellas casas en las que nunca faltaba un televisor. La fama de Nannie encajó a la perfección en este escenario social. Era una parodia retorcida del ama de casa, una mujer supuestamente obsesionada con el matrimonio y, ay, con la cocina, pero también una mujer que se valía de su encanto femenino para atrapar y matar hombres, en lugar de para atraparlos y conservarlos. Usaba gafas de mariposa y barra de labios; llevaba el pelo rizado; la fotografiaron

con un collar de perlas de doble vuelta. Apareció en la televisión, concediendo entrevistas y flirteando con los cámaras, lo que estableció cierto grado de intimidad entre los espectadores y la criminal —algo que habría sido impensable en el caso de otras asesinas anteriores— y permitió que su fama se extendiera más y más.

Quizá la versión de la feminidad que Nannie ofrecía al mundo les pareciese a sus congéneres, de un modo un tanto siniestro, más atractiva —y, desde luego, más accesible— que las versiones que obtenían de otras fuentes. Después de todo, en el mismo momento en que las amas de casa de Estados Unidos cambiaban el canal que cubría el caso de Nannie, se encontrarían frente a frente con diosas como Marilyn Monroe, despampanantes en ajustados vestidos blancos y casándose con estrellas del béisbol; versiones que, de tan perfectas, les resultaban completamente ajenas.

### «CARIÑO, CUÁNTO TE ECHAMOS DE MENOS»

Los abogados de oficio asignados a Nannie rechazaron presentar un alegato en su nombre, insistiendo en que su cliente no estaba en posesión de sus facultades mentales, de modo que el tribunal formuló, por defecto, una declaración de no culpabilidad. En cuanto a Nannie, ella siguió flirteando con todos los representantes de la ley. De camino al juzgado, le dijo al abogado de la acusación que había pasado frío en su celda, y, para demostrárselo, le posó una de sus heladas manos en la nuca. En otra ocasión, cuando la policía la despertó de su siesta para interrogarla, ella se echó a reír y les dijo: «Chicos, no sé por qué me despertáis a estas horas para que vaya a hablar con vosotros. Llevamos hablando una semana entera». Al final, sus abogados tuvieron que pedirle que dejara de parlotear con la policía de una vez por todas, pues temían que pudiera escapársele algo acerca de todos aquellos familiares suyos fallecidos.

Mientras tanto, se estaban exhumando cuerpos por todo el país. Se descubrieron restos de arsénico en todos y cada uno de los difuntos maridos de Nannie, y, en consecuencia, se le iban amontonando los cargos de asesinato. Ninguno de estos hallazgos fue una sorpresa, porque Nannie ya había confesado estos asesinatos, pero también se produjo un impactante descubrimiento: a pesar de que Nannie insistiera en lo contrario, la autopsia practicada a su madre reveló un altísimo contenido de arsénico en su cuerpo.

¿Por qué le costaba tanto a Nannie admitir que había matado a su madre? Con los asesinatos de sus decepcionantes maridos había mostrado una actitud casi frívola, como si estuviera en su derecho al quitarles la vida. Teniendo en cuenta el entusiasmo con el que aceptó que se le practicase la autopsia a Sam Doss, casi podría parecer que estaba deseando que los asesinatos de sus maridos salieran a la luz. Y, sin embargo, no podía soportar que nadie insinuara que le había hecho daño a su madre. Nannie había construido un discurso según el cual solo mataba a quienes merecían la muerte, y asesinar a miembros inocentes de su familia no encajaba en esa narrativa. «Yo por mi madre me hincaría de rodillas y me arrastraría hasta donde fuese», insistió, y así lo publicaron los periódicos, textualmente.

Aunque la imagen que se había confeccionado era la de una mujer inofensiva y perdidamente enamorada —una imagen cimentada en ideas preconcebidas, discriminatorias tanto por sexo como por edad, acerca de quién podía ser peligroso, y cuándo—, Nannie, la presunta matricida, tenía de

hecho un lado oscuro terrorífico. Esto podría parecer obvio, puesto que había asesinado, ¿qué?, ¿a once personas, incluido un niño? Pero, por extraño que parezca —o quizá como era de esperar—, Nannie no terminaba de asustar a la gente. Para el público estadounidense, siempre fue una abuelita afable, el mero remate final de un chiste.

Muchos asesinos en serie —y estoy pensando en Ted Bundy— causan revuelo no solo por sus crímenes, sino porque son capaces de pasar por hombres o mujeres normales, nada violentos e incluso encantadores. (Y cito a Bundy: «Yo era una persona normal. Tenía buenos amigos. Llevaba una vida normal, salvo por este pequeño pero potente y destructivo segmento que mantenía en secreto, muy dentro de mí».) Cuando no están cometiendo sus monstruosos crímenes, se mueven entre nosotros con una pinta completamente inocente y, en el caso de Nannie, con el aspecto de una abuelita gordita y encantadora. ¿No es esta faceta, precisamente, lo que más nos aterriza de los asesinos en serie? Ya saben, la idea de que Bundy podría haber sido nuestro vecino; pensar que Nannie podría habernos preparado una tacita de café...

Ahora bien, Ted Bundy, violador y necrófilo, entre otras cosas, parece objetivamente más «aterrador» que Nannie, una abuelita risueña que envenenaba ciruelas. Pero los asesinos en serie no nos aterran porque sean hombres; nos aterran porque destruyen el orden establecido. O, para ser más exactos, porque nos desvelan que lo que percibíamos como algo normal y perteneciente al orden establecido (el típico muchacho americano, la abuelita risueña, el ama de casa que fregotea con la mente en blanco) había sido en todo momento un fraude violento. En la década de 1950, Nannie Doss se parecía mucho más a la típica ama de casa que Marilyn Monroe. Personificaba el orden de las cosas, ocupándose de sus hijos, casándose, fregando el suelo de la cocina. Y aun así sembraba la muerte a su paso.

El 5 de diciembre, la prensa se enteró de que esta «dulce abuelita» tenía otro morboso pasatiempo: le fascinaba componer epitafios para las lápidas. En el de la tumba de su nietastro se podía leer: «Cariño, cuánto te echamos de menos». El de Lanning decía simplemente: «Volveremos a encontrarnos».

#### «LA MENTE CRIMINAL MÁS INTELIGENTE QUE HE ENTREVISTADO NUNCA»

En la vista preliminar de Nannie, el 5 de diciembre, el juez decidió trasladarla al hospital psiquiátrico estatal para que los médicos evaluaran si estaba loca o no. A «Nannie Arsénico» no le disgustó la orden de ingreso obligatorio de noventa días. Es más, la alivió. Para ella, constituía un pequeño lujo.

«Quizá ahora pueda tomarme un respiro y no tenga que responder a tantas preguntas tontas», dijo, riendo. Tal y como le contó a una de sus carceleras, tenía muchas expectativas puestas en sus vacaciones en el psiquiátrico: «A lo mejor los médicos del hospital me enseñan a pensar con sentido común».

Muy en su línea, Nannie se divirtió de lo lindo en el manicomio, donde celebró su cincuenta cumpleaños. Debido a su condición de celebridad en auge, recibía muchas atenciones, y además se preocupaba muy mucho de acicalarse cada vez que los psiquiatras pasaban por su celda para examinarla. Uno de los médicos alabó su comportamiento en unas declaraciones a la prensa,

destacando que Nannie todavía sufría jaquecas —una secuela del accidente que sufrió de pequeña—, pero que, aparte de eso, gozaba de una salud perfecta. Es más, ella era casi perfecta. «Si tuvieran ustedes hijos pequeños —declaró el médico—, estarían encantados de tenerla de canguro.»

Pero sus jefes no compartían su misma opinión. El 14 de marzo, un grupo de médicos forenses declaró a Nannie «mentalmente discapacitada, con una pronunciada alteración del juicio y de la voluntad», y recomendó que volvieran a internarla en el psiquiátrico. Sin embargo, la acusación siguió presionando y exigió que, cuando menos, se la juzgase por asesinato, de modo que Nannie fue devuelta a prisión mientras sus abogados presentaban un alegato de «no culpable por razones de demencia». Se fijó entonces para el mes de abril una vista en la que se determinaría el estado mental de la acusada, anuncio que exasperó a propios y extraños al tiempo que las dos partes litigantes se aprestaban a reunir a sus expertos. «La vista se perfila como una batalla campal entre psiquiatras con diagnósticos contradictorios», informaría con sarcasmo un pequeño diario de Carolina del Sur.

A Nannie le desagradaba el sistema de confinamiento de la prisión y quería regresar a su pequeño pedazo de paraíso en el psiquiátrico, donde todo el mundo sabía su nombre. «No se puede ver a la gente [en prisión], y a mí me gusta la gente», se quejó. Tal vez se refiriese a que en prisión la gente no podía verla a ella. No obstante, se las arregló para hechizar a algún que otro hombre más desde detrás de los barrotes. Un «pretendiente de avanzada edad» llegó incluso a pedirle matrimonio por correspondencia, pero Nannie rompió la carta. «Ya he tenido suficientes maridos», declaró a la prensa, que, como siempre, estaba pendiente de cada una de sus ocurrencias.

La vista para determinar su estado mental acabó siendo un confuso análisis de dimes y diretes, en el que la cordura de Nannie o su falta de ella era defendida y rebatida por la parte correspondiente al más puro estilo del peloteo que se produce en un partido de bádminton. «La señora Doss es una deficiente mental y, por tanto, se la puede considerar demente desde el punto de vista legal. Es más, está loca desde hace mucho tiempo», dictaminó tajantemente uno de los médicos llamados a declarar por la defensa. El abogado de la acusación contrató afirmando que tenía a mano cinco psiquiatras que estaban más que dispuestos a declararla cuerda, y a continuación citó textualmente el extracto del informe de uno de los médicos: «Se trata de una mujer astuta, inteligente, perspicaz, calculadora, egoísta y con delirios de grandeza, y su comportamiento agresivo ante la frustración da rienda suelta a su hostilidad hacia los hombres, y en particular hacia sus maridos». Uno de los supervisores del hospital psiquiátrico estatal hizo notar que Nannie tenía accesos de risa tonta «exagerada y sin motivo» que duraban una eternidad y que, a continuación, se sumía en oscuros y prolongados estados depresivos. Si eso no era demencia, ¿qué lo era, entonces? Los expertos de la acusación respondieron con mofas. Nannie era una sociópata, afirmó uno de ellos, y una «mujer astuta y calculadora que fingía estar loca para eludir la silla eléctrica (...); es la mente criminal más inteligente que he entrevistado nunca». Al oír esta última afirmación, Nannie soltó una carcajada.

Después de pasar tres días así, el jurado solo necesitó quince minutos para decidir que Nannie Doss estaba cuerda. La propia asesina lo corroboró con entusiasmo. «Estoy tan cuerda como

cualquiera —declaró con una risita—. Porque, digo yo, ¿quién mejor que yo va a saber si estoy loca? En mi vida me había sentido tan cuerda como ahora.» Estuvo mascando chicle mientras se pronunciaba el veredicto, y sonrió al fotógrafo cuando este le sacó un retrato.

La celebración del juicio oral se fijó para principios de junio, de modo que la sorpresa fue generalizada cuando, el 17 de mayo, Nannie presentó repentinamente una declaración de culpabilidad. Esperaba una sentencia más leve y pensó que quizá con una imprevista declaración de culpabilidad podría conseguir algo de clemencia. También cabe la posibilidad de que malinterpretase las implicaciones de declararse culpable. Ella quería que la trasladaran de nuevo al psiquiátrico —donde se sentía tan libre y popular—, y puede que no cayese en la cuenta de que ya era demasiado tarde. Había sido declarada oficialmente cuerda, y ahora, con esta confesión de su culpabilidad, se había convertido oficialmente en una asesina.

El juez dictaminó sentencia el 2 de junio, y la acusación aprovechó ese momento para urgirlo a tomar en consideración la pena de muerte. Nannie estaba sentada entre sus dos abogados, mascando chicle, y «llevaba un bonito vestido azul de fiesta». La vista fue breve, pero la sentencia larga: cadena perpetua en prisión. Tendría que haber sido la silla eléctrica, pero el juez no podía soportar la idea de matar a una mujer. «Este tribunal no ha oído jamás que a una mujer se la condenase a muerte por crimen alguno en Oklahoma —dijo—. Quizá suceda algún día (...) y, si algo semejante tuviera lugar, el pueblo de nuestro estado lo aceptará con suma reticencia.»

Una vez acabada la vista, Nannie declaró: «No le guardo rencor a nadie».

## FUERA DE LOS TITULARES

Nannie ingresó en prisión el 4 de junio y desapareció totalmente de la prensa hasta que un periodista la entrevistó en septiembre. «Pensaba que todos se habían olvidado de mí —dijo Nannie—. Creía que me había quedado fuera de los titulares para siempre.» Comentó que había adelgazado casi cuatro kilos desde que estaba en prisión porque hacía la colada «a la antigua», pero se quejó de que sus jaquecas iban a peor.

También le contó al periodista que le habían «tendido una trampa» para que firmase la declaración acerca del envenenamiento de Doss. Esta no era la primera ocasión en la que insinuaba la existencia de una conspiración; meses antes le había contado a un reportero del *Tulsa World* que la habían engañado para que confesara los asesinatos de sus cuatro maridos y que había sacado la idea de su confesión del artículo de una revista. Quizá cayó en la cuenta de que su estatus de asesina famosa no iba a durar para siempre, y por tanto dejó de querer arrogarse esa identidad. Estaba forjando una versión mejorada de su propia historia: la inocente dama de «los corazones solitarios» embaucada por la policía.

Por lo demás, Nannie parecía de lo más feliz y sin ninguna gana de regresar a la vieja rutina del matrimonio y de las tareas domésticas. «Soy un poco rara —declaró—. Si me soltaran ahora mismo, me iría directa al hospital de Vinita y me contentaría con pasar allí el resto de mi vida. Menuda locura, ¿eh?»

Quizá el psiquiátrico fuera su lugar ideal, pero no por ello dejaba Nannie de adorar la vida en prisión. Allí podía hacer todo lo que Sam Doss le había negado: veía películas, tenía televisor y

de vez en cuando participaba en algún que otro baile («estrictamente restringido para las cincuenta internas»). Adoraba a su carcelera, la señora N. F. Whitaker, que era «como una madre» para ella. Nannie sufrió un infarto leve en septiembre y permaneció un mes en cama, pero, aparte de eso, se lo estaba pasando de maravilla. Ninguno de sus familiares supervivientes la visitó, aunque es posible que ella ya se lo esperara. La prisión, declaró, era «justo como estar en mi propio hogar».

Pero, para empezar, ¿qué era lo que Nannie Doss entendía por hogar? No pudo aceptar que su padre abandonara a su madre y rompiera el núcleo familiar, pero luego ella fue y destruyó por sí misma cinco retratos distintos del típico matrimonio americano. Pintó los asesinatos de sus maridos como los actos de una persona decepcionada con el amor —¡ay, la tonta de Nannie, siempre tan obcecada en su búsqueda del príncipe azul!—, pero se negó a admitir que fuera la responsable de la muerte de sus familiares. Se diría que Nannie tenía unas ideas muy concretas sobre el papel que debían desempeñar el marido y la familia, y que reaccionaba con furia cuando la gente la defraudaba al no cumplir con esos roles. (Lo dijo el abogado de la acusación, ¿recuerdan? Su «comportamiento agresivo ante la frustración da rienda suelta a su hostilidad hacia los hombres».) Parece probable que este trastorno de la conducta fuese provocado, o exacerbado, por la lesión que sufrió de pequeña, puesto que hay numerosos estudios que, en las últimas décadas, han establecido una relación de causalidad entre las lesiones del lóbulo frontal y el incremento de las manifestaciones violentas e impulsivas de la conducta humana. Quizá esas reacciones extremas de animal herido fueran producto de su primera y mayor decepción con otro ser humano: su padre, que asfixió sus anhelos de romance cuando era una niña, que prácticamente concertó su matrimonio y que terminó de dar al traste con sus ideales sobre el amor cuando abandonó a su madre.

Pero nada de todo esto sería explorado en profundidad por la prensa, ni entonces ni durante las décadas inmediatamente posteriores. En la actualidad, a Nannie se la sigue recordando como a la risueña abuelita asesina que leía novelas rosas en la cárcel y que estaba obsesionada con cambiar a sus maridos por nuevos modelos.

Y esta es la actitud que prevalece hoy en día con respecto a las ancianas que matan. La disparidad que existe entre el arquetipo de la abuelita (que nos sonrío desde debajo de un halo de pelo blanco, que prepara pasteles de chuparse los dedos, que es una fuente de bonitas historias sobre los viejos tiempos) y el arquetipo del asesino (generalmente hombre, de enorme fuerza física, que acecha a sus víctimas en callejones oscuros, que se cuelga por las ventanas de los dormitorios) resulta, sencillamente, demasiado grande como para poder conciliarlos. Las personas tienden a replegarse en el humor para afrontarlo o restarle valor. Como muestra de ello, no hay más que ver la exclamación de un editorial de la época dedicado a Nannie Doss: «¡Serás pillina, abuelita!».

En 2015, una señora rusa de sesenta y ocho años, llamada Tamara Samsonova, fue detenida bajo la acusación no solo de ser una asesina en serie, sino de haber practicado además el canibalismo, y se marcó un auténtico Nannie durante una entrevista, al lanzarles un beso a los periodistas. Los titulares de su caso están teñidos de una hilaridad macabra: en ellos la apodan como «LA ABUELITA DESTRIPIADORA», «LA ABUELITA DEL INFIERNO» y «GRANNYBAL LECTER». Son todos nombres muy graciosos, seguro, pero los crímenes de los que se la acusa son tan horrendos como

los del mismísimo Jack el Destripador. Y, sin embargo, cuando es una mujer quien los comete, ¿qué? ¿Se toma a broma? (Haciendo honor a la vetusta tradición que asocia desde siempre a las asesinas en serie a la cocina, las cámaras de seguridad captaron imágenes de Samsonova con una olla en cuyo interior transportaba, supuestamente, la cabeza de su última víctima.) O recordemos a Melissa Ann Shepard, una octogenaria y presunta asesina en serie de Canadá que, en 2016, recibió el mismo tratamiento en la prensa que Nannie. Un artículo sobre sus crímenes arrancaba así: «Tiene el aspecto de una dulce viejecita, pero...», mientras que otro la describía como una «asesina de mejillas sonrosadas». ¡Ay! Son sucesos que nos tomamos a guasa porque, en cierto modo, eso es para lo que nos han entrenado; por ejemplo, la película *Arsénico por compasión* presenta en todo momento con ironía y comicidad la trama de unas viejecitas que se dedican a matar. Pero estamos hablando de acabar con una vida humana, señores, y, cuando sucede en el mundo real, es algo terrible. La «asesina de mejillas sonrosadas» de Canadá drogó a un hombre con benzodiazepina y luego lo atropelló, pasando dos veces por encima de él con un coche. Nannie mató a la madre a la que aseguraba querer tanto. Esto son auténticas tragedias, no comedias.

Eso sí, hay que reconocer que Nannie era una tía muy lista. Sabía cómo sacar el máximo provecho de sus puntos fuertes. Fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que, como matamaridos, podía ocultarse tras esa máscara de boba enamorada y, posiblemente, salirse con la suya. Si la prensa la hubiese tratado de maníaca matricida, jamás habría acaparado la atención como lo hizo: las carcajadas de los cámaras, las bromas de los agentes de policía, ese médico que de verdad la creyó capaz de ser una excelente canguro. (Y Nannie, esa mujer que se había sentido siempre tan coartada por los hombres de su vida, desde el padre controlador al puritano Sam Doss, adoraba esa atención.) Era como una estrella de un *reality* de la televisión, destacando tan solo los aspectos más vendibles de su oscuro pasado. Poco a poco, su historia se convirtió en un retorcido cuento de hadas: la caprichosa princesita que no podía conseguir lo que quería, los malhadados pretendientes que no pudieron darle lo que ella necesitaba.

En prisión, Nannie conservó ese humor suyo marca de la casa. En mayo de 1957 bromearía: «Cuando están faltos de personal en la cocina, siempre me ofrezco para echar una mano, pero nunca me dejan trabajar ahí». La prensa, que seguía encandilada con ella, publicó estas declaraciones una y otra vez. Pero, tras dos años entre rejas, Nannie le confesó a un periodista del *Daily Oklahoman* que había perdido las ganas de vivir. Quería que la juzgaran de nuevo en Kansas o en Carolina del Norte, donde también la habían acusado de asesinato. «A lo mejor me condenan a la silla eléctrica», declaró.

Pero, ay, la vida prosiguió sin incidentes para la asesina a quien nadie se tomaba en serio. Cumplidos siete años de sentencia, simuló otro infarto, con el que consiguió que la sacaran de prisión, al menos temporalmente. (Los médicos no le hallaron ningún problema de salud. ¡Qué pillina, abuelita!) Tras diez años en la cárcel, el 2 de junio —coincidiendo con la fecha en la que había sido sentenciada a cadena perpetua—, Nannie Doss murió de leucemia.

Para entonces, su notoriedad se había agotado. La gente había dejado de prestarle atención hacía algunos años. Los titulares se refirieron a ella como «Matamaridos», «Envenenadora de cónyuges» y «Asesina confesa» cuando anunciaron su muerte, porque su nombre ya no bastaba

para recordarle al mundo por qué debía importarle la noticia.

LA PEOR MUJER DEL MUNDO



LIZZIE HALLIDAY

Al finales del siglo XIX, una mujer llamada Lizzie se hallaba cumpliendo pena de prisión por incendio intencionado en la Penitenciaría Estatal del Este, en Pensilvania. Durante su primer año y medio de encarcelamiento, había sido una reclusa modelo, pero dos meses antes de la fecha de su puesta en libertad empezó a tener un comportamiento extraño, un pelín trastornado. Así pues, se procedió a su traslado a un hospital psiquiátrico, donde los médicos confirmaron su demencia y se ocuparon de ella hasta que llegó el momento de que saliera en libertad.

Lizzie se dirigió entonces al estado de Nueva York en busca de empleo. En un pueblecito llamado Newburgh, conoció al viejo Paul Halliday, que andaba buscando servicio doméstico. Aquel hombre había estado casado y tenía seis hijos, uno de los cuales era deficiente mental y seguía viviendo con su padre en la granja Halliday. Lizzie informó al viejo de que solo hacía seis semanas que había llegado desde Irlanda. Convinieron en que él le pagaría un salario de cuarenta dólares al mes.

Más pronto que tarde, Halliday se dio cuenta de que, en lugar de pagarle por sus servicios, le saldría más a cuenta casarse con Lizzie y que esta hiciera todo aquel trabajo gratis. Además, la muchacha poseía un curioso encanto, de modo que tampoco le disgustaba la idea de tomarla como esposa. Le propuso que se casara con él, y ambos iniciaron una relación que tendría un «efecto peculiar», o al menos así la describirían los hijos de Halliday.

Y es que, verán ustedes, Lizzie, cual ángel vengador, causaba estragos allá donde iba, pero, por muchos horrores que le infligiera a su marido, este nunca la dejó. En la primavera de 1891, Halliday regresó un día a casa y se encontró un montón de cenizas humeantes en el lugar donde antes se levantaba su hogar. Lizzie, que se hallaba plantada junto a los escombros, le informó con toda la tranquilidad del mundo de que su hijo discapacitado acababa de quemarse vivo. Le contó que el chaval había muerto tratando de salvarla a ella de las llamas. Esta historia, sin embargo, sería desmentida cuando identificaron la puerta del dormitorio del chico: vieron que el cerrojo estaba echado, y era la propia Lizzie quien tenía la llave.

Aun así, Halliday siguió con ella. Menos de un mes después, Lizzie le incendió el granero y el molino, para luego decir que de todas formas necesitaba unos nuevos, y acto seguido se largó con otro hombre, decidida a convertirse en cuatrera. Pero Lizzie no llegó muy lejos y, tras ser detenida, fue encerrada de nuevo en prisión, donde casi inmediatamente empezó a arrancarse el pelo como una posesa y a chillarle a todo aquel que se prestara a escucharla. Tal fue el pandemonio que montó que consiguió la absolución por demencia, y fue trasladada al Hospital Estatal de Matteawan para Criminales Dementes, en la orilla opuesta del río Hudson.

Halliday puso el grito en el cielo cuando se enteró de aquella decisión. Lizzie estaba «perfectamente cuerda», insistió, y «lo único que buscaba con dichas acciones era conseguir inmunidad y librarse de pagar por sus crímenes». Pero los médicos del psiquiátrico no se mostraron de acuerdo. La tuvieron internada durante un año y luego, dictaminando que estaba curada, la soltaron y la pusieron bajo la custodia de Halliday.

La pareja sobrevivió a trancas y barrancas otro año más de matrimonio, y entonces Paul Halliday desapareció.

Lizzie les contó a los vecinos que su marido estaba fuera en un viaje de negocios, pero algunos de ellos se habían percatado de que hacía un par de días que sucedía algo sospechoso en la granja: ruidos extraños e inquietantes, sombras que rondaban sigilosamente la casa por la noche. Además, Lizzie Halliday era una mujer muy rara y los vecinos no se fiaban de ella. Así que, un día que Lizzie había salido, decidieron registrar la granja Halliday. Se preguntaban con cierto desasosiego si hallarían algún cadáver.

Hallaron dos.

## DE NATURAL, FEA

Lizzie Halliday, de soltera Elizabeth Margaret McNally, nació en el condado de Antrim, Irlanda, en 1860 y, cuando era niña, emigró al estado de Nueva York junto con sus padres y sus nueve hermanos. Ya en territorio estadounidense, se convirtió en una adolescente tempestuosa. «Siempre andaba buscando pelea y toda la familia acabó renegando de ella durante años —declararía su hermano John—. Tenía un temperamento tan agresivo que los empleos apenas le duraban.»

Era una muchacha violenta e impredecible. En una ocasión, atacó a su padre, y en otra se lanzó contra su hermana Jane. Y sus demostraciones de cariño, de haberlas, eran igual de desquiciadas. Cuando regresó a casa tras una larga ausencia y descubrió que su padre había muerto, se arrojó sobre su tumba y empezó a escarbar la tierra con sus propias manos.

Lizzie era menuda pero increíblemente fuerte, y la gente siempre se fijaba en sus musculosos brazos y piernas y en su bonita y clarísima tez irlandesa. Pero su prominente nariz y su ancha frente provocaban la burla e incluso el rechazo de quienes la veían. Un vecino declaró con tono asqueado que Lizzie «tenía una cara repulsiva, y la nariz más peculiar que he visto jamás». Un patrón la describió de la siguiente manera: «De natural, fea».

No había recibido educación alguna, pero era astuta, y siempre estaba buscando formas de conseguir dinero. Por desgracia, nunca impresionó favorablemente a ninguno de sus empleadores: vestía de forma estrafalaria, sufría frecuentes y repentinos cambios de humor y, para ser honestos, les daba pavor. Una vez, le lanzó un cuchillo a un joven que le estaba tomando el pelo; otra, le escupió a la cara a una niña pequeña. En una ocasión en la que uno de sus patrones intentó corregir su forma de hornear, Lizzie corrió chillando al juzgado más cercano, acusando al hombre de haberla agredido. Es más, era una gran aficionada a interponer denuncias; intentó, incluso, que arrestaran a dos chiquillos que la habían apuntado con sus pistolas de juguete. Pero, cuando se le pasaban aquellos arranques, uno podía encontrársela asistiendo a un servicio en la iglesia metodista o contemplando fascinada algún ritual de avivamiento religioso en la zona.

Entre un empleo y otro, se casaba, y, entre un matrimonio y otro, trabajaba. A los quince años, tomó por esposo a un viejo desertor del ejército que utilizaba el nombre falso de Ketspool Brown. Los dos vivieron aquella relación dominados por el miedo; Lizzie le contó a su familia que Brown la quería matar, mientras que Brown le dijo a su médico: «La temo; me ha amenazado de muerte». Tuvieron un hijo y la maternidad sumió a Lizzie en una espiral depresiva. En una ocasión en que

visitó a su hermana, se quejó de que no paraba de oír voces que cantaban y de ver constantes fogonazos de luz por la habitación. Y luego, en un momento dado, mientras estaba sentada remendando un vestido, gritó: «¿Qué sentido tiene vivir?» y acto seguido rasgó la prenda.

Después de tres años de casados, Ketspool Brown murió por fiebre tifoidea, y Lizzie siguió adelante con su vida. Tuvo tres maridos más, todos ellos considerablemente mayores que ella; pero ninguno de esos matrimonios fue feliz. De hecho, Lizzie intentó matar a uno de sus maridos con una taza de té envenenado, e hizo pedazos su colchón de plumas en medio de la calle sin razón aparente. Su quinto marido era joven y guapo, muy diferente de los demás, pero la relación se fue al garete cuando él le confesó que había «matado a golpes a su primera mujer». Aterrada, Lizzie huyó con su hijo a Filadelfia, donde montó una tienda, la aseguró y luego le prendió fuego para cobrar el seguro, destruyendo, de camino, varias casas colindantes.

Después de permanecer dos años recluida en la Penitenciaría del Este, y de pasar, luego, por el hospital psiquiátrico, Lizzie fue puesta en libertad; fue entonces cuando descubrió que su hijo había desaparecido. «Mi niño rondará ahora los doce años —le contaría a un periodista más adelante—. Lo llevo buscando desde entonces, pero no he conseguido encontrarlo.»

## EL CORAZÓN SECO

A escasos kilómetros de la granja Halliday vivía la encantadora e inocente familia McQuillan: Tom, de setenta y cuatro años de edad, su esposa Margaret y su hija de diecinueve años, Sarah. Corría el verano de 1893 y Sarah estaba disfrutando a lo grande de sus vacaciones. El 26 de agosto, se presentó en la casa una mujer que conducía una carreta; les dijo que era la señora Smith y que estaba buscando a una muchacha que la ayudase con la limpieza. En cualquier otro momento, habría sido Sarah quien aceptara el empleo, pero, como estaba encantada con sus días de descanso, Margaret se ofreció voluntaria. A una vecina le pareció que aquella señora Smith era una mujer un poco rara e insistió a Margaret para que no aceptara el trabajo. Pero la madre de Sarah no le hizo caso y se marchó en la carreta con la señora Smith, no sin antes despedirse con cierta ironía, exclamando: «¡Y, por si no os vuelvo a ver, adiós!».

A los pocos días, la tal señora Smith regresó a la casa de los McQuillan presa del pánico, diciendo que Margaret se había caído de una escalera y que había pedido ver a su hija desesperadamente. Tom McQuillan también quiso ir, pero la señora Smith se mostró inflexible: Margaret había insistido en ver a Sarah. Así que la muchacha se subió a la carreta y allá que se fueron las dos.

Después de dos días sin tener noticias de su esposa ni de su hija, Tom McQuillan empezó a sospechar y partió en busca de la casa de la señora Smith. No tardó en descubrir que la dirección y el nombre que le había dado la mujer eran falsos; nadie sabía de quién hablaba cuando les preguntaba por una misteriosa señora Smith que necesitaba que le limpiaran la casa.

Entretanto, uno de los hijos de Halliday también empezaba a sospechar que algo no iba bien. Su padre ya llevaba ausente demasiado tiempo y las excusas de Lizzie no contribuían a tranquilizarlo, precisamente. Después de pasarse unos cuantos días vigilando a Lizzie por si así podía averiguar lo que estaba sucediendo, el hijo acudió a la policía y consiguió una orden de registro.

Cuando el alguacil y sus agentes llegaron a la casa para proceder al registro, hallaron a Lizzie muy atareada limpiando unas manchas de sangre de una alfombra. Al verlos en el umbral, se levantó de un salto e, indignada, les dijo que los mataría si osaban entrar en su casa. El alguacil no hizo caso de su advertencia y Lizzie cogió un tablón y le golpeó en la mano, gritando que le dejaría «el corazón seco».

Los hombres no se dejaron intimidar y procedieron a registrar el inmueble. La casa parecía vacía, pero el granero enseguida desveló el terrible secreto que ocultaba. Debajo de una capa de basura, cubierta por un montón de heno, hallaron los cuerpos de Margaret y Sarah McQuillan. Estaban atadas de pies y manos, y tenían las cabezas cubiertas por sendos trapos. Las dos mujeres presentaban múltiples heridas de bala en el pecho.

La primera reacción de Lizzie fue negar la mayor, asegurando que, si algo malo había sucedido allí, ella no tenía nada que ver. Pero, pasado un rato, empezó a actuar de una manera un tanto peculiar. Se puso a pellizcarse la ropa, quejándose de que tenía chinches recorriéndole el cuerpo. Más tarde, cuando un vecino curioso le preguntó por el hallazgo de los cadáveres, ella se negó a mirarle a la cara, pero él percibió una «mirada taimada» en sus ojos cuando Lizzie volvió la cabeza hacia el otro lado. Poco a poco empezó a fraguarse una pregunta en las mentes de aquellos que la conocían. Una pregunta que tarde o temprano se haría todo el mundo acerca de Lizzie Halliday mientras esta vivió: ¿estaba loca o solo fingía?

## AVENTURAS FAMOSAS

Lizzie fue detenida y trasladada a la cárcel de Burlingham, y, mientras tanto, en la granja Halliday continuó la búsqueda de cuerpos. A estas alturas, los hijos supervivientes de Paul Halliday estaban terriblemente preocupados por la suerte que podía haber corrido su padre, así que uno de ellos convenció a un amigo para que lo ayudara y ambos se colaron en la granja una mañana bien temprano, para comprobar si a la policía se le había pasado alguna cosa por alto. Al registrar la cocina, los dos hombres repararon en que algunos de los tabloncillos del suelo no eran iguales que el resto y los arrancaron.

La tierra de debajo no estaba compacta y parecía haber sido removida recientemente, así que se hicieron con una palanca de hierro y la hundieron en la tierra hasta que tocaron con algo; pero no se trataba de un objeto duro, como una roca o un ladrillo. Allí debajo había algo blando. Espantados, corrieron en busca de ayuda.

Muy pronto, los peores temores del hijo se vieron confirmados: Lizzie Halliday había enterrado a su padre bajo los tabloncillos de madera del suelo de su propia cocina. El cadáver «en avanzado estado de descomposición» del viejo Paul Halliday presentaba múltiples heridas de bala en el pecho y había recibido un fuerte golpe en la cabeza, tan fuerte que el ojo izquierdo se le había salido de la cuenca.

El 8 de septiembre de 1893, Lizzie fue trasladada a una segunda prisión en Monticello, Nueva York. Las noticias sobre sus crímenes se habían propagado por toda la región, y su antigua casa en los alrededores de Newburgh fue desvalijada por los cazadores de reliquias morbosas. En Monticello, cientos de personas salieron a la calle para presenciar su llegada. Los carceleros la

introdujeron rápidamente en su celda sin sufrir ningún contratiempo, pero de vez en cuando ella soltaba algún que otro «chillido ensordecedor», como si quisiera «confirmarle al público que aguardaba en el exterior que la habían encerrado».

Lizzie resultó ser una prisionera muy teatrera, cosa que no contribuyó a su imagen pública. La gente pensaba que su presunta demencia era un poco exagerada, con todos aquellos monólogos incoherentes y todos aquellos gritos estridentes. Se rasgaba la ropa, hacía trizas las mantas, se negaba a comer y respondía a los interrogatorios con chaladuras incongruentes. Por añadidura, la mayor parte de las veces exhibía este comportamiento desquiciado solo cuando había alguien observando. Si uno conseguía echarle un vistazo cuando ella creía estar a solas, normalmente se la encontraba sentada en su cama «con aire taciturno, ensimismada», la viva imagen de una persona completamente cuerda. La gente polemizaba: ¿estaba loca o no? El 12 de septiembre, *The New York Times* haría una tajante declaración: «LA SEÑORA HALLIDAY NO ESTÁ LOCA». Pero, llegado el 7 de noviembre, un nuevo titular aireaba a los cuatro vientos: «LA SEÑORA HALLIDAY ESTABA LOCA». Nadie sabía qué pensar.

Por aquellos días, el público en general desconfiaba instintivamente de cualquier alegato de demencia. La gente lo llamaba la treta de la demencia, convencida de que había delincuentes que simulaban estar locos para librarse de la cárcel. Se había extendido una falsa idea de que existía un «abuso generalizado» de este alegato por parte de los abogados sin escrúpulos, que recurrían a él «como último recurso para engañar a la justicia». Pero lo cierto es que estas sospechas eran infundadas. «La gente cree equivocadamente (...) que la treta de la demencia funciona con mucha frecuencia —declararía el doctor Carlos F. MacDonald en 1895, a propósito del caso de Lizzie, durante una reunión de la Sociedad Médica del estado de Nueva York—. Hay cierto número de casos en los que se solicita de forma injustificada, pero es un hecho probado que apenas se *concede* de forma injustificada.»

Hubo una mujer que quiso comprobar personalmente si Lizzie estaba valiéndose de la treta de la demencia. Nellie Bly era una intrépida reportera, famosa por sus agudas investigaciones sobre el Manicomio de Mujeres de la isla de Blackwell y sobre el escabroso tráfico de bebés que se llevaba a cabo en la ciudad de Nueva York. Bly explotó su considerable popularidad para conseguir en exclusiva una doble entrevista con Lizzie, y, en octubre, pudo encontrarse por fin cara a cara con la triple asesina. La celda, como pudo observar Bly, estaba decorada con fotografías de políticos y de modelos de lencería que habían sido arrancadas de revistas. Había un artículo de fondo a doble página, titulado «AVENTURAS FAMOSAS», desplegado y expuesto en el alféizar, junto a una pequeña lata llena de flores.

Le llevó un buen rato conseguir que Lizzie hablase sobre los asesinatos de las McQuillan —al principio solo quería abordar su situación económica de cuando vivía en Newburgh—, pero al final consiguió que se sincerase. Bueno, más o menos. Lizzie le salió con una historia absurda sobre la noche de los asesinatos, afirmando que ella se encontraba bebiendo aguardiente y comiendo pan con mantequilla con Paul Halliday y los tres McQuillan cuando, no sabía muy bien cómo, alguien la había dormido con cloroformo. Mientras ella estaba inconsciente, esa misma persona se las había arreglado para matar tanto a Paul Halliday como a las dos McQuillan, y, al despertar, Lizzie no tenía ni idea de que hubiese sucedido nada malo.

Como era de esperar, Bly no se creyó en ningún momento aquel cuento chino, y le preguntó a Lizzie cómo era posible que no hubiese reparado en las manchas de sangre y en los agujeros de bala que había por la casa, o en el hecho más que evidente de que algo había sido enterrado bajo el suelo de la cocina. «No vi nada», respondió Lizzie tranquilamente.

Lo cierto es que aquella no era la primera vez que Lizzie recurría a esta extravagante retórica, reconociendo que se encontraba en el escenario del crimen, pero negando con rotundidad cualquier responsabilidad al respecto. Cuando la encarcelaron por incendio intencionado en Pensilvania, su coartada había sido igualmente pasiva y victimista: «Derramaron el aceite de un farol en el suelo y le prendieron fuego con una cerilla. Lo vi todo, pero no fui yo quien lo hizo. No dije nada porque temí que pudieran matarme, así que me quedé en la cama tumbada con los ojos abiertos, contemplando cómo lo hacían».

En el transcurso de la entrevista con Bly, Lizzie mencionó a una «banda» misteriosa que se dedicaba a disparar a sus víctimas «donde más daño hacía», es decir, directamente en el corazón. En una segunda entrevista con Bly, Lizzie eliminó la parte del cloroformo, pero introdujo de nuevo a la banda, asegurando en esta ocasión que, cuando se llevaron a cabo los asesinatos, ella se encontraba fuera de la casa, observándolo todo por la ventana. «Las McQuillan estaban sentadas en el sofá y [un hombre] les disparó —dijo—. Oí cómo una de ellas gemía al ser alcanzada por la bala y, entonces, abría los ojos y le decía: “¡Dios mío! ¿Me ha traído aquí solo para asesinarme?”»

Bly tenía muy claro que Lizzie le estaba contando una mentira tras otra. Finalmente, se hartó y decidió dejarse de rodeos. «Lo que yo creo es que usted asesinó y enterró, sola y sin ayuda, a su marido y a las McQuillan —le espetó a Lizzie—. No me creo que haya estado usted loca ni por un momento en toda su vida, y es usted la asesina más astuta y fabulosa que el mundo haya conocido jamás.»

Lizzie se limitó a sonreír.

Pero Bly, que estaba resuelta a obtener una confesión, le apretó un poco más las tuercas. «¿Mató o no mató usted a esas personas?», preguntó. Seguían en la celda y ya era casi medianoche. «Quizá en otro momento. Me duele la cabeza —contestó Lizzie—. Quizá en otro momento.»

Bly se levantó y se aprestó a marcharse, pero se detuvo en el umbral de la celda para plantear una última pregunta: ¿se arrepentía Lizzie de sus crímenes?

Lizzie sonrió de nuevo. «Dios me la enviará a usted de vuelta», fue su respuesta. Y Bly abandonó la celda, sintiendo cómo «un leve escalofrío» le recorría el cuerpo.

\* \* \*

«NO SE MERECE TENER AMIGOS. NO MÁS QUE UN GATO.»

Lizzie se tornó más y más violenta mientras aguardaba la celebración del juicio. Atacó a la menuda esposa del *sheriff*, retiró las plantillas de acero de las suelas de sus pesadas botas y las escondió para utilizarlas como armas, e intentó prenderle fuego a su celda. También inició una huelga de hambre. Después, al ver que no conseguía que la liberaran con ninguna de estas tretas,

arrancó un jirón de tela del bajo de su vestido e intentó colgarse de la puerta de su celda. Para cuando el *sheriff* consiguió cortar aquella soga improvisada, la mujer tenía los ojos desorbitados y el rostro desencajado, pero todavía respiraba. Cinco días después de su ahorcamiento fallido, Lizzie rompió el vidrio de la ventana de su celda y se infligió diversos cortes en la garganta y en los codos con un fragmento de cristal. El *sheriff* se la encontró sentada en la cama, cubierta de sangre. «Se me ha ocurrido que podría cortarme para ver si sangraba», le explicó Lizzie al médico. Después de este suceso, se la encadenó a una anilla de hierro fijada al suelo, en el centro de la celda.

Los escépticos aún insistían en que todo aquello era una pantomima. ¿Por qué si no se habría colgado de la puerta de la celda justo antes de la hora en que el *sheriff* hacía su ronda, como ella bien sabía? Otros pensaban que sus intentos de suicidio eran auténticos y que se debían a que Lizzie creía que la celebración de su juicio era inminente. Lo cierto es que este había sido pospuesto hasta la primavera —por entonces ya era casi Navidad—, pero nadie se había molestado en comunicárselo a ella.

El juicio dio comienzo, por fin, el 18 de junio en Monticello. Al tiempo que una flaquísima y apocada Lizzie hacía su entrada en la sala, la gente se agolpaba en la calle con la esperanza de ver a la asesina, aunque solo fuera por un segundo. Su abogado, George H. Carpenter, basó su defensa en el alegato de demencia, mientras que la acusación trató de demostrar que el móvil que la había llevado a matar a las dos mujeres era el dinero. Thomas McQuillan rompió a llorar cuando tuvo que identificar un juego de anillos que había pertenecido a su hija asesinada. Lizzie se pellizcó la nariz con tanta fuerza que se la dejó en carne viva.

La defensa admitió prácticamente todas las pruebas: sí, las balas correspondían a la pistola; sí, los anillos pertenecían a Sarah McQuillan. Intentaron justificar la presencia de la sangre en la alfombra alegando que Lizzie no era excesivamente limpia y que «no tomaba las precauciones que habitualmente toman las mujeres». En otras palabras, alegaron que se trataba de manchas de sangre menstrual, no de «sangre del corazón». El hecho de que la defensa osara plantear semejante argumento dice mucho de la imagen que el público se había formado de Lizzie: la veían como una mujer sin educación y sin higiene; prácticamente como una salvaje.

George H. Carpenter sabía que no podía demostrar la inocencia de su cliente, pero pensó que quizá sí podría probar que esta no diferenciaba el bien del mal. Empleó un doble argumento: (1) Lizzie Halliday estaba loca de atar, y (2) los crímenes carecían de móvil, lo que no hacía sino reforzar la idea de que era una demente. Carpenter llamó al estrado a un supervisor del psiquiátrico y a tres médicos para que confirmasen su demencia, y también al carcelero que se ocupó de vigilarla en la época en la que Lizzie había sido aspirante a cuatrera. Este último le dijo al tribunal que Lizzie solía chillar «¡Ma! ¡Pa! ¡Nancy!» desde su celda. «Salvaje como un halcón —declaró—. Estaba loca entonces... y también lo está ahora.»

Durante el juicio, numerosos médicos se pasaron por la celda de Lizzie para examinarla y determinar si presentaba signos de locura. A menudo se encontraban a la presa parloteando con el Espíritu Santo. En una ocasión, hizo ademán de lanzarse sobre ellos enarbolando la tapa del retrete, dispuesta a destrozarse unos cuantos cráneos. Sus respuestas a las preguntas más simples eran siempre absurdas y disparatadas. ¿Edad? «Diecinueve mofetas.» ¿Domicilio? «Le he lavado

la camisa.» ¿Nombre del padre? «Me ha robado lo que es mío.»

«Es una teatrera —dictaminó uno de los médicos— y está sobreactuando.»

George H. Carpenter contendió apasionadamente en favor de su desdichada cliente, haciendo notar que Lizzie, en lugar de alzar la voz en su propia defensa, permanecía allí sentada, en silencio, sin un solo familiar o amigo en la sala mientras la muchedumbre la observaba «como si de una fiera salvaje o de un monstruo se tratara». Suplicó al jurado que considerara la arbitrariedad del asesinato de las McQuillan como una clara evidencia de que aquella mujer no sabía lo que hacía. Pero el abogado de la acusación, en cambio, urgió al jurado a que se planteara «exterminar a la reclusa por ser enemiga de la sociedad». No tenía ni pizca de loca, dijo, a la vez que destacaba el hecho de que, en su día a día, Lizzie Halliday era perfectamente capaz de acudir a sus citas, dar de comer a su caballo y moverse con absoluta normalidad por la sociedad. Además, diríase que para contrarrestar la alusión de Carpenter a que Lizzie no tenía amigos, el fiscal espetó con ironía: «No se merecía tener amigos. No más que un gato».

El jurado solo necesitó unas pocas horas para llegar a la misma conclusión: Lizzie Halliday no estaba loca, ni en lo más mínimo, y era culpable de asesinato en primer grado. Lizzie se cubrió el rostro con su pañuelo y guardó silencio. George H. Carpenter se echó a llorar.

## LA COMISIÓN MÉDICA

«PENA DE MUERTE PARA LA SEÑORA HALLIDAY», rezaban los titulares al día siguiente. Esa misma mañana Lizzie fue introducida a rastras en la sala del tribunal y permaneció de pie, sin que su mirada reflejara discernimiento alguno, mientras el juez procedía a la lectura del veredicto: muerte en la silla eléctrica. Era la primera vez en la historia que una mujer recibía esta sentencia.

Ahora que la idea de la muerte de Lizzie se había convertido en algo tangible, la opinión pública empezó, de pronto, a cuestionar la legitimidad de aquella decisión. La gente no se esperaba la silla eléctrica. Muchas personas la consideraban un castigo demasiado inhumano, más aún cuando nunca habían visto a una mujer morir de esa forma. En cuestión de pocos días, empezó a hablarse de la posibilidad de solicitar al gobernador de Nueva York, Roswell Pettibone Flower, que nombrase a una comisión médica para que estudiase con más detenimiento el estado mental de Lizzie.

En julio, el gobernador Flower aceptó, y designó a tres médicos para que examinaran en profundidad la psique de Lizzie Halliday. La prensa aplaudió esta decisión, considerándola todo un acto humanitario, al tiempo que en sus propios artículos seguían oscilando entre defender la cordura y la demencia. El hecho de que Lizzie Halliday estuviera loca explicaría muchas cosas, entre ellas el crimen contra las McQuillan, que a ojos del público no tenía ningún sentido. Lizzie no obtenía ningún beneficio de aquellos asesinatos y, además, apenas conocía a las víctimas. Pero, por otro lado, había sido declarada oficialmente cuerda por el tribunal. «La gente de campo» tenía una sencilla explicación para su estado mental: pura y simple «malicia». «Para ellos, la ausencia de un móvil resultaba de lo más evidente —escribió un periodista—, de forma que volvieron a la teoría de la depravación.»

Los médicos de la comisión del gobernador Flower tuvieron a Lizzie en observación durante el

mes de julio, mientras ella aguardaba su ejecución. Repararon en que tenía el pulso acelerado y presentaba una «extrema delgadez». Empezaba a presentar síntomas de diabetes y tenía un «flujo menstrual excesivamente abundante». Se había introducido trozos de tela de su vestido en los orificios de la nariz y en los oídos. Parecía sumida en un estado de absoluta insensibilidad: las moscas se paseaban por su cara y ella no las espantaba; los médicos la pincharon con un bisturí y ella no mostró reacción alguna. Babeaba de manera constante, le moqueaba la nariz, maldecía a todo el mundo sin mediar provocación alguna, repetía sin cesar el número trece y parecía creer que un río discurría por el exterior de la puerta de su celda. Los médicos transcribieron algunas de sus divagaciones:

Él me rompió una costilla. Me has cosido ese oso al cuerpo. Fuiste tú quien lo hizo. Me los cosiste al cuerpo. Me rompiste tres de mis patas. Me tiraste por la buhardilla. Me echaste un abrigo de clavos encima. Ellos no te quieren en su casa. Me van a serrar la nariz. Quitadme esas serpientes de encima. Las trajiste tú, en una cesta. Me las ataste al cuerpo.

Los médicos certificaron sus aptitudes intelectuales —poseía la inteligencia suficiente para planear y ejecutar múltiples asesinatos—, pero también destacaron que le resultaba imposible resistirse a los impulsos. Carecía de la «capacidad de escoger», dijeron. La violencia brotaba de ella sin que fuera consciente de ello. «Demencia impulsiva consciente», la denominó uno de los médicos, y se mostró profundamente escandalizado por el hecho de que el testimonio previo de un médico llamado Mann —que «se hace pasar por experto» y que se había doblegado a «las demandas de una opinión pública exaltada y clamorosa»— hubiese sido prácticamente el responsable de atarle a Lizzie la soga al cuello. En su opinión, no había ninguna duda de que Lizzie era incapaz de controlar su naturaleza acusadamente violenta.

Los otros dos médicos estuvieron de acuerdo. No podían aseverar con total seguridad si Lizzie era consciente «de la naturaleza y de las consecuencias» de sus crímenes, pero estaban convencidos de que carecía de la «capacidad de escoger entre cometerlos o no». Debido a todas estas razones, la declararon demente.

Esta era la primera vez que alguien realizaba un examen pormenorizado del estado mental de Lizzie, y lo cierto es que la salvó. La trasladaron al psiquiátrico estatal para criminales de Matteawan y la internaron allí de por vida.

## HOSPITAL ESTATAL DE MATTEAWAN PARA CRIMINALES DEMENTES

El psiquiátrico hizo maravillas con Lizzie. A su llegada, deliraba sobre la presencia de bichos por todas partes y murmuraba incoherencias, pero el supervisor la sentó en su despacho y le dijo que, si quería que la trataran bien en el hospital, era necesario que se comportase con el mayor civismo posible. Y, sorprendentemente, Lizzie le hizo caso. Empezó a asearse, dejó de insultar a los médicos e incluso empezó a realizar pequeñas tareas. Como todavía era una celebridad, los periodistas se pasaban de vez en cuando por allí para informar de que la asesina más sanguinaria del país estaba ahora absorta en sus labores de costura.

Pero, a finales de agosto de 1895, escasos días después de que un periodista escribiera que la

presa había «perdido esa mirada fiera tan característica de su demencia» y se mostraba «tranquila, ocupada y contenta», Lizzie recayó en sus maquinaciones.

En el hospital, había trabado amistad con una tal Jane Shannon, otra homicida como ella, y ambas le habían cogido ojeriza a una bonita y joven celadora llamada Kate Ward. Lizzie insistía en que «había recuperado la cordura» y en que debía ser trasladada de nuevo a una cárcel común, a la par que declaraba estar convencida de que todos los trabajadores del psiquiátrico en general —y Ward en particular— conspiraban contra ella para que no saliera de Matteawan. De modo que, un día, en las duchas, Lizzie y Shannon se acercaron sigilosamente por la espalda a Ward, dispuestas a derramar un poco de sangre.

Lizzie, más fuerte que nunca, tiró a Ward al suelo y le embutió una toalla en la boca. Mientras Shannon sujetaba a la muchacha, Lizzie empezó a arrancarle el pelo, a arañarle la cara y a asestarle puñetazos con brutalidad. Para cuando los otros celadores se dieron cuenta de lo que sucedía en las duchas, Ward ya estaba inconsciente. Si hubieran llegado un poco más tarde, es probable que su compañera hubiese muerto.

Lizzie cumplió con su castigo por el ataque confinada en aislamiento, pero al cabo de un tiempo el supervisor dio su autorización para que volviera al mismo régimen que los demás internos. Entonces se calmó, su comportamiento experimentó de nuevo una mejoría y, así, poco a poco, fueron pasando los años sin más incidencias. Engordó veintisiete kilos después de haberse pasado meses matándose de hambre en prisión. En 1896, sufrió un grave episodio de sarampión, sobre el cual la prensa informó debidamente a los ciudadanos.

En 1897, Lizzie se obsesionó con las dentaduras postizas. Quería que le reemplazaran todas y cada una de las piezas dentales de su boca porque estaba convencida de que, con una nueva dentadura, estaría más atractiva. De modo que empezó a fingir dolores de muelas y les dijo a los médicos que la única solución era sacarle todos los dientes de la cabeza. Los sanitarios la exploraron y comprobaron que tenía la dentadura perfectamente sana, pero Lizzie siguió quejándose y, unos seis meses después, acabó saliéndose con la suya. Se la llevaron de excursión a un pueblecito llamado Fishkill Landing, donde un valiente dentista le colocó una nueva y reluciente dentadura.

Se reunió toda una muchedumbre en los alrededores de la consulta, aguardando su salida, y cuando Lizzie emergió por la puerta sonrió de oreja a oreja, con cara de estar la mar de contenta. Quizá tuviera la sensación de que había escalado oficialmente de categoría en el mundo. Ella jamás se habría podido costear unos dientes nuevos en el pasado, cuando trabajaba de asistente e iba saltando de marido en marido con su hijo pequeño a cuestas.

El otoño siguiente, un grupo de internos escribió y representó un «emocionante drama bélico» en el psiquiátrico. Lizzie Halliday asistió a la función y se sentó en una de las primeras filas. No había llorado ni pronunciado una sola palabra durante su propio y emocionante drama personal, pero ahora, como parte del público, se ponía a sollozar cada vez que el héroe se hallaba en peligro. La prensa se refociló al publicar este detalle. Aquel momento parecía un punto final para la historia de Lizzie, un remate conmovedor..., casi incluso la redención.

## EL ÚLTIMO ASESINATO

Nellie Wicks era una de las mejores celadoras de Matteawan. Solo tenía veinticuatro años y ya había sido ascendida a jefa de celadoras de la unidad de mujeres. Wicks tenía la esperanza de poder abandonar el psiquiátrico para estudiar Enfermería, pero rara vez compartía este sueño con nadie.

Una de sus pacientes estrella era Lizzie Halliday, que para entonces ya rondaba los cuarenta y tantos. Lizzie se había vuelto una reclusa tan apacible y digna de confianza que gozaba de ciertos privilegios en las tareas de costura; a saber, tenía acceso a una cesta repleta de material: telas, hilos, tijeras... A veces farfullaba alguna que otra vaga amenaza de muerte, pero ya nadie del psiquiátrico hacía caso de aquellas salidas. Lizzie nunca intentaba cumplirlas.

En el otoño de 1906, Wicks les comunicó una gran noticia: abandonaba el psiquiátrico para irse a estudiar y convertirse en enfermera. Lizzie se quedó destrozada y le suplicó a Wicks que no se marchara, pero esta la tranquilizó y le aseguró que todo iría bien. Conforme se aproximaba la fecha de su partida, Lizzie dejó de suplicar y empezó a amenazarla, diciendo que prefería matar a Wicks antes que permitir que se marchase. Como de costumbre, nadie prestó atención a las intimidaciones de Lizzie, y mucho menos Wicks. Ella sabía que entre ambas existía un vínculo especial, y estaba genuinamente convencida de que Lizzie no le haría daño jamás.

Pero, en lo más hondo de la mente de Lizzie, los viejos impulsos asesinos habían empezado a despertarse de nuevo. Una mañana, justo en el momento en que Wicks entraba en el aseo, Lizzie se le acercó por detrás blandiendo unas tijeras de la cesta de costura. Wicks no reparó en que había alguien más en la estancia hasta que Lizzie le asestó un fuerte golpe en la cabeza. Cuando Wicks cayó al suelo, Lizzie le arrebató las llaves y cerró el baño por dentro. Entonces procedió a apuñalar a Wicks más de doscientas veces: en la cara, en el cuello y «donde más daño hacía», es decir, en el corazón.

Los celadores oyeron gritar a Wicks, pero cuando consiguieron echar la puerta abajo ya era demasiado tarde. Wicks estaba inconsciente y sangraba con profusión. Murió en un catre veinte minutos después. En lugar de convertirse en enfermera, se hizo macabramente famosa, pues fue la primera funcionaria de prisiones de Estados Unidos (de la que se tuviera noticia) que murió en acto de servicio.

Cuando el juez de instrucción le preguntó a Lizzie por qué lo había hecho, ella respondió: «Intentó abandonarme».

## LAPEOR

Pero volvamos a la vieja cuestión de si Lizzie se estaba haciendo pasar por loca o no. Más de un siglo después, el informe de la comisión médica sigue sonando acertado: Lizzie era inteligente, astuta y, en ocasiones, consciente de sí misma, pero también era incapaz de resistirse a sus brotes de violencia. (Y, seamos honestos, aun cuando estuviera completamente en sus cabales, el solo hecho de fingir estar loca durante décadas parece, ya de por sí, un acto bastante demente.)

Pero también es probable que Lizzie fingiera determinados comportamientos. Parecía conocer

muy bien el aspecto que presentaba la «locura» a ojos de la opinión pública, y lo reprodujo a la perfección: los gritos histéricos desde la celda de la prisión, la forma en que recuperaba la calma cuando pensaba que nadie la observaba. Ninguna de estas conductas invalida el diagnóstico de la comisión médica en sí —¡ninguna la convierte en una persona cuerda!—, pero sí explican el porqué de la polémica que provocó entre el público y la prensa. Todos buscaban una malicia subyacente, de ahí que les costase tanto aceptar el hecho de que Lizzie no tuviera ni idea de lo que estaba haciendo cuando hurtó las tijeras para matar a Wicks o cuando atrajo a las McQuillan a su casa o cuando golpeó a Paul Halliday con tanta fuerza en la cabeza que le hizo saltar el ojo izquierdo. Es posible que fuera «salvaje como un halcón», pero sabía cómo premeditar un asesinato, que es precisamente lo que hacía de ella un elemento tan terrorífico.

Hubo quienes intentaron excusar sus crímenes en términos mucho más sexistas, a la par que absurdos —seamos francos—; quizá porque, al fin y al cabo, la «locura» era una explicación demasiado vaga, intimidatoria e insatisfactoria para el asesinato. Por ejemplo, están los que especularon con la idea de que los «brotos de enajenación mental» de Lizzie se producían cada vez que ella se quedaba embarazada, pero que todos sus bebés nacían muertos. Otros estaban convencidos de que tenía un amante secreto que la ayudó a arrastrar los pesados cuerpos de las McQuillan hasta el granero, porque, decían, Lizzie no tenía la fuerza suficiente para hacerlo ella sola. También había quienes aseguraban que Lizzie, en su juventud, había sido «una joven y bonita integrante de un grupo itinerante de gitanos» y que, de un modo u otro, esa libertad había degenerado en violencia en su corazón. Hubo quienes creyeron, incluso, que Lizzie era nada más y nada menos que el mismísimo Jack el Destripador, venido a Estados Unidos para causar estragos en más cuerpos femeninos. Cuando alguien por fin se atrevió a preguntarle si ella era el Destripador, Lizzie le espetó: «¿Acaso se creen que soy un elefante? Eso lo hizo un hombre».

Quizá la explicación más vaga que se diera a los crímenes de Lizzie —más allá de la simple y llana «malicia»— proceda de los titulares de la prensa, que seguía cada uno de sus movimientos. Los periódicos se referían a ella con un lenguaje repleto de calificativos exagerados y superlativos: «Asesina múltiple», «Archiasesina», «La peor mujer del mundo». Se convirtió en un símbolo del horror más inimaginable, en la fémica más terrorífica jamás vista en el Nueva York de finales de siglo. Aquellos términos transmitían un cierto regodeo, un cierto retintín de espectáculo de monstruosidades: «¡Vengan y vean a la Peor Mujer del Mundo junto a la Dama de Dos Cabezas! ¡Échenle un vistazo por solo cincuenta centavos!».

Un siglo después, la asesina múltiple Aileen Wuornos se ganaría a pulso otro gran superlativo —la *primera* asesina en serie de la historia— que vino a confirmar, como sucedió con Lizzie, esa potente combinación de frenesí mediático y «amnesia colectiva» que convierte a las asesinas en mujeres tan dignas de escrutinio durante su vida y tan susceptibles de caer en el olvido después. Wuornos no fue la primera, de la misma manera que Lizzie no fue, probablemente, la peor. Pero sonaba de maravilla colgarles ese calificativo. Y, además, llamaba la atención de la gente.

Quizá fue el hecho de que pareciera tan empapada de violencia, tan intrínsecamente homicida, lo que provocó que Lizzie despertara un mayor rechazo en el tribunal y en los medios que otras asesinas en serie que se cobraron más víctimas que ella. El problema es que Lizzie asesinaba..., bueno, asesinaba como un hombre. La mayoría de las asesinas en serie se sirven de veneno, no de

la violencia física, y suelen acabar con las vidas de sus más allegados. Pero Lizzie Halliday no. Lizzie apuñalaba, disparaba, aporreaba e iba a la caza de extraños. (No resulta muy sorprendente que la compararan con Jack el Destripador.) Hasta su aspecto físico corroboraba esta idea de que, en cierta forma, era poco femenina. Lizzie no tenía nada que encandilara a la gente, ningún rasgo atractivo al que aferrarse de la misma manera en que la gente se aferraba a otras asesinas más guapas. Lizzie ofrecía una imagen escuálida y primitiva: salvaje como un halcón, infiel como un gato, sangrando sobre la alfombra, permitiendo que las moscas se pasearan por toda su cara. No es que únicamente fuera poco femenina, es que era inhumana.

Y, aunque «solo» mató a cinco personas (que sepamos), el hecho de que continuara matando aun después de haber sido condenada contribuyó a que se la viese como una asesina irredimible, una persona que *siempre* sería mala, la peor, lo peor de lo peor. Ni el aparato legislativo ni la medicina podían sofocar aquella inagotable fuente de violencia que brotaba de su interior. Intentaron contenerla, pero no fueron capaces ni de detenerla ni de salvarla, porque de lo que ella necesitaba escapar —de lo que ella nunca podría escapar— era de sí misma.

El 28 de junio de 1918, la pobre, loca y astuta Lizzie Halliday murió a causa de la enfermedad de Bright (una inflamación crónica de los riñones). Tenía cincuenta y ocho años y había pasado la mitad de su vida internada en el psiquiátrico. Ninguno de sus familiares reclamó su cuerpo, de modo que fue enterrada en el cementerio del hospital, donde las tumbas están identificadas solo con números. Algunas décadas más tarde, el psiquiátrico cerró sus puertas. Ahora, después de haber sido merecedora de los mayores superlativos de los periódicos durante años, Lizzie yace bajo una lápida sin nombre, invadida por la hierba y por las flores.

EL DIABLO EN FORMA  
DE SANTA



ELIZABETH RIDGEWAY

Elizabeth Ridgeway se crio en un hogar de buenos cristianos, pero debió de cruzarse con el diablo en algún punto del camino. Al final de su vida, le achacaría sus fechorías a un «espíritu familiar» —el demonio de una bruja, por así decirlo— que yacía con ella por las noches y le susurraba cosas malignas al oído. A Elizabeth la Iglesia le era completamente indiferente, y prefería quedarse en casa removiendo su caldero. Era una mujer muy susceptible a las ofensas, mentía sin esfuerzo alguno y sentía una angustia perpetua por su incapacidad de experimentar el amor. Y, aun cuando vivió en el siglo XVII y solo aparece mencionada en dos fuentes que se conservan de la época, resulta sorprendentemente cercana, espíritu familiar incluido.

Elizabeth nació en una diminuta población de Gran Bretaña, llamada Ibstock, en la segunda mitad del siglo XVII. Su padre era un granjero apellidado Husbands. A pesar de ser un pueblecito tan tranquilo y aletargado, Ibstock no estaba a salvo de los temibles brotes de violencia rural que surgían de vez en cuando, como salidos de ninguna parte. En una ocasión en que Ralph Josselin, el vicario de una aldea situada más al sur, pernoctó en Ibstock, se quedó estupefacto al enterarse a la mañana siguiente de que un hombre había sido asesinado en la calle, justo al lado de sus dependencias, mientras dormía. «Tengo motivos para estarle agradecido a Dios de por vida, por haberme librado del mal en este día», escribió en su diario, muy afectado.

La violencia, Dios y los hombres: esos eran los tres elementos que conformaban la vida de Elizabeth.

## FLIRTEANDO EN LA INGLATERRA DEL SIGLO XVII

Elizabeth vivió en casa de sus padres más o menos hasta los veintinueve años, una soltería lo bastante prolongada como para que en el pueblo todo el mundo diera por hecho que se trataba de una «Servidora del Señor, seguidora de los presbiterianos». Pero esto no era más que una fachada; de hecho, la propia Elizabeth informó a un pastor de que «no sentía el más mínimo interés ni por la Iglesia ni por las reuniones religiosas privadas». Tenía muy mal genio y no le sentaba nada bien que le llevaran la contraria. Cuando ella y su madre se enzarzaron en una fuerte discusión —ya fuera «por alguna discrepancia relativa a los Asuntos Domésticos» o un sermón de su madre por «alguna otra cosa que no le gustaba [de Elizabeth]»—, la hija no tardó en despachar a su progenitora con veneno.

Muerta la madre, Elizabeth pasó a ocuparse de la casa de su padre, quien desconocía por completo la verdadera causa del repentino fallecimiento de su querida esposa. No obstante, después de pasar un año más en el hogar familiar, Elizabeth decidió que ya era hora de seguir adelante con su vida. Ansiaba nuevos estímulos y es posible que hasta se sintiera algo molesta con su padre, puesto que él —al igual que su difunta madre— no paraba de decirle lo que tenía que hacer. Así que se marchó de la granja de su padre y consiguió un empleo en el pueblo, para trabajar y vivir como sirvienta en el hogar de una familia acomodada.

Su patrón rara vez se encontraba en casa, de modo que Elizabeth gozaba de plena libertad para entretener a todos los visitantes masculinos que a su joven y apasionado corazón le placía. Y vaya que si los entretenía. Su método de flirteo preferido consistía en hablarles de amor y de matrimonio, dando a entender claramente que el hombre en cuestión podía ser el elegido, y en hacerles un montón de promesas que en ningún momento tenía intención de cumplir. Pero lo cierto es que tenía un par de favoritos entre sus muchos amantes: le gustaba John King, y le *encantaba* Thomas Ridgeway. King trabajaba de sirviente en otra casa de Istock y se hallaba, por tanto, más o menos en el mismo escalafón social que Elizabeth. Pero Ridgeway era un sastre con dos aprendices a su cargo, y su nombre tenía cierto caché en el pueblo.

Al tiempo que flirteaba con sus pretendientes, Elizabeth había empezado a profesarle un profundo rencor a uno de sus compañeros de trabajo. El problema había surgido a raíz de un pequeño desacuerdo sin importancia, posiblemente relacionado con las tareas domésticas, pero, en lugar de discutir el asunto cara a cara con el otro sirviente, Elizabeth se guardó su ira para sí misma hasta que no pudo soportarlo más. Esto era muy típico de ella; siempre había destacado por su «ánimo obstinado y resentido». Después de todo, había matado a su madre por una nimiedad similar. Una mañana, el joven sirviente que tanto la irritaba se levantó perfectamente sano, pero, después de que Elizabeth disolviera mercurio blanco en su ración de sopa, empezó a quejarse de que no se encontraba bien y murió agónicamente pocas horas más tarde.

A finales de aquel verano, Elizabeth se dio cuenta de que había permitido que el doblete John King/Thomas Ridgeway se prolongara durante demasiado tiempo. Ambos estaban convencidos de que iba a casarse con ellos: ella se había mostrado «tan liberal» con los dos que resultaba comprensible que albergaran aquellas expectativas, dadas las convenciones sociales de la época, y ya no había forma de zafarse de ese triángulo amoroso sin romper algún que otro corazón y sin escandalizar a las matronas valedoras de la sociedad..., es decir, a no ser que alguien muriera.

Para entonces, Elizabeth tenía bien claro que prefería al más rico e influyente Ridgeway. Pero debía evitar a toda costa que King se enterase del asunto antes de que ella estuviese preparada para deshacerse de él, pues, de no ser así, este podría dejarse llevar por la ira y, si lo deseaba, arruinar su reputación. De modo que siguió engatusando a King con besos y promesas susurradas, hasta que halló la oportunidad de «prepararle alguna suerte de bebedizo que lo envió al otro mundo».

Pobre John King, él que creía haber encontrado a su futura esposa y, en cambio, se topó con que su amante era una asesina. Su muerte no fue nada agradable; además de repentina, resultó extraña e incluso memorable: su sangre «se volvió negra», le ardían las entrañas y tuvo la sensación de que el estómago se le retorció violentamente. Elizabeth se sintió aliviada cuando él, por fin, se derrumbó en el suelo.

Muerto John King, Elizabeth pasó el invierno como una sirvienta fiel y recatada, a sabiendas de que levantaría sospechas si se marchaba inmediatamente con su otro amante. Finalmente, el 1 de febrero de 1683, se casó con Thomas Ridgeway. Su padre le había prohibido de manera explícita que contrajera matrimonio con aquel hombre, pero Elizabeth ni se inmutó.

## ASHBY-DE-LA-ZOUCH

Las tres primeras semanas del matrimonio transcurrieron envueltas en una bruma de «aparente amor mutuo», al menos vistas desde fuera. Resultaba fácil encontrarse a los recién casados de paseo por el mercado de Ashby-de-la-Zouch, comprando enseres domésticos, sumidos en un halo de dicha conyugal. Por supuesto, si alguien se hubiera preocupado en seguir a la pareja entre los puestos, también podría haber visto cómo Elizabeth se escabullía para comprarle a escondidas a una vieja viuda dos peniques de un misterioso polvillo blanco. Pero ¿quién iba a fijarse en esa clase de detalles en aquel momento? La coqueta del pueblo por fin se había casado, el novio estaba radiante y parecía que todo iba bien en el hogar de los Ridgeway.

Elizabeth, sin embargo, no era feliz. Después de haberse pasado un año entero insinuándose para que pidieran su mano, había descubierto que, después de todo, no era eso lo que quería. En su fuero interno, estaba «frustrada con las expectativas que había albergado acerca de su matrimonio, pues no podía amar a su marido como debiera». Ahora bien, aun cuando la infelicidad conyugal no es cosa baladí, hay que tener en cuenta que Elizabeth poseía un largo historial de volverse contra cualquiera ante el menor inconveniente. Quizá Ridgeway masticara con la boca abierta. Quizá le llevara la contraria (algo que Elizabeth no podía soportar). O quizá ella se hubiera dado cuenta de que, sin el emocionante complemento de John King, Ridgeway era un auténtico muermo.

Por si fuera poco, resultó que Ridgeway no era exactamente el rico y prestigioso sastre que ella creía. Poco después de la boda, la hermana del novio le exigió a este que saldase una deuda de veinte libras, una cantidad que habría dejado a los recién casados en la bancarrota más absoluta. De forma que, de pronto, Elizabeth tuvo que afrontar la perspectiva de llevar una vida de pobreza y humillación, muy alejada de las comodidades y del prestigio con que ella soñaba. La infelicidad que le provocó toda esta situación la torturó tanto que llegó a contemplar la idea de envenenarse a sí misma para poder escapar de la relación. Y es que no podía sincerarse con nadie. Acababa de contraer matrimonio con un hombre al que había estado persiguiendo durante meses, y expresar su insatisfacción la habría hecho parecer desagradecida, irresponsable y loca.

Sin embargo, aunque no fuera más que eso, Elizabeth era una mujer eminentemente práctica que, cuando tenía problemas, siempre buscaba soluciones. Antes de que pasaran muchos días más, desechó los pensamientos suicidas y «convirtió su desesperación en deseo de venganza». Existía una forma muy sencilla de poner fin a su maltrecho matrimonio, y ya la había puesto en práctica con anterioridad. Aguardó hasta una tranquila mañana de domingo, tres semanas y dos días después de la boda, en la que Ridgeway se marchó a la iglesia, sin ella. Mientras Ridgeway oraba, Elizabeth preparó una olla de caldo y la aderezó con una cucharadita del polvillo blanco que había adquirido en Ashby-de-la-Zouch. Cuando Ridgeway regresó a casa, Elizabeth lo recibió con una sonrisa y le sirvió el almuerzo.

Ridgeway dio buena cuenta de casi toda la comida, aunque se quejó ante sus jóvenes aprendices de que en su plato había algo de consistencia arenosa. Treinta minutos después empezó a vomitar. Estuvo retorciéndose «atormentado de dolor» durante horas, hasta que, pasada la medianoche, murió con mucho sufrimiento.

Lo enterraron sin que nadie sospechara nada. Ahora, Elizabeth era viuda y... libre.

## EL CADÁVER SANGRA

Días más tarde, los aprendices de Ridgeway, unos meros adolescentes, dieron al traste con los planes de Elizabeth. Ellos también habían reparado en la sustancia arenosa que se había quedado en el fondo del plato de Ridgeway. Los chicos sospecharon que había sido envenenado, y Elizabeth, a su vez, sospechó que los muchachos sospechaban de ella. De modo que intentó cerrarles la boca con una ración de gachas condimentadas con una pizca de arsénico, y, cuando ellos se negaron a comérselas, ella cambió de táctica y les prometió que les valdría la pena mantener la boca cerrada. No funcionó: uno de los aterrorizados muchachos corrió a casa de los familiares de Thomas Ridgeway y les dijo que estaba convencido de que Elizabeth acababa de asesinar a su recién estrenado marido.

La noticia sobre el envenenamiento no tardó en llegar a oídos del juez de paz, un «caballero de enorme sentido común y prudencia» llamado Sir Beamont Dixey, que ordenó que se abriera una investigación. Así pues, el juez de instrucción procedió a exhumar el cuerpo de Ridgeway, que llevaba ocho días muerto, y le echó un vistazo al cadáver en descomposición. Resultaba de lo más evidente que había sido envenenado, y Elizabeth fue detenida y trasladada a la prisión de Leicester.

Por aquel entonces, aún había tribunales donde se seguía llevando a cabo la «cruentación», un método medieval para demostrar la culpabilidad. Obligaban al supuesto asesino a tocar el cadáver de la víctima, y en teoría, si era culpable, el cuerpo empezaba a sangrar. Cuentan que el padre de Thomas Ridgeway forzó a Elizabeth a tocar el cuerpo tumefacto de su marido, un acto que ella —¡vaya, vaya!— «se mostró muy reacia a ejecutar». Una fuente afirma que, cuando por fin tocó el cadáver, «brotó de su nariz y de su boca gran cantidad de sangre, tan fresca como si lo acabaran de apuñalar».

El viernes, 14 de marzo, Elizabeth se declaró no culpable ante un jurado compuesto por doce miembros, que, sin excepción alguna, llegaron rápidamente a la conclusión de que ella había envenenado a Ridgeway. Fue sentenciada a morir en la hoguera. Se produjeron algunas reacciones en contra de la dureza del veredicto, «personas sensibles» que argumentaron que el testimonio de un aprendiz de dieciséis años no debería ser suficiente para condenarla, pero el juez se mantuvo firme. Y, en lugar de concederle un nuevo juicio a la acusada, le pidió a un clérigo llamado John Newton que le prestase consejo espiritual a Elizabeth durante los últimos días de su vida.

Ahora bien, el tal John Newton —que no ha de confundirse con el famoso predicador y abolicionista del mismo nombre que vivió en el siglo XVIII— era un hombre afable y extremadamente modesto y bienintencionado. El crimen de Elizabeth lo horrorizó, pero el clérigo abordó a la mujer con cierta benevolencia. Deseaba prestarle el consejo espiritual que ella necesitaba con tanta desesperación, ayudarla a comprender la gravedad de sus crímenes y hacerle menos pesados la transición de esta vida a la siguiente.

Por desgracia, Elizabeth seguía sin sentir «el más mínimo interés» por los hombres de sotana y no tenía intención de facilitarle la tarea a John Newton. Pero, claro está, así era ella: inmovible ante las cuestiones de la vida y de la muerte, impasible incluso ante el destino de su alma.

## LA FALSA CRIATURA

Newton visitó a Elizabeth en la cárcel todos los días durante una semana y media, decidido a obtener una confesión completa. Se quedó muy impresionado al descubrir que Elizabeth —aquella mujer llorosa que se había pasado el juicio protestando y aseverando que en su vida había matado un alma— era una persona tan difícil de abordar. Al parecer, la reclusa disfrutaba inventándose confesiones, tejiendo elaboradas historias para confundirlo y, por lo general, riéndose en su cara.

La primera mentira que le contó a Newton estaba relacionada con la muerte de John King: Elizabeth le aseguró que su marido, Thomas Ridgeway, había asesinado a King sin su conocimiento. Según le dijo, ella no tenía ni idea de por qué Ridgeway podría haber deseado la muerte de King, pero, al parecer, justo antes de morir, Ridgeway gritó presa del terror que «la mano de Dios se cernía sobre él por el mal que le había causado a aquella persona de ese modo fallecida». Ella insistió, incluso, con mucho remilgo e ironía, en que en cierto modo se culpaba a sí misma de la muerte de King. ¡Su fantasma, le dijo, se le aparecía con frecuencia!

Elizabeth tenía varios hermanos, y, cuando Newton habló con ellos, estos se apresuraron a informarlo de que mentía. Ella les había contado una historia ligeramente distinta acerca de su antiguo amante: lo había matado Ridgeway, sí, pero, en esta versión, Elizabeth mantenía que había estado al tanto del asesinato desde el primer momento y que, de hecho, lo había condenado. Puesto que Thomas Ridgeway y John King habían rivalizado por su amor, les había dicho Elizabeth, era comprensible que se odiasen e, incluso después de que Ridgeway se casara con ella, este había seguido hablando de vengarse de su malogrado oponente. (Sus hermanos no debían de prestarle mucha atención a la vida de Elizabeth, puesto que esa cronología de los acontecimientos era imposible. King ya había muerto cuando Ridgeway y Elizabeth se unieron en matrimonio.) «Durante un tiempo intenté disuadirlo —les dijo Elizabeth a sus hermanos, quienes a su vez le relataron todo esto a Newton—, pero al final claudiqué y autoricé el asesinato con estas palabras: “Haz lo que quieras con él”.»

Cuando Newton intentó echarle en cara a Elizabeth su mentira, ella contestó con mojigatería que «no osaba juzgar» a su marido por lo que fuera que hubiese hecho, y se negó a admitir cualquier responsabilidad en el asunto.

Llegados a este punto, Newton estaba muy irritado con Elizabeth, y, probablemente, furioso consigo mismo por haberse creído la historia del fantasma. Se marchó a casa y reflexionó con desasosiego sobre la «reservada, estúpida, mudable, en efecto, y falsa criatura con la que me las había de ver».

Una semana después de que Elizabeth fuera sentenciada a muerte apareció aún otro testigo con más pruebas contra ella: esta persona, su vecino, la había visto comprando veneno en el mercado de Ashby-de-la-Zouch. Después de este giro tan incriminatorio, Elizabeth admitió, por fin, que efectivamente había comprado veneno, pero se negó a reconocer el uso que le había dado. Newton se pasó de nuevo por la celda de Elizabeth para continuar indagando en el asunto, pero no consiguió sacarle más que una sarta de respuestas vagas y desesperantes: ella se negó a confirmar o a negar la adquisición del veneno, y ni siquiera quiso admitir que acababa de confesar su compra hacía tan solo unas horas. El clérigo salió hecho una furia, dejándole claro que no

volvería a visitarla hasta que no «entrara en razón» y fuera ella misma quien lo llamara.

En cuanto hombre de la Iglesia, es muy probable que Newton tuviese a un montón de personas a las que visitar durante la semana, pero no podía sacarse a Elizabeth de la cabeza, pues era incapaz de comprenderla. Sabía que, en realidad, no era estúpida, «porque la mayor parte del tiempo exhibía una mente despierta y un claro discernimiento». Quizá, especuló, su silencio obedeciera a un cierto deseo de mantener su reputación lo más limpia posible; no quería «grabar la marca de su infamia más profundamente sobre sí misma mediante su propia confesión». No obstante, lo más probable es que Elizabeth tuviera la esperanza de recibir un indulto. Ella sabía que todavía había algunas «personas sensibles» que opinaban que su juicio había sido injusto; tal vez pensara que le concederían alguna suerte de gracia de última hora si mantenía la boca cerrada.

Sin embargo, Elizabeth no podía dejar de jugar con John Newton. Por lo menos en tres ocasiones fingió estar dispuesta a ofrecer una confesión completa, y todas y cada una de esas veces Newton acudió corriendo a la celda, para luego marcharse decepcionado. Resulta irónico, pero, si lo que buscaba era salvar la vida, Newton podría haber sido un aliado muy útil. Elizabeth podría haberle endilgado alguna historia lacrimógena para convencerlo de su inocencia y podría haberle suplicado que le hablase al juez en su favor. Pero, en vez de eso, hizo cuanto estuvo en su mano para atormentarlo.

En una de estas pantomimas, Elizabeth empezó diciéndole a Newton que estaba dispuesta a revelar toda la verdad y nada más que la verdad, y acabó inventándose la historia más absurda que le había contado hasta el momento. A saber: había un hombre de un pueblo llamado Hinckly que estaba completamente obsesionado con ella, y resulta que su obsesión no desapareció cuando ella se casó con Ridgeway. Es más, el hombre de Hinckly se convirtió en una especie de acosador y decidió que lo único que podía hacer para tener a Elizabeth solo para él era matar a su nuevo marido. Así que un domingo, cuando Ridgeway había salido para asistir a misa, el hombre se coló en casa de Elizabeth e introdujo veneno en un cuenco de caldo. Elizabeth lo vio hacerlo y no lo detuvo, y tampoco vaciló al servirle a Ridgeway el cuenco de caldo envenenado.

Elizabeth informó a Newton de que había jurado no revelar el nombre del tipo de Hinckly, pero le dijo que, si prestaba atención durante su ejecución, sería capaz de reconocer al hombre entre la muchedumbre «porque su semblante lo traicionaría, revelando su culpa». Newton, bendito inocente, se creyó a pies juntillas este cuento enrevesado y se mostró consternado por el hecho de que Elizabeth hubiese jurado no revelar el nombre del asesino de su marido. «Le hice ver la malignidad de semejante juramento —escribió— y cómo este en modo alguno podía someterla a tan abyecto ocultamiento.» Pero Elizabeth se negó rotundamente a dar su nombre, y Newton se marchó, frustrado una vez más.

Resulta evidente que a Elizabeth le gustaba manipular a la gente. El drama con John King y Thomas Ridgeway es un claro ejemplo de ello: jugó con gran habilidad con las convenciones sociales de su época y atrapó a los dos tan profundamente en su tela de araña que (a) los dos creyeron que iban a conseguir su mano en matrimonio y (b) los dos acabaron muertos.

No parece que el elemento pícaro de su manipulación —reírse en la cara de Newton, lanzarles besitos (o fuera cual fuese su equivalente del siglo XVII) a Ridgeway y a King— case del todo con sus pensamientos suicidas o con su tendencia al pesimismo. Pero se diría que se regocijaba con el

poder que ejercía sobre las personas, y quizá fuera esto lo único que verdaderamente le producía placer. La pujanza que sentía cuando jugaba con los demás por fuerza debía de ayudarla a superar su «ánimo obstinado y resentido», y también esos estados de «desesperación» a los que era tan susceptible. Siglos más tarde, los investigadores clasificarían a las psicópatas en dos grandes categorías, y la primera —mujeres que buscan nuevas sensaciones, que son proclives al aburrimiento, que carecen de empatía y que disfrutan engañando a los demás— describe a Elizabeth a la perfección. Ella sentía hastío, frustración y claustrofobia a menudo, y, cuando se hallaba inmersa en esos estados de ánimo, asesinaba a las personas que invadían su espacio vital. Su madre le decía lo que tenía que hacer, criticaba su carácter. Su compañero de trabajo le llevaba la contraria, se inmiscuía en su espacio profesional. John King la sacaba de quicio con aquella molesta costumbre suya de creerse lo que le decía. Y Thomas Ridgeway fue posiblemente el más desquiciante de todos: un hombre que de repente empezó a comerle terreno en su propia casa, compartiendo su cama, diciéndole lo que tenía que hacer, esperando que ella tuviese la sopa preparada cuando él regresara a casa de la iglesia.

En otra época, Elizabeth podría haber canalizado su aburrimiento y su búsqueda de nuevas sensaciones a través de una absorbente carrera profesional. Pero allí, en su pueblecito natal y con su reputación, primero de «Servidora del Señor» y luego de coqueta incorregible, no es que contase con muchos remedios contra el tedio. Elizabeth dio con uno, desde luego; pero no era muy bonito, que digamos.

El día siguiente era domingo, y Elizabeth fue trasladada a la iglesia para que asistiera a misa junto con otros convictos. Newton predicó y se vanaglorió de que su sermón sobre la obediencia por fin hubiera convencido a Elizabeth de ofrecer una confesión honesta. Pero, ay, Elizabeth no tenía aún el menor interés en contar la verdad, ni aunque su ejecución estuviera programada para el día siguiente. Además, se negó a recibir a Newton esa noche. En vez de eso, estuvo charlando con su padre, y le contó, entre socarronas carcajadas, que toda la historia sobre el hombre de Hinckly era mentira. El padre debió de quedarse horrorizado ante la crueldad de su hija, y es probable que a estas alturas ya hubiera empezado a preguntarse si Elizabeth había matado a su propia madre o por qué se mostraba tan cómoda riéndose de la muerte.

No fue hasta la mañana del día de su ejecución —lunes, 24 de marzo de 1684— cuando Elizabeth por fin confesó. Quizá comprendió que realmente «iba a morir, y que sus negaciones no le iban a servir de nada».

Newton, satisfecho de que su taimada confesante por fin diera su brazo a torcer, se la encontró llorando y en actitud «contemplativa ante la inminencia de la Muerte y del Juicio». Elizabeth admitió que había matado a su marido porque se veía incapaz de amarlo y porque su deuda la había dejado conmocionada. Le habló de sus tendencias suicidas: tres años antes, más o menos por la época en la que murió su madre, había comprado veneno con la intención de matarse, y también había planeado envenenarse con el arsénico de Ashby-de-la-Zouch antes de acabar utilizándolo con su marido.

En un panfleto londinense sobre los «brutales y crueles asesinatos» de Elizabeth Ridgeway, encontramos un relato mucho más jugoso de su confesión final. En ella, Elizabeth supuestamente le cuenta a otro clérigo que durante los últimos ocho años había «yacido con un espíritu familiar».

Este demonio la tentó primero a envenenarse y, luego, a envenenar «a cualquiera que la ofendiera». Elizabeth confesó que siempre llevaba un poco de veneno oculto entre el cabello, y que renovaba su alijo siempre que iba al mercado. Admitió haber asesinado a su madre, a su compañero de trabajo y a John King, y reconoció haber planeado matar también a los dos aprendices de su marido.

A pesar del trasfondo demoníaco y del detalle sobre el veneno escondido en el pelo, este no era el dramático sinceramiento que la gente esperaba, puesto que Elizabeth «no se mostraba demasiado locuaz en su confesión y solo mencionaba a aquellos de cuyas muertes había sido acusada». Muchos sospechaban que, durante aquellos ocho años acompañada del espíritu familiar, Elizabeth había matado a más personas. Pero ella siempre se mostró bastante despreocupada respecto al acto de la confesión, y, si su alma cargaba con el peso de otros crímenes, no los conoceremos jamás.

## UNAMUCHACHADEPLORABLE

Newton por fin se dio cuenta de que jamás conseguiría de Elizabeth una declaración inmaculada de puro arrepentimiento. Sencillamente no iba a hincarse de rodillas y arrancarse el pelo angustiada por la culpa. Así que, cuando le contó la historia de Elizabeth Ridgeway a su congregación, se disculpó ante sus lectores por la «deplorable forma y materia» de su narración. El tema era de lo más desagradable —«horrendos envenenamientos»—, y deseaba desesperadamente poder obsequiar a sus parroquianos con alguna suerte de expiación final. Intentó con todas sus fuerzas presentar a Elizabeth como una mujer verdaderamente arrepentida, diciendo que había llorado durante su última confesión y que «me rogó sinceramente que transmitiera [dicha confesión] como la única verdad», pero la catarsis no pasa de ahí.

Lamentablemente, ese retrato que ofrece Newton de una Elizabeth cuasipenitente queda desmentido por los últimos actos de la propia reclusa. Las autoridades la dejaron encerrada en prisión casi todo el día, con la esperanza de que confesara haber cometido más asesinatos, pero ella no admitió nada más. Tal vez tuviera miedo a morir, pero el temor no la hizo enmudecer; cuando Newton y otro clérigo se ofrecieron a asistirle de camino a la hoguera, les espetó que no necesitaba que intercedieran por ella en modo alguno ante Dios, pues podía «leer y rezar tan bien como ellos». Una hambrienta muchedumbre salió a la calle para verla arder; anhelaban alguna revelación de última hora, pero Elizabeth los decepcionó, declarando que ya había hecho una confesión en prisión y que no iba a repetir ni añadir nada a lo que ya había dicho.

Antes de que llegara su hora, Elizabeth fue obligada a presenciar la ejecución de dos hermanos: una suerte de último intento de aterrorizarla para que admitiera más asesinatos. A uno de los dos hermanos se le ofreció la espantosa gracia de quedar libre si, a cambio, ejercía de verdugo tanto de Elizabeth como de su propio hermano. Él se negó, y se los ahorcó a los dos juntos, ante la mirada de Elizabeth.

Las crónicas de la época recalcarían que Elizabeth era la peor, la más perversa de todas. (¿Les suena de algo?). Siglos después, sus crímenes se nos antojan casi extravagantes. Se trata de un ejemplo perfecto de la naturaleza obliteradora de la historia: pasado cierto tiempo, cuando nos

vemos sobrepasados por los horrores del presente, el ayer pierde malignidad y se convierte en algo casi pintoresco.

Pero, si nos ponemos a clasificar el mal, podemos afirmar con total seguridad que Elizabeth no fue «la peor» de nada. Era una mujer rabiosa, sí, y también resentida, insensible y suicida. Era rápida entablando relaciones y rápida poniéndoles fin. Pero está claro que el suyo no era el peor ni el más «brutal ejemplo» de violencia y muerte con el que aquel siglo se había topado, por mucho que la gente quisiera verlo así. Ni siquiera parece que fuera una mujer particularmente sanguinaria. Más bien transmite una imagen impasible, la de una mujer insensible a la muerte y dispuesta, al menos en dos ocasiones, a ponerle fin a su propia vida. Así lo demuestra la extraordinaria indiferencia con la que trató a John Newton, alguien que seguramente le resultaría molesto por sus continuas visitas a la celda y su insistencia en sacarle una confesión, pero que también estaba desesperado por otorgarle algo de paz a su conciencia. Una mujer capaz de reírse, en la víspera de su ejecución, de las mentiras que le ha contado a un clérigo no parece la clase de mujer que pueda temerle demasiado a la muerte. Quizá, después de todo, sea cierto eso de que llevaba veneno escondido en el cabello.

Justo antes del fin, Elizabeth alzó la voz. Suplicó a las autoridades que la ahorcasen primero y que luego la arrojasen a la hoguera, pero estas se negaron. En su lugar, la ataron a la estaca y prendieron fuego a las astillas que se amontonaban a sus pies. Cuando las llamas la alcanzaron, Elizabeth soltó un alarido desgarrador y dio un brinco para intentar apartarse del fuego. Esto significa —gracias a Dios, si se quiere— que estaba empezando a asfixiarse, porque tenía una cuerda atada alrededor del cuello y el humo comenzaba a invadirle los pulmones. Luego, una vez perdido el conocimiento, simplemente ardió.

VÍBORAS



RAYA Y SAKINA

**L**n el distrito más pobre de la Alejandría egipcia, vivió una vez una mujer famosa por quemar demasiado incienso. Ya fuera de día o de noche, la casa de esta mujer, Raya, siempre se hallaba envuelta en una nube dulce y espesa. A sus vecinos les parecía un poco raro, pero con ocuparse de sus vidas ya tenían suficiente. Había bares que atender, bravucones de barrio a los que apaciguar, autoridades a las que evitar.

Aunque Alejandría era una ciudad enaltecida por su belleza y sofisticación, si alguien se cruzaba por la calle con Raya y con su hermana pequeña, Sakina, lo más probable es que fuera buscando satisfacer algún vicio. Su mundo era el de los bajos fondos: calles de fugitivos y prostitutas, habitaciones que olían a resina de hachís. El barrio, Al-Labbān, estaba repleto de establecimientos de dudosa reputación, destinados a servir a las tropas de ocupación británicas, y la élite alejandrina solía desentenderse de cualquier asunto desagradable que se cociera por allí. La policía hacía otro tanto. Después de todo, corría el año 1919 y había una revolución de la que ocuparse.

Y es que, verán ustedes, al pueblo egipcio le habían dado a entender que su país se convertiría en una nación autónoma después de finalizada la Primera Guerra Mundial, y, cuando esto no ocurrió, los nacionalistas se alzaron en armas contra la ocupación británica. Huelgas, disturbios y manifestaciones sembraron el caos por todo el país, y durante un periodo de tiempo considerable la policía estuvo más preocupada por la política y por los rebeldes que por las madamas de burdel y por los traficantes de droga. «¿Dónde está la policía? —se lamentaba el periodista Fikri Abaza—. El Gobierno se ha concentrado demasiado en instruir a sus hordas de la policía política secreta como para preocuparse de instruir a las fuerzas necesarias para salvaguardar la seguridad nacional o la de sus ciudadanos.»

Resultaba más que evidente —al menos para aquellos capaces de identificar las actividades ilícitas encubiertas que bullían delante de las mismísimas narices de las autoridades— que Raya y Sakina estaban metidas en algún asunto turbio. Pero la gente se hallaba demasiado ocupada como para prestarles atención. Aun cuando lo de todo aquel incienso resultara de lo más peculiar. Aun cuando ocasionalmente escucharan gritos provenientes de uno de los apartamentos de las hermanas.

## LA PERLA DEL MEDITERRÁNEO

Raya nació en torno a 1875, y la pequeña Sakina la siguió una década después. Su familia vivía en una apartada aldea del Alto Egipto, donde las niñas tuvieron una infancia desordenada, repleta de las abrumadoras responsabilidades de los adultos, que es como a menudo se desarrolla la niñez cuando los progenitores son maltratadores o están ausentes. Los de ellas cumplían ambos requisitos: el padre las había abandonado y la madre era una narcisista que apenas les mostraba cariño, si es que alguna vez lo hacía. Tenían un hermano mayor, pero este era incapaz de conservar ningún empleo. Siempre andaban muy justos de dinero, así que Raya y Sakina cargaron juntas con

todo el peso de la economía familiar, arañando entre ambas una renta de donde les era posible. Ni que decir tiene que no les quedó más remedio que madurar con rapidez.

Mientras la familia vagaba sin rumbo de un lado a otro del Alto Egipto, las niñas trabajaban vendiendo verduras asadas o atendiendo mesas en los bares. Finalmente, Sakina terminó recurriendo a la prostitución: se acostaba con los clientes a cambio de comida. En las pocas ocasiones en que la egocéntrica de su madre se dignaba a contribuir a los ingresos familiares, optaba por robar. Raya y Sakina a menudo la acompañaban en esas empresas.

Esta vida itinerante se prolongó hasta que Sakina se hartó de tanta precariedad. Primero se casó, luego se divorció, después se echó un amante y finalmente huyó con él. Llegaron hasta la ciudad de Tanta, pero entonces rompieron y Sakina empezó a trabajar otra vez de prostituta. Para 1913, ya se hallaba ingresada en un hospital, recibiendo un tratamiento contra una enfermedad venérea, y fue justo allí donde conoció al que se convertiría en su segundo marido, Ahmad Rageb. En cuanto se recuperó, los dos se marcharon juntos a Alejandría.

Muy poco después, el mundo se vio sacudido por la Primera Guerra Mundial, y Rageb se marchó para alistarse en el Cuerpo de Trabajo. Regresó a casa en un par de ocasiones, pero sus visitas nunca fueron agradables: en la primera, encontró a su mujer trabajando de prostituta; en la segunda, descubrió que ella ya estaba viviendo con otro hombre y que quería el divorcio. Rageb no tardó en darse por vencido. En 1916, Sakina contrajo matrimonio por tercera vez, en esta ocasión con un hombre llamado Muhammad 'Abd al-'Āl, que trabajaba en varias fábricas de algodón.

Está claro que Sakina era una mujer audaz donde las haya, sin temor a las repercusiones sociales y maritales. (Rageb podría haber emprendido acciones legales contra ella por adulterio, pero no lo hizo; puede que esto se deba a que era un hombre demasiado apocado, o a que le tenía miedo a su mujer.) Ella siempre se mostraba dispuesta a hablar abiertamente sobre su vida sexual, y este hecho, junto con su dilatado historial de divorcios, aventuras amorosas y matrimonios varios — por no hablar de sus breves incursiones en el mundo de la prostitución—, contribuiría más adelante a generar esa opinión tan extendida de que era una mujer demasiado sensual para su propio bien. Libidinosa, si se quiere. Concupiscente. También desarrolló, en un momento dado, una repugnante afición al alcohol, que no hizo sino reforzar aquella imagen suya de ser una mujer —digámoslo a las claras— totalmente fuera de control. El dueño de su bar preferido comentaría que Sakina podía beberse entre diez y quince vasos de vino en una hora sin perder el conocimiento.

Mientras Sakina iba de acá para allá, Raya se quedó en casa. Ella también contrajo matrimonio, y, al fallecer su marido, se casó con el hermano de este, Hasab Allah —una costumbre muy común en la época—. Pero Hasab Allah no era precisamente un buen partido. Tenía reputación de ladrón y de contrabandista de hachís, y ya lo habían desterrado al menos de una ciudad. Sin embargo, Raya estaba más que familiarizada con el mundillo de los delitos menores, de modo que los dos siguieron juntos y, es más, tuvieron una hija. Aquel saltar de ciudad en ciudad —y de marido en marido— era una afición que, al parecer, Raya no compartía con Sakina, puesto que no fue hasta 1916 cuando ella y Hasab Allah decidieron reunirse con su hermana pequeña en Alejandría. Él trabajaría de jornalero en el puerto. Y ella, bueno, ella se buscaría su propio empleo, como hacía

siempre.

Aleandría, la Perla del Mediterráneo, era caótica, cosmopolita e intelectual, una ciudad acechada eternamente por el fantasma de su célebre biblioteca arrasada por las llamas. Pero, para Raya y Sakina, sus playas, parques, hoteles y museos bien podrían haberse encontrado en otra ciudad. A las personas que, como ellas, procedían del Alto Egipto (el Sa'īd, en árabe), se las conocía como Sa'īdīs, y los Sa'īdīs se hallaban en clara desventaja en la ciudad: tendían a ganar menos dinero que los alejandrinos, les costaba integrarse por completo debido a su tez más oscura y a su peculiar acento, y, por si fuera poco, se les atribuían toda clase de lacras morales, siendo cruelmente catalogados como «cortos de entendederas, lascivos, irascibles y vengativos».

Pero, si bien a Raya y a Sakina les colgaron rápidamente el cartel de forasteras, al menos no eran las únicas. Alejandría se había convertido en una tierra de oportunidades para miles de personas como ellas: casi una tercera parte de su población procedía de otro lugar. Era una ciudad «porosa», escribe la estudiosa Nefertiti Takla; había fronteras, sí, pero cualquiera podía atravesarlas. A la estación de ferrocarril llegaban trabajadores de todos los rincones de Egipto, mientras que el puerto inundaba la ciudad de marineros europeos. Y desde ese mismo puerto partía una calle principal que, como una arteria, atravesaba en línea recta el compacto corazón de Al-Labbān, donde forasteros y lugareños podían entregarse al desenfreno más absoluto.

## PULSERAS DE ORO

Las hermanas se instalaron en Al-Labbān, inspeccionaron con ojo crítico el ambiente económico y social del lugar y decidieron que lo mejor que podían hacer era abrir un burdel. Después de todo, la Primera Guerra Mundial seguía en pleno apogeo, había una base militar repleta de soldados de ocupación británicos en la zona, y había algunas cosas que aquellos soldados necesitaban desesperadamente: alcohol, drogas y chicas. El exitoso burdel de las hermanas se hallaba emplazado junto a dicha base militar y todo el mundo lo conocía como —ojo al dato— la Base. El dinero salía a espuertas de las manos de los lujuriosos y ansiosos soldados. Y a las hermanas les iba de maravilla. Tiempo después, Raya reconocería que, durante la guerra, siempre tenía algo de dinero en el bolsillo. Sakina consiguió unos ingresos extra vendiendo oro en el mercado negro e intentando abrir un bar. En un momento dado, llegó incluso a vender carne de caballo podrida a unas pocas amas de casa confiadas, empresa por la que tuvo que pasar una temporada a la sombra.

Al igual que muchas damas asesinas de pro antes que ellas, las hermanas vivían muy ajetreadas. Identificaban la demanda y se apresuraban a generar la oferta. El negocio prosperó durante los tres primeros años que pasaron juntas en Alejandría y todo fue gracias a ellas, puesto que sus respectivos maridos se encontraban fuera, trabajando como mano de obra para el Ejército británico.

No es que tengamos demasiada información sobre el talante de estos maridos, pero piensen ustedes en lo siguiente: durante la guerra, una de sus tareas consistía en sacar a los soldados muertos del campo de batalla, abriéndose paso por aquella carnicería, entre los gritos y la sangre. Cuando regresaban junto a sus respectivas esposas, probablemente se trajeran consigo parte de

ese trauma. Raya guardaría un mejor recuerdo de los años en los que su marido estuvo fuera, si bien justificaría ese sentimiento en términos económicos: cuando su marido regresaba a casa, ella dejaba de tener dinero en el bolsillo, porque él se lo quitaba.

La Base, a pesar de su popularidad, era técnicamente un negocio encubierto. Aunque la prostitución estaba regulada en Egipto desde 1882, regentar un burdel legal suponía un auténtico quebradero de cabeza. Requería mucho papeleo, pagar impuestos y someter a una revisión médica semanal a las trabajadoras. Es más, significaba admitir abiertamente que una regentaba un prostíbulo, y eso equivalía a renunciar a cualquier oportunidad de entrar en los círculos burgueses. Por esta razón, la mayoría de quienes regentaban y trabajaban en estos negocios preferían hacerlo de forma clandestina. Al mantener su negocio en secreto, las hermanas pudieron llenar el burdel con trabajadoras de una clase social ligeramente superior, las cuales se prostituían en secreto porque así seguían siendo respetables cuando se hallaban en sociedad. Estas mujeres eran, básicamente, autónomas: es decir, cuando utilizaban las habitaciones propiedad de las hermanas, les pagaban a Raya y a Sakina la mitad de lo que les cobraban a los clientes.

A pesar de que a menudo pensemos en la prostitución como en una actividad coactiva, lo cierto es que trabajar como prostituta en aquella época salía muy a cuenta —es más, se trataba de uno de los empleos mejor pagados que podía conseguir una mujer—, e incluso las mujeres de clase media-baja hacían de vez en cuando sus incursiones en el mundillo. Se trataba de una profesión lucrativa, como bien evidenciaba la gran cantidad de oro que las trabajadoras sexuales lucían en público. A medida que iban haciendo más y más dinero, las chicas invertían en pulseras más y más gruesas, guardando su dinero ostensiblemente pegado al cuerpo y exhibiendo, a la vez, su valor. Si un hombre buscaba compañía, nada mejor que elegir a una chica con tantas pulseras que tintineara al caminar.

Puede que el mundo se regocijara cuando, a finales de 1918, la Primera Guerra Mundial llegó a su fin, pero las hermanas no se alegraron en absoluto. A menos soldados británicos, menos clientela, y, a menos clientela, más prostitutas que optaban por buscar trabajos más lucrativos. Los maridos regresaron y tomaron las riendas del negocio, cosa que seguramente frustró a las hermanas, que se habían enriquecido controlando los medios de producción a su manera, en la clandestinidad. Luego, la policía cerró la Base, y las hermanas se asociaron con su casera, Amīna bint Mansūr: ella regentaba un café que en realidad era un fumadero de hachís en la primera planta de un edificio, y Raya y Sakina se dedicaban a ejercer su oficio en el piso de arriba, atrayendo a los clientes del café. Cuando también esta empresa fue cerrada por la policía, las hermanas trasladaron el negocio a sus respectivos hogares, lo que derivaría en ciertos problemas de espacio. No cabe duda de que el ambiente entre las usuarias debió de empeorar después de varias semanas teniendo que reservar habitación y abrirse paso a codazos entre la gente.

En tiempos de guerra, el negocio había ido tan bien que las trabajadoras de las hermanas solían comprarse sin problema sus propias joyas de oro. Pero ahora todas andaban muy justas de dinero, así que las hermanas empezaron a comprar ellas mismas las joyas para sus trabajadoras. De ese modo, las chicas pasaron a contraer una deuda con ellas, y Raya y Sakina comenzaron a tratarlas ya no tanto como autónomas, sino como sirvientas, obligándolas ocasionalmente a realizar

trabajos físicos además de prestar servicios sexuales. Y, lo que es peor, a veces las hermanas y su casera vendían a sus chicas a otros burdeles —separándolas de sus familias y de sus amantes—, con el fin de conseguir unos ingresos extra.

Huelga decir que el ambiente en el prostíbulo era cada vez más hostil y que en nada ayudaba la presencia de un cierto número de bravucones de barrio, conocidos como *fitiwwa*, que venían a ser una especie de cruce entre matón y Robin Hood. Protegían a los residentes y mediaban en las disputas —Raya y Sakina se valían de ellos para proteger a sus clientes y mantener a los vecinos con la boca cerrada, asegurándose de que nadie denunciara a la policía la existencia del burdel—, pero los *fitiwwa* también abusaban de los miembros más vulnerables del vecindario. Según parece, estos hombres violaban a las chicas y no tenían ningún reparo en pegar a Raya si esta les plantaba cara. Y es que es muy probable que a Raya, que había disfrutado de cierto grado de independencia durante la guerra, este nuevo modelo de negocio dominado por hombres le resultase sumamente ofensivo, e incluso insoportable.

En resumen, todo estaba cambiando y la gente tenía los nervios a flor de piel. La propia Alejandría se vio sacudida por la revolución de 1919, y todo el mundo, ya fueran temporeros, barrenderos o carteros, se sumó a una huelga general, paralizando temporalmente la economía de todo el país. El viejo orden clandestino de la Primera Guerra Mundial —los burdeles cercanos a la base militar, el mercado negro donde se podía vender carne de caballo podrida, los maridos ausentes— estaba siendo reemplazado poco a poco por un nuevo orden, provocando, en el proceso, la inevitable fricción que produce todo cambio de guardia. Pero, por mucho que las decepcionara este nuevo orden, Raya y Sakina eran unas luchadoras, y sabían detectar los cambios en el clima económico como nadie. Necesitaban, pues, idear un nuevo plan.

## DIECISIETE CHICAS MUERTAS

Hacia finales de 1920, la policía empezó a recibir quejas sobre un olor nauseabundo que emanaba de la casa de Raya. A los vecinos siempre les había parecido un poco inusual que Raya se pasara el día perfumando su hogar con aquellas densas humaradas de incienso, pero ella se apresuró a explicarles que, puesto que sus clientes bebían y fumaban en su casa, ella usaba el incienso para enmascarar el olor de sus excesos. Al principio la creyeron, pero luego empezaron a oler algo que ni el aroma del incienso podía disimular: un hedor empalagoso, penetrante y putrefacto.

Y también había otro hecho que, aparentemente, no guardaba relación alguna con esto: a comienzos de noviembre, los dueños de una casa situada en la vecina Makoris Street decidieron hacer unas mejoras en las cañerías, así que le encargaron a su sobrino Ahmad que se ocupara de las obras. Ahmad estaba fatal de la vista, pero emprendió la tarea con mucho brío, cavando debajo del suelo de una de las habitaciones de la casa. Más pronto que tarde, dio con su pala contra algo duro y de pronto se extendió un olor muy desagradable por el aire. Como tenía tan mala vista, Ahmad se agachó, extrajo aquella cosa maloliente de la tierra y descubrió, horrorizado, que lo que sostenía en la mano era un brazo humano.

La policía acudió rauda al lugar. (Aunque puede que, con los datos que tenemos sobre este cuerpo de policía, sea más apropiado reemplazar «rauda» por «dándose un paseo».) Ahmad los

informó de que la última persona que había estado alojada en esa habitación era una mujer llamada Sakina, a la que habían desahuciado hacía ya un mes. Al mismo tiempo, otros policías investigaban el hedor proveniente de la casa de Raya y, cuando descubrieron su procedencia — múltiples cadáveres enterrados bajo los tablones del suelo—, las dos hermanas se convirtieron, de repente, en las principales sospechosas.

Pero esta no era la primera vez que Raya y Sakina eran llevadas a comisaría para ser interrogadas. A lo largo del año anterior, se habían producido numerosos casos de mujeres desaparecidas a las que varios testigos aseguraban haber visto por última vez en compañía de las hermanas; sin embargo, cada vez que Raya y Sakina pasaban por comisaría, se las componían para convencer a la policía de que ellas no tenían nada que ver con el asunto. Sakina siempre había sido una mujer de lo más persuasiva y también en esta ocasión, al ser interrogada acerca del cuerpo hallado bajo el suelo de su antiguo apartamento, defendió su inocencia. No obstante, cuando la policía informó a Raya de que también habían descubierto varios cadáveres enterrados en su apartamento, la hermana mayor se vino abajo, y las dos fueron arrestadas.

Relacionaron a las hermanas con un total de diecisiete cadáveres de mujeres, incluyendo los que se hallaron en el apartamento de su antigua casera. Los periódicos llegaron a publicar fotografías de los cuerpos semienterrados, mirando de soslayo, casi momificados, pero todavía visiblemente humanos. En algunas de las fotos, se puede distinguir algo de pelo. Una vez más, los periodistas denunciaron la desidia policial: «¿Dónde estaba la policía cuando se cometieron estos crímenes? De algunos de los cuerpos ya solo queda el esqueleto, lo que demuestra que las víctimas fueron asesinadas hace mucho tiempo». El avanzado estado de descomposición de los cadáveres fue como una bofetada para aquellos que creían que la policía las había estado buscando. Si estas mujeres llevaban muertas el tiempo suficiente como para que sus cuerpos hubiesen degenerado en aquello, ¿acaso no era esa una prueba evidente de que las autoridades no se preocupaban por quién vivía o moría en las calles de Al-Labbān?

## ASFIXIA

Dos años antes, una de las chicas que trabajaba para las hermanas se había presentado en el burdel luciendo un juego nuevo de pulseras de oro. Tal vez la muchacha no reparó en cómo Raya se quedaba mirando sus joyas, pero está claro que Raya se fijó, y mucho, en el oro; de hecho, se volvió paranoica, pues estaba convencida de que aquella prostituta se estaba quedando con una parte mayor de lo que le correspondía de las ganancias. Un mes más tarde, la chica estaba muerta.

En la actualidad, la historia de los crímenes de las dos hermanas suele tratar de dos mujeres que llevaron a cabo dichos asesinatos únicamente para hacerse con el oro. A Raya y a Sakina se las recuerda por la malicia con la que recorrían los mercados del lugar, buscando a mujeres que tintinearán con joyas valiosas, atrayéndolas hasta sus apartamentos y emborrachándolas con vino narcotizado, para luego matarlas y despojar sus cuerpos de toda gema, toda tobillera, toda delicada filigrana que poseyeran.

Pero lo cierto es que ni todas las víctimas fueron asesinadas por el oro, ni tantas de ellas eran mujeres desconocidas. Muchas, por no decir la mayoría, murieron porque habían irritado a Raya,

quien tal vez fuera la cabecilla del grupo —la que decidía a quién y cuándo matar—. Raya se veía con frecuencia atormentada por la sospecha, convencida de que todo el mundo la estaba engañando. Por ejemplo, una de sus escasas víctimas que no ejercía la prostitución fue una mujer llamada Zannūba, una vendedora de pollos y amiga de las hermanas, que en una ocasión se pasó por casa de Raya para cobrar una deuda y fue asesinada ese mismo día. Raya también se mostraba implacable con las trabajadoras sexuales que rompían el acuerdo que tenían con las hermanas; hubo al menos dos ocasiones en las que, después de que una de sus autónomas desapareciera durante un tiempo sin excusarse debidamente, esta fue asesinada nada más regresar.

Cuando se aprestaban a cobrarse una vida, las hermanas ofrecían a la infeliz víctima una copa de vino narcotizado. En cuanto la presa empezaba a sentirse mareada y desorientada, las hermanas y sus maridos (y/o los *fitiwwa*) se ponían manos a la obra. Presuntamente desarrollaron un eficiente método para matar en el que intervenían cuatro personas y que se ejecutaba sin apenas hacer ruido y con un derramamiento mínimo de sangre: alguien introducía un trapo mojado en la boca de la víctima; otros dos la sujetaban de manos y pies; y la cuarta la estrangulaba hasta matarla. (¿Quiénes, exactamente, se encontraban en la habitación cuando se llevaban a cabo los asesinatos? Aunque interrogaron a muchas personas del círculo de conocidos de las hermanas, incluida su antigua casera y un buen número de *fitiwwa*, el tribunal determinó que la cuadrilla había estado integrada por seis personas: las hermanas, sus maridos y dos *fitiwwa* llamados ‘Urābī Hassan y ‘Abd al-Rāziq Yūsuf.)

De hecho, las autopsias realizadas a las víctimas apoyan esta teoría, más o menos. El patólogo determinó que las víctimas (a) eran todas mujeres, (b) tenían entre veinte y cincuenta años de edad y (c) habían muerto todas por asfixia. No halló señales de que hubiesen recibido cortes, golpes o porrazos, y mencionó la posibilidad de que los asesinos hubieran adormilado a las mujeres con alcohol antes de asfixiarlas. El testimonio de la hija de Raya también respaldaría esta narrativa; la niña aseguró que había visto a su padre, Hasab Allah, aderezando los vasos de alcohol con unos polvos blancos antes de ofrecérselos a las víctimas, que poco después se llevaban las manos al vientre y se retorcían de dolor para finalmente terminar perdiendo el conocimiento. El propio Hasab Allah reconoció que esto era verdad.

Pero tanto él como los otros hombres acusados pasaron rápidamente a un segundo plano, mientras que una nación estupefacta y horrorizada dirigía el foco de su atención a Raya y Sakina, las hermanas más mortíferas jamás vistas. A ojos de la clase media egipcia, aquellas dos hermanas eran mucho más que meras asesinas: eran el símbolo más flagrante de todo lo malo que tenía una sociedad en la que las mujeres se paseaban sin velo por las calles.

## «SU MALDAD LLEGÓ A TODAS PARTES»

Más pronto que tarde, el país entero tuvo noticia de Raya y de Sakina. Hasta ese momento, la prensa egipcia casi nunca se había hecho eco de los crímenes cometidos por los miembros de las clases bajas contra sus propios congéneres, pero los editores reconocieron enseguida lo estimulante que esta historia podía llegar a ser, y echaron mano de todos los recursos a su alcance para difundirla. ¿Un par de hermanas asesinas envueltas en una vida de sexo y violencia? Los

titulares se escribían solos.

Incluso los egipcios analfabetos conocían la historia de Raya y Sakina, no solo porque existiera la costumbre de leer en voz alta los artículos de prensa en los cafés, sino porque los periódicos publicaron las fotos policiales de las hermanas; de hecho, es muy posible que aquella fuera la primera vez que la prensa egipcia publicaba, en toda su historia, la fotografía de un criminal. «En todas las calles los vendedores de periódicos vocean: “Raya y Sakina, Raya y Sakina por una piastra” —escribió el semanario de la ciudad de El Cairo *Al-Haqā'iq*—. Y, de esta forma, su maldad llegó a todas partes, a los hogares, a los niños de los colegios, a los trabajadores de las fábricas, y todos los barrios le prestaron atención a este crimen. Y la gente lo sintió en sus corazones y su eco ha alcanzado incluso a los muertos que yacen en sus tumbas.»

Pero, si este caso se extendió como la pólvora, no se debió solo al hecho de que fuera escandaloso, horripilante y, por lo tanto, extremadamente emocionante. Las detenciones de Raya y Sakina —y la noticia de que sus víctimas también eran mujeres, muchas de ellas prostitutas— pusieron el dedo en la llaga, avivando la inquietud que ya muchos egipcios sentían por el deterioro de los valores morales en su país, especialmente en lo que atañía al papel de la mujer. Porque, verán ustedes, en 1920, las mujeres ya habían empezado a frecuentar ciertos espacios que hasta entonces habían estado reservados a los hombres, como los mercados, los bares y los cafés; así que había personas que opinaban que, si las estaban matando, era porque se lo se merecían. La prensa acusó a las víctimas de su propia muerte, arguyendo que, de no haberse paseado por ahí de esa manera tan vergonzosa y/o de no haberse dedicado a la prostitución, jamás se habrían cruzado con las mortíferas hermanas. «¿Qué fuerza impulsó a estas mujeres a entrar en esos prostíbulos y a desencadenar su propia destrucción a manos de las asesinas? —se preguntaría un editorial—. La respuesta es sencilla y comprensible: (...) la pérdida de la decencia por parte de hombres y mujeres.» Otro editorial haría hincapié en las lacras morales de las víctimas: «Raya (...) siempre buscaba a las que tenían un espíritu débil».

«La pérdida de la decencia» es un argumento terriblemente flojo para explicar unos asesinatos en serie. La cosa es que las víctimas se movían en una sociedad, ahora «porosa», en la que las mujeres tenían que trabajar para sobrevivir; la prostitución era, con frecuencia, la oferta más lucrativa sobre la mesa, y la policía no le prestaba demasiada atención al asunto. En parte, fue este intento de conservar la flexibilidad en una sociedad tan inestable lo que las llevó a la ruina. También Raya y Sakina se habían macerado en un adobo cultural similar durante mucho tiempo: familiarizadas con los delitos menores desde la infancia, habían aprendido a esquivar el radar de la policía y se habían visto obligadas a aliarse con hombres extremadamente violentos y peligrosos para sobrevivir. Ese era el mundo que conocían, y las condujo a cometer unos crímenes tan terribles que hasta hubo quien dijo que habían «ensombrecido los albores del siglo xx».

A tenor de esta inquietud relativa al oscuro potencial de la creciente liberación de la mujer, los medios no le dedicaron tanta atención al rol de asesinas de las hermanas, sino que se centraron en su comportamiento vicioso, diciendo que «la codicia y las ansias de placer eran rasgos genuinamente femeninos que se habían descontrolado al carecer de supervisión masculina». El tribunal se quedó horrorizado ante los constantes improperios de Raya y las desvergonzadas descripciones de su vida sexual que le ofreció Sakina, y cundió entre sus miembros un profundo

temor a que Raya y Sakina, de ser liberadas, pudieran componérselas, de un modo u otro, para pervertir a más mujeres. Esta visión de las hermanas como fuerzas altamente corruptoras alcanzó tal magnitud que su espectro extendió sus tentáculos hasta el otro lado del océano. En Arkansas y en Wisconsin, los periódicos publicaron diversos artículos asegurando que algunas de las víctimas eran extranjeras «captadas mediante la oferta de atractivos viajes turísticos», dando a entender que las hermanas se las habían arreglado para extender su coto de caza hasta el otro lado del Atlántico y hacerse con inocentes presas norteamericanas. Era como si el asesinato fuera contagioso; una enfermedad que las chicas pudiesen contraer al contacto entre ellas, como un resfriado o el deseo de llevar minifalda.

Cuando no las retrataba como unas desviadas «genuinamente femeninas», la prensa comparaba a las hermanas con animales: víboras, tigresas, serpientes y lobas. El diario *Al-Rashid* publicó una ilustración de Raya convertida en una fiera con zarpas que, cerniéndose sobre una muchacha temblorosa, siseaba: «No puedes escapar de mis garras». Un editorial también se expresaría con la misma elocuencia: «Raya, no eres humana (...), eres una bestia salvaje del desierto, un zorro que se vale del engaño, un lobo traicionero».

Esta retórica resultó sorprendentemente efectiva. En un momento dado, llegó a correr por Alejandría el rumor de que Raya y Sakina estaban siendo expuestas al público en el zoológico. La gente acudió precipitadamente con la esperanza de echarle un vistazo a la infame pareja, pero solo encontró animales en las jaulas.

#### «LOS CRÍMENES COMETIDOS POR MUJERES REQUIEREN, DE COSTUMBRE, UN ELEMENTO DE CLEMENCIA»

Las asesinas fueron sometidas a juicio en mayo de 1921. La gente se agolpó alrededor del juzgado de Alejandría para seguir de cerca aquel acontecimiento de acceso restringido, y el periódico *Al-Ahrām* fue publicando cada día las transcripciones completas del proceso para sus cautivados lectores. La policía vigilaba de cerca a la muchedumbre, por temor a que se produjeran altercados, pero, aquella semana, la gente demostró ser de un único parecer. «No hay una sola persona que pida una pizca de clemencia para Raya y Sakina y los demás integrantes de la banda», aseguraría el diario *Al-Muqattam*.

Sí que hubo cierta controversia, no obstante, en lo que se refiere al castigo más apropiado para los crímenes de las hermanas. Hasta entonces nunca se había condenado a muerte a una mujer, pero el fiscal, Suleiman Bek Ezzat, estaba dispuesto a luchar por ello. Expuso ante el juez una breve historia de la criminalidad femenina para demostrar que Raya y Sakina eran diferentes: «Para empezar, los crímenes cometidos por mujeres requieren, de costumbre, un elemento de clemencia y compasión; ese es el caso de los delitos en los que la mujer se ve empujada a matar a la segunda esposa de su marido o de aquellos en los que envenenan a alguien que les ha hecho daño. En segundo lugar, la pena de muerte [solía ser] ejecutada en público». Es decir, que la sola y desagradable perspectiva de ver a una mujer siendo ejecutada en público era de por sí razón suficiente para no recurrir a la pena de muerte. Pero nadie creía que Raya y Sakina se merecieran clemencia o compasión —el oportunismo era un móvil mucho menos digno de comprensión que

los celos o la autodefensa— y las ejecuciones ya no se realizaban fuera de prisión, de modo que, argumentó Ezzat, no existían razones relevantes de índole social para evitar la ejecución de una mujer.

El proceso estuvo salpicado de testimonios vagos, inconsistencias e irregularidades. Durante la declaración de Sakina, esta engulló ansiosamente una abundante ración de comida que le habían puesto delante, dando a entender que en su estancia en prisión la habían privado de alimento con el fin de sacarle una confesión. Los dos *fitiwwa* denunciaron en su declaración que no les daban de comer y que los habían agredido verbalmente. Los testimonios de los acusados fueron de lo más variopintos y confusos: Raya y Sakina insistieron en que no se hallaban presentes en el momento de los crímenes; los *fitiwwa* se declararon inocentes; Raya y Sakina señalaron como culpables a los *fitiwwa*; sus maridos declararon que los *fitiwwa* no habían hecho nada. La defensa no tenía nada a lo que aferrarse y se dedicó básicamente a intentar pasar la culpa de un defendido a otro: no fue Raya, sino Sakina; no fue Sakina, sino Hasab Allah, etcétera, etcétera.

Los testigos que subieron al estrado realizaron unas declaraciones de lo más escalofrantes. Una vecina contó que había visto cómo los dos maridos acompañaban a Zannūba, la desafortunada vendedora de pollos, a casa de Sakina. Durante varias horas estuvo oyendo al grupo beber y divertirse, pero, ya de madrugada, un grito desgarrador le heló la sangre. «Cuando le pregunté a Sakina al respecto, a la mañana siguiente, me contestó que no había sido nada», declaró la vecina. Otro testigo explicó que Zannūba «sabía demasiado acerca de sus actividades (...), la mataron para silenciarla de una vez por todas».

Aunque los jueces finalmente dictaminaron que Raya y Sakina solo habían sido cómplices, y no las perpetradoras de los crímenes, el veredicto no bastó para rebajarles la condena. Al parecer, Ezzat oyó decir a Sakina que calculaba que la soltarían pasados quince o veinte años, y que entonces volvería a ejercer de prostituta. Después de revelar esta información al tribunal, Ezzat se dirigió al juez y le dijo que era su obligación «amputar de la nación estos dos miembros corruptos».

Y eso fue precisamente lo que hizo el tribunal. Cuando el magistrado despachó con seis sentencias de muerte a Raya, Sakina, sus maridos y los *fitiwwa*, la sala se transformó en un auténtico pandemonio durante quince minutos. La sentencia había sentado un nuevo precedente: las mujeres sin clemencia no recibirían clemencia.

## COSAS QUE NI SIQUIERA LOS HOMBRES SON CAPACES DE HACER

Los guardias sacaron a Sakina de su celda la mañana del 21 de diciembre de 1921. Llevaba las manos esposadas.

«Prepárate —le dijo uno de los guardias—. Sé fuerte.» Al oír esto, Sakina se volvió hacia él. «Soy una mujer fuerte —le espetó—. Si he llegado hasta aquí es porque puedo soportar cosas mil veces peores.»

Que digan lo que quieran de Sakina, pero no hay duda de que se conocía a sí misma a la perfección. ¿Que fuese fuerte? ¿Y qué era Sakina sino una mujer fuerte? De niña había ejercido los más horribles oficios. Se marchó de casa años antes de que su hermana se armara de valor para

ello. Pidió el divorcio. Vendió carne de caballo podrida para sobrevivir. Mantuvo la boca cerrada ante la policía, mientras que su hermana mayor se vino abajo y lo confesó todo.

Es posible que las palabras del guardia liberasen algo en el interior de Sakina, porque ya no paró de hablar hasta el final. «Yo he matado —gritó cuando se procedió a leer en voz alta su sentencia de muerte—. He matado, pero eso no importa porque burlé al gobierno de Al-Labbān.» (Según otra crónica, sus palabras fueron: «Burlé a la policía».) Luego, cuando la llevaron ante el verdugo, bramó: «Este es el lugar de las personas fuertes. Yo soy una mujer fuerte, y he hecho cosas que ni siquiera los hombres son capaces de hacer».

Fue un monólogo final épico, incendiario y desafiante, y, cuando sus palabras se publicaron en los periódicos, Sakina —la ramera, la alcohólica, la corruptora de mujeres respetables— adquirió, de repente, el porte de una heroína antisistema. Después de todo, era cierto: había burlado a una policía ausente; la habían escoltado a comisaría en numerosas ocasiones para interrogarla y todas y cada una de aquellas veces los había convencido para que la soltaran. Es posible que se hubiese llevado el gato al agua una última vez de no ser por su hermana. Ahora la prensa lanzaba a Sakina miradas teñidas de admiración. El diario *Al-Ahrām* la alabó como «una de las personas más locas y valientes que haya pisado jamás el patíbulo».

Tras morir en la horca, las dos hermanas no tardaron en pasar a formar parte de la mitología popular. Seis meses después de su muerte, una compañía itinerante de teatro estrenó una obra sobre ellas, declarando que uno de sus temas centrales era la «ira de las mujeres». Y a esta le siguieron muchas más obras artísticas: ensayos de escritores contemporáneos famosos, libros, películas, una serie de televisión en 2005... El filme de 1953 *Raya y Sakina* aborda la historia como una batalla entre la heroica policía y las malvadas hermanas, quienes —en la película— son capturadas justo en el momento en que están a punto de volver a matar. Una versión que no podría alejarse más del caso real, que, por el contrario, puso al cuerpo de policía en entredicho. «¿Dónde estaba la policía? ¿Cómo puede haber ocurrido algo semejante en pleno siglo xx?», se lamentó un periodista, retomando la cantinela apesadumbrada que había acompañado al caso de principio a fin.

(Y, de hecho, volvió a suceder en el siglo xx, apenas doce años después de que la trampilla se abriera bajo los pies de Raya y Sakina en el patíbulo. En 1933, otra pareja de hermanas asesinas emergió de las clases bajas, en Francia. Las dos Papin también habían tenido una infancia dura y una madre maltratadora. Tras cobrarse dos víctimas de clase media, se convirtieron en un raro símbolo de la revolución contra la burguesía. Ay, pobre periodista... No tenía ni idea de que en el siglo xx las cosas no iban a ir sino a peor.)

Hoy en día, cuando un siglo de violencia nos separa de Raya y Sakina, resulta tentador examinar sus fotos del archivo policial y buscar en esos rostros algún atisbo de su personalidad, de sus pensamientos más recónditos o puede que incluso de esos corazones sin piedad; sin embargo, después de la muerte de las hermanas, el poeta y crítico literario Abbās Mahmūd al-Aqqād previno a los observadores contra esta tendencia. No había ningún rasgo intrínsecamente brutal en los rostros de Raya y Sakina, dijo, nada que dijera, a gritos, «soy una asesina». Si uno veía la maldad en sus caras, tan solo se trataba de una proyección.

Pero hasta el propio poeta fue víctima de la falacia contra la que trataba de prevenir a la gente,

pues admitió que en sus caras se podía apreciar un cierto grado de «insensibilidad», si bien «la insensibilidad, por naturaleza, resulta invisible al ojo». ¿Ven ustedes? Es imposible no mirar, y al final no vemos otra cosa que lo que andábamos buscando. En las fotos, las hermanas nos devuelven una mirada eterna: disgustadas, asustadas, desafiantes.

Esas caras —y todo cuanto nosotros proyectamos en ellas— siguen aterrorizando a la gente hoy en día. Hasta sus nombres han caído en desgracia entre aquellos egipcios que acaban de ser padres. Raya, Sakina; ahora son los fonemas del mal. Los turistas examinan penosamente las calles de Al-Labbān para quedarse boquiabiertos ante una casa que pudo o no haberles pertenecido. Y, de esta forma, pervive el mito, aferrado a las calles que ellas recorrían presurosas, pegadas a los talones de la gente y tentando a las mujeres respetables que osaban aventurarse al exterior, que no podían resistirse a echar una ojeada por las sombras. Las hermanas siguen ejerciendo su poder, aun muertas. Por eso hoy, cuando una madre se irrita con su hija adolescente, le dice que se comporte si no quiere que Raya y Sakina vayan a por ella.

LA MUJER MALDITA



MARY ANN COTTON

Hay quienes aseguran que Jack el Destripador fue el primer asesino en serie de Inglaterra, pero eso solo se debe a que los demás han caído en el olvido.

Aproximadamente cuarenta años antes de que Jack entrara en escena, Inglaterra sufrió una terrible plaga de asesinatos. Esta tropa, sin embargo, carecía del refinado y sanguinolento carisma del Destripador —rajando a las prostitutas y luego burlándose de la policía al enviarles por correo un riñón o dos—, así que nunca alcanzaron su nivel de inmortalidad. Eran unas criaturas pobres, desarraigadas, y estaban desesperadas. Hacían lo que hacían para cobrar los seguros de vida o para tener una boca menos que alimentar. Y siempre las pillaban. Eran mujeres.

Cuando la Inglaterra decimonónica experimentó la década conocida como los «Hambrientos Cuarenta», la criminalidad femenina vivió un breve momento de gloria. Las industrias de la seda, del algodón y de la lana habían entrado en declive en 1839, provocando una depresión económica generalizada e impulsando a un puñado de mujeres sin escrúpulos a matar como medio de subsistencia. Al menos nueve de ellas fueron declaradas culpables de haber cometido asesinatos en serie. Estaba Sarah Dazely, la «Barbazul femenina», que mató a múltiples maridos. Estaba Mary Milner, que se dedicó a borrar del mapa a su familia política, uno a uno. Y ni siquiera cuando la economía empezó a mostrar leves síntomas de recuperación dejaron de matar, como en el caso de Catherine Wilson, una enfermera que administraba a sus pacientes pequeñas dosis de ácido sulfúrico en lugar de su medicación. Entonces, ya entrada la década de 1860, se unió a esta mortífera hermandad una hermosa jovencita, Mary Ann Cotton, que no podía soportar que nadie se interpusiera en su camino.

El hecho de que ya hubiera sucedido antes no hizo que su historia resultara menos espantosa. Y, además, esta chica era mucho peor.

## BONITOS OJOS OSCUROS

Mary Ann Cotton, de soltera Robson, nació en 1832. Sus padres, una pareja de adolescentes, se mudaban con frecuencia para que él, que era minero, pudiera encontrar trabajo. Mary era una niña preciosa, y, casi un siglo después, una antigua vecina suya, ya anciana, todavía recordaba sus «bonitos ojos oscuros». A pesar de que su padre murió al precipitarse por un pozo minero cuando ella tenía nueve años y de que su hermana pequeña falleció de niña, Mary Ann describiría su infancia como una época de «días felices». Días libres de las obligaciones que la acosarían durante el resto de su vida: el matrimonio, la maternidad y el dinero.

Los días felices de Mary Ann se acabaron cuando, tras la muerte de su padre, tuvo que arrimar el hombro para contribuir al sustento de la familia. Siempre fue una trabajadora incansable y habilidosa: de adolescente estuvo empleada como profesora de la escuela dominical, como costurera y también como doncella en la casa de una familia acaudalada. Este último trabajo le permitió hacerse una idea de los lujos que podían conseguirse con el dinero, y eso la cambió para siempre. En su vida adulta, nunca llegó a hacerse rica, pero jamás reparó en gastos a la hora de

contratar mujeres de la limpieza. En un mundo donde la pobreza, las condiciones insalubres y las enfermedades campaban a sus anchas, Mary Ann se sentía muy reconfortada sabiendo que, de vez en cuando, una criada se pasaba por su casa, se hincaba de rodillas y restregaba el suelo.

A los diecinueve años, contrajo matrimonio con un hombre llamado William Mowbray. La boda se celebró a treinta kilómetros de su casa, posiblemente porque Mary Ann ya estaba embarazada y quería evitar el escándalo. Ninguno de sus familiares ni de sus amigos estuvo presente. Esta sería la primera de muchas otras ocasiones en las que Mary Ann se plantó ante el altar embarazada y, exceptuando al novio, totalmente sola.

El matrimonio parecía una buena manera de salir de la pobreza, pero de la mano de William Mowbray no acabaría siendo más que otra forma de miseria. Mowbray se llevó a su esposa adolescente a un asentamiento de chabolas al sudoeste de Inglaterra, donde Mary Ann dio a luz a cuatro o cinco hijos; todos murieron antes de que pudieran incluirlos en el registro. (Al final de su vida, ni siquiera podía recordar con exactitud el número de bebés que parió por aquella época.) Cuando los Mowbray finalmente volvieron a mudarse al norte, iban acompañados de su única hija viva, Margaret Jane, la cual moriría de «escarlatina anginosa y agotamiento» al poco de instalarse en su nuevo hogar.

No cuesta mucho imaginar los estragos psicológicos que causarían en la mente de Mary Ann aquel inhóspito paisaje, la pobreza aparentemente crónica y las muertes de sus bebés. Su primera incursión en la maternidad había terminado casi tan pronto como empezó: había encontrado un amante y había acabado con cinco o seis tumbas diminutas. Quizá esto le diera la impresión de que sus hijos eran desechables: unas criaturitas que no estaban hechas para este mundo y a las que difícilmente merecía la pena recordar.

La pareja siguió con su vida itinerante a fin de que Mowbray pudiera ir enlazando un empleo con otro; siempre se trataba de empleos duros, aunque muy mal pagados. Con el tiempo consiguió un puesto fijo en un buque de vapor, de modo que se instalaron en un pueblo cercano a la costa y allí tuvieron otros tres hijos: Isabella, una segunda Margaret Jane y el pequeño John Robert, que murió un año después de «diarrea». La reutilización de los nombres de los recién nacidos podría indicar que los bebés les resultaban, en cierto modo, prescindibles. La primera Margaret Jane murió en 1860; la segunda nació en 1861. Un extraño renacer, sin duda.

Para entonces, Mowbray pasaba muchos meses seguidos en alta mar, y a Mary Ann le faltó tiempo para liarse con un minero pelirrojo llamado Joseph Nattrass, que vivía en una ciudad vecina. Es posible que Nattrass fuera el amor de su retorcida vida, o solo lo más próximo al lujo que pudo encontrar en aquella pequeña ciudad. Fuera como fuese, se enamoró perdidamente de él, y ambos mantuvieron el contacto durante años. Coincidiendo con la aparición de este hombre, se operó un curioso cambio en la personalidad de Mary Ann. Antes de Nattrass, ella había seguido a su marido de barriada en barriada sin dudar; pero, después de él, empezó a tomar las riendas de su propia vida.

Y se preguntarán ustedes: ¿cómo pasó Mary Ann de ser una persona que veía morir a quienes tenía a su alrededor a ser la persona que provocaba la muerte de cuantos la rodeaban? Pues, bueno, quizá tomara el derrotero del asesinato para deshacerse de su antigua identidad como la mujer de otro, con el objetivo de acercarse más a Nattrass. O puede que no pudiera soportar las

largas ausencias oceánicas de Mowbray y, al final, explotara bajo la presión de gestionar la maternidad en solitario. Aunque también es posible que, simplemente, odiase con todas sus fuerzas a aquellos que la rodeaban, y que llegase un día en el que se dijo a sí misma: se acabó.

Sea lo que sea lo que desencadenó ese cambio radical, lo cierto es que lo hizo de forma definitiva. Mary Ann aprendió enseguida el efecto que el arsénico podía tener en el cuerpo humano, y cuán fácilmente se disolvía en una taza de té caliente.

## FIEBRES

Mowbray falleció en 1865, puede que de forma inocente o puede que no. La causa oficial de la muerte fue «tifus y diarrea», lo que no encaja del todo con los síntomas del envenenamiento por arsénico, a no ser que el médico que rellenó el certificado de defunción confundiera *tifus* con *fiebre tifoidea*. Un cuadro de fiebre tifoidea, de hecho, sí podría ser muy semejante al de un envenenamiento por arsénico, y hay que tener en cuenta que los médicos de la época a menudo empleaban los términos *tifus* y *fiebre tifoidea* indistintamente. En cualquier caso, su muerte resultó ser de lo más conveniente para Mary Ann. Cobró una elevada cantidad de dinero del seguro, cogió a sus dos hijas pequeñas y se mudó a la ciudad donde vivía Natrass. Más pronto que tarde, la segunda Margaret Jane murió a causa de un «tifus», justo igual que su padre, y entonces Mary Ann envió a Isabella a vivir con su abuela. Isabella llegaría a cumplir los nueve años: de todos los vástagos asesinados de Mary Ann, fue la que más tiempo vivió.

Pero, justo cuando se vio liberada de las niñas y viviendo en la misma ciudad que su amante pelirrojo, Mary Ann descubrió una verdad que le resultó mucho más terrible que la muerte: Natrass ya estaba casado. Este detalle dio al traste con sus planes, pero Mary Ann abordó el escollo a su muy acostumbrada y prosaica manera. En lugar de seguir persiguiendo a Natrass, volvió a mudarse de inmediato a su antigua ciudad y empezó a dedicarse a la enfermería. Resultó ser una enfermera maravillosa, con una gran habilidad para conseguir que sus pacientes varones se sintieran extraordinariamente cómodos.

Uno de estos últimos, un hombre «bien proporcionado y musculoso» llamado George Ward, quedó totalmente prendado de aquella preciosa nueva incorporación a la plantilla. En cuanto empezaba a gemir quejumbrosamente en su cama, aquel ángel de la guarda se plantaba a su lado para aliviar su dolor. Ward le pidió que se casara con él casi de inmediato, y, una vez más, ningún familiar de Mary Ann asistió a la ceremonia, que fue breve y algo deprimente. El «testigo» que firmó el certificado de matrimonio era el novio de la boda que se había celebrado justo antes de la suya.

En el breve tiempo que duró su relación con Ward, Mary Ann en ningún momento se quedó embarazada. Esto era algo bastante inusual en ella, y algunos biógrafos se preguntan si no se deberá a que Ward no era bueno en la cama. Esta clase de especulación se emplea con frecuencia como arma arrojada contra las asesinas en serie, dando a entender que su siniestra necesidad de matar está inextricablemente unida a un desmedido apetito sexual y que la una puede paliarse con lo otro y viceversa (es decir, que, como Mary Ann no obtenía placer de Ward en la alcoba, trató de conseguirlo envenenándolo). Ya fuera por este o por otro motivo, está claro que Ward supuso

una gran decepción, porque murió solo quince meses después de la boda, sufriendo los clásicos síntomas del envenenamiento por arsénico: diarrea, dolores abdominales y hormigueo en pies y manos.

Con su segundo marido fuera de juego y la mayoría de sus vástagos muertos, Mary Ann continuó su descenso por esta nueva espiral desenfrenada. Volvió a mudarse y se ofreció para cubrir el puesto de ama de llaves en casa de un acomodado padre de cinco hijos. Su nombre era James Robinson, su joven esposa había fallecido recientemente y él era todo lo que Mary Ann andaba buscando en un hombre. Se instaló en el hogar de los Robinson antes de las Navidades de 1866, y, una semana después de su llegada, el más pequeño de los Robinson estaba muerto: solo transcurrieron veinticuatro horas entre el primer síntoma de la enfermedad y la fatídica convulsión final. Mary Ann ya le había echado el ojo al padre y ahora estaba despejando el campo de juego de todas las demás distracciones.

El fallecimiento de su hijo no enfrió las pasiones de James Robinson, empero, y para comienzos del mes de marzo Mary Ann ya estaba embarazada. No obstante, su madre cayó enferma, y Mary Ann tuvo que acudir a su lado para cuidarla. Pudiera ser que esta interrupción no le sentara bien, porque nueve días después —y a pesar de las supuestas dotes de Mary Ann como enfermera— su madre yacía dos metros bajo tierra. Los vecinos empezaron a sospechar. Mary Ann no solo había pronosticado abiertamente la muerte de su madre pocos días antes de su fallecimiento, sino que luego se había puesto a rebuscar entre sus pertenencias de una forma que a los vecinos se les antojó algo irrespetuosa y excesivamente entusiasta. Con todo, Mary Ann hizo caso omiso de las murmuraciones, recogió a su hija Isabella y se apresuró a regresar junto a su hombre.

El mes de abril de 1867 fue fatídico para el hogar de los Robinson. En el espacio de diez días, tres de los niños empezaron a retorcerse de dolor en la cama, echando espumarajos por la boca y vomitando compulsivamente. Isabella, la última Mowbray, de nueve años, murió de «fiebre gástrica»; James Robinson, de seis, falleció a causa de un cuadro de «fiebre prolongada»; y su hermana Elizabeth, de ocho años, murió de «fiebre gástrica». Todas estas «causas naturales» eran tapaderas de lo más sencillas para el envenenamiento por arsénico. El hecho de que las muertes se produjeran en una sucesión tan rápida nos demuestra lo mucho que se le iba la mano a Mary Ann con el veneno, y cuánto la impacientaban sus obligaciones como cuasimadrastra, pero también pone de manifiesto lo acostumbrados que estaban en aquella época a que los niños murieran con frecuencia. Porque ni siquiera la concatenación de estas tres muertes levantó ninguna sospecha en particular. Aunque maltrecha, la vida siguió su curso.

James Robinson contrajo matrimonio con la asesina de sus hijos en otra solitaria ceremonia, allá por el mes de agosto de 1867. La primera hija de la pareja nació ese mismo noviembre y, en cuestión de meses, murió de «convulsiones». (Mary Ann utilizaba los embarazos para garantizarse la boda, pero no tenía especial interés en criar a los niños.) A estas alturas, Robinson había entrado en una fase de negacionismo absoluto. Más tarde admitiría que, «por aquel entonces, no dejaba que su mente alimentara determinados pensamientos, no se atrevía».

En 1869, Robinson y Mary tuvieron otro hijo, el pequeño George, y también empezaron a discutir por el dinero. Robinson había descubierto que Mary Ann acostumbraba a realizar pequeños desfalcos en la economía familiar: contraía deudas de escasa cuantía, se quedaba con el

dinero que aseguraba haberse gastado y se servía de su último hijastro superviviente para que empeñara sus prendas por ella. Este último incidente provocó una violenta discusión entre ambos, y Mary Ann se disgustó tanto que se marchó de la casa, llevándose consigo al pequeño George. Mientras estaba fuera, Robinson tapió puertas y ventanas con tablones y se mudó a casa de su hermana. Más adelante, en una carta de lo más lastimera, Mary Ann se referiría sesgadamente a este suceso, convirtiéndolo en una traición por parte de su marido: «Me marché de casa solo por unos días, no tenía intención de separarme de él... Pero cuando regresé me había quedado sin hogar».

Después de ausentarse durante un par de meses, Mary Ann regresó muy digna a la ciudad con George y dejó al niño en casa de una amiga mientras se acercaba un momento a la oficina de correos para «enviar una carta». Nunca regresó a por el pequeño. George sería entregado a su padre tiempo después. Mary Ann seguramente ya había caído en la cuenta de que nunca recuperaría su vida con Robinson —quien con certeza ya tenía que sospechar, llegados a este punto, que estaba casado con una asesina insaciable—, de modo que estaba deshaciéndose de sus cargas para poder llevar a cabo su siguiente proyecto.

#### «ESTO QUE TENGO NO SON FIEBRES»

Ahora, cumplidos ya los treinta y siete años, Mary Ann se dedicaba a trabajar y a ir de un sitio para otro. Volvía a estar libre de marido y de hijos por tercera vez en su vida, y dicen que se fue a vivir con un lujurioso marinero y que luego le robó todo lo que tenía mientras él estaba embarcado. No obstante, tardó más bien poco en volver a la arena doméstica. El hogar era, después de todo, su campo de batalla, su lona de combate..., el lugar donde mejor se desenvolvía con sus sanguinarios tejemanejes. Ella representaba el lado oscuro y oculto del ideal femenino victoriano: la noción de que no había nada más dulce ni más puro que una buena señora de la casa.

Entonces, Mary Ann empezó a cartearse con una conocida de su juventud: una rica solterona llamada Margaret Cotton. Su hermano, Frederick Cotton, era viudo, tenía dos hijos y, al igual que Robinson en su momento, necesitaba desesperadamente un ama de llaves. La pobre Margaret debía de pensar que le estaba haciendo un favor a su hermano cuando le envió a casa a la muy cualificada y encantadora Mary Ann, pero, ay, difícilmente podía imaginar el horror que aquella mujer estaba a punto de sembrar en el seno de la familia Cotton.

Mary Ann entró a trabajar como ama de llaves en casa de Frederick Cotton a comienzos de 1870, y, a las cuatro semanas, la muy querida hermana del dueño, Margaret, ya estaba muerta. El dinero de esta última pasó directamente a manos de su hermano, mientras que su hermano pasaba directamente a los brazos de Mary Ann, que no tardó en quedarse embarazada. Contrajo matrimonio con Cotton en otoño, a pesar de que, técnicamente, aún seguía casada con su anterior marido. Más adelante, este sería el único delito que admitiría haber cometido: bigamia. Pocas semanas después de la boda, Mary Ann contrató un seguro de vida para sus hijos.

En 1871, la nueva familia, que ya era un quinteto, se mudó a West Auckland: Mary Ann, Frederick Cotton, sus hijos Frederick Junior y Charles Edward, y el bebé recién nacido, Robert Robson. Allí, Cotton encontró trabajo picando en una mina de carbón, pero el cambio de

domicilio también benefició a Mary Ann porque la casa se hallaba situada, muy convenientemente, en la misma calle que la de cierto minero pelirrojo de su pasado. Joseph Natrass ya no estaba casado, y a Mary Ann no le daba ningún reparo la idea de deshacerse de su nuevo marido. Ya había mandado a la tumba a otros hombres con anterioridad.

Mary Ann siempre había sido una asesina expedita que se valía de la mala higiene imperante en la época, de los diagnósticos erróneos de los médicos y de la alta tasa de mortalidad infantil en las poblaciones rurales británicas para explicar el hecho de que la muerte la siguiese allá donde fuera. Pero en esta ocasión fue más imprudente. No tenía tiempo para seguir casada unos años ni para dejar que sus hijos celebraran un último cumpleaños antes de liquidarlos. Frederick Cotton falleció enseguida y, casi con la misma celeridad, Natrass se instaló con ella y con los niños en calidad de «inquilino».

Ahora bien, está claro que Mary Ann tenía pensado casarse con Natrass cuando mató a Cotton. Pasar del asesinato a un nuevo matrimonio había sido su *modus operandi* hasta el momento, y la perspectiva de emparejarse con Natrass se le debió de antojar, al menos durante un tiempo, como el paso definitivo para acceder a la clase de vida que tanto anhelaba. Natrass excitaba sus emociones. Representaba el amor, impetuoso y arrebatado, y es posible que fuera él quien, sin saberlo, la incitara a convertirse en una asesina. Pero Mary Ann deseaba algo más que amor. También codiciaba dinero, y, antes de llegar a casarse con Natrass, conoció a otro hombre. Este era más rico que el minero, y, en aquel momento de su vida, eso lo significaba todo para ella.

Aquel nuevo hombre, un recaudador de impuestos, se llamaba Quick-Manning. Sufría un brote de viruela cuando conoció a Mary Ann, quien por aquella época seguía empleándose como enfermera, y ella lo hechizó del mismo modo que hechizaba a todos sus pacientes. Entretanto, los sentimientos de lástima que Mary Ann se había cosechado entre los lugareños empezaban a agotarse. La gente se había quedado consternada cuando al poco de llegar a la ciudad se había quedado viuda con tres niños pequeños a su cargo, pero, en cuanto Natrass se mudó a su casa, afloraron las sospechas. Y luego, tan pronto como sedujo a Quick-Manning, saltaron las alarmas.

Y lo que es peor: los vecinos se dieron cuenta de que Mary Ann maltrataba a los niños Cotton. Los pobres críos estaban famélicos. Cuando un amable vecino le hizo notar ese detalle a Mary Ann, esta respondió que los niños tenían «el estómago muy delicado» y que, por tanto, no solían mostrar un gran apetito. Lo cierto es que Mary Ann nunca había soportado a los niños, fueran suyos o no, y necesitaba despejar el camino para Quick-Manning. Así que mató a Frederick Cotton Junior («fiebre gástrica»), envenenó a su bebé Robert Robson («convulsiones y problemas de dentición») y empezó a envenenar al propio Natrass («fiebre tifoidea»); todo en cuestión de veinte días. Una muchacha del vecindario acudió a la casa para ayudarla a atender a los niños enfermos y reparó en que el bebé apenas respiraba y en que miraba con ojos vidriosos a la nada. «Se está muriendo —dijo la muchacha—. ¿A quién puedo avisar?» Mary Ann respondió: «A nadie».

Joseph Natrass, por su parte, se dio cuenta de que su amante lo estaba envenenando, pero para entonces nada podía hacer ya. Se moría. De tanto en tanto, sufría paroxismos en los que su cuerpo se convulsionaba violentamente, haciendo que cerrara los puños, rechinase los dientes y levantara las piernas en el aire, a la vez que los ojos se le quedaban completamente en blanco. A otra vecina

que se pasó por la casa para ayudar le pareció que se trataba de una enfermedad muy extraña. «Lo vi tener esos ataques, se retorció muchísimo y parecía sufrir un gran dolor —informaría más adelante—. Me dijo: “Esto que tengo no son fiebres”.»

Mientras Natrass se convulsionaba, el diminuto cuerpo de Robert Robson yacía sin vida a escasos pasos de él. El bebé había muerto cuatro días antes, pero Mary Ann estaba esperando a que muriera Natrass para poder enterrarlos a los dos a la vez. Quería ahorrarse parte de los gastos del funeral.

## UNA ÚLTIMA CRIATURA

Una vez zanjado aquel sucio asunto, Mary Ann se quedó embarazada. Quick-Manning era el padre y ella no podía estar en mejores condiciones para casarse, pero todavía existía un último escollo en su camino: su hijastro. Charles Edward, el último de los Cotton. Ella lo odiaba con todas sus fuerzas y debió de maldecirse una y otra vez por haber permitido que aquel chico sobreviviera tanto tiempo. Por otro lado, los vecinos se habían dado cuenta de la crueldad con la que Mary Ann trataba al pequeño Charles: le daba guantazos en las orejas, le tiraba del pelo y, en Pascua, arrojó al fuego el único y diminuto obsequio que había recibido el niño: una naranja.

Una tarde, un tendero y boticario local llamado Thomas Riley llamó a la puerta de Mary Ann para preguntarle si podía atender a otro paciente de viruela. Mientras charlaban, Mary Ann no cesó de mencionar a Charles Edward, comentando que el crío era una verdadera carga, que suponía una responsabilidad demasiado grande para ella. Mientras tanto, el niño escuchaba, acobardado, desde un rincón de la habitación. Mary Ann pestañeó con coquetería y le preguntó a Riley si podría tomar al muchacho de aprendiz en su tienda de ultramarinos. Riley le dijo que no.

A lo que ella, sin inmutarse, respondió: «Bueno tampoco creo que importe demasiado, porque pronto tendré que dejar de preocuparme. Se irá, como el resto de la familia Cotton».

Seis días después, Riley pasaba por delante de la casa de Mary Ann cuando la vio plantada en el umbral, visiblemente afectada. Lo informó de que Charles Edward había muerto y le rogó que pasara al interior y le echara un vistazo al cuerpo.

Invitar a la gente a que viera a sus víctimas siempre había sido uno de los trucos de Mary Ann. Los médicos no la inquietaban, es más, les pedía que visitaran a sus pacientes y le recomendaran remedios para la «fiebre tifoidea» y para las «convulsiones» que estos parecían padecer. Esta era una de las maneras en que evitaba que la desenmascararan: representando el papel de desconsolada enfermera, madre y esposa. Al invitar a Riley a que entrase y examinara el cadáver, era como si se estuviese apostando a sí misma que él interpretaría la muerte del famélico y enfermizo niño como algo natural —inevitable, incluso— y que ni por un momento se le pasaría por la cabeza acusar a la afligida madrastra.

Pero con esta muerte, y aquel comentario despreocupado acerca del «resto de la familia Cotton», Mary Ann había ido demasiado lejos. Riley estaba convencido de que ella había asesinado a su pequeño hijastro. Se negó a examinar el cuerpo y, en su lugar, acudió directamente a la policía.

Se inició una investigación, y el cuerpecito del infeliz Charles Edward fue depositado sobre la

mesa de autopsias. El examen *post mortem* fue un tanto chapucero, porque finalmente se dictaminó que el niño había muerto por «causas naturales». Con todo, el médico debió de haber albergado ciertas sospechas, pues tomó la precaución de conservar algunas de las vísceras de Charles Edward, que enterró, guardadas en una serie de frascos, en su propio jardín.

Mary Ann se salió con la suya, pero sus días en libertad estaban contados. Las habladurías de los vecinos y la prensa local ya se habían hecho eco de las sospechas de Riley, y la gente acabó convenciendo al médico de que volviera a examinar el cadáver de Charles Edward. Así que el médico desenterró los frascos, analizó su contenido con una técnica más sistemática y halló restos de arsénico en todos los órganos. Se acercó corriendo a comisaría a medianoche, y Mary Ann fue arrestada al día siguiente.

## LACAÍDA CORTA

Al principio, Mary Ann solo fue acusada del asesinato de Charles Edward, pero los cargos no tardaron en incluir los asesinatos de Joseph Nattrass, Frederick Cotton Junior y el bebé Robert Robson. Se procedió a la exhumación y al examen de sus cuerpos, y en los tres se detectaron elevadas cantidades de arsénico. La policía intentó exhumar también el cuerpo de Frederick Cotton padre, pero, por extraño que parezca, no hallaron su cuerpo en ninguna parte, a pesar de haber excavado varias tumbas en su busca.

Mary Ann dio a luz al hijo de Quick-Manning en prisión, y durante el juicio se dedicó a amamantar al pequeño delante del tribunal, negándose a hablar. Fue un ardid muy astuto, eso de apelar a la lástima del jurado explotando los ideales victorianos de la feminidad. (La mujer perfecta de la época sería inmortalizada en toda su asfixiante gloria en el poema narrativo *El ángel de la casa*, un extenso chorro de elogios del tipo: «Pues tan simple y sutilmente dulce es ella / Que aun mi más profundo arrobamiento la mancilla».) ¿Cómo podía esta silenciosa madre que amamantaba a su hijo ser capaz de cometer un asesinato? Los reporteros la observaban en la sala, conscientes de su «delicada y arrebatadora» belleza, si bien la ensombrecían a propósito en los retratos de Mary Ann que publicaban junto a sus artículos.

La defensa se aferró al hecho de que no se había hallado arsénico en casa de la acusada en el momento de la muerte de Charles Edward. Los abogados argumentaron que el niño se había envenenado accidentalmente con los vapores de arsénico que emanaban del papel de pared de su habitación, que era de color verde, y con las escamas de la mezcla de jabón y arsénico que empleaba Mary Ann para limpiar la casa. El fiscal, por su parte, subió al estrado a un médico de prestigio para que rebatiera esta teoría. Sencillamente había demasiado arsénico en los cuerpos, declaró el médico. El cadáver de John Nattrass, por ejemplo, presentaba una concentración de arsénico cuatro veces superior a la necesaria para matar a un hombre.

La única vez que Mary Ann se vino abajo fue cuando la defensa ofreció a la sala un melodramático discurso sobre la inverosimilitud de que una madre matara a su propio hijo. «Una madre amamantando [a su bebé] (...), observando sus bonitas sonrisas, ¡a sabiendas de que le ha administrado arsénico! —exclamó el abogado, escandalizado—. ¡Provocando que sus piernecitas se retuerzan de dolor, al tiempo que él la mira a la cara, en busca de apoyo y protección!» ¿A

quién se le podía ocurrir acusar a una «simple y sutilmente dulce» madre victoriana de semejantes horrores? En este punto del proceso, Mary Ann rompió a llorar. El público más compasivo quizá interpretara sus lágrimas como una señal de aquiescencia para con el abogado defensor: «Sí, así es, yo jamás podría hacerle eso a un bebé». Pero, a decir verdad, la defensa estaba describiendo con exactitud lo que Mary Ann había hecho en numerosas ocasiones, con numerosos bebés. Ella sabía de sobra cómo aquellas «bonitas sonrisas» podían tornarse en convulsiones y vómitos y bocas espumeantes.

Al final, Mary Ann fue hallada culpable del «detestable crimen de asesinato» por la muerte de Charles Edward. «Se diría que ha cometido usted la más atroz de las equivocaciones —declaró el juez— al dejarse guiar por la falsa idea de que iba a poder llevar a cabo sus malvados designios sin que nadie la descubriese.» Ella palideció cuando escuchó en voz alta su sentencia: muerte por ahorcamiento.

El verdugo elegido para ejecutar a Mary Ann Cotton era un personaje controvertido que cargaba con varias ejecuciones chapuceras a la espalda. Su preferencia por el método de la caída corta desde el patíbulo tenía, en ocasiones, el efecto colateral de no romper el cuello del reo. Cuando esto sucedía, el verdugo se veía obligado a presionar los hombros del moribundo hacia abajo, mientras este se asfixiaba lentamente, balanceándose en la soga.

Durante sus últimos días de vida, Mary Ann les mandó cartas de lo más desesperadas a su familia y a sus amigos, rogándoles que solicitaran un indulto. No entendía nada de lo que pasaba en su juicio; en un momento dado llegó a escribir que el fiscal estaría «allí para defenderme». Continuó insistiendo en que era inocente, y sus cartas fueron adquiriendo un tono victimista e incrédulo mientras se quejaba de «las mentiras que sobre mi persona se han contado». También le suplicó a su único marido superviviente, James Robinson, que la visitara y trajera consigo al pequeño George. Como es natural, él se negó.

Sin embargo, hay que reconocer que Mary Ann tuvo un último gesto maternal cuando quiso disponer todo lo necesario para dar en adopción a su último hijo, aunque ni siquiera este acto estuvo desprovisto de malicia. Días antes, la habían sorprendido «frotando las encías del pequeño con jabón» porque, al parecer, pensó que, si su pequeño enfermaba, «le perdonarían la vida hasta que este se recuperase».

A estas alturas, Mary Ann ya llevaba exactamente la mitad de su vida siendo madre. Le gustase o no, su existencia hasta el momento había consistido en su mayor parte en estar secretamente embarazada, o públicamente embarazada, o recientemente embarazada, o embarazada del hijo de otro hombre. La seducción, y por extensión, el embarazo habían constituido una de sus armas más certeras (la otra fue un nefasto polvo blanco, disponible en cualquier botica). Mary Ann se había valido de su fertilidad para controlar el auge y la caída de su vida. Entregar en adopción a su último bebé constituía una poderosa señal de que todo —la seducción, el matrimonio, los partos, los envenenamientos— había llegado definitivamente a su fin.

¿Era Mary Ann una sociópata adicta a matar a los más inocentes? ¿Se trataba acaso de una capitalista obsesionada por ascender la escala social a través de sus maridos, en un desesperado intento de conseguir cierta autonomía? Es obvio que anhelaba algo, pero no está claro qué es lo que deseaba más. ¿Dinero? ¿Libertad? ¿El sufrimiento de los demás? Para ella, el matrimonio y la

maternidad suponían una forma de reclusión —de la que necesitaba salir con todas sus fuerzas—, pero también constituían una suerte de salvación, de ahí que sus métodos fueran cíclicos hasta el punto de rayar en la locura. Asesinaba a un marido y, al punto, se casaba con el siguiente; envenenaba a un niño y, enseguida, volvía a quedarse embarazada. ¿Qué pensaría que iba a suceder con ese próximo marido, con ese próximo bebé? ¿Acaso esperaba que algo manara de lo más hondo de su interior: una sensación definitiva de satisfacción, confort, instinto maternal, amor? Sin embargo, por mucho dolor que infligiera a los demás, lo cierto es que nada cambió realmente para ella. Y, por tanto, nunca pudo escapar de su laberinto de espejos, y se vio obligada a revivir una y otra vez su sórdida historia.

## TREMENDAMENTE MALVADA

Mary Ann recorrió el trayecto de cuatro minutos que separaba su celda del patíbulo el 24 de marzo de 1873. Tenía cuarenta años y llevaba sobre los hombros un chal de cuadros blancos y negros, que ocultaba la correa que le ataba los brazos a los costados. Estos chales estaban muy de moda en las ciudades de la región, pero, después de que fotografiasen a Mary Ann con el suyo, la tendencia desapareció rápidamente. Una muchedumbre curiosa se concentró a las puertas de la cárcel con la esperanza de poder echarle un vistazo. Los periodistas que estaban en el interior la describieron como «una mujer maldita y condenada», que lloraba histérica mientras avanzaba penosamente hacia el patíbulo. Una vez allí, se estremeció cuando le colocaron la soga al cuello. Sus últimas palabras fueron: «Señor, apiádate de mi alma», y entonces el suelo se abrió bajo sus pies.

Tardó tres minutos en morir, y el verdugo tuvo que sujetar su cuerpo, que se retorció sin parar, con sus propias manos.

«El anuncio de su ejecución contribuye a disipar la creencia popular, muy extendida durante demasiado tiempo, de que una asesina (por tremenda que sea su maldad) puede esperar, generalmente, que se la indulte en virtud de su sexo —publicaría el *Burnley Advertiser* pocos días después—. Pero las atrocidades cometidas por Mary Ann Cotton la sitúan muy por encima de los límites de la compasión humana, pues, a no ser que haya sido víctima de la peor de las calumnias, jamás ha pisado la tierra monstruo más horrendo que ella.» Evidentemente, Inglaterra no podía saber que, en cuestión de quince años, el más insigne de sus asesinos en serie empezaría a destripar prostitutas en los barrios más pobres de Londres. Él se convertiría entonces en el monstruo más horrendo que jamás hubiera pisado la tierra, y captaría la atención de la prensa como nunca llegó a hacerlo Mary Ann Cotton.

Aproximadamente una semana después de su muerte, se estrenó una obra de teatro moralizante titulada *La vida y muerte de Mary Ann Cotton*. Durante un tiempo, los niños cantaban versos sobre ella en la calle: «Mary Ann Cotton está podrida y muerta, tumbada en la cama con la boca abierta». Pero más pronto que tarde terminaron por olvidarla, y el ciclo de nacimientos y muertes prosiguió como hasta entonces en los pueblecitos de Inglaterra.

LA TORTURADORA



DARYA NIKOLAYEVNA SALTYKOVA

 Darya Nikolayevna Saltykova le encantaba el ritual eclesiástico: la liturgia, el diezmo, las constantes peregrinaciones. Ella misma era, en cierto modo, un animal de costumbres. Previsible. Vivía la vida con la precisión de un reloj. Una vez al año, por ejemplo, abandonaba la ciudad para visitar los relicarios sagrados y las catedrales de la Iglesia ortodoxa rusa. Y en casa practicaba, religiosa y casi meditativamente, la tortura, azotando durante horas a sus sirvientes y matando a aquellos que más la molestaban. Hasta en esto era previsible: siempre azotaba a los que no acertaban a limpiar su hogar como es debido. Tic. Tac.

Es posible que haya quienes vean en su comportamiento el peor género de hipocresía religiosa: a saber, una beata de puertas para afuera que, en realidad, rinde culto al mal. Pero Darya no consideraba que su comportamiento tuviese doblez alguna. Solo actuaba de forma consecuente con un mensaje que había interiorizado durante años: ella era legítimamente mejor que los otros y, en virtud de ello, podía actuar como le viniera en gana. ¿Por qué iba a retorcerse las manos y orar suplicando perdón? Era ella quien decidía otorgar su perdón, o no. Se sentía tan intocable como un dios.

## LA JOVEN VIUDA

Darya vivía en un mundo de privilegios. Perteneecía a la nobleza rusa, de modo que era rica, estaba emparentada con estadistas y príncipes, contaba con un ejército de sirvientes a su disposición y tenía la ley indiscutiblemente de su lado. Podía dar por descontado que la tratarían con dignidad y que recibiría el beneficio de la duda hiciera lo que hiciera, porque, aun cuando, técnicamente, la ley no aprobase sus actos, sus amigos de la nobleza sí lo harían. Y es que aquellos aristócratas eran muy reacios a sentar precedentes que luego pudieran volverse en su contra; como, por ejemplo, el peliagudo precedente de imputar a un noble. No, eso no. A ellos les gustaba la vida tal cual era: segura para ellos, y peligrosa para todos los demás.

Darya nació en el mes de marzo de 1730 y era la tercera de cinco hermanas. Tuvo un matrimonio de lo más ventajoso: su marido, Gleb Alexandrovich Saltykov, era el capitán del Regimiento de Caballería de la Guardia Imperial Rusa. La familia Saltykov era famosa y estaba bien relacionada, emparentada a otras familias nobles en un auténtico juego de *Quién es quién*: los Stróganov, los Tolstói, los Tatishchev, los Shakhovskie, los Musin-Pushkin, los Golitsyn y los Naryshkin. Es evidente que este matrimonio trajo consigo una buena dosis de presión social e incluso de estrés para Darya, que ahora tenía que codearse con futuros hombres de estado y con los nietos de las antiguas zarinas. Y Darya no era una mujer con educación. Nunca aprendió a leer.

Darya y Saltykov tuvieron dos hijos —Theodore y Nicholas—, pero su matrimonio no duró demasiado, porque él murió en 1756. De la noche a la mañana, Darya se encontró viuda a los veinticinco años. No cuesta imaginar que, en algún momento, se sintiera sobrepasada y abandonada. Tenía a dos niños pequeños de los que ocuparse y de repente estaba a cargo de dos importantes haciendas. Su difunto marido poseía una mansión en Moscú, en la calle Kuznetskaya,

y una residencia de verano que se cernía sobre el pueblo de Troitskoye. Instantánea e inesperadamente, ambas eran de Darya.

Cuando no se hallaba ocupada administrando sus nuevas propiedades, Darya realizaba su peregrinaje anual a este o aquel templo ortodoxo. Le encantaba la ciudad de Kiev, célebre por su arquitectura religiosa, y a veces viajaba para ver el muy venerado icono de Nuestra Señora de Kazán, una de las reliquias más sagradas del país. El retrato sobre fondo dorado mostraba un primer plano de la Virgen María, con aire pensativo y con el niño Jesús sentado solemnemente en su regazo.

Quizá a Darya le privara la mirada grave, casi aprensiva, de sus ojos. Tal vez le agradara la idea de un niño Jesús que nunca sonreía. Cuando menos, es probable que le entusiasmara estar lejos de casa, porque, tan pronto como regresaba, sus responsabilidades se le echaban encima de nuevo, atosigándola. Tanto la hacienda de Moscú como la de Troitskoye incluían almas. Cientos de almas. Y Darya era la dueña y señora de todas ellas.

## ALMAS

Darya vivió en una época en la que la fortuna y la influencia de un noble no se medían por los acres de tierra que tuviera en propiedad, ni por la cantidad de dinero que poseyera, sino por el número de siervos que había a su servicio. Los siervos eran campesinos rusos que vivían y trabajaban en las tierras de sus amos. Pagaban al señor con su labor, con dinero, o con una combinación de ambos, pero no eran esclavos en un sentido estricto, porque en teoría podían ahorrar para comprar su libertad. Bueno, ya saben, del mismo modo que a Sísifo se le permitía, hipotéticamente, construir alguna suerte de estructura con la que evitar que su piedra rodase una y otra vez colina abajo para toda la eternidad. En Rusia, la servidumbre existía desde hacía cientos de años, pero digamos que, para mediados del siglo XVIII, estaba empezando a aproximarse a un punto crítico. La cuestión es que tener siervos se había convertido en una forma de consumo ostentoso, y estaba completamente fuera de control. Por ejemplo, durante el reinado de Catalina la Grande, los nobles más acaudalados se ufanan de sus orquestas y de sus ballets de siervos.

Sin embargo, no era aquella una época precisamente idónea para que Rusia hiciera alarde del consumo de millones de siervos por pura ostentación. Catalina la Grande estaba a punto de ascender al trono, y deseaba demostrarle al mundo que Rusia era una nación ilustrada y ella, una gobernante humana y moderna. Pero, así y todo, ¡allí estaban los siervos! De algún modo, el asunto de los derechos de los siervos nunca llegó a calar del todo en aquella visión que tenía Catalina de hacer de Rusia un reluciente y nuevo país occidentalizado. Incluso en los ambientes más liberales, la imagen de los siervos trabajando en los jardines y arando los campos habría constituido un constante recordatorio visual de que no era posible dejar atrás del todo la crueldad humana, por muy moderno que fuera tu mundo.

Al referirse a estos siervos, se hablaba de «almas», y el poder del noble sobre sus almas era prácticamente ilimitado. Unos años antes de que Darya naciera, un decreto imperial había establecido que los nobles no estaban en la obligación de tratar a sus almas como a seres humanos; es más, los propietarios podían «vender a sus campesinos y sirvientes domésticos no en

unidades familiares, sino de uno en uno, como ganado».

Los nobles aplicaban castigos físicos a sus siervos constantemente, utilizando a menudo un grueso látigo ruso de cuero conocido como *knut*. Esta práctica se consideraba más que aceptable, si bien a los nobles no les estaba permitido *matar* a los siervos. Catalina la Grande menciona en sus memorias que muchas familias moscovitas guardaban en sus casas una selección de «collares de hierro, cadenas y otros instrumentos de tortura para utilizarlos contra aquellos que cometen la menor infracción». Y relata un caso particularmente estrambótico que la dejó muy impresionada: una anciana aristócrata mantenía a su peluquera encerrada en una jaula dentro de su alcoba, porque no quería que se supiera que llevaba peluca, y la sierva era la única persona que podía dejarla en evidencia.

Para más inri, los siervos no tenían forma alguna de defenderse bajo el amparo de la ley. Las autoridades, siempre paranoicas ante la posibilidad de que se produjera un levantamiento sangriento, estaban convencidos de que ofrecer protección legal a los siervos sembraría entre ellos una cierta sensación de seguridad, y que esa sensación de seguridad solo podía conducir a la insubordinación. De modo que no solo tenían sus amos la potestad de enviarlos a Siberia —sin ser juzgados— o de obligarlos a trabajar en las minas el resto de su vida, sino que, si algún siervo se atrevía a denunciar este trato ante las autoridades, dicha denuncia constituía un delito en sí misma y por consiguiente merecía un castigo. Incluso Catalina la Grande, que presumía de su gran humanidad, emitió un decreto imperial según el cual todo siervo que intentase presentar una queja contra su amo sería azotado y trasladado a las minas de Nérchinsk de por vida.

Así que, si eras siervo, tu calidad de vida dependía por entero de las veleidades de tu amo u ama en toda su excéntrica, recelosa y consentida gloria. Cabe destacar que había multitud de terratenientes benévolos en Rusia por aquellos días, y que sus siervos gozaban de paz, prosperidad, ayuda y tiempo libre en abundancia para cultivar su propia tierra. Pero Darya no se contaba entre estos. Las paredes y las escalinatas de sus haciendas siempre estaban cubiertas de sangre.

## «YO SOY MI PROPIA AMA»

Darya era una obsesionada de la limpieza, y le gustaba que sus suelos se vieran como sus queridos iconos ortodoxos: es decir, inmaculados. También tenía un temperamento de armas tomar, y lo cierto es que la combinación de estos dos rasgos tan suyos no era demasiado grata para las criadas que limpiaban su casa. La mera visión de un suelo mal fregado o de una colada imperfecta hacía que Darya montase en cólera. Agarraba el primer bastón, rodillo o látigo que tuviese a mano y se liaba a golpes contra la temblorosa muchachita de turno que fuese responsable de la chapuza.

Muchos nobles a lo largo y ancho del país se dedicaban a azotar a sus siervos por infracciones tan nimias como esta, pero Darya no sabía cuándo parar. Y no pasó mucho tiempo antes de que a sus vecinos de Moscú les empezaran a llegar terribles rumores sobre los siervos de Saltykova: Darya encerraba a sus doncellas en una caseta vacía y las tenía sin comer varios días, las chicas de Darya tenían manchas de sangre en la ropa. Los habitantes de Troitskoye también murmuraban. Algo raro sucedía en la residencia de verano de Darya, decían. En una ocasión, se enteraron de

que un carro que salía de la propiedad en ese momento transportaba el cadáver de una sirvienta. Cuando se asomaron al interior, vieron que la muchacha tenía el cuerpo desollado y que le habían arrancado el pelo.

Los azotamientos mortales, o al menos el grueso de ellos, comenzaron en 1756, es decir, el mismo año en que Darya se quedó viuda. La primera denuncia oficial contra Darya se registró en 1757 y era relativa al asesinato de una mujer encinta llamada Anisya Grigorieva. En realidad, se trataba de un doble asesinato: primero, Darya golpeó a Grigorieva con un rodillo hasta que esta sufrió un aborto. Luego, la buena y beatísima Darya mandó llamar a un clérigo de la zona para que acudiese a su casa y le diera a la moribunda la extremaunción, pero Grigorieva murió antes de que el clérigo hiciese acto de presencia. Este, cuando por fin llegó, miró horrorizado el cuerpo y se negó a enterrarlo sin una investigación policial previa.

La policía se presentó en el lugar, trasladó el maltrecho cadáver al hospital para que se le practicara la autopsia y... no hizo nada más al respecto. La difunta presentaba una herida profunda junto al corazón, y tenía la espalda amoratada e hinchada. Era evidente que no había muerto por causas naturales. Pero qué iban a hacer ellos, ¿arrestar a una noble? ¡Absurdo!

Cuando el desesperado marido de Grigorieva dio un paso al frente y presentó una denuncia a la policía, Darya se enteró al instante. Interpuso una contradenuncia pidiendo a las autoridades que no le otorgasen credibilidad alguna al testimonio del marido y que, en su lugar, lo castigasen y se lo enviasen de vuelta a ella. Es posible que, en ese punto, cierta cantidad de dinero cambiara de manos. Sea como sea, la policía obedeció a Darya y no hizo nada respecto a la denuncia del marido. Cuando lo devolvieron a la hacienda, Darya lo envió al exilio, donde no tardó en morir.

Este podría haber sido el mejor momento para llevar a Darya ante la justicia. Acababa de matar a una mujer embarazada, y había múltiples testigos tanto del crimen como de lo que había sucedido después: el marido, un siervo que había sido obligado a participar en el azotamiento de Grigorieva, otro siervo que había enterrado el feto, el clérigo, la policía y el o los médicos que habían realizado la autopsia. Si la denuncia se hubiese investigado como era debido, podrían haberse salvado decenas —o, posiblemente, centenares— de vidas. Pero a nadie le importó. Después de todo, solo eran siervos. Los nobles ya los estaban vendiendo «como ganado».

De forma que Darya siguió matando una y otra vez, segura de su invulnerabilidad, descargando su ira contra sus siervos por cada mínimo error, por cruzarse en su camino, por ser su responsabilidad, por existir. Si ella era un dios, entonces sus siervos eran sus patéticos juguetes. Podía hacerles limpiar, podía hacerles cocinar; podía hacerles gritar y sangrar y suplicar. Normalmente, Darya obligaba a otro sirviente a dar comienzo a la paliza, y luego ella tomaba el relevo hasta que la víctima fallecía. A veces ordenaba a sus siervos que fustigaran a sus mujeres o a otros familiares en su presencia. En Troitskoye, arrojó agua hirviendo a una joven campesina y luego la mató a golpes. Los aldeanos recordaban haber visto el cuerpo: la piel escaldada había empezado a desprenderse de los huesos.

En su mayor parte, Darya mataba mujeres, aunque de vez en cuando también la tomaba con algún hombre. Uno de sus siervos, Chrisanthos Andreev, era el encargado de supervisar a las desafortunadas doncellas, y, cuando Darya decidió que este no estaba desempeñando correctamente su tarea, lo azotó y lo echó de la casa para que pasara la fría noche a la intemperie.

A la mañana siguiente, Andreev, que estaba casi congelado, fue arrastrado de vuelta al interior, donde Darya le prendió de las orejas sendas tenazas al rojo vivo. Luego procedió a derramar agua hirviendo sobre su cuerpo y, en cuanto él se desplomó sobre el suelo, lo cosió a patadas y a puñetazos. Cuando por fin se dio por satisfecha, le ordenó a otro sirviente que se llevara a aquel hombre ensangrentado. Tan pronto como lo arrastraron fuera de la vista de Darya, el pobre campesino murió.

Y todo aquello se repetía sin cesar, como una suerte de letanía de horrores. Darya le prendió fuego al cabello de una mujer y arrojó a una niña de once años por una escalinata de piedra. Solo daba de comer a sus sirvientes una vez al día, de forma que estuvieran perpetuamente débiles. Cuando se enfurecía, echaba mano del primer tronco que encontraba —los había almacenados en todas las estancias, para alimentar las chimeneas— y lo empleaba como un garrote improvisado. Los vecinos la oían gritar: «¡Azótala más!». Cuando uno de sus siervos osó insultarla, Darya lo agarró del pelo y empezó a golpear su cabeza contra una pared.

Aunque sus mozos de cuadra y sus doncellas se escapaban en repetidas ocasiones y denunciaban los asesinatos a las autoridades locales, lo único que conseguían era que los apresaran y los entregaran de nuevo a Darya, quien los azotaba, los encadenaba e incluso los mandaba al exilio. «¡No puedes hacer nada en mí contra! —le espetó a un mozo de cuadra que había intentado denunciarla—. Por muchas denuncias o quejas que presentes contra mí, las autoridades no me harán nada. Jamás te elegirán a ti antes que a mí.»

Y lo cierto es que su temeridad no obedecía a una bravuconería irracional. Tal y como quedara demostrado con la muerte de Grigorieva, el sistema estaba del lado de Darya, y, a esas alturas, ella llevaba años falsificando pruebas y sobornando a figuras clave de la autoridad. Si los clérigos se negaban a enterrar a una de sus víctimas, su administrador, Martian, presentaba documentos de defunción falsificados, haciendo constar que la muchacha había muerto de forma repentina a causa de una enfermedad y que no había tenido oportunidad de confesarse, o que el clérigo había llegado demasiado tarde, o que la chica estaba tan enferma que no podía hablar y que, por tanto, le había sido imposible pronunciar una última confesión. A veces, los documentos aseguraban que la víctima se había escapado, cuando en realidad se hallaba enterrada allí mismo, en el cementerio. El documento en el que se describía la causa de la muerte de la niña de once años a la que Darya había arrojado por las escaleras decía que la pequeña se había tropezado, sin más.

Si las quejas llegaban a oídos de los oficiales, Darya los sobornaba. Llevaba en un pequeño cuaderno la contabilidad de los regalos que hacía llegar a estos hombres tan poderosos: comida, dinero, incluso siervos. Es más, uno de los oficiales se mostraba tan complaciente que hasta visitaba a Darya para enseñarle cómo hacer frente a las denuncias que no cesaban de presentarse contra ella. «Si Saltykova no hubiese contado con el amparo y con la ayuda de sus protectores, se habrían producido menos fustigaciones y menos muertes», declararía airado uno de sus mozos de cuadra, que había sido testigo de cómo las atrocidades se prolongaban, impunemente, durante años.

En un momento dado, mientras contemplaba cómo golpeaban hasta la muerte a otra niña más, Darya empezó a gritar. «Yo soy mi única ama —chilló—. No le temo a nadie.» Estos aires de

superioridad e invulnerabilidad, su creencia de que estaba algo así como consagrada por la ley, formaban parte integral de la percepción que tenía de sí misma. Quizá mataba con el fin de demostrar una cosa muy simple: que podía hacerlo.

## AMOR Y PÓLVORA

Hoy, en los rincones más oscuros de internet, es posible encontrar a gente que intenta achacarle los múltiples crímenes de Darya a algo de lo más melodramático, apetitoso y comprensible: un corazón roto.

Tras la muerte de su marido, Darya inició una relación con su atractivo y joven vecino, el capitán Nikolái Andréyevich Tyutchev, cuya hacienda en Troitskoye lindaba con la suya. Todos los siervos estaban al tanto de su aventura. Pero su amor no duró demasiado, y la pareja rompió antes de la Cuaresma de 1762, cuando Darya estaba a punto de cumplir treinta y dos años.

El capitán no estuvo soltero mucho tiempo, y esto ofendió enormemente a Darya. Luego se enteró de que la nueva mujer no solo era más joven que ella, sino que el capitán tenía intención de *casarse* con aquella hermosa advenediza. Darya no pudo soportarlo. Empezó a dar vueltas por la estancia, decidida a vengarse de ellos de alguna forma terrible, y finalmente se le ocurrió un disparatado plan: los haría volar por los aires, y punto.

Cegada por sus ansias de venganza, Darya encargó a uno de sus hombres que comprara unos dos kilos de pólvora; luego, ella misma se ocupó de mezclarla con azufre y de envolverlo todo en arpillera. Ordenó a su siervo que ocultara el paquete inflamable en las proximidades de la casa de la mujer y que aguardara a la llegada del capitán. Una vez los amantes se hallasen cómodamente instalados en el interior, el sirviente tenía instrucciones de prender fuego a la casa y hacerlos volar por los aires en flagrante delito.

Pero esta intriga era una verdadera locura, incluso para los curtidos sirvientes de Darya. El primer criado que envió en esta misión sencillamente se negó a incendiar la casa, de modo que Darya lo fustigó hasta hacerlo puré en cuanto volvió. Procedió entonces a mandarlo allí de nuevo, junto con otro sirviente, pero ambos regresaron diciendo que sus intentos de prender fuego al edificio habían fracasado. Frustrada, Darya abordó su plan de otra manera. Si lo de la bomba no iba a funcionar, tal vez un asalto diera resultado. Así que ordenó a una nueva cuadrilla de siervos que se agazaparan junto a la carretera, aguardasen a que pasara el carruaje de la pareja y, entonces, se abalanzaran sobre ellos y los mataran a golpes.

Llegados a este punto, los siervos decidieron que la única manera de no verse implicados en aquella desquiciada fantasía de venganza era informar en secreto al capitán de que Darya conspiraba contra ellos. Y así lo hicieron, y el capitán se dirigió inmediatamente a la policía y presentó una denuncia contra su ex.

Darya ni se inmutó cuando la policía la interrogó. «Yo no envié a los campesinos Roman Ivanov y Leontiev a que prendieran fuego a la casa de la señora Panyutina, ni ordené a otros que los atacaran», respondió con frialdad. En su defensa, arguyó que, en el momento de los presuntos intentos de asesinato, ella se encontraba enferma, confinada en su mansión de Moscú con un clérigo junto a ella. En otras palabras, ella era una buena cristiana a la que jamás se le pasaría por

la cabeza vengarse de nadie, por horrible que hubiese sido su traición.

En cualquier caso, no hay duda de que Darya estaba un pelín disgustada con el capitán. Pero este desengaño no fue en modo alguno la herida que la convirtió en una despiadada asesina en serie. Ella había empezado a asesinar siervos mucho antes de que nada de esto ocurriera. Este suceso no es más que un útil elemento en el que basar nuestras especulaciones: a saber, que, para que Darya fuera capaz de cometer semejantes atrocidades, por fuerza tuvo que haber alguna otra cosa que la volviera medio loca.

De hecho, una de las causas más comunes a las que se atribuyen los crímenes de Darya es, precisamente, la locura. Cuando los habitantes de Moscú se enteraron de lo que había hecho, pensaron que era una demente, y aún hoy hay quienes siguen opinando lo mismo. (Huelga decir que a todos los asesinos en serie de la historia se los ha tildado de locos en algún momento u otro. ¿Cómo explicar, si no, esa violencia tan repetitiva, horrible y estudiada?) Pero, más que una lunática, Darya da la impresión de ser terriblemente lógica. Todo ese drama con el capitán no es más que una demostración de su siniestra capacidad de confabulación, planificación y racionalización: adquirió los materiales acertados, modificó su plan cuando fue necesario hacerlo y negó su culpabilidad con mucha labia. Hasta la lógica que subyacía a sus asesinatos de siervos era consistente. Si una sirvienta no limpiaba bien, merecía morir. Si un sirviente se quejaba a las autoridades, merecía morir. Los siervos eran de su propiedad, y ella tenía derecho a evaluar su rendimiento. Todo resultaba perfectamente razonable a ojos de Darya.

De todas formas, la locura y la lógica siempre han ido de la mano. El escritor G. K. Chesterton hablaba de la «aplantante lógica del lunático», diciendo que el loco «no está constreñido por el sentido del humor ni por la caridad». Está clarísimo que a Darya no la constreñía ni la caridad ni nada de nada. Si, de tanto en tanto, se le antojaba hacer volar por los aires a un exnovio, lo último que deseaba escuchar era que se había vuelto «loca». Ella solo quería tener la certeza de que los cuerpos desnudos de su antiguo amante y de su rival estaban chisporroteando como cochinillos en el asador. Si les decía a sus siervos que hicieran algo, simplemente quería que lo hicieran, sin preguntas de por medio. ¡Por Dios! ¿Es que nadie la escuchaba?

## LA HUIDA DE LOS MARIDOS

Nadie conocía el reinado de terror de Darya como Yermolai Ilyin, el hombre encargado de cuidar de sus caballos. Ilyin había estado casado en tres ocasiones; sus tres esposas habían sido mujeres muy trabajadoras, y todas y cada una de ellas habían tenido la nefasta fortuna de estar «empleadas» por Darya. Sus nombres eran preciosos: Katerina, Theodosia, Aksinya. Y Darya las había asesinado a todas.

Darya sabía de sobra que Ilyin la odiaba por lo que les había hecho a sus esposas, pero le advirtió que, si alguna vez intentaba denunciarla, ella misma lo mataría a latigazos. Ilyin la conocía lo suficientemente bien como para saber que sus amenazas no eran vanas, pero existen límites a la crueldad que la psique humana es capaz de soportar. De modo que, al final, llevado por la desesperación y la temeridad, Ilyin decidió ponerse a merced de un sistema al que poco le importaba si él moría o vivía.

En abril de 1762, Ilyin y su compañero siervo Savely Martynov se plantaron en la ciudad de San Petersburgo, dispuestos a llevar a Darya ante la justicia. Se aferraban a una carta que contenía una acusación casi inconcebible, pues en ella se aseguraba que, durante los últimos seis años, Darya había matado a más de un centenar de personas. Los dos estaban convencidos de que, si tan solo conseguían hacer llegar su misiva a manos de la recién coronada emperatriz, Catalina la Grande, ella tomaría cartas en el asunto.

Se trataba de una misión suicida, pero funcionó. Su historia sonaba tan escandalosa que llamó la atención de las autoridades de San Petersburgo, las cuales la derivaron a la Junta Judicial junto con una nota en la que solicitaban que se iniciara una investigación sobre la vida de Darya Nikolayevna Saltykova: la aristócrata, la madre, la viuda de un buen hombre, la cristiana devota.

«YO NO SÉ NADA; YO NO HE HECHO NADA»

Si Darya se ponía como se ponía por un suelo sucio o por un examante, no hace falta mucha imaginación para figurarse la ira que debió de invadirla cuando descubrió que dos de sus siervos habían conseguido volver a las autoridades en su contra. Pero no podía poner en práctica sus amenazas de fustigarlos hasta la muerte, porque el Gran Ojo de Catalina la Grande empezaba a girarse lentamente hacia ella, y la vida tal y como la conocía estaba a punto de cambiar para siempre.

En cierto modo, este caso surgió en un momento idóneo para Catalina la Grande. Porque, verán ustedes, Catalina estaba intentando demostrarle al mundo que Rusia había entrado en un tiempo nuevo —una era humanizada e ilustrada, en la que tener sangre noble corriendo por las venas ya no constituía una excusa para hacer lo que a uno le viniera en gana— y, por lo tanto, necesitaba a alguien con quien dar ejemplo de ello. Porque, ¡ante la ley, todos eran iguales!

Bueno, más o menos. Lo cierto es que Catalina estaba sometida a una enorme presión: debía manejar el caso con gran diplomacia. Dado que Darya pertenecía a una familia de gran prestigio, había otros aristócratas que se estaban interesando, y mucho, por esta, ejem, desafortunada situación. Querían asegurarse de que Catalina no sentase ningún precedente del que luego no hubiese vuelta atrás. (Evidentemente, ellos también tenían las manos manchadas de sangre: castigos que se les habían ido de las manos, historias de sobornos y de enterramientos apresurados.) Con todo, las acusaciones contra Darya eran demasiado graves como para que Catalina las barriese bajo la alfombra con un guiño a las familias de la alta nobleza moscovita. Para entonces, el número de muertes atribuidas a Darya se había disparado y alcanzaba la cifra de ciento treinta y ocho víctimas. Le gustase o no, la Junta Judicial se enfrentaba a uno de los peores casos de asesinatos en serie de la historia, ya fuera su responsable hombre o mujer.

A tenor del interés personal que Catalina mostró por el caso, la indagación contra Darya fue increíblemente metódica. Esto no iba a ser una pantomima como el juicio de Báthory: los investigadores entrevistaron a cientos de testigos, tanto en Moscú como en Troitskoye, poniendo un gran cuidado en confirmar y volver a confirmar cada una de las alegaciones presentadas contra la aristócrata. Los oficiales no podrían haber soñado con testigos mejores, pues les brindaron informaciones muy detalladas y precisas. Recordaban los nombres de los campesinos fallecidos y

las fechas en las que habían muerto; cada uno corroboraba las versiones de los demás. Cuando existía la menor sombra de duda acerca de un testigo —testimonios contradictorios, reparos acerca de la veracidad del testimonio o hechos que no podían ser probados—, la Junta Judicial dictaminaba a favor de Darya en esa acusación en particular. También descartaron múltiples casos por ausencia de pruebas. La postura de Darya ante los ciento treinta y ocho cargos de asesinato fue breve y dulce: «Yo no sé nada; yo no he hecho nada», declaró, una y otra vez.

Así y todo, la Junta la halló culpable de treinta y ocho asesinatos, y sospechosa de otros veintiséis. Sin embargo, el hecho de que Darya se negara a confesar inquietó tremendamente a Catalina, preocupación que queda bien reflejada en la gran cantidad de cartas que escribió en relación con el caso. En principio, Catalina desaprobaba firmemente la práctica de la tortura —suya es la célebre cita «Todo castigo mediante el cual el cuerpo humano pueda resultar mutilado es un acto de barbarie»—, pero quería que Darya se confesara culpable de algo, lo que fuera. En un momento dado, dirigió una misiva a la Junta en estos términos: «Explíqueme a Saltykova que los testimonios y los hechos del caso implican que habrá que recurrir a la tortura oficial si no confiesa, con toda sinceridad, su responsabilidad en estos crímenes. Así pues, envíeme un clérigo y que este se dedique a acompañarla y a exhortarla durante un mes. Y, si no muestra arrepentimiento alguno, prepárenla para someterla a tortura».

En realidad, Catalina no tenía ninguna intención de torturar a Darya, pero esperaba que esa perspectiva la asustara y la incitara a reconocer sus crímenes. «Muéstrenle la cámara de tortura —escribió Catalina—, para que sepa lo que le espera. Denle una última oportunidad para que admita sus faltas y se arrepienta.» Sin embargo, al mismo tiempo, Catalina no dejaba de recordar insistentemente a las autoridades que, pasara lo que pasara, Darya no debía sufrir ningún daño. Torturar o ejecutar a un miembro de la aristocracia suponía sentar un precedente muy impopular y demasiado arriesgado. «Asegúrense de evitar un derramamiento de sangre innecesario —escribió—, de interrogar apropiadamente a todos los implicados en estos crímenes y de recopilar y registrar todos los hechos. Luego, háganme entrega de todo.»

Darya jamás confesó nada.

#### «UN ALMA COMPLETAMENTE IMPÍA»

«Yo, Catalina la Grande, hago entrega al Senado del siguiente decreto —decía su veredicto imperial, el 2 de octubre de 1768—. Habiendo sometido a Nuestra consideración el informe proporcionado por el Senado, relativo a los crímenes cometidos por la desalmada viuda Darya, hija de Nicholas, hemos concluido que la acusada no merece ser considerada un ser humano, puesto que es, de hecho, peor que los más célebres asesinos, extremadamente despiadada y cruel, incapaz de frenar su ira.» El decreto establecía también su castigo: en primer lugar, Darya sería conducida al patíbulo, situado en la plaza central de Moscú, donde escucharía la sentencia de la Junta Judicial, la cual había de ser leída sin pronunciar en ningún momento el apellido de Darya o el de su marido —borrando así su identidad como ente social, destruyendo eficazmente todos los lazos familiares que tenía en el mundo—. A continuación, se procedería a encerrarla bajo tierra para el resto de su vida.

Durante los años que duró la investigación, Darya se había convertido en un personaje infame. Ahora circulaban por Moscú rumores delirantes que aseguraban que era caníbal, y la gente se moría por ver en persona a tan notoria asesina. Catalina azuzó el espectáculo enviando invitaciones a todas las casas nobles, en las que exigía su asistencia para que presenciasen al castigo de Darya. Aquella convocatoria era también una amenaza velada: la emperatriz advertía a los nobles de que sus abusos de poder tenían consecuencias reales. Después de todo, llegaba la Ilustración. Ya no podrían salirse siempre con la suya.

El 18 de octubre era domingo, y ese mismo día cayó sobre Moscú la primera nevada de la temporada; pero esto no detuvo a la población, y una gran multitud acudió a la Plaza Roja para contemplar, boquiabierta, a la «desalmada viuda». A mediodía, Darya fue conducida al exterior, y acto seguido la ataron a un poste. Llevaba un cartel colgado del cuello: «Torturadora y asesina». Un guardia se situó junto a ella mientras se leía la sentencia en alto. Se cuenta que un fascinado espectador declaró que los ojos de Darya «no eran de este mundo». Una hora después, se la llevaron encadenada con grilletes.

El castigo de Darya no tuvo nada de sangriento, pero fue una larga y terrible experiencia de aislamiento. La encerraron en una celda subterránea, denominada «cámara de arrepentimiento», a la que solo tenían acceso una monja y un vigilante. En el interior no estaba permitido que brillara ni un rayo de luz, salvo durante las comidas, cuando se la proveía de una vela. Darya permaneció allí sentada, sumida en la más absoluta oscuridad, durante once años. Aparte de comer y beber, realizaba una única actividad: los domingos permitían que se situara bajo un respiradero que ascendía hasta una iglesia local, con el fin de que pudiera escuchar la liturgia.

¿Qué pensaría Darya cuando, un domingo tras otro, escuchaba al párroco orar: «Oh, Señor, Tú que de la nada has llamado a la existencia a todas las cosas, Tú que has creado al hombre a tu imagen y semejanza, y lo has embellecido con todos Tus dones»? ¿Albergaría Darya algún sentimiento hacia aquellos cuerpos, creados «a imagen y semejanza» de Dios, que tan cruelmente había destrozado? Cuando la liturgia abordaba el pecado, el mal y la necesidad de alcanzar la santidad, ¿pensaría en sí misma? ¿O acaso se limitaba a permanecer allí plantada, en la oscuridad, bajo el respiradero, con sus pensamientos muy lejos de allí y sus pupilas ultramundanas dilatadas por la falta de luz?

La horrible Darya. Había interiorizado hasta tal punto la naturaleza de la servidumbre que tal vez se creyera, sinceramente, una mujer virtuosa a los ojos de Dios por deshacerse de aquellas almas monstruosas, indignas e infrahumanas. Todo en su mundo le decía que ella era superior: asistía a conciertos de orquestas de siervos, contemplaba boquiabierta los ballets de siervos; veía cómo los castigaban hasta por intentar criticar a sus amos. Es muy probable que ni siquiera en su querida iglesia le enseñaran que la servidumbre estaba mal. Una guía pastoral publicada en 1776 «prácticamente pasaba por alto la existencia de la servidumbre». El historiador Richard Pipes sería mucho más claro al referirse a la Iglesia rusa: «Ninguna rama del cristianismo ha demostrado una indiferencia tan cruel hacia la injusticia social y política». El silencio de los clérigos lo decía todo: estos siervos no son nada para nosotros, ni nada para Dios; no son nada.

De modo que Darya sencillamente llevó este modo de pensar al extremo más lógico: si los siervos no eran nada, si solo eran formas de vida inferiores, si era ella a quien se consideraba un

ser verdaderamente valioso —protegido por la ley y mimado por la Iglesia—, entonces podía hacer con ellos lo que se le antojase. Se sentía dueña y señora del trabajo y de la sangre de sus siervos, y puede que también de sus mismísimas almas.

Pero, claro, no los mató a todos. Porque no era un dios. De modo que, mientras se consumía bajo tierra, los siervos que sobrevivieron empezaron a llamarla Saltychikha —un apodo desprovisto de significado, pero que, no obstante, implicaba una pequeña rebelión sociolingüística—. Y es que, verán ustedes, los aristócratas nunca utilizaban esa clase de diminutivos entre ellos, de modo que la sola existencia de este apodo indica que fueron los siervos quienes se lo pusieron. *Saltychikha* era un nombre que hacía pensar en una pueblerina, en una persona simple y algo basta. A Darya le habría enfurecido escuchar su nombre alterado de esa forma. Y el hecho de que el apodo persistiera en el tiempo —aparece incluso un siglo después en la introducción de *Guerra y paz*— supone una pequeña victoria para las almas.

En 1779, Darya fue transferida a una cámara excavada en la roca, con un ventanuco con barrotes. Corren rumores de que se acostó con uno de los guardas y dio a luz a un bebé, pero para entonces ya debía de rondar los cincuenta años. Moscú no la había olvidado —el «monstruo de la humanidad», la llamaban, un «alma completamente impía», y los niños más curiosos se asomaban a veces al ventanuco para tratar de vislumbrar a la abominable Saltychikha. Cuando lo hacían, ella gruñía y les escupía, confirmando así los rumores acerca de su brutalidad, y convenciendo a todo el mundo de que todavía no se había arrepentido de sus crímenes. Y es que nunca lo hizo, al menos que sepamos.

Darya permaneció encerrada un total de treinta y tres años, hasta su fallecimiento el 27 de noviembre de 1801. El consejero de estado la visitó en una ocasión, cuando ella ya era una anciana, puede que intrigado por saber si un noble podía conservar su nobleza después de pasar décadas bajo tierra. Observó que Darya había engordado y que «ahora todos sus movimientos delataban que se había vuelto loca». Después de tantos años arrastrándose por la oscuridad, había dejado de ser su propia ama.

ANNA «TÉMPANO DE HIELO»



ANNA MARIE HAHN

Un día de verano de 1937, tres viajeros de tres generaciones distintas se subieron a un tren rumbo al oeste, con destino Colorado Springs: una bonita rubia de treinta y un años, un adolescente con cara de querubín y un anciano muy enfermo. El chico iba y venía por el pasillo del vagón, trayéndole vasos de agua fresca al viejo, que se mostraba sediento y quejumbroso y cabeceaba sin parar. Entonces, para entretenerse, el muchacho se dejó caer en su asiento y se puso a dibujar. Estuvo concentrado en su tarea un buen rato y, luego, le enseñó su obra al hombre: era el dibujo de una calavera.

El anciano enfermo contempló la imagen con ojos aterrorizados. «¡Demonios! —gritó, arrancando el dibujo de manos del chico y sosteniéndolo en alto—. ¡Demonios!» El chaval se burló de la desazón del viejo con una risita disimulada y enseguida el vagón entero también se echó a reír. Cuando se dio cuenta de que nadie lo iba a ayudar, el anciano plegó el papel y se lo metió en el bolsillo, para a continuación seguir durmiendo y despertándose y durmiendo de nuevo, como quien se remueve angustiado tratando de salir de una pesadilla.

## AMOR A PRIMERA VISTA

Anna Marie Hahn disfrutó de una apacible infancia de cuento, pero esta se rompió en mil pedazos cuando, sin previo aviso y de manera fulminante, la edad adulta se le vino encima y un siniestro amante le rompió el corazón. O al menos eso es lo que ella deseaba que la gente creyera. Anna nació en 1906 en la idílica Füssen, un pueblo bávaro enclavado al pie de los Alpes y célebre por sus lutieres de violines. Su padre, George Filser, trabajaba como fabricante de muebles, y la suya era una familia religiosa, acomodada y respetada. Anna era la más pequeña de doce hermanos, si bien cinco de ellos habían muerto. Probablemente fue una niña muy querida e incluso mimada por toda la familia. Su madre, Katie, siempre reconoció que Anna era su preferida.

Entonces aquel pintoresco pueblo alemán recibió la visita de un forastero: el doctor Max Matscheki. Se trataba de un prestigioso médico vienés que buscaba un tratamiento para curar el cáncer —«uno de los médicos más eminentes del mundo»— y que era tan guapo como una estrella de cine. Cortejó a la joven Anna, que por entonces tenía diecinueve años, con suma dulzura, guiándola por la pista de baile mientras le susurraba promesas románticas al oído. «Fue la clase de enamoramiento con el que sueña toda muchacha, amor a primera vista —diría Anna—. Por aquel entonces, yo era muy feliz.» Matscheki le juró que se casaría con ella y, dejándose arrastrar por su idealismo, Anna acabó acostándose con él. ¿Por qué no? Estaba convencida de que él la amaba y aguardaba con entusiasmo la vida compartida que el futuro les deparaba. Pero, cuando el doctor Max Matscheki se enteró de que Anna estaba embarazada, dio marcha atrás. Había otra persona, le dijo. Una esposa, en Viena. «Fue como si se me cayera una montaña encima —dijo Anna—. No me mató, pero me asfixiaba y me aplastaba.»

Era una historia cruda y de lo más poética. Pero había un pequeño problema: no existía ningún Max Matscheki que hubiese ejercido la medicina en Viena. El médico era una fantasía, un amante

imaginario, un sustituto de quién sabe qué otro hombre normal y corriente. Ahora bien, el bebé era real, vaya que sí, y, cuando la conservadora familia de Anna descubrió que estaba encinta, se sintieron mortificados. En aquel pueblo, tan pequeño y santurrón, no había forma de ocultar un embarazo adolescente. Así pues, nada más nacer el pequeño Oscar, la familia decidió que lo mejor era que Anna desapareciese para siempre de su vista y partiera rumbo a América.

Lo cierto es que, para Anna, marcharse supuso un gran alivio, sobre todo después de haber aguantado las habladurías de sus vecinos durante nueve largos meses. «No podía soportar por más tiempo esas cosas que la gente andaba diciendo sobre mi desgracia», recordaría. Tardó dos años en conseguir un visado y se marchó con tan solo veintidós, dejando atrás a su hijo hasta que se estableciera al otro lado del océano. La travesía sin Oscar debió de resultarle muy dolorosa. «Las pocas alegrías que he tenido en la vida me las ha dado mi niño», decía.

Hasta el final de sus días, Anna habló siempre con cariño del doctor Max Matscheki. Quizá le gustaba la imagen de ella que dejaba traslucir la historia: una muchacha soñadora, inocente y sensual sacudida violentamente por la marejada de un romance con un extraño. Una víctima. Aquel cuento sobre el padre de Oscar fue una de sus mentiras más cinematográficas —¡sexo y nada menos que una cura para el cáncer!—, pero también sería la más inocente de todas. Nadie murió por su causa.

## ¡AMÉRICA!

Con el fin de costearse el viaje, Anna escribió a su tío Max Doeschel, que vivía en Cincinnati, y le pidió un préstamo. No tenían apenas relación; es más, Doeschel nunca había recibido ni una carta de su sobrina. Sin embargo, le envió un giro postal de 236 dólares y se dispuso a aguardar su llegada, sin saber muy bien qué clase de persona esperarse. Más tarde, Anna presumiría de que él le había enviado la abrumadora suma de 16 000 dólares, nada más y nada menos. Pero es que ella siempre mentía acerca del dinero.

Anna llegó a Cincinnati en febrero de 1929, una «rubia muy bonita» que hablaba muy buen inglés. Contrajo la escarlatina casi inmediatamente y estuvo enferma varios meses, pero llegado el mes de abril se sintió lo bastante recuperada para emplearse en un hotel. En cuanto empezó a ganar dinero, Anna comenzó a comportarse como si fuera otra persona. Doeschel y su mujer se quedaron un poco desconcertados por sus elevados ingresos —«tenía más que de sobra para cubrir sus gastos»—, sobre todo porque Anna todavía no se había ofrecido a devolverles el dinero que le habían prestado. La joven tomó como costumbre realizar compras extravagantes que luego ocultaba, como si tratara de disimular el hecho de que eran «demasiado caras para una chica que trabajaba de camarera de piso». Llegó incluso a contarles que se estaba construyendo una casa, lo que no tenía ningún sentido. ¿Cómo demonios iba a costearse algo así? Pero al cuerno con la lógica: Anna quería que la vieran como la clase de persona que podía construirse una casa si así le venía en gana.

En el hotel donde trabajaba, Anna conoció a un personaje escuchimizado y bondadoso llamado Philip Hahn. No es que fuera un romántico médico vienés, pero, bueno, le gustó que le proporcionara algo así como un puerto seguro. «Era amable conmigo y me dijo que me amaba y

que quería casarse conmigo —comentaba. Aunque luego añadía—: Al principio, cuando empezó a hablarme de matrimonio, me asusté.» Cuando Hahn aceptó ser un padre para Oscar, Anna finalmente transigió, y la pareja contrajo matrimonio un año después. En julio de 1930, ella ya estaba lista para regresar a Alemania y recuperar a su hijo.

Sus tíos se sintieron engañados cuando Anna regresó a Cincinnati con aquel niño rubio a cuestas, del que ella no les había hablado jamás. Hartos de sus mentiras y atónitos con su comportamiento, finalmente decidieron cortar de cuajo con ella, justo igual que su familia en Alemania.

Estados Unidos ya había iniciado su escalofriante caída en la Gran Depresión, y el dinero pasó a ocupar aún más espacio en la mente de Anna. Se aficionó a las carreras de caballos, y con frecuencia firmaba cheques sin fondos cuando perdía las apuestas. Abrió un restaurante con su marido y luego intentó incendiarlo para cobrar el seguro. Trató incluso de prenderle fuego a su propia casa con la misma intención. Quizá el dinero contribuía a alimentar alguna suerte de fabuloso delirio romántico que tenía, el mismo delirio que la llevaba a insistir en que su tío le había enviado un giro de 16.000 dólares para su viaje a América, una cifra de cuento de hadas que llevaba implícita la existencia de unos familiares ricos e indulgentes y una travesía de lujo hasta el otro lado del Atlántico. Pero lo mismo da, porque las apuestas y los incendios provocados pronto dejaron de satisfacerla, y Anne empezó a jugar a otro nivel.

En la actualidad, hay psicólogos evolutivos que han teorizado que, en el ámbito de los asesinos en serie, los hombres son «cazadores», mientras que las mujeres son meras «recolectoras» que, con buen criterio, obtienen determinados recursos de sus víctimas en lugar de dejarse llevar por una profunda e insaciable sed de violencia. Puede ser que, técnicamente, Anna sacase algo de dinero de sus crímenes, pero era una cazadora hasta la médula. Fijaba la vista en sus víctimas como si estuviese mirando a través del teleobjetivo de un rifle y las acechaba con cruel e inquebrantable determinación. Y, como todo depredador que se precie, escogía a las presas más débiles. A decir verdad, era una criminal un poco descuidada, pero sus víctimas eran seres solitarios, inocentes y fáciles de engañar. Pensaban que el resto del mundo se había olvidado de ellos, y querían creer, desesperadamente, que aquella mujer rubia que se inclinaba sobre ellos era una especie de ángel.

\* \* \*

## «MI CHICA»

Uno de sus primeros enamorados fue un hombre llamado Ernest Kohler, su casero de sesenta y dos años. Kohler era propietario de un precioso caserón, y en 1932 tenía alquiladas dos de las habitaciones a los Hahn y otra a un médico que nunca cerraba con llave su consulta. Anna se colaba de vez en cuando en el despacho y utilizaba las recetas en blanco del médico para falsificar prescripciones de narcóticos. Pero la mayor parte del tiempo la dedicaba a flirtear con Kohler.

El casero murió de forma repentina el 6 de mayo de 1933, y su muerte le vino a Anna que ni

caída del cielo. Él le dejó en herencia su precioso y viejo caserón, valorado en 12 000 dólares, y también un coche, 1 167 dólares en una cuenta de ahorros y un montón de valiosas antigüedades. De acuerdo, fue algo raro que la oficina del juez de instrucción recibiera varias llamadas telefónicas anónimas en las que insistían en que a Kohler lo habían envenenado, pero Anna les explicó cuidadosamente que no, que había muerto de cáncer de esófago. El juez, que se tomaba muy en serio su profesión, examinó el esófago del fallecido, pero al no hallar restos de veneno lo envió al crematorio en paz.

Para Anna, esta era la relación perfecta. Le gustaban los hombres ancianos, solitarios y, preferiblemente, alemanes, para así poder estrechar lazos en torno a aquella herencia cultural compartida. Por lo general, estaban jubilados (lo que significaba que, en potencia, reposaban sobre un montón de pasta fresca) y se sentían abandonados por la sociedad (lo que a su vez quería decir que eran especialmente vulnerables a sus encantos). Ella se les ofrecía como una especie de asistente-a-la-par-que-novia, dispuesta a hacer de enfermera, cocinar o flirtear a la primera de cambio.

Y seguro que sus víctimas tuvieron que pellizcarse para poder creérselo: allí estaban ellos, sentados en sus desolados apartamentos de soltero, cuando, de repente, se presentaba a su puerta esa criatura dorada, deseosa de reírse de sus chistes y de prepararles decadentes y nostálgicas recetas. A veces hasta permitía que la besaran, y en un tris los hombres se descubrían pronunciando palabras como *compromiso* y *luna de miel*. Aquella mujer era un auténtico milagro. Una segunda oportunidad en la vida. Y todo un regalo para la vista: llena de vida, con grandes ojos color avellana y una belleza tan delicada que resultaba difícil de captar en una fotografía.

El siguiente amiguito de Anna fue un comerciante del sector del carbón, George E. Heis, que la llamaba «mi chica» y que devoraba con ansia sus *Hügelheimer Pfannkuchen*, las tortitas bávaras que ella le preparaba. Cuando Anna, tímida y coqueta, lo informó de que se había divorciado de su marido (¡mentira!), Heis, que estaba locamente enamorado de ella, empezó enseguida a hablar de matrimonio, aunque solo a base de indirectas.

Pero ¿qué diablos hacía Philip Hahn entre tanto?, se preguntarán ustedes. Pues bien, Hahn se había convertido en un mero figurante de esa obra teatral que era la vida de Anna. No aprobaba aquellas relaciones de amistad con todos esos ancianos, pero su mujer ignoraba sus protestas. En una ocasión, Anna envenenó su comida, pero fue una tentativa ejecutada tan a desgana que solo podemos conjeturar que Hahn no significaba nada para ella; ni siquiera era lo bastante importante (o rico) como para matarlo. Hahn, que se puso a vomitar violentamente después de aquel almuerzo, sospechó que ella había intentado asesinarlo y, como es comprensible, el matrimonio empezó a enfriarse. Pero él siguió a su lado, puede que por el bien de Oscar.

De regreso en el apartamento de Heis, Anna solía abordar ladinamente a su anciano enamorado para pedirle pequeñas e inocuas cantidades de dinero, y él se las prestaba encantado: ora los billetes que llevaba en el bolsillo, ora el dinero de su negocio, la Consolidated Coal Company. Cuando la suma total de sus «préstamos» alcanzó los dos mil dólares, el gestor de créditos de la empresa hizo acto de presencia y le pidió explicaciones. Heis se vio obligado a reconocer que se había echado una bonita novia y que había sido incapaz de negarle el dinero. El gestor, inmune a las locuras del amor, empezó a presionar a Anna para que devolviera los préstamos.

Este suceso le abrió los ojos a Heis, que empezó a ver a Anna bajo una mirada más fría y desapasionada, y se dio cuenta de que no solo le pedía dinero constantemente, sino que sus comidas a menudo lo hacían enfermar. Es más, había días en los que apenas podía levantarse de la cama. Heis le comunicó sus sospechas al gestor de créditos. ¿Estaba su chica intentando envenenarlo? La siguiente vez que Anna se presentó con su plato insignia —espinacas espolvoreadas con gránulos blancos que parecían ser sal—, Heis le dijo que le devolviera sus dos mil dólares y que no quería volver a verla nunca más.

Heis no tenía ni idea de que, de esta forma, estaba firmando las sentencias de muerte de otros viejos solterones de Cincinnati, pero sus exigencias obligaron a Anna a acelerar su cacería. A finales de 1936 conoció a Albert Palmer, de setenta y dos años, con el que trabó lazos gracias a su afición mutua por las apuestas en las carreras de caballos. Al igual que Heis, Palmer la llamaba «mi chica» y devoraba sus platos con gran entusiasmo. También planearon un viaje juntos a Florida. Ella le dejaba notitas empalagosas que probablemente lo volvían loco: «Mi querido papaíta —decía una de ellas—, mañana vendré a verte. Con todo mi amor y un montón de besos. Tu Anna». Valiéndose del arte del encandilamiento, Anna le sacó dos mil dólares, y utilizó parte de ese dinero para pagar a Heis.

Pero, con el tiempo, también Palmer puso los pies en la tierra. Empezó a preguntarle a Anna si no había alguna forma de que empezara a devolverle el dinero que le había prestado, y ella respondió sirviéndole cenas que le minaban la salud. Es posible que también llegara a sus oídos algún que otro cotilleo sobre la reciente aventura de Anna con Heis. El caso es que, herido y furioso, Palmer le dio un ultimátum: o bien le pagaba los dos mil dólares *ipso facto*, o bien se convertía en su novia, de forma permanente y exclusiva. Anna nunca tuvo que decidirse por ninguna de estas dos opciones, porque el 26 de marzo de 1937 Palmer murió de lo que parecía ser un infarto.

Anna dio con su siguiente benefactor presentándose aleatoriamente en un edificio de apartamentos y preguntándole sin miramientos a una mujer si «allí vivía algún anciano». Cuando descubrió que uno de los pisos estaba alquilado por un inmigrante alemán llamado Jacob Wagner, le dijo a la escamada vecina que uy, que sí, que Wagner era su tío —aun cuando un minuto antes no sabía su nombre—. Entonces le pasó una nota por debajo de la puerta, organizó una cita y congenió con Wagner al instante. «Tengo una nueva nena», se chuleó Wagner delante de un colega. Su nueva nena solía pedirle dinero prestado, pero le aseguró que era de fiar enseñándole una libreta de ahorros falsificada en la que figuraba como titular de una cuenta con más de quince mil dólares en el banco. ¿Tendría esa cifra algo que ver con los dieciséis mil dólares imaginarios de su tío? Tal vez esa fuera la cantidad de sus sueños: un número que asociaba con la estabilidad y con la felicidad de un cuento de hadas.

Pero Anna se había vuelto descuidada. Estaba haciendo malabares con múltiples hombres, y algunos de ellos se movían en los mismos círculos. Sus peticiones de dinero resultaban cuando menos extrañas —si era cierto que tenía quince mil dólares en el banco, ¿por qué razón iba a necesitar un préstamo?— y andaba a la caza de hombres de mala manera, preguntando a cualquier extraño dónde podía encontrar a algún «anciano». Pero era ahí donde radicaba su genialidad: en marcarse como objetivo a personas aisladas. No hay duda de que levantó sospechas en algunas

personas —la vecina de Wagner recordaría para el resto de su vida su extraña pregunta—, pero la mayor parte de las veces es que sencillamente no había nadie cerca a quien le pudiesen importar aquellos hombres.

Mientras Anna se metía a Wagner en el bolsillo, volvió a matar por el bajo, no, por el bajísimo precio de ochenta dólares y un abrigo de piel de conejo. Trabajó amistad con una anciana viuda valiéndose de un falso uniforme de enfermera y ofreciéndole sus servicios, y luego robó los objetos de valor que aquella mujer guardaba debajo de su cama. («Es que me encantaba hacer que las personas mayores se sintieran cómodas, nada más», declaró Anna tiempo después.) Se compró un bonito abrigo con las ganancias y se ofreció a buscar al «culpable» si, a cambio, la confiada viuda le pagaba ochenta dólares. Después se cargó a la pobre mujer con una ración envenenada de helado.

En el apartamento de Wagner, mientras tanto, las cosas estaban tomando un cariz cada vez más escalofriante. Wagner empezó a mirar a Anna con recelo cuando descubrió que su libreta de ahorros había desaparecido, pero ella le juró que no había hecho nada malo y lo aplacó a base de comidas y bebidas magníficamente condimentadas. Más pronto que tarde, él acabó en el hospital, «semiinconsciente, con arcadas de tanto dolor, en estado de *shock* y moribundo». Una imagen horripilante. El arsénico puede hacer que sus víctimas enloquezcan de sed; y de hecho, poco antes de morir, Wagner le suplicó a una enfermera que le diese algo de beber, susurrando: «Ich könnte ein Fass voll Wasser trinken!» («¡Podría beberme un barril entero de agua!»).

Anna se presentó en el tribunal testamentario más cercano como una actriz de la vieja escuela dispuesta a representar el papel de lady Macbeth. Cuando hubo derramado una cantidad suficiente de recatadas pero desgarradoras lágrimas, lanzó al aire la sugerencia de que quizá fuera conveniente que uno de los ayudantes del *sheriff* registrase el apartamento de Wagner, ya saben, por si acaso había algún documento importante por allí, ¿no? Y, cómo no, el ayudante halló sobre la repisa de la chimenea un testamento escrito a mano:

Por la presente manifiesto mi última voluntad y testamento, libre de toda influencia. Tengo mi dinero en el Fifth Third Bank. Una vez pagados los gastos de mi funeral y liquidadas todas mis facturas, deseo que el resto vaya a parar a mi pariente, Anna Hahn. Deseo que la señora Hahn sea mi albacea. No quiero flores, y no quiero que me expongan de cuerpo presente.

El testamento —¡menuda sorpresa!— lo había escrito Anna de su puño y letra, y el grado de confianza y sangre fría que exhibió la señora Hahn al dirigir a las autoridades directamente hasta su falsificación resulta verdaderamente impresionante. Era una criminal descuidada, y ello se debía en parte a su absoluta falta de empatía. ¿Última voluntad y testamento? ¿Los ochenta dólares de una anciana? Para ella no había nada sagrado; nada que la conmoviera. Y, al igual que tantos otros de sus embaucamientos, este también funcionó. En aquel momento, las autoridades no tenían ningún motivo para sospechar de aquella encantadora y consternada rubia, y no parece que Wagner le importase lo bastante a nadie como para molestarse en verificar o desmentir la presencia de Anna en su árbol genealógico.

Ella, por su parte, continuó con su demoledor avance: escasas semanas más tarde, se hizo amiga de George Gsellman, un anciano de sesenta y siete años, emigrado de Hungría y que hablaba

alemán, que además se consideraba todo un Casanova. Al poco de conocer a Anna, se jactó de ello delante de una de sus ex, diciendo: «No quisiste casarte conmigo y, mira por dónde, ahora me he ligado a una jovencita rubia que es profesora de alemán». Anna solo consiguió sacarle cien dólares con sus encantos, pero eso era mucho dinero para Gsellman. Es más, su banquero reparó en que aquella era la cantidad más elevada que su cliente había retirado jamás.

Una noche, un extasiado Gsellman les contó a dos vecinos suyos que iba a casarse al día siguiente. Pero, cuando llegó la mañana, el novio yacía tieso en su cama. Sobre el hornillo reposaba la cena a medio comer, espolvoreada con dieciocho granos de arsénico. Aquella dosis excedía con mucho la cantidad necesaria para matar a un hombre, pero ¿y qué? A Anna, desde luego, no le importaba lo más mínimo.

## BRUJAS

Dicen que el veneno es cosa de blandos. El poeta inglés Phineas Fletcher (1582-1650) fue probablemente el primero que acuñó la expresión «el arma de los cobardes», pero, a pesar del tiempo que ha transcurrido desde entonces, su opinión prevalece; incluso un personaje de *Juego de tronos* de George R. R. Martin tacha a quienes matan con veneno de no tener agallas. El veneno es malicioso, lento, y se puede envenenar a alguien sin derramar una sola gota de su sangre o sin tener que pasar el mal trago de mirarlo a los ojos mientras lo empalas. Dicho así, no es que dé mucho miedo, la verdad. Vamos, que los envenenadores no aterran a la gente como pueden hacerlo, yo qué sé, los destripadores, por ejemplo.

Pero eso es muy injusto, porque para envenenar a alguien se requiere una gran capacidad de planificación y un estómago a prueba de muertes truculentas. El envenenador necesita ser capaz de mirar a los ojos de su confiada víctima día tras día, al tiempo que va acabando con su vida poco a poco. Tiene que representar el papel de enfermera, pariente o amante y, a la vez, mantener el grado de instinto asesino al máximo, sin flaquear, cosa que resultaría insoportable para muchos de los que han disparado una pistola o blandido una espada. Ha de limpiar los vómitos de su víctima, y fingir compasión cuando esta le pide agua, suplicante. Mientras el moribundo grita que le arden las entrañas, el asesino debe armarse de valor para enfrentar la espantosa visión de la muerte reptante y darle aun otro sorbito de la mortal bebida. ¿El arma de los cobardes? No tanto. El veneno es el arma de los insensibles, de los sociópatas, de los reyes de la crueldad.

Anna Hahn no era una cobarde. Sabía cómo manejar la muerte, cómo hacer para que el proceso fuera infernalmente doloroso. Su última víctima se parecía mucho a las otras, pero, por alguna razón, Anna se ensañó con él de manera especial. Lo envenenó hasta que el pobre hombre acabó revolviéndose en sus propias heces. Sus últimos días de vida fueron una angustiada secuencia de dolor y alucinaciones, una auténtica pesadilla, y ella lo mató a cientos de kilómetros de su hogar.

Johan Georg Obendoerfer tenía por oficio remendar zapatos, estaba medio jubilado, se había quedado viudo y era el orgulloso abuelo de once nietos. Un día, el zapatero recibió en su tienda la agradable visita de una encantadora señora rubia que hablaba alemán, y que necesitaba saber si podía repararle uno de sus zapatos de tacón. Quizá Anna —que por entonces seguía frecuentando a Gsellman— ya supiese la clase de hombre que regentaba el negocio, y lo del tacón fuese solo una

artimaña. En cualquier caso, Obendoerfer se quedó prendado de ella.

Después de varias semanas de relación, Obendoerfer parecía otro hombre. Se afeitó el bigote para quitarse unos pocos años de encima, y empezó a dejar caer indirectas sobre un posible compromiso. Anna le dijo, muy coqueta ella, que antes de dar el paso convenía que se tomaran unas vacaciones juntos. Aseguró ser propietaria de una bonita casa en un rancho de ganado en Colorado, y le sugirió que tal vez podrían llevarse a Oscar, visitar aquello y, si les gustaba, contemplar la idea de mudarse allí los tres juntos, para siempre. Al zapatero le encantó la idea, así que Anna se apresuró a asesinar a Gsellman y empezó a planear el viaje.

Obendoerfer nunca había sido tan feliz. Ante él se abría la posibilidad de una segunda vida, igual que una flor de dulce néctar, ofreciéndole una novia, un matrimonio, varias hectáreas de tierra en la América indómita (tierras a las que podría llegar a considerar su hogar), e incluso un chaval. El 20 de julio de 1937, lio el petate y se dirigió a casa de Anna, celebrando la ocasión de camino con una buena jarra de cerveza. Anna había preparado una cena deliciosa como pistoletazo de salida, una cena espolvoreada con esos gránulos blancos con los que tanto le gustaba cocinar. Al despuntar el día, Obendoerfer estaba tan descompuesto que Anna y Oscar tuvieron que ayudarlo a subir al taxi.

Los tres prosiguieron con el viaje a pesar de todo, tomando el tren de Cincinnati a Chicago — donde Anna se registró con Oscar en un hotel muy cuco y metió a Obendoerfer en la habitación de un motel de tres al cuarto de la zona— y, desde allí, hasta Denver, donde hicieron un alto de unos pocos días. Durante la primera mañana en la ciudad, Anna y Oscar se pasaron a ver a Obendoerfer y se lo encontraron retorciéndose en la cama, entre restos de heces y vómito. Anna fingió querer aliviar al anciano dándole de comer unos pedazos de sandía fresca mientras Oscar miraba, pero Obendoerfer era incapaz de retener nada. Así que dejó al hombre a solas con su suplicio y se entregó en cuerpo y alma a la delicada tarea de robarle los ahorros de toda una vida.

Anna le envió una carta al banquero de Obendoerfer en Cincinnati, en la que lo informaba de que su cliente planeaba mudarse a Denver, quería transferir sus fondos al Denver National Bank y necesitaba mil dólares en efectivo para cubrir los gastos que pudieran surgirle en el ínterin. Esa semana, Anna visitó una y otra vez el Denver National Bank para comprobar si el dinero había llegado, pero su frustración fue en aumento según pasaban los días.

Entretanto, la habitación de hotel de Obendoerfer presentaba un estado tan deplorable que las doncellas se plantaron, negándose en rotundo a entrar a hacer sus tareas. Cuando el dueño acudió a echar un vistazo y vio a Obendoerfer acurrucado en posición fetal, gimiendo y rodeado de su propia inmundicia, urgió a Anna para que se lo llevase al hospital. Anna rezongó que apenas conocía a aquel hombre, y a continuación lo subió hecho un fardo a un tren con destino a Colorado Springs.

Llegados a este punto, seguramente Obendoerfer ya sospechara que Anna lo estaba envenenando, pero estaba perdido en la densa niebla de su propia agonía. Lo único que podía hacer era suplicar que le dieran agua y asomarse con la mirada perdida a la ventanilla del tren. Cuando Oscar le mostró su dibujo de la calavera, parece que Obendoerfer reunió fuerzas suficientes para acusarlos —«¡Demonios, demonios!»—, pero los demás pasajeros solo se rieron de su pavor. Entonces, es probable que se acurrucase contra el cristal, con el esbozo de la calavera doblado junto a su

corazón, y se preguntase casi como en un sueño por qué había confundido a aquellos demonios con ángeles.

El hecho de que Oscar estuviese allí mismo, sentado junto al hombre moribundo, es uno de los detalles más escalofriantes de la historia de Anna. Probablemente, Oscar no fuera consciente del verdadero alcance de lo que estaba ocurriendo, pero, aun así, lo vio todo. Olió los vómitos, fue testigo de la agonía del anciano, observó cómo su madre lo alimentaba con pedazos de sandía envenenada. (Anna llevaba consigo un salero repleto de arsénico, y «salaba» a discreción la comida de Obendoerfer.) No hay duda de que Oscar, con sus suaves rizos, sus rasgos perfectos y su atenta e inteligente expresión, ayudaba a que Anna pareciera inofensiva, casi un angelito. ¿Y qué si algunos de los que lo conocían decían que «ese niño era más malo que la tiña», que mataba animales por diversión y que, en una ocasión, disparó contra un amigo suyo con una escopeta de aire comprimido? A lo mejor su madre lo llevaba siempre consigo porque la hacía parecer buena a ella.

En Colorado Springs, Anna y Oscar dejaron que Obendoerfer se las apañara él solito mientras ellos se iban a hacer turismo. A su regreso al hotel, Anna se fijó en que la puerta que daba a las dependencias privadas del dueño estaba entornada. Entonces se asomó al interior y vio dos sortijas de diamantes que brillaban sobre una cómoda. Ni corta ni perezosa, se las embolsó enseguida, pero cuando salía se dio de bruces con la mujer del dueño, que como es lógico le pidió explicaciones. Anna respondió que solo se había asomado por curiosidad, para ver cómo eran las dependencias. El robo de aquellas sortijas a plena luz del día fue un error de lo más estúpido, descuidado y avaricioso por su parte, un error que además resultaría fatal.

Con las sortijas bailando en su bolsillo, Anna ingresó por fin a Obendoerfer en el hospital, donde lo registró como una persona sin hogar. El anciano murió allí, sin llegar a alcanzar el paraíso que le habían prometido.

## LA ASESINA NÚMERO UNO DE CINCINNATI

A comienzos de agosto de 1937, la Policía de Cincinnati abrió una investigación secreta sobre la muerte de Jacob Wagner tras recibir una pista de uno de sus amigos, que aseguraba haber visto a una extraña mujer merodeando por la casa de Wagner los días previos a su muerte. Entretanto, un par de detectives se dirigían a casa de Anna Marie Hahn por un caso que, en apariencia, no guardaba ninguna relación con el anterior: el robo de dos sortijas de diamantes, que Anna había empeñado por setecientos cincuenta dólares en el camino de regreso a Cincinnati.

Cuando la policía se presentó en el umbral de su casa para arrestarla, Anna protestó airadamente. Al principio se la llevaron acusada de hurto agravado, pero su detención fue como tirar de un hilo suelto: de repente, toda la madeja empezó a deshacerse. Descubrieron que había atendido a Jacob Wagner justo antes de su fallecimiento, que se hallaba en Colorado Springs por la misma época en la que un residente de Cincinnati apellidado Obendoerfer murió allí en circunstancias sospechosas, que ocultaba veneno en las vigas de su casa, y un largo etcétera. Aquella bonita ladrona de joyas empezaba a tener los visos de ser la mayor criminal de la historia de Cincinnati.

El día siguiente a su detención, el detective Walter Hart firmó dos órdenes de arresto contra ella por los cargos de «hurto agravado» y «asesinato y fuga». En respuesta, Anna se peinó, sonrió e invitó a los periodistas a que le hicieran fotografías. «Aquí me tenéis, muchachos —dijo, tan rubia ella, con sus ojos color avellana e impasible como un témpano de hielo—. Sacadme bien en las fotos, anda.» ¿Le preocupaba toda aquella acumulación de pruebas en su contra? Para nada. «¿De dónde se sacan semejantes cargos? —preguntó—. Puedo afrontar lo que sea que esté por venir.»

## LAS ORACIONES DE MI MADRE

El caso de Anna tuvo cierto gancho para las mujeres de Cincinnati. No es que empatizaran con ella en sí, pero sentían una enorme curiosidad por ver cómo actuaba en el juicio, y el hecho de que fuera madre les llegó al corazón. El día de su comparecencia ante el juez, la proporción de mujeres presentes entre el público era de quince por cada hombre; mujeres que habían aguardado largas horas ante las puertas del juzgado para asegurarse de que eran las primeras en acceder al interior. Anna no exhibió emoción alguna en la sala, pero tampoco importó. Cuando Oscar se acercó a su madre para susurrarle algo al oído, varias mujeres se enjugaron los ojos y una de las que formaban parte del jurado sollozó de manera audible.

El jurado también contaba con una amplia representación femenina. Estaba compuesto por once mujeres y un hombre enormemente atractivo, y a la prensa le faltó tiempo para apodarar al conjunto «el jurado de las enaguas». Los periodistas, como es lógico, estaban entusiasmados con un caso que, desde el principio, prometía ser un bombazo sensacionalista del que iba a poder extraerse un buen número de larguísimos editoriales.

Es más, los únicos que parecían no estar interesados en el caso eran los hermanos de Anna, en Alemania. Cuando les notificaron el arresto de su hermana, respondieron que el resultado del juicio les era «indiferente» y que iban a ocultarle a su madre todas las noticias referentes al caso, para no disgustarla. Con todo, Anna se autoconvenció de que alguna de sus hermanas se presentaría en la sala una vez que el proceso hubiese dado comienzo oficialmente. «Me serviría de consuelo tener a algún miembro de mi familia a mi lado», caviló.

Y es que Anna estuvo pensando mucho en su familia durante su estancia en prisión, sobre todo en su madre. Le envió un telegrama con el siguiente mensaje: «Solo te pido que reces por mí». (Sus hermanos nunca se tomaron la molestia de enseñárselo a su madre.) En el transcurso de uno de los servicios dominicales de la cárcel, solicitó que entonaran un himno titulado «Las oraciones de mi madre han seguido mis pasos», ignorando que era toda una ironía, pues su madre no tenía ni idea de dónde estaba Anna ni de lo que había estado haciendo.

Aparte de Oscar y Philip Hahn, ningún familiar de Anna apareció jamás para transmitirle su apoyo. La habían expulsado de sus vidas hacía mucho tiempo. Ella les era oficialmente «indiferente». No estaban ni espantados, ni asqueados, ni destrozados, ni indignados (cosa que sería comprensible); simplemente les era indiferente, y punto. ¿Querría eso decir, tal vez, que tampoco estaban sorprendidos? ¿Acaso siempre habían sabido que había algo siniestro en Anna? ¿Percibieron su crueldad, su nula empatía, ya de jovencita y por eso se alejaron de ella tan pronto como pudieron aducir una excusa?

«¡ESA MUJER ME ATORMENTÓ CON LAS TORTURAS DE LOS RÉPROBOS!»

El 11 de octubre fue la fecha fijada para la celebración del juicio. Anna sería procesada por el asesinato de Jacob Wagner, porque la acusación pensó que este sería el cargo más fácil de demostrar. Tenían en su poder el testamento manuscrito y un experto que podía probar que estaba falsificado. Y contaban con los resultados de la exhumación, que dejaban claro que el cuerpo de Wagner contenía suficientes restos de arsénico como para haberlo matado dos veces.

El fiscal, Dudley Miller Outcalt, era el mejor del mundillo, un orador brillante con un don especial para montar espectáculos dramáticos en la sala. La prensa se rindió ante su ardiente alegato inicial, en el transcurso del cual declaró que iba a demostrar que Anna Hahn «ha asesinado a tantos hombres que no hay otra persona como ella sobre la faz de la tierra». Al otro lado del pasillo, los abogados defensores de Anna estaban hechos un flan; nunca se habían enfrentado a un caso penal serio de ningún tipo, y mucho menos a uno de asesinato tan grave como aquel. Además, uno de los miembros del equipo, Joseph Hoodin, padecía un terrible resfriado. Hoodin acabó ofreciendo una imagen bastante patética; en un momento dado, anunció que tenía planeado llamar al estrado a cincuenta y tres testigos que podían probar la inocencia de Anna, pero solo pudo presentar a dos. Al final, reconoció que aquel encargo «era demasiado para cualquiera».

En contraste con el arrojo y la emotividad de los abogados, Anna empezó a ganarse una reputación de reina de hielo. Cada vez que hacía acto de presencia en la sala, aparecía impecablemente arreglada —sus compañeras de prisión, obsesionadas con su fama, le peinaban el pelo—, con una cruz de oro al cuello y una mirada fría e inexpresiva. En la cárcel, leía, divertida, los artículos de prensa que trataban de analizar el «flemático enigma» de su personalidad. Sus negativas eran calmadas, consistentes e implacables. «Jamás me sacarán una confesión, porque no puedo confesar algo que no he hecho —le dijo a un reportero—. Pero supongo que ahora me cargarán con las muertes de todos los mayores de sesenta del país.»

Esa calma suya parecía enmascarar una falsa ilusión soterrada, porque las cosas no pintaban nada bien para Anna Hahn. Habían hallado arsénico no solo en el cuerpo de Wagner, sino también en los cadáveres de Palmer, Gsellman y Obendoerfer, y el 22 de octubre el juez informó a la acusación de que ya podía admitir como prueba los otros envenenamientos, en lugar de ceñirse única y exclusivamente al asesinato de Wagner. Un testigo tras otro subió al estrado para asestar su puñalada particular. Estaban la inquilina que recordaba cómo Anna le había preguntado «si allí vivía algún anciano», los vecinos que hicieron notar lo anormal de su impasibilidad ante la muerte y varios empleados de banco con registros de su sospechoso comportamiento financiero, es decir, los ingresos de cheques que no parecían estar del todo en regla y demás. Los expertos en caligrafía determinaron que el testamento de Wagner era una falsificación del puño y letra de Anna. Un toxicólogo analizó el bolso de verano preferido de Anna y halló granos de arsénico por todo el forro interior. Los médicos presentaron ante la horrorizada mirada del jurado los cerebros, hígados y riñones de los hombres asesinados, flotando truculentos en frascos llenos de conservante.

El testigo estrella de la fiscalía fue George Heis, sí, el de las espinacas envenenadas y la deuda

pendiente con la Consolidated Coal Company. Se lo acabaría conociendo como el «testigo superviviente» de la acusación, y su espantosa presencia en la sala fue de lo más condenatoria. Porque, vamos, la acusación no podía haber pedido una imagen más incriminatoria: George Heis, chupado hasta los huesos, confinado en una silla de ruedas, señalando a Anna con manos temblorosas y diciéndole al jurado que esa, sí, esa era la mujer que había intentado asesinarlo a sangre fría.

Para terminar, tanto Oscar como Anna subieron al estrado. A Oscar lo habían instruido para que diera unas respuestas concretas, de modo que habló con tiento: sí, él le había llevado agua a Obendoerfer; no, no era consciente de que el anciano se estuviera muriendo. El muchacho solo metió la pata una vez, al admitir que, al principio, su madre le había pedido que mintiera y que dijera que habían conocido a Obendoerfer en el tren. Anna exhibió una calma todavía más pasmosa que la de su hijo. La acusación intentó que se viniera abajo por todos los medios, pero ella no flaqueó. Si acaso tenía conciencia, esta permaneció enterrada en lo más hondo de su ser, inmune al remordimiento, a la presión de la retórica y a la amenazadora sombra de un veredicto de culpabilidad.

Con el alegato final de Outcalt toda la sala se puso en pie. «¡Anna Hahn es la única persona en este mundo de Dios con un corazón tan ruin como para cometer semejantes asesinatos! —le gritó al jurado—. Se sienta ahí con su cara de madona y su voz de ángel, pero bajo ellas se oculta un propósito implacable y mortífero como jamás se ha visto en este estado!» La réplica de Hoodin fue mucho más deslucida: por supuesto, claro que Anna no era perfecta, pero, en fin, ¿quién lo era? Prosiguió infiriendo que la acusación no podía demostrar con exactitud cómo había llegado el arsénico al cuerpo de Wagner. Pero ese argumento no coló. Su único golpe maestro tuvo lugar cuando recordó al jurado que Anna era madre. Mientras el público de la sala lloraba, Hoodin los exhortó a que la declarasen inocente para que pudiese regresar con su hijo. Incluso Anna consiguió regalarles con una lagrimita o dos.

Pero ya era demasiado tarde para humanizarla. Outcalt volvió a ponerse en pie para rematar su discurso y describió a Anna como una mujer ladina, avariciosa, despiadada y sin corazón. Y, entonces, se sacó de la chistera el último truco para el gran final. «En las cuatro esquinas de esta sala hay cuatro hombres muertos —gritó, y fue señalando las esquinas, una a una, mientras pronunciaba sus nombres con voz atronadora—: ¡Jacob Wagner! ¡George Gsellman! ¡Georg Obendoerfer! ¡Albert Palmer!»

El jurado se había quedado sin aliento. Outcalt continuó bramando: «En cada una de las esquinas de esta sala hay un dedo esquelético que apunta hacia ella y que les dice a ustedes: “¡Esa mujer me envenenó! ¡Esa mujer convirtió mi último aliento en una agonía! ¡Esa mujer me atormentó con las torturas de los réprobos!”».

Fue una floritura retórica brillante eso de traer a los cuatro hombres muertos a la vida y contraponerlos, en un horrible contraste, a la acusada, que se encontraba allí sentada, pálida e inmóvil, como una figura de cera.

El jurado de las enaguas, completamente pasmado, regresó a la sala con el veredicto más duro que podía emitir: culpable, y sin recomendación de clemencia. Esto significaba que la pena de muerte era ineludible. Mientras se leía en alto la sentencia, muchos de los miembros del jurado

tenían los ojos anegados en lágrimas. Anna no.

## LA VERDADERA ANNA

En el mes de diciembre de 1937, mientras sus abogados buscaban a la desesperada la forma de evitar la pena de muerte, Anna fue trasladada a la Penitenciaría de Ohio, en Columbus, donde se construyó una celda especial para aislarla del resto de internos. Ella era la única mujer reclusa. Al principio, las funcionarias encargadas de vigilarla se quedaron muy impresionadas por aquella mujer rubia tan menuda. «Es la mujer más valiente que he conocido en mi vida», dijo la esposa del alcaide. Muchos desconocidos, obsesionados con Anna, le escribían cartas para ofrecerse a ocupar su lugar en prisión o para preguntarle si podían quedarse con su ropa después de la ejecución.

Y fue entonces cuando Anna decidió escribir sus «confesiones», que están repletas de ilusas justificaciones. Cualquier psiquiatra podría detectar un par de clásicos rasgos psicopáticos en el documento, como es la «externalización de la culpa»: Anna intentaba atribuir sus crímenes a una serie de enfermedades, accidentes y operaciones quirúrgicas sufridos en su niñez, y se declaraba muy confusa en lo referente a los motivos que la habían llevado a cometerlos, como si no fuera en modo alguno responsable de sus actos. «Estaba ahí sentada escuchando toda la historia y era como si me estuvieran contando un cuento sobre otra persona —escribió—. Ni por asomo podía creerme que aquella persona fuera yo, Anna Marie Hahn, la misma que tanto quería a la gente y que deseaba trabar amistades constantemente. Solo Dios, desde sus alturas, podrá decirme qué fue lo que me llevó a cometer estos actos tan terribles. Es imposible que estuviera en mis cabales cuando lo hice. Yo quería tanto a todas las personas.»

Sus abogados siguieron luchando a brazo partido por la vida de Anna, argumentando que «el juicio había sido una cacería» porque la inclusión de los otros asesinatos como pruebas había predispuerto al jurado de manera irreparable. Conforme la fecha de la ejecución se cernía más y más sobre Anna, elevaron sus protestas al gobernador de Ohio para ver si este podía conmutar la sentencia de Anna por la cadena perpetua. Anna estaba convencida de que lo haría. El 1 de diciembre, Oscar testificó ante el secretario ejecutivo del gobernador, solicitando que perdonasen la vida a su madre como regalo de Navidad.

Pero esta apelación sentimental no funcionó. Cuando Anna se enteró de que el último suplicatorio por su vida había fracasado, se vino abajo y gritó: «¡Oh, Dios mío! ¡Jamás pensé que podría hacerme esto! ¡Tendría que dejarme vivir por mi niño!».

Anna siempre había sido una persona mutante. Poseía el poder de seducción de un psicópata: podía utilizarlo con la precisión de un láser y, si lo enfocaba sobre una persona concreta, esta quedaba convencida de que ella era una mujer cándida, amorosa y vivaz. Cuando no se molestaba en seducir a nadie —como es el caso de sus familiares, y de varios vecinos que sospechaban de ella—, parecía más bien hermética y taimada, una «mujer rara» que vestía uniformes de enfermera falsos y se mostraba aparente y extrañamente impertérrita cuando fallecían sus ancianos amigos. Y, ahora, perdida toda esperanza, emergió una nueva Anna: salvaje, desesperada, completamente destrozada. Se ponía a dar vueltas por su celda en mitad de la noche, sollozando y fumando un

cigarrillo tras otro. De tanto en tanto, gritaba: «¡Dios mío! ¿Qué va a ser de Oscar?».

«En el transcurso de sus últimas veinticuatro horas de vida —reportó una de las celadoras a cargo de su vigilancia—, Anna Hahn sufrió un gran cambio: la mujer con aplomo, segura de sí misma, orgullosa y hasta vanidosa que había demostrado ser en todo momento (o al menos desde que la arrestaron por primera vez) se convirtió en una pequeña bruja, un demonio con una mirada salvaje en los ojos. Cuando supo que la habían desenmascarado, se transformó en la verdadera Anna.»

## BAJO LA MÁSCARA

El día previo a su ejecución, Anna y Oscar pasaron varias horas juntos. Anna fue incapaz de tocar su almuerzo. Cuando el tiempo de visita hubo concluido y las celadoras empezaron a lanzarle indirectas de que Oscar tenía que marcharse, Anna se puso a besar la cara de su hijo repetidamente.

Las celadoras le dijeron una vez más que Oscar se tenía que ir. Ella las ignoró y siguió besándolo. Finalmente, una de las carceleras tuvo que arrancarle a Oscar de los brazos. «¡No me lo quitéis!», gritó Anna. Oscar rompió a llorar mientras lo sacaban de la celda de su madre, y Anna se abalanzó sobre sus carceleras con tanta violencia que tuvieron que sedarla.

Oscar había sido, durante años, su pequeño compinche rubio, aquel que la había acompañado en la más truculenta de las aventuras. Él fue el único miembro de su familia que nunca la abandonó. (Hahn, siempre pasivo y poco memorable, había ido desapareciendo de los periódicos, poco a poco, durante el juicio.) Dicen que los psicópatas son incapaces de amar, pero los últimos momentos de Anna con su hijo sugieren, si no amor, al menos sí dependencia, e incluso obsesión. Es posible que Anna considerara a Oscar como una extensión de sí misma, un espejito que ella había creado con su amante de fantasía, una escotilla de salvamento. Pero, al final, perdió a su pequeño y voluntarioso actor, aquel que suplicaba y suplicaba por la inocencia de su madre, y entonces se quedó sola de verdad. El muchacho fue adoptado por otra familia, y le cambiaron el nombre.

El 7 de diciembre de 1938, Anna atravesó el corredor de la muerte, mientras los hombres condenados le deseaban «buena suerte» y que «Dios te bendiga» desde sus celdas, a ambos lados del pasillo. «Adiós, chicos», respondió ella. Llevaba el pelo despeinado, estaba muy pálida y la cruz de oro que había lucido durante el juicio había desaparecido de su cuello.

En el momento en que se abrió la puerta de la cámara de ejecución, Anna se derrumbó al ver a la Vieja Chispas. Hasta entonces, la silla eléctrica no había recibido a ninguna mujer. «No, por favor, no lo hagan. Oh, mi niño. Piensen en mi niño. ¿Es que no puede venir alguien, quien sea, y hacer algo por mí? —gritó, paseando la mirada por la habitación y posando los ojos en unas personas que no tenían capacidad alguna para salvarla: el sacerdote, tres médicos, los periodistas paralizados de espanto—. ¿No hay nadie que me pueda ayudar? ¡Alguien, quien sea! ¿Es que nadie me va a ayudar?»

A lo largo de su vida, Anna Hahn había sido completamente insensible a la muerte. Podía quedarse mirando a un anciano moribundo, cubierto de arriba abajo de su propio vómito y al que

ella había envenenado con sus propias manos, y decir que apenas lo conocía. Operaba con la muerte igual que si fuera otro de sus trabajitos de timadora, como la falsificación y los cheques sin fondos y las sortijas robadas. Pero, ahora que la muerte la miraba a los ojos, Anna no pudo soportarlo. Tuvieron que arrastrarla, entre zarandeos y chillidos, hasta la silla eléctrica.

Un guardia colocó un electrodo en una zona afeitada de su cabeza y otro en su muslo desnudo. Mientras Anna fijaba la mirada en los ojos del sacerdote, el guardia le cubrió el rostro con una máscara negra de cuero. El sacerdote le pidió que rezara el padrenuestro con él, y ella lo hizo, llorando bajo la máscara. Algunos de los periodistas presentes en la sala repitieron la oración con ella. En el momento en que pronunciaba, tartamudeando, la línea: «No nos dejes caer en la tentación y líbranos...», tres guardias presionaron otros tantos botones y una descarga eléctrica recorrió su cuerpo. Sonó «como una bengala en el Cuatro de Julio», según uno de los periodistas. Su cuerpo se elevó ligeramente de la silla y sus pulgares se giraron hacia arriba.

Cuando todo hubo acabado, los médicos la examinaron y comprobaron que no tenía pulso. «Me sorprende que se derrumbara —dijo el director de la prisión, con lágrimas en los ojos—. Estaba convencido de que se mantendría serena.» Ella se había mostrado fría y serena durante años, pero está claro que nadie gana a la Muerte en sangre fría. El alcaide comentó que, en toda la historia de la prisión, no había habido ningún convicto que se mostrara tan aterrado como Anna Hahn cuando se enfrentó a la silla eléctrica.

EL RUISEÑOR



OUM-EL-HASSEN

Oum-El-Hassen era una bailarina marroquí que acabó convirtiéndose en una chica muy mala. Ya saben, no «mala» en plan descarada, seductora y libertina, sino mala, mala: diabólica, cruel e inescrutable. Empezó su vida pública como una turbadora artista de cabaret y la acabó humillada, con el rostro, antaño hermoso, oculto bajo un velo blanco. Su historia se propagó desde su juicio en Fez hasta los más pequeños periódicos estadounidenses, como el *San Antonio Light* y el *Oshkosh Daily Northwestern*, que hicieron correr ríos de tinta sobre esta célebre belleza del norte de África que ahora era la más cruel sobre la faz de la tierra, si bien no se pararon nunca a comprobar los hechos. Era la bella y la bestia, un enigma absoluto, y estaba condenada a ser retratada a través de los ojos de otros por siempre jamás.

Oum-El-Hassen, conocida profesionalmente como Moulay, nació en 1890 en la «blanca y refulgente» ciudad de Argel, la capital de Argelia, a orillas del Mediterráneo. Según fue creciendo se convirtió en una jovencita de belleza etérea, a la par que en una magnífica bailarina, y comenzó a trabajar de prostituta a los doce años. No pasó mucho tiempo hasta que la gente empezó a hablar de ella como de «la cabaretera más hermosa del norte de África».

Aunque su posición en la sociedad era intrínsecamente vulnerable, Moulay supo sacarle partido. Identificaba a los más poderosos y se ganaba su lealtad. A comienzos del siglo xx, Argelia aún era colonia francesa, de modo que Moulay escogió adorar a los franceses, y concretamente a sus soldados. Más adelante, un periodista escribiría que existía una «amistad salvaje [entre] la sangre francesa y la de Moulay», y se dice, incluso, que Moulay juró no acostarse nunca con ningún hombre que no perteneciera al ejército galo. Se trata, sin duda, de una lealtad digna de aprecio, pero también gratuita. Una mujer puede ser leal a un ejército, pero un ejército rara vez le es leal a una mujer.

Años después, la escritora francesa Colette haría una cruda observación y es que, si Moulay no hubiera sido tan astuta, su vida habría seguido un trazado tristemente común: el de una bella prostituta que acaba muerta en una cuneta. Pero Moulay no estaba destinada a formar parte de ese «indeterminado y miserable montón» de jovencitas muertas. Ella era perfectamente consciente de que la violencia resultaba inevitable en su oficio, de modo que decidió ponerse del lado de los violentos.

## UN MILLAR DE FRANCESES

La joven Moulay era una inteligente mujer de negocios; tanto es así que, cumplidos los veinte, ya regentaba un popular prostíbulo en Fez, donde entretenía a los oficiales franceses y a toda clase de altos funcionarios municipales con «alegría, lujo, jóvenes bailarinas, guapas y recias mujeres bereberes, *chleuhs* inescrutables y pasivas hijas del sur». (Esta descripción, obra de un periodista francés, ilustra hasta cierto punto el modo en que los oficiales franceses interactuaban con las bailarinas de Moulay; a saber, escogían a su preferida de una hilera impersonal y deshumanizada.) Aunque la vida privada de Moulay sigue siendo, en su mayor parte, todo un misterio, sabemos que

se enamoró en una ocasión. Convivió durante cinco años con un coronel francés, y en un momento dado dio a luz a una niña, que dejó a cargo de su hermana, en Argelia. En líneas generales, la vida le sonreía. Gozaba de fortuna y respeto. Y las cosas estaban a punto de ir a mejor.

El 30 de marzo de 1912, el sultán Abdelhafid de Marruecos firmó el Tratado de Fez sin dejar que su pueblo se enterase de qué iba realmente la cosa. El tratado convertía a Marruecos en un protectorado francés, y los nacionalistas marroquíes interpretaron el acuerdo como una grave traición. La rebelión se estuvo cociendo en silencio durante una semana o dos —días estos en los que se «palpaba el peligro», según un testigo— y entonces, el 17 de abril, las tropas marroquíes se alzaron contra sus comandantes franceses y, a continuación, «se echaron a las calles de Fez a la caza de cualquier europeo que pudieran encontrar».

Aquello fue un baño de sangre. Mientras los insurrectos se hacían con las calles, Moulay les dio la espalda a sus compatriotas y ocultó a treinta oficiales franceses en su prostíbulo. Cuando los sublevados llamaron a su puerta con intención de registrar el lugar, Moulay los sorprendió saliendo a recibirlos a punta de pistola. Durante la refriega, un balazo le alcanzó la mano, pero ella acabó matando a uno de los rebeldes en venganza. Ese día, mientras los oficiales temblaban en las habitaciones privadas de su establecimiento, más de setecientas personas fueron asesinadas en las calles, la mayoría de ellas marroquíes.

Al otro lado del océano, la histriónica prensa norteamericana ofrecería una versión mucho más colorida del episodio. Los periódicos contaban que Moulay había disfrazado a los oficiales de bailarinas: según dijeron, les afeitó el bigote, tiñó su piel para que pareciera más morena, enlució sus caras con maquillaje, los emperifolló con pelucas, turbantes y túnicas de seda, y les entregó un abanico a cada uno para que pudieran ocultar sus rasgos masculinos. Entonces los dispuso en seductora formación, situando a sus chicas con gran cuidado delante de los soldados.

De modo que —sigue la historia—, cuando los furiosos insurrectos echaron abajo la puerta, se llevaron una doble sorpresa; primero se quedaron arrobados por aquella sensual puesta en escena, y luego recularon ante la presencia de Moulay, que, pistola en alto, los retó a que osaran acercarse un paso más. Les exigió que se marcharan por donde habían venido y que dejaran su negocio en paz, para a continuación, y en un tono mucho más afable, sugerirles que regresaran a disfrutar de sus chicas otro día, cuando se hubieran calmado los ánimos. A gran parte de los rebeldes les pareció una idea excelente, pero, cuando uno de los marroquíes dio señales de haber reconocido a un oficial francés, Moulay le atravesó el corazón de un tiro.

*Drag queens* o no, el caso es que los franceses le quedaron eternamente agradecidos a Moulay por los servicios que les había prestado. «Es rica, amada y adulada», cacarearían sus periódicos. Los oficiales la recompensaron con once mil francos, y la gente empezó a murmurar que debería optar a la Legión de Honor. Moulay también estaba muy pero que muy orgullosa de su acción, y con el tiempo elevó el número de oficiales a los que había salvado de treinta a sesenta. Pero a la respetable Francia se le atragantó la idea de conceder su más alta distinción a una prostituta que regentaba un cabaret, de modo que al final se la denegaron. Este rechazo le «rompió el corazón —informaría el *San Antonio Light*—, porque daba pie a que las mujeres respetables pudieran desairarla». Y ese era el problema de Moulay: deseaba que la adularan, pero escogía a las personas que no querían o que no podían amarla abiertamente.

A pesar del desplante, la apasionada lealtad de Moulay para con el ejército extranjero no disminuyó, y en 1925 volvió a salvar unas cuantas vidas francesas. Un oficial marroquí de alto rango estaba planeando matar a toda una guarnición de soldados franceses y había orquestado para ello un levantamiento religioso durante una importante festividad anual; sin embargo, Moulay se enteró de la conspiración. Ni corta ni perezosa, avisó a un general francés, quien se las arregló para reprimir la revuelta. En cifras, Moulay acababa de hacerles a los franceses un favor todavía mayor que el que llevó a cabo durante los disturbios de Fez en 1912. Más adelante, perdida ya su posición de «mujer adulada», no pararía de recordarle a todo el mundo que ella le había salvado la vida a «un millar de franceses».

Pero, por el momento, seguía siendo famosa, gozaba del cariño del ejército francés y se había convertido en la reina de los bajos fondos de Fez. Sí, puede que fuera la madama de un burdel, pero era tan respetable y respetada como cualquier mujer en su posición podía esperar serlo.

Y, entonces, se esfumó.

## EL CUERPO EN EL CESTO

Nadie sabe por qué Moulay se hundió en la clandestinidad, ni qué hizo allí. Quizá perdió mucho dinero. Quizá el coronel acabó rompiéndole el corazón. Aunque abundan rumores mucho más truculentos: que se juntó con traficantes de drogas; que se metió en la «trata de blancas»; que empezó a fumar hachís y se sumió lentamente en la bruma de la adicción. Fuera como fuese, perdió la licencia de su burdel y, en un momento dado, se marchó de Fez y se instaló en el barrio más chungo de Mequinez, una ciudad situada unos ochenta kilómetros más al sur. Allí montó un nuevo prostíbulo con la ayuda de un «sórdido, fétido» viejo sirviente llamado Mohammed Ben Ali, que no tardó en convertirse en su mano derecha masculina.

Este burdel no tenía nada que ver con el resplandeciente cabaret donde Moulay había hecho las delicias de los altos oficiales franceses con «alegría, lujo [y] jóvenes bailarinas». En vez de eso, su nuevo establecimiento era un lugar frecuentado por hombres mucho más crueles que no buscaban un ambiente *chic*; es más, por esperar no esperaban ni que el sitio estuviera limpio. En cuanto a Moulay, tampoco parece que la cosa le importase ya demasiado.

«Los hombres que recibe son exigentes, las mujeres que ella les ofrece languidecen», comunicaba el *Paris-Soir*. El negocio se hizo famoso por «la mugre y las palizas» y por las «detestables prácticas» de sus orgías, cuyos resultados eran más que visibles en los famélicos y magullados cuerpos de las muchachas que trabajaban allí. Moulay se ponía paranoica cada vez que pensaba que sus chicas podrían pedir ayuda en secreto en el transcurso de sus «conversaciones amorosas» con los clientes, de modo que a veces se ocultaba detrás de una cortina para espiarlas.

Puede ser que Moulay sintiera una cólera irracional cada vez que miraba a aquellas jóvenes, que ya no eran los «bellos y recios» especímenes que años atrás había hecho desfilar delante del ejército francés. Estas nuevas prostitutas, escuálidas y dañadas, eran un recordatorio visual de su caída en desgracia. Así que empezó a maltratarlas, con la ayuda de Mohammed Ben Ali. Las mataban de hambre y las encerraban para que no se escaparan, y a la menor provocación les daban

una paliza. Al menos siete de ellas fueron golpeadas con tanta fiereza y tan a menudo que acabaron lisiadas.

En otoño de 1936, Moulay, que rondaría los cuarenta y seis años, ya no era una mujer joven y lozana; su belleza se había «diluido en la gordura de la mediana edad». Sus días de lujo y adulación habían quedado muy atrás y ahora, en cambio, su vida estaba teñida de violencia... y de la sombra de un secreto particularmente espantoso.

En ocasiones, algunos niños correteaban jugando por las calles de los alrededores del burdel de Moulay y, un día, un grupo de chavales se topó con un objeto que llamó su atención: un pesado cesto atado con una cuerda. Así que, entre muchos zarandeos y empujones, se dispusieron a abrirlo. Nada podía haberlos preparado para lo que hallaron en su interior. «Unos pies, unas manos, una cabeza con su pelo, un torso y unos senos incipientes» tomaron forma en la oscuridad que reinaba bajo la tapa; una macabra exhibición, un cuerpo desmembrado. La carne despedazada estaba cubierta de hierbabuena, hinojo y tomillo, todo embutido en el interior del cesto para disimular el hedor a descomposición.

Poco después, la policía aporreaba la puerta de Moulay exigiendo una explicación. Ella los recibió altiva y displicente. En efecto, les dijo, la chica muerta era Cherifa, una de sus antiguas «internas» —eufemismo donde los hubiere—, pero ella no tenía ni idea de cómo había ido a parar al cesto. Luego, le recordó a la policía que ella le había salvado la vida a un millar de franceses, por si acaso lo habían olvidado.

Mohammed Ben Ali no soportaba la presión con tanta sangre fría, y, en cuanto la policía se dirigió a él, empezó a farfullar no se sabe qué acerca de una venganza, una paliza y un estrangulamiento. Pero Moulay le cerró la boca al instante. «Mohammed es un estúpido —dijo—. No sabe de lo que habla.»

La policía, escéptica, decidió investigar la casa de Moulay de todas formas. Descubrieron varias armas en el dormitorio de Mohammed Ben Ali y también un par de sospechosas manchas de sangre. Mientras proseguían con el registro, escucharon unos ruidos extraños procedentes de detrás de uno de los tabiques: un débil rascar, y luego un lloriqueo muy parecido al maullido de un gato.

Moulay les dijo que, efectivamente, se trataba de un gato. Que le habían reparado una de las paredes recientemente y que el animalillo se había quedado emparedado en el proceso. La policía se aprestó a derribar el tabique, pero Moulay disuadió a los agentes con mucha calma, insistiendo en que ya había contratado a un profesional para que acudiera a liberar al gato. Él haría un trabajo más limpio, les susurró como en un arrullo. A los policías les sonó tan convincente que dieron media vuelta para marcharse y entonces, de repente, desde el otro lado del tabique, escucharon la voz de una niña: «¡Socorro! Estamos cuatro aquí dentro, nos estamos muriendo».

## COLETTE ASISTE AL JUICIO

La noticia del crimen causó sensación y se extendió rápidamente por toda la ciudad, de forma que Moulay volvió a convertirse en toda una celebridad. Si bien es cierto que, en esta ocasión, no se ganó otra cosa que mala fama. Proliferaron los estafadores que vendían joyas a los cotillas más

morbosos, jurando que se las habían «arrancado de la garganta» a la mismísima Moulay. Anticipándose al drama, a los detalles macabros y a la tragedia humana en general, la prensa francesa envió a sus mejores periodistas a Fez para que cubrieran el juicio.

Incluso la célebre escritora francesa Colette se plantó en Marruecos, con un marcado interés no tanto en los entresijos legales del proceso, sino más bien en conocer a la incognoscible Oum-El-Hassen. En la sala del juzgado, Colette tomó asiento muy cerca de Moulay —tanto que podría haberla tocado— y, como un halcón, no le quitó el ojo de encima a la acusada, que ahora contaba cuarenta y ocho años. Moulay iba impecablemente vestida de blanco, de arriba abajo. Sostenía un pañuelo blanco sobre su boca, de manera que las únicas partes visibles de su rostro eran su nariz aguileña y sus «oscurísimos ojos marrón verdoso, generosamente retocados con kohl azul». Pero, cuando se retiró el pañuelo para hablar, todo rastro de elegancia se esfumó: le faltaban varios dientes, y su boca resultaba «anodina, vulgar, como si estuviera hecha para el chismorreo, la invectiva y —quizá— la crueldad».

En la parte delantera de la sala se hallaba desplegada una macabra exposición de pruebas: un diminuto altar de objetos caseros que presuntamente habían sido utilizados para matar y descuartizar a la pobre Cherifa. Estaban el infame cesto donde habían embutido su cuerpo, una marmita en la que se suponía que la habían cocido, un cuchillo, un revólver, un garrote y una «mano de mortero que seguramente majaba cráneos en lugar de almendras». Los objetos más tristes de todos eran los lienzos de algodón rosado y blanco en los que habían estado envueltos los miembros mutilados. No había ni rastro de sangre en ninguna de estas telas porque, según Mohammed Ben Ali, Cherifa estaba tan flaca que ni siquiera había sangrado.

El asesinato de esta bailarina no parecía ser más que una mera sinécdoque de la «cámara de los horrores» de Moulay. Todo el mundo estaba segurísimo de que Moulay había cometido un asesinato tras otro desde que se mudara a Mequinez. Al fin y al cabo, solo habían podido localizar a aproximadamente la mitad de sus «internas». El fiscal, M. Julin, anunció: «De las catorce chicas que se sabe con certeza que estuvieron trabajando en esta casa durante un año, tres han desaparecido, cuatro están muertas y siete han sufrido torturas tan graves que han quedado inválidas de por vida. Cada vez que una chica entraba en este antro, ya no se la volvía a ver jamás».

Finalmente se identificó a otra de las muchachas muertas: se llamaba Aicha y había trabajado de bailarina en la casa de los horrores de Moulay mucho tiempo antes de la llegada de Cherifa, pero «el maltrato socavó su salud y su belleza hasta tal punto que dejó de interesarles a los clientes». Una vez que Aicha dejó de serle de utilidad, Moulay la asesinó presuntamente con una torta de pan rellena de estricnina.

Por lo menos, Aicha y Cherifa fueron nombradas en la prensa, pero las otras víctimas de Moulay estaban destinadas a permanecer en el anonimato para siempre. Su establecimiento era una guarida siniestra, una suerte de fétido sumidero que atrapaba, se tragaba y hacía desaparecer a las más pobres y jóvenes bellezas de la sociedad. Los detalles relativos a las otras dos muertes —y a esas otras tres chicas desaparecidas— nunca salieron a la luz, y nadie dio un paso al frente para llorarlas.

## LADANZA DEL TÉ HIRVIENDO

Ni Colette ni el reportero francés Paul Boué —corresponsal del *Paris-Soir* que dictaba sus informaciones por teléfono— proporcionaron un relato detallado de la noche en la que murió Charifa. (Aunque contamos con una fecha: el 21 de noviembre de 1936.) No obstante, de un modo u otro, los periódicos estadounidenses consiguieron colar una dramática reconstrucción de aquella fatídica noche en sus páginas. El interés de la historia radica más en los detalles especulativos que en la exactitud de estos —el reportero norteamericano parece decidido a incluir en el texto todos los clichés exóticos habidos y por haber—, de modo que, al final, nos dice más sobre lo que la prensa occidental opinaba de Moulay que sobre ella misma. Este punto resulta intrigante, casi como una tortura. Queremos saber qué sucedió, pero en su lugar se nos ofrece la historia aplanada, exotizada y erotizada de una joven que baila como una princesa cautiva y de una mujer tan cruel y despiadada como una bruja.

Cherifa era una bailarina con tanto talento, dice la historia, que a menudo la obligaban a ejecutar delante de los clientes un complejo ritual denominado la danza del té hirviendo, inventado por la mismísima Moulay. En el transcurso del espectáculo, Cherifa era desnudada por completo y Moulay colocaba una bandeja repleta de vasos de té verde hirviendo sobre la cabeza de la muchacha. Cargada de esta guisa, Cherifa debía bailar y realizar ejercicios acrobáticos sin escaldarse. La joven conseguía completar el ritual una de cada cuatro ocasiones, pero lo más habitual era que terminara quemándose.

Una noche, Moulay estaba atendiendo a uno de sus mejores clientes, que en aquel momento estaba hasta arriba de hachís y se sentía excepcionalmente sádico. El tenso espectáculo de la danza del té hirviendo no pareció calmar su sed de crueldad, así que el cliente decidió hacerlo más entretenido con un toque personal: clavando agujas en la espalda desnuda de Cherifa, calentándolas con un mechero y contemplando cómo la muchacha se retorció de dolor.

Pero Charifa tenía un límite. Así, cuando el hombre estaba ocupado con una de las agujas, ella giró en redondo y, con la fuerza de una acróbata, lo golpeó en el vientre. El hombre se dobló en dos, y ella aprovechó ese momento para encajarle una patada tan fuerte en la barbilla que casi le rompe el cuello. Antes de que tuviera tiempo de acabar con él, Moulay y Mohammed se abalanzaron sobre la rebelde, y ese fue el principio del fin.

Aunque la historia pueda considerarse hasta cierto punto una versión novelada de lo que en realidad sucedió, lo cierto es que hace referencia a un sorprendente número de verdades que quedan ocultas bajo el velo del té verde y de la sinuosa danza de la mujer desnuda. Sabemos que Cherifa sufrió malos tratos, que la mataban de hambre y que la obligaban a acostarse con hombres terribles. Tenemos la certeza de que Moulay era, en efecto, una mujer de mente retorcida que se valía de su creatividad e intelecto para complacer a sus clientes. La bandeja de té y el mechero son pinceladas de color, pero no es ahí donde radica el verdadero interés de la versión. Lo importante es que Moulay, una vez más, se puso del lado del agresor, y no del de la víctima.

Y, ya que hablamos de reportajes, ¿qué hay de la prensa marroquí? ¿Dónde están las informaciones en árabe sobre el asesinato de Cherifa y el escalofriante burdel de Moulay? Pues lo cierto es que, por aquellos días, no había medios de comunicación marroquíes en lengua árabe a

gran escala. Como Marruecos era un protectorado francés, había periódicos franceses que se publicaban allí, pero estos estaban dirigidos principalmente a, bueno, los franceses. Los intentos de los nacionalistas de fundar periódicos en árabe sufrían con frecuencia la represión de las autoridades coloniales francesas, con el fin de garantizar que la noción de protectorado como Estado ideal no se viera cuestionada. Así pues, lo que sabemos de Moulay ha llegado hasta nosotros en francés o en inglés. El relato de Colette (escrito en lengua francesa) es lo mejor con lo que contamos, pero, aun cuando su reportaje es en ocasiones bastante empático e incluso toma en consideración los devastadores efectos del colonialismo, ella no es compatriota de Moulay. Lo que nos queda es un retrato imperfecto de una mujer extraña y cruel que nunca consiguió liberarse de los tentáculos del país que amaba —o que fingía o se vio obligada a amar—, ni siquiera en la prensa escrita.

En la sala del tribunal, Mohammed Ben Ali —que había intentado admitir todas las acusaciones ante la policía previamente— estaba más que dispuesto a seguir hablando. Hasta se situó delante de toda la sala y representó el asesinato para su espantada a la par que fascinada audiencia. Según Ben Ali, una vez que él y Moulay se hubieron hartado de patear y golpear a Cherifa, cogieron el garrote cada uno de un extremo y lo colocaron alrededor del cuello de la chica. Entonces, lenta y pacientemente, tiraron de la cuerda en direcciones opuestas. Luego la descuartizaron entre los dos, «cocieron los restos durante veinticuatro horas para que quedaran irreconocibles» y, finalmente, la embutieron en el cesto con un montón de hierbas aromáticas. Sin embargo, fueron muy descuidados con el cadáver: no solo fracasaron en dejar los restos «irreconocibles», sino que casi ni se molestaron en esconder el cesto. El cuerpo destrozado de Cherifa ya no podía generar dinero, así que simplemente se olvidaron de él.

### «COMO ES DEBIDO»

Durante el juicio, muchas personas declararon contra Moulay, pero las testigos que más impresionaron al público fueron las niñas escuálidas que habían rescatado de detrás del tabique de su casa. Dejaron estupefactos a todos los presentes en la sala, con su extrema delgadez y con el intenso terror que sentían —una de ellas se puso a gritar despavorida en cuanto vio a Moulay—, pero lo que nadie se esperaba era que estas niñas, que lo habían presenciado todo a través de una grieta en el enyesado, no tuvieran nada que decir. Habían pasado tanta hambre y habían sufrido tantos maltratos que eran casi incapaces de generar recuerdos, y mucho menos de hacerlos aflorar y procesarlos a instancias del tribunal. «Apenas si emiten un murmullo, sollozan débilmente, están totalmente abatidas —escribió Colette—. A la pregunta de por qué no intentaron escapar, han respondido “No se nos ocurrió” o “Imposible, estábamos demasiado débiles”.» Colette las describiría, un tanto cruelmente, como «ganado lleno de gracia, pero cuya impenetrable estupidez supina repugna en extremo».

La sensación que le queda a uno, al leer las transcripciones del juicio, es que estas niñas eran algo así como pizarras en blanco, borradas después de meses de tortura. Cuando las rescataron, la que en mejor estado se hallaba solo pesaba treinta y un kilos. «¿Víctima? Desde luego —escribió Colette refiriéndose al único varón, un chico de trece años llamado Driss que no pudo sino

tartamudear y jadear en el estrado—. Pero una víctima sin memoria; ha olvidado la mazmorra, los piojos, el picor, el hambre, la tortura.»

Moulay mostró una actitud visiblemente desdeñosa hacia estas testigos de tan corta edad, que además eran exempleadas suyas. Al observarla, Colette reparó en que Moulay no albergaba ningún sentimiento de culpa por la forma en que las había tratado. Para ella, el maltrato era algo natural en su mundo, así de simple. Era el único modo de llevar un burdel. «¿Qué palabras o imágenes podemos invocar para hacerle entender a Oum-El-Hassen a qué nos referimos cuando hablamos de crueldad? ¿Cómo podría esta presunta asesina y torturadora comunicarnos ese convencimiento suyo de que es inocente?», se preguntaba Colette. Moulay parecía creer que las prostitutas deberían saber comportarse en público, y estaba asqueada con los temblores y los sollozos de sus antiguas internas. «Dejen a esa niñata chillona en manos de Oum-El-Hassen y verán cómo la educa como es debido —escribió Colette, especulando sobre el hilo de los pensamientos de Moulay—. Un toque de tortura por aquí, un poco de hambre por allá, y un tiempesito encerrada.»

Los actos de Moulay dejan entrever que estaba obsesionada con cumplir las normas, pero no cualesquiera, sino las normas francesas. Los informó sobre el levantamiento, cumplidora como un acusica. Espiaba a sus chicas para asegurarse de que seguían sus instrucciones, que eran bien simples: dar placer a los clientes y no intentar escapar. Pero su dependencia de las normas estaba destinada al fracaso, porque aquella partida se encontraba amañada desde el principio. La especialista Marnia Lazreg ha escrito que «la visión colonial de la prostitución estaba marcada no solo por una falta de atención deliberada a las formas con las que el colonialismo contribuye a hacer florecer, por no decir a fomentar, esta actividad, sino también por un constante deseo de definir la prostitución como señal inequívoca de los deficientes estándares morales de la población autóctona». Los soldados franceses cubrirían sus gastos durante un tiempo, sí, pero nunca la reconocerían como uno de los suyos. Estaba demasiado contaminada.

Entonces, esa obediencia a las normas por parte de Moulay ¿se debía acaso a que creía a pies juntillas en el sistema colonial? O, por el contrario, ¿era su lealtad producto de una mente fría y calculadora, ya saben, una forma de apostar por el lado vencedor? Se diría que escogió el bando francés como quien se lo apuesta todo a una carta: si era buena con ellos ahora, ellos se portarían bien con ella después. Pero, ay, mira que jugárselo todo a la lealtad de una nación colonizadora...

A lo largo de toda su vida, la posición de Moulay estuvo siempre marcada por el maltrato, desde arriba y desde abajo. Una colonizada colonizadora. En 1933, pocos años después de que Moulay advirtiera a sus hombres franceses del levantamiento religioso, un periodista se lamentó de la situación de la mujer media marroquí, a la que describió como «estancada en una rutina medieval» y de la que dijo: «No sabe leer ni escribir, y permanece encarcelada en casa». Y ahora comparen a esa mujer media con Moulay, que no era la mujer encarcelada, sino la carcelera en persona. Se había liberado del hogar, pero a cambio había aceptado —de lleno— otra forma de opresión. Aunque se libró de formar parte de ese «indeterminado y miserable montón» de chicas muertas, contribuyó a engrosarlo. En estas economías de la carne, en las que todos se alimentan de todos, surge una pregunta terrible: ¿acaso una vida en relativa libertad (Moulay) solo puede conseguirse a expensas de otra vida (Cherifa)? La violencia en estos casos empieza a antojársenos inevitable,

matemática incluso; una espantosa ecuación de poder.

Durante el juicio un puñado de tipos testificó sobre el carácter de Moulay, o, más bien, sobre su nivel de corrección, que constituía su única y verdadera defensa. Porque, si era una mujer correcta y regentaba un negocio correcto, ¿cómo se la iba a criticar? A las mujeres correctas no se las puede ejecutar, ¿no? Pero la peor y más terrible decepción del juicio, para Moulay, fue el hecho de que ninguno de sus queridísimos oficiales se presentara para hablar en su defensa. Se convocó a varios de ellos, pero ninguno de sus clientes ni de sus amantes se presentó ante el tribunal para explicar cuán valiosa era para ellos, cuán buena. Esta fue, con toda probabilidad, la mayor traición que sufrió en su vida y, cuando se dio cuenta de ello, Moulay lloró bajo su pañuelo blanco de seda.

## SEDAS BLANCAS

Moulay sufrió un auténtico linchamiento por parte de la prensa mientras duró el proceso. Todos se centraron en la cruel corrosión de sus rasgos, remarcando lo bella, talentosa y popular que había sido y cómo ahora era todo maldad, por dentro y por fuera: la «otrora glamurosa» cortesana convertida en la mala malísima de la película. La gente incluso llegó a asociar el deterioro de su hermosura con el incremento de su crueldad: «Después de perder su belleza, abrió un prostíbulo», publicó el *Oshkosh Daily Northwestern*, con cierta petulancia.

El sondeo más convincente de lo que sucedía en el interior de Moulay es el que ofrece el frío pero precioso reportaje de Colette; y eso que, aun cuando la escritora pasó varias horas sentada junto a la asesina, escudriñando el intricado juego de emociones en sus ojos, todo sigue siendo pura especulación. En su cobertura del caso, Colette expone una especie de teoría sobre la crueldad de Moulay, afirmando que esta consideraba que la brutalidad era un rito de iniciación para las mujeres jóvenes y guapas que se interponen en el camino de los hombres. «Lo que nosotros llamamos crueldad era la moneda de cambio corriente, sangrienta y dichosa de su día a día desde que era niña: los golpes, la cuerda en torno a los delgados brazos y piernas, el grosero beso de un hombre, la pasión con la que seguía... a nuestros primeros contingentes franceses — escribió Colette—. Todo cuanto mata, hiere y se marchita conformó su primera experiencia como aventurera.» El mundo de Moulay le enseñó que las mujeres eran «criaturas que, hablando en plata, carecen de valor», y ella interiorizó este mensaje y se lo transmitió a sus internas. «¿Dónde habría podido aprender que el castigo que se ejerce sobre las mujeres... tiene límites?», se preguntaría Colette. Cuanto aprendió sobre la violencia, es probable que lo aprendiera de los contingentes franceses, que marchaban por sus calles y le pagaban para pasar la noche con sus chicas del norte de África.

Su devoción hacia los franceses le fue recompensada, no obstante: eludió la guillotina y solo fue sentenciada a quince años de cárcel. (A Mohammed le cayeron diez.) Para cuando llegó a Estados Unidos, la historia había adquirido unas proporciones míticas: el número de víctimas que se le atribuían rondaba el centenar, y al menos hubo un periódico que publicó un artículo asegurando que había sido guillotinado. Ese mismo texto informó de que, durante su ejecución, se había visto a aquel amado coronel «enjugándose las lágrimas».

La desinformación sobre Moulay no hizo sino aumentar ese halo de misterio y exotismo que la rodeaba. Ni siquiera Colette pudo refrenarse a la hora de comparar el juicio con un cuento salido de *Las mil y una noches*. Hoy en día, Marruecos sigue perfilándose en la imaginación occidental como un lugar sinuoso y extraño; las descripciones de Fez apenas han cambiado desde que Colette paseó, con una ingenua mirada producto de su patria colonizadora, por sus calles. (En 2007, *The New York Times* describió Fez con profundo asombro, maravillándose de cómo «sus figuras veladas y sus pasadizos olvidados pueden antojársenos indescifrables, si bien están imbuidos de un profundo encanto».) Cuando las fuentes occidentales ofrecieron su versión de la historia de Moulay, los detalles sobre el hachís humeante, las sinuosas bailarinas y el té hirviendo encajaron a la perfección con la sempiterna y popular imagen fetiche de la mujer exótica, perfilada contra el telón de fondo de un ejército potente, supermasculino y ultraeuropeo. Al fin y al cabo, ¿qué era Moulay para el *Oshkosh Daily Northwestern* sino una «figura velada» salida de un cuento de hadas?

Pero el verdadero misterio de Moulay no reside en su exotismo, sino en sus motivos, y eso es algo que siempre desconoceremos. ¿A quién buscaba complacer con sus asesinatos? ¿A sus clientes? ¿A sí misma y a sus oscuros impulsos? ¿A los franceses? Y ¿por qué? Como mucho, podemos tratar de figurarnos los intereses que la movieron a arriesgarse por los oficiales de un ejército invasor y a prestarse a recibir un balazo en la mano. No sabemos qué sucedió entre Moulay y su enamorado, el coronel. Podemos especular con que se sentía defraudada, abandonada y acosada por los recuerdos de sus días de gloria, cuando era una mujer hermosa y todos los soldados la deseaban. Pero, a decir verdad, lo único en lo que realmente podemos confiar es en esa imagen de ella, ante el tribunal, rodeada por sus propios instrumentos de tortura, llorando bajo sus sedas blancas.

De modo que Moulay fue a prisión, y el mundo entero se preguntó por qué no la habían sentenciado a muerte. Hubo quienes sospecharon que ella sabía más de lo que había dado a entender —¿estaba al tanto de algún «bombazo político», quizá?— o que todavía tenía amigos en las altas esferas que se habrían vengado si los franceses la ejecutaban. Pero nadie se apeó de las alturas para tender su mano y ofrecerle un indulto a Moulay, así que a la cárcel que se fue, y ya nada volvió a saberse de ella nunca más, al menos no en la sociedad de la «corrección».

Es posible que su coronel del alma se le apareciese, echara abajo los muros de su prisión y se esfumara con ella en el cálido aire nocturno. Pero, si no fue así, debe de ser que, al cumplir su condena, Moulay salió a rastras de su celda y simplemente desapareció, por segunda vez, en las entrañas de ese mundo que la elevó a los altares para luego destruirla.

LA ALTA SACERDOTISA DE LA  
CAMARILLA DE LAS BARBAZUL



TILLIE KLIMEK

 Si fuera usted una mujer que quisiera asesinar a su marido, nada mejor que hallarse en Chicago en la década de 1920. Lo único que tendría que hacer sería pegarle un tiro a ese puto cabrón en el cogote y luego presentarse ante el tribunal, bien perfumada y mordiéndose el labio en señal de arrepentimiento. Sus abogados quizá le pidieran que se ondulara el pelo, al más puro estilo de las preciosas asesinas que habían salido libres antes que usted, como Belva Gaertner, la Elegante, y Beulah Annan, la Guapa: las mujeres que inspiraron la obra de teatro *Chicago*. El jurado, compuesto por hombres en su totalidad, contemplaría con miradas aprobadoras sus tobillos enfundados en medias de seda cuando cruzara las piernas, temblando visiblemente. Venga, vamos, deje correr una lagrimita por esa naricita suya tan perfecta. Saldrá libre, pero solo si es usted muy pero que muy guapa.

Tillie Klimek no lo era. A sus cuarenta y cinco años, los partos, las tareas del hogar y sus cuatro matrimonios sospechosamente atribulados le habían pasado factura. El destino la había castigado con un «cuerpo contrahecho» y una «tez grasienta». Y era rencorosa. Tenía toda la pinta de ser una de esas personas que saben un par de cosas sobre el más allá. Y tuvo la audacia de apuntarse al juego de matar maridos sin conocer las reglas.

#### ATAÚD EN VENTA, 30\$

Tillie llegó a Estados Unidos más o menos cuando tenía un año, en el marco de la primera oleada de inmigración polaca con destino a Chicago. Este movimiento migratorio inicial, que tuvo lugar entre la década de 1850 y principios de los años veinte, se conoció como *za chlebem* —«por pan»—, y en su mayor parte estuvo integrado por las clases bajas. Tillie nunca aprendió a hablar inglés a la perfección, y, tiempo después, la gente las acusaría a ella y a su familia de adolecer de cierto «aire de campesinos».

Ya de adulta, la vida de Tillie parecía de lo más anodina, sobre todo si se compara con el vertiginoso ritmo de una ciudad como Chicago. El contrabando de alcohol hacía furor, Al Capone era el rey de reyes, los reporteros rivales se enfrentaban a tiros en los autobuses y los asesinatos por parte de mujeres se multiplicaron en un cuatrocientos por ciento en un periodo de cuarenta años. Así que, cuando el primer marido de Tillie murió en 1914, nadie se echó las manos a la cabeza. Cuando se casó un mes después y perdió a su segundo esposo noventa días más tarde, nadie dijo nada. La violencia era como una arteria que extendía su riego por toda la ciudad; no tenía nada de espantoso ni terrible que aquella mujer polaca se acabase de embolsar unos tres mil dólares del seguro y los ahorros de un par de hombres muertos.

A Tillie no le importaba pasar desapercibida, y menos cuando nunca le había supuesto un problema atraer a las personas que más le interesaban: los hombres solteros. A pesar de lo mucho que la gente despotricaría después sobre su aspecto, no hay duda de que poseía un atractivo muy suyo, pues en ningún momento le faltaron maridos ni amantes. Sus ojos, en concreto, eran de una belleza inquietante (aunque, claro, cabe la posibilidad de que el tiempo nos haya predisuesto a

verlos así —o, por llamar a las cosas por su nombre, que hayamos caído en una suerte de «determinismo macabro»—, porque ahora, al mirar sus ojos, es imposible no reconocer en ellos a una asesina). El caso es que Tillie tomó el dinero de su viudez y se gastó una buena parte en un romántico viaje a Milwaukee en compañía del último de sus amantes, Joseph Guskowski, con la esperanza de que este se convirtiese muy pronto en su marido número tres.

Pero, caramba, los encantos de Milwaukee no debieron de surtir su mágico efecto en Guskowski, pues no había forma de que este se le propusiera, ni hoy ni mañana ni al día siguiente. Tillie empezó a cabrear. ¿Cómo? ¿Se había gastado todo ese dinero en unas vacaciones con él y aún no había ni rastro del anillo? Ni hablar. Así que, de regreso a Chicago, intentó someter a Guskowski metiéndole miedo, nada menos que poniéndolo al corriente de que sus dos primeros maridos no habían fallecido de muerte natural. Habían sido envenenados, le dijo. Repetidamente. Por ella.

Guskowski entró en pánico. Si ya de por sí había albergado ciertas reticencias a pedirle matrimonio, ahora sí que no pensaba hacerlo, de ninguna de las maneras. Cuando Tillie se percató de su error, amenazó con denunciarlo por haber violado la Ley Mann, que se suponía que debía proteger a las mujeres de la prostitución, si bien en la práctica se empleaba para castigar toda clase de «inmoralidades», entre ellas las relaciones sexuales adultas consensuadas. *Conque esas tenemos, ¿eh?*, contestó Guskowski. Pues si ella se atrevía a denunciarlo, él la llevaría a rastras hasta la comisaría más cercana y le contaría a la policía que era una asesina de pies a cabe...

Al parecer, Guskowski nunca se paró a pensar que quizá no fuera buena idea hacer enfadar a Tillie, porque, unos días después, la discusión quedó zanjada para siempre cuando él estiró la pata.

En 1919, Tillie volvía a ser una recién casada. Ella y su tercer marido, Frank Kupezyk, se mudaron al número 924 de North Winchester Avenue, en Chicago, un edificio que hoy en día sigue conociéndose como La Casa Encantada de la Vieja Señora Tillie Klimek. El matrimonio no era del todo feliz, y Tillie no tardó en echarse un amante llamado John, que se dedicaba a besuquearla en el porche tan pronto como Kupezyk se marchaba a trabajar. (Cosa que no les pasó desapercibida a los vecinos, claro.) La vida fue transcurriendo con normalidad, aunque no de la manera más ideal, hasta que, a los dos años de casados, Kupezyk cayó gravemente enfermo.

Una tarde, mientras su marido yacía en la cama, Tillie salió dando botes de su apartamento, blandiendo el periódico en alto. Se lo enseñó a su casera, que se quedó petrificada cuando vio que Tillie le estaba señalando el anuncio de un ataúd por el módico precio de treinta dólares. Aquello era una ganga, y Tillie declaró que lo iba a comprar. «A mi hombre no le quedan ni dos días», informó a la espantada mujer. Adquirió también unos metros de tela negra de primera calidad y tomó asiento junto a la cama del moribundo Kupezyk, tarareando mientras se confeccionaba un bonito sombrero para el funeral.

Kupezyk murió el 25 de abril de 1921 y, mientras yacía tieso en el salón, ataviado con sus mejores galas funerarias, Tillie escuchaba música en su Victrola a todo volumen. En un momento dado, hasta se inclinó sobre el ataúd de su marido, lo agarró de una oreja y le gritó: «Desgraciado, ¡ahora ya no te volverás a levantar!». Tan pronto como estuvo bajo tierra, Tillie cobró los 675 dólares del seguro y salió en busca de su próximo hombre.

Pero en su barrio ya circulaban los rumores. ¿Cómo supo que la muerte de su marido era tan inminente? La gente empezó a chismorrear que era vidente, que podía ver acercarse la muerte a tiempo de comprar un ataúd tirado de precio. Claro que Tillie solo sabía que a Kupezyk no le quedaban «ni dos días» de vida porque lo había estado envenenando con la precisión de un mecanismo de relojería. Pero, para sus crédulos vecinos, aquella mujer parecía ser omnisciente.

\* \* \*

## IMPLACABLE CON LAS RATAS

Uno de los asistentes al funeral de Kupezyk fue un viudo tierno y muy trabajador llamado Joseph Klimek; tenía cincuenta años. Algunos decían que era alcohólico, pero él negaba rotundamente esas acusaciones. No es que Klimek estuviera muy interesado en presentarle sus respetos a Kupezyk; había acudido al funeral para echarle el ojo a la recién enviudada Tillie. Sus amigos no hacían más que señalar en su dirección y, tras muchos años solo, la idea de volver a tener esposa lo reconfortaba.

Sin embargo, después del servicio, Tillie no se quedó a flirtear. «Estaba fatal y no le apetecía hablar con nadie», explicaría Klimek más adelante. Pero, tras unas pocas semanas de cortés persecución, ella accedió a casarse con él. El hombre no cabía en sí de gozo; sus días de soledad habían terminado para siempre. «Me casé con Tillie para formar un hogar», dijo. Y ¡vaya si lo consiguió! ¡No podía haber encontrado un hogar más acogedor! Klimek apreciaba sobremedida la habilidad de su esposa con el ganchillo, y adoraba su forma de cocinar.

Bueno, vale, Tillie tenía su pasado, claro está, pero a Klimek no le importaban sus antiguos amantes. Ella se había reformado. Estaba convencido de ello. «Tan pronto como estuvimos casados, [Tillie] quemó todas las fotografías de sus maridos y de sus amistades masculinas —dijo él—. Rompió en mil pedazos todas sus cartas. Y colocó mi fotografía sobre la repisa de la chimenea; eso fue todo.»

Sin embargo, lo que el romántico Klimek no sabía era que Tillie no estaba tan feliz con su pedacito de dicha doméstica. Empezó a quejarse a su prima, Nellie Koulik, la cual tenía un marido muerto en su haber. Cuando le sugirió la posibilidad de que se divorciase, Tillie contestó: «No, me desharé de él de alguna otra manera». Nellie sabía con exactitud a qué se refería, y, antes de que Tillie se marchara, le pasó a escondidas una latita de polvos en cuya etiqueta podía leerse «Implacable con las ratas». Se trataba de un veneno de uso doméstico elaborado a base de arsénico teñido de negro con carbón, fácil de adquirir en cualquier droguería con manga ancha del barrio, y que tenía un logotipo muy llamativo: una rata, muerta patas arriba, estampada con el eslogan: «Mueren fuera de la casa». Nellie siempre tenía una de esas a mano. «Exterminador imbatible», decía el texto al pie del logotipo. «La solución de siempre que nunca falla.»

Tillie se fue a casa y se lió a cocinar una serie de maravillosos platos caseros para Klimek, todos y cada uno de ellos condimentados con un generoso pellizco de Implacable Con Las Ratas. Klimek comió y comió, y se fue poniendo más y más enfermo. Se le agarrotaron las piernas y el aliento empezó a olerle a ajo: dos de los indicios más inocuos del envenenamiento por arsénico.

Por esa misma época, dos de sus perros murieron de repente.

El dinero del seguro de Klimek ya empezaba a asomar, rutilante, por el horizonte de Tillie cuando el hermano de su marido, John, dio al traste con todo debido a sus sospechas. A pesar de las airadas objeciones de su cuñada, la cual insistió en que podía cuidar de Klimek ella solita, muchas gracias, John se empeñó en que su médico de cabecera le echase un vistazo a su hermano. El buen doctor identificó al instante los síntomas del envenenamiento por arsénico y se llevó a Joseph volando al hospital, al tiempo que se lo notificaba a la Policía.

El 26 de octubre de 1922, Tillie fue detenida por el intento de asesinato de Joseph Klimek. Al día siguiente, su prima Nellie siguió sus pasos, acusada de haberle proporcionado el arsénico. Mientras Tillie era trasladada a la comisaría en el coche policial, se dirigió al agente que iba sentado junto a ella. «Al próximo al que quiero cocinarle algo es a usted —dijo—. Todo esto es culpa suya.»

## EXHUMACIONES

Enseguida quedó patente que el envenenamiento de Joseph Klimek no era un incidente aislado. Varias cartas anónimas dirigidas a la Policía rogaban a los agentes que desenterraran los cuerpos del tercer marido de Tillie, el viejo Frank Kupezyk, y del primero. Y, ¡quién lo iba a decir!, sus cadáveres estaban vetados de arsénico. Resulta evidente que Tillie tenía enemigos que sospechaban desde hacía mucho tiempo que sus habilidades como «vidente» provenían del asesinato. («¡No mueren en la casa!») Los titulares de los periódicos adquirieron un tonillo frankensteiniano: «Ordenan desenterrar los cuerpos de los cónyuges de las primas»; «Exhumación inminente de otros tres cuerpos en el caso Klimek»; «Se procederá a la exhumación de los cuerpos de otros familiares».

Entretanto, Tillie fue trasladada al hospital para que visitara al último de sus esposos con vida. ¿Acaso se sentía mal por haber intentado asesinarlo? Ni mucho menos. Tan pronto como él empezó a acosarla con una retahíla de enfurecidas preguntas, ella contestó: «¡Yo qué sé! Déjame en paz de una vez». Entonces oyó como él le pedía un vaso de agua a una enfermera, y Tillie le gritó a la mujer: «¡Si ve que le da mucho la lata, coja una tabla de dos por cuatro y atícele en la cabeza con ella!». Así y todo, le dio un beso antes de marcharse, dejando estupefactos a todos los allí presentes.

No hicieron falta muchas indagaciones para concluir que Tillie no se había limitado a matar a sus maridos. Conforme la policía se afanaba en exhumar cuerpos, dos de los primos de Tillie se presentaron en comisaría y les dijeron a los agentes que escarbaran más hondo. Sostenían que Tillie había matado a cuatro de sus hermanos, los cuales habían fallecido después de una truculenta fiesta en casa de su prima. Tillie se había peleado con la madre y había descargado su rabia sobre los hijos, sirviéndoles comida envenenada.

Salía a la luz, pues, un hilo conductor común a muchos de los crímenes de Tillie: la mezquina venganza. Asesinó a Joseph Guskowski porque se sintió desairada al comprobar que él no pensaba regalarle un anillo de compromiso, y se ponía tan furiosa por pequeñas tonterías y desacuerdos que resultaba de lo más peligroso andar cerca de ella cuando se encontraba de mal

humor. Dos de sus vecinas acudieron a la policía para denunciar que habían estado gravemente enfermas después de que Tillie les diera unas golosinas envenenadas. Una de las mujeres dijo que se debió a que ella y Tillie habían discutido, la otra lo achacó a que Tillie la pilló hablando con Klimek y no le gustó.

Mientras Tillie y Nellie eran acusadas formalmente de asesinato —la primera por el asesinato de Frank Kupezyk, y Nellie por el asesinato de su primer marido—, las exhumaciones dieron un giro más perturbador si cabe. «Las pistas de los misteriosos envenenamientos» condujeron a los detectives hasta tres pequeñas tumbas: las de los bebés gemelos de Nellie y la de su nieta. Nellie había dado a luz a dos gemelos mientras todavía estaba casada con su primer marido, pero él se había negado a reconocerlos como suyos. (Por aquel entonces, Nellie ya estaba metida hasta el cuello en una tempestuosa aventura con el hombre que habría de convertirse en su segundo marido, Albert Koulik.) Uno de los gemelos murió a los ocho meses; el otro, un mes después. La tercera criatura muerta, la nieta, había sido presuntamente envenenada después de que la hija de Nellie criticara a su madre por «la vida que llevaba». Al igual que la asesina de su prima, Nellie era de gatillo fácil y muy poco tolerante a las críticas.

La policía apenas daba abasto con la tromba de acusaciones que, a esas alturas, se estaban presentando en comisaría. Fue como si en los círculos de Tillie se hubiera roto una presa y la gente sintiera que por fin tenía la libertad de confesar sus más profundas y oscuras sospechas sobre su vecina con supuestas dotes de vidente y sobre su prima asesina de niños. Todo el mundo estaba convencido de que los estaban envenenando. Uno de los hijos de Nellie sospechaba que su madre lo había estado envenenando poco a poco. Una de las hijas de Nellie sospechaba que Tillie la había envenenado. Hasta la hermana de Nellie, Cornelia, fue trasladada a prisión porque su yerno estaba convencido de que le había estado dando aguardiente envenenado. ¡Veneno, veneno por doquier, y ni una gota de alcohol que llevarse a los labios! El recuento de supuestas víctimas sumaba un total de veinte: doce de ellas muertas; siete vivas, pero con graves problemas de salud, y un desaparecido (un hombre misterioso conocido como «Meyers», a secas, del que se sospechaba que era otro marido o amante de Tillie). Y eso solo contando a los humanos. Un vecino aseguró que su perro había muerto de repente después de que Tillie «protestara a voces» por sus odiosos ladridos.

Los envenenamientos habían desatado una histeria colectiva en la comunidad, y la policía tenía la sensación de que la situación se le iba de las manos. Empezaron a hablar de un «cinturón de envenenadoras» brujeril que se extendía a lo largo y ancho del barrio polaco de Chicago, encabezado por Tillie como la «alta sacerdotisa de la camarilla de las Barbazul». Las primas se enfrentaban ahora a la horca.

«SE MURIERON SIN MÁS, IGUAL QUE CUALQUIER OTRA PERSONA»

En prisión, las acusadas exhibieron personalidades muy distintas. Nellie sonreía más, hablaba menos inglés y era proclive a la histeria. Permitted a los fotógrafos que le sacaran unas cuantas instantáneas, pero no sin antes haberse peinado y repeinado el pelo hacia atrás. Cuando le preguntaron acerca del caso, insistió en que la acusación de su hijo no era más que una «broma» y

en que «los de arriba» se lo estaban tomando demasiado en serio. Por el contrario, Tillie guardaba silencio, contenida, desafiante, como una «autómata de las emociones». La única ocasión en la que mostró alguna clase de sentimiento real fue cuando estalló en su propia defensa: «¡Yo no he robado a nadie! ¡No he disparado a nadie! ¡No he envenenado a nadie! ¡No he matado a nadie! ¡No lo he hecho! Todo el mundo me la tiene jurada. Todo el mundo me mira como si me quisiera merendar. ¿Por qué me miran así? Estoy diciendo la verdad. Todo lo que he hecho me lo he hecho a mí misma. A nadie más».

El abogado de la acusación asignado al caso —William McLaughlin, ayudante del fiscal del estado— tiró a degüello contra Tillie. El tipo tenía un talento especial para la hipérbole y parecía decidido a ganarse la inmortalidad con aquel juicio. Cebó a los periodistas con las citas melodramáticas que tanto deseaban escuchar, calificando el asunto como «el más pasmoso complot de envenenamientos jamás sacado a la luz» y como «el complot de asesinatos más apabullante de la historia criminal reciente». Proclamó que las primas celebraban «fiestas de veneno» en las que servían de plato fuerte recetas maceradas en arsénico para el disfrute de toda una batería de familiares. Es más, estaba convencido de que el barrio polaco se hallaba asolado por una auténtica red de barbazules femeninas, y de que Tillie y Nellie no eran más que la (cruda y fea) punta del iceberg. La cadena perpetua tampoco le parecía suficiente para Tillie. Quería que la colgaran.

En el exterior de la sala, algunas de las reporteras más peleonas de Chicago seguían el caso de cerca, entre ellas la increíble Genevieve Forbes, que cubría las noticias de sucesos en una época en que las mujeres sencillamente no se dedicaban a los sucesos. Forbes realizó una serie de entrevistas de lo más íntimas: habló con Joseph Klimek en el hospital, localizó a los consternados padres de Tillie y, para rematar, consiguió un cara a cara con la asesina en persona.

Gracias a su infalible ojo de periodista, Forbes ahondó en unos matices de la personalidad de Tillie que nadie más se había molestado en comprender. Retrató a Tillie como una mujer peligrosa y vengativa que se servía del veneno para curar su orgullo herido y que se guardaba sus secretos para sí. La descripción física que hizo de ella fue implacable —«una gorda y rechoncha campesina polaca de cuarenta y cinco años, que no obstante aparenta diez más, con un cuerpo contrahecho, unas manos y unos pies enormes y un pelo marrón desaliñado repeinado hacia atrás, recogido en un moño en el cogote»—, pero también reconocería a regañadientes su astuta inteligencia. «Tillie Klimek es una espectadora de su propio drama», escribió.

El tribunal nunca le reconocería ese mérito a Tillie, y el juicio tomó un derrotero bastante desagradable cuando el juez exigió que se elaborase «un informe clínico sobre los rasgos psicopáticos» de las dos acusadas. Según el médico que las examinó, las dos mujeres eran «mentalmente subnormales y padecían una demencia precoz», con una capacidad intelectual no superior a la de un niño de once años. El juez llevó las cosas un poco más allá al sacar uno de los temas estrella de la época: la eugenesia. Lo irritaba el hecho de que uno de los hijos de Nellie ya hubiera sido declarado «débil mental» varios años antes, y estaba convencido de que existía un gen criminal en el ADN de la familia. «Si hubiésemos contado con un investigador de campo, con un experto en eugenesia que indagara en el historial de toda la familia a partir del mismo momento en que se detectó a un tarado entre sus miembros, tal vez podría haberse avisado a la policía de

que vigilara a esta mujer —declaró—. Cada vez que se detecta un caso, podemos iniciar una búsqueda y localizar el nido.»

Cabe destacar que ninguna de las dos mujeres hablaba bien inglés. De modo que, si la prueba se realizó en ese idioma, es muy probable que fueran incapaces de completarla correctamente. Con todo, da la sensación de que Nellie era bastante más ingenua que su prima, pero Tillie no tenía un pelo de tonta, y el informe clínico la subestimó de manera muy significativa. «Tiene sesera —había hecho notar Forbes—, y se vale de ella para regir sus emociones.» Pero no hablaba con fluidez, y tampoco es que sintiera la necesidad de explicarse, así que el tribunal se empeñó en que sus crímenes eran el resultado de una inteligencia infantil, o la obra descuidada y desagradable de una mera campesina.

Puesto que Chicago estaba tan fuera de control en la década de 1920, no es de extrañar que el juicio de Tillie se convirtiera en una especie de circo. En numerosas ocasiones, el juez se vio obligado a chillar: «¡Esto no es un teatro!». Pero vaya si lo era. Entre las personas llamadas a testificar contra Tillie se contaron un puñado de vecinas cotillas, tres enterradores y una «directora de pompas fúnebres», y el público se obsesionó con ellos. Uno de los enterradores escandalizó al tribunal con su historia sobre el amante de Tillie, John, que solía visitarla tan pronto como Frank Kupezyk se marchaba a trabajar. «Una vez lo vi besarla —dijo el enterrador. Y, cuando el abogado de la acusación le preguntó qué había sucedido entonces, el hombre contestó —: ¿Entonces? Pues que Tillie tapó la ventana con unas hojas de periódico, para que yo no pudiera ver lo que pasaba dentro.» La sala entera estalló en carcajadas, incluida la propia Tillie.

Pero hacia el final del juicio ya nadie se reía, e incluso el gesto impasible de Tillie había empezado a resquebrajarse. Finalmente, cuando el analista químico del forense juró haber hallado restos de arsénico en los cuerpos de sus tres maridos, comenzó a mostrar las primeras señales de ansiedad. Con todo, presentó su defensa personal ante el tribunal con gran entereza, luciendo el funesto sombrero negro que ella misma se había confeccionado junto al lecho de muerte de Kupezyk. Insistió en que este último había muerto alcoholizado y negó ser culpable de la muerte de sus otros dos maridos. «Yo los amaba y ellos me amaban a mí. Se murieron sin más, igual que cualquier otra persona —dijo—. Yo no soy la responsable. Si ellos querían morir, ¿qué iba a hacer yo?»

McLaughlin prácticamente suplicaba al jurado para que la sentenciaran a muerte. Estaba hasta las narices de que las mujeres quedaran impunes y no pagaran por sus asesinatos. «Caballeros, la pena de muerte nunca se ha puesto en práctica contra una mujer en este estado —exclamó—. La acusada es igual que muchas otras mujeres de esta ciudad. Se cree que se puede ir de rositas. Hay un montón de mujeres, caballeros, que aguardan su veredicto en este caso. Pienso que debería aplicarse la pena de muerte, y lo digo en serio.»

No se equivocaba: Tillie era exactamente igual que «muchas otras mujeres de esta ciudad» en cuanto que matamaridos. Un cuatrocientos por ciento, ¿recuerdan? Pero, a diferencia de esas muchas mujeres, que lloraban y flirteaban desde el estrado, Tillie no «se fue de rositas». Se la declaró culpable del asesinato de Frank Kupezyk y fue condenada a cadena perpetua: la sentencia más dura que se emitió contra una mujer en el condado de Cook en esa época.

## DE NULA BELLEZA

El juicio de Nellie fue un pequeño desastre. Quizá el tribunal nunca se la hubiera tomado tan en serio como a Tillie, la reina de hielo, porque, aun cuando sus propios hijos declararon en su contra, Nellie salió libre. Una vez absuelta del cargo de haber proporcionado el veneno a Tillie, McLaughlin no tuvo más remedio que retirar el otro cargo que se le imputaba. El cuerpo de su primer marido estaba hasta arriba de arsénico, de eso no había duda, pero a nadie le apetecía ahondar más en aquella supuesta «camarilla de las Barbazul» ahora que su alta sacerdotisa se encontraba en prisión.

Además, por el juzgado desfilaban ya otras asesinas, y ellas resultaban mucho más agradables a la vista. En cuestión de un par de años, Belva Gaertner, la Elegante, y Beulah Annan, la Guapa, estarían acicalándose detrás de los barrotes de esa misma cárcel, posando para los reporteros en ropa interior y valiéndose de todos los ardides femeninos de manual (lágrimas, sombreros a la última y modelos de alta costura, entre otros) para salirse con la suya.

Esta era la fea realidad subyacente al veredicto: Tillie podría haberse librado de pasar el resto de su vida entre rejas de haber sido más atractiva. Sí, estaba claro que era culpable, pero Chicago ya había tratado con otras matamaridos culpables anteriormente, y las guapas salían libres de forma sistemática. En los últimos años, veintiocho mujeres habían sido absueltas de asesinato solo en el condado de Cook, y todas ellas eran preciosas. La última en ser liberada fue Cora Orthwein, una «llamativa y bien vestida belleza de la zona norte». Solo cuatro de ellas habían sido declaradas culpables antes de Tillie: Hilda Axlund («de todo menos guapa»), Vera Trepannier («más que madurita»), Emma Simpson («declarada demente») y Dora Waterman («de nula belleza»).

Huelga decir que, aunque a Tillie, técnicamente, solo se la estuviera juzgando por el asesinato de Frank Kupezyk, a ojos de la mayoría estaba clarísimo que se trataba de una asesina en serie; y no solo eso, sino que la gente pensaba que ella era el cerebro que estaba detrás de todo aquel «cinturón de envenenadoras». Aun así, tanto a la prensa como al público de la sala del tribunal los entusiasmaba la apasionada violencia de las mujeres que asesinaban a sus maridos y amantes, que es precisamente lo que hacía Tillie. Orthwein, por ejemplo, mató a su amante después de una noche desenfrenada de alcohol y feroces peleas. ¿Quién dice que, si Tillie hubiera sido joven y lozana, su historia no podría haber sido planteada de otra forma, a pesar de estar imbuida de tal grado de violencia? Quizá podrían haberla retratado como una delicada mujer en busca de marido, a la que sus brutos y palurdos amantes ofendían continuamente. Una amante en serie que, mire usted por dónde, también se dedicaba a matar.

Los tribunales y la prensa eran plenamente conscientes de su parcialidad, pero se diría que también se deleitaban con ella. Eso de soltar a una mala mujer resultaba tan sexy... La indignación moral de la sociedad estaba reservada para las mujeres como Tillie, que no resultaban atractivas en su maldad. Una columna del *Tribune* titulada «A Line o' Type or Two» publicó un despiadado telegrama burlándose de Chicago por lo fea que era su última asesina: «El intento de Chicago de

cubrirse de fama al darle protagonismo a Tillie Klimek resultará en un estrepitoso fracaso —decía—. Desde aquí, les sugerimos que hagan una criba en lo que a belleza, clase social y demás se refiere antes de permitir que se cometan más asesinatos».

Después de un juicio especialmente ridículo, en el que dos despampanantes hermanas rubias fueron absueltas de asesinato, el furioso abogado de la acusación comentó que «al parecer unos rizos rubios o unos ojos negros bastan para borrar de la mente del jurado las pruebas más contundentes». Genevieve Forbes diría lo mismo, aunque sin rodeos: «Tillie Klimek acabó en la penitenciaría porque nunca había pasado por un salón de belleza».

\* \* \*

## EL DESGRACIADO NO VA A LEVANTARSE

Un punto que, aparentemente, no llegó a tocarse en el transcurso del juicio fue la cuestión del maltrato. Casi todas las pruebas apuntaban al dinero como móvil principal, puesto que Tillie fue recogiendo pequeñas sumas a la muerte de cada uno de sus maridos. Esta sería posiblemente la razón por la que el tribunal no estimó necesario profundizar más en sus motivaciones. Pero los jurados de estos casos de asesinato de los maridos coincidían en mostrarse extraordinariamente comprensivos ante el menor tufillo de maltrato por parte del esposo, de modo que una no puede sino preguntarse por qué en ningún momento la defensa de Tillie echó mano de aquel recurso. Después de todo, tanto Tillie como sus padres habían declarado insistentemente que Klimek y Kupezyk eran unos malditos alcohólicos, y luego estaba todo el asunto aquel de Tillie gritando al oído del difunto Kupezyk eso de: «Desgraciado, ahora ya no te volverás a levantar». ¿Mataba, entonces, solo por dinero y venganza, o acaso estaba huyendo de un par de desgraciados?

El dinero no era su única motivación, eso desde luego, porque hubo numerosas ocasiones en las que Tillie mató sin que existiera la más remota posibilidad de cobrar nada del seguro. Era exagerada y dramáticamente rencorosa, y utilizaba el veneno para silenciar a todo aquel que la irritase, ya fuera una vecina que osaba flirtear con su marido o un perro que ladraba sin cesar. Parece que, al menos, Genevieve Forbes sí llegó a la conclusión de que Tillie seguía siendo un enigma sin resolver. Pero a esas alturas la ciudad en general ya estaba lista para prestar atención a criminales más bonitas. Durante un tiempo se habían centrado en los crímenes y en el aspecto de Tillie, pero lo cierto es que a nadie le preocupaban demasiado sus demonios. Así que le plantaron las etiquetas de «rechoncha» y «fea» y la encerraron de por vida.

Tillie llevaría una vida muy tranquila en prisión; unos años después, le contó a Forbes que estaba entusiasmada con sus labores de costura y que le encantaba la comida que le servían en la cárcel. Pasó trece años entre rejas mientras el público se dejaba absorber por casos de asesinato más sonados y sexis, y murió en la cárcel el 20 de noviembre de 1936. Los periódicos informaron sobre su edad, sumando cuatro años más a los que en realidad tenía. En la muerte, como en la vida, nadie se molestó demasiado en que saliera favorecida.

A pesar de la dulce domesticidad que exhibió en la cárcel, fuera esta como fuera, el caso es que Tillie todavía se guardaba un secreto o dos. Después de todo, a su presunto amante «Meyers»

nunca lo encontraron. Y pocos años después del juicio, cuando finalmente murió su último marido, los médicos certificaron como causa de la muerte una amigdalitis. Pero, al abrirlo y examinar sus entrañas, descubrieron que el cuerpo debilitado de Joseph Klimek seguía hasta arriba de arsénico.

LA HECHICERA DE KILKENNY



ALICE KYTELER

¿Les gustaría destruir a una mujer en la Europa de la pre-Ilustración? Pues bien, tienen ustedes unas cuantas opciones la mar de convenientes. Podrían acusarla de conducta sexual inapropiada; esta es siempre una táctica muy efectiva. Podrían sostener que ha matado a su bebé. O también podrían reunir todas sus alegaciones en un dramático paquete chorreante de sexo y supersticiones, y llamarla bruja; luego solo tendrían que desentenderse y dejarlo en manos de la turba mientras ustedes se acomodan para disfrutar de un reconfortante cuenco de caldo de cabeza de cordero.

La mujer que protagonizó el auténtico primer juicio por brujería de Europa podría ser, de hecho, la primera asesina en serie documentada del continente, pero las extravagantes acusaciones lanzadas contra ella —¡se acostaba con demonios!, ¡cocinaba con sesos de niños sin bautizar!— relegaron rápidamente a un segundo plano sus verdaderos crímenes. Lady Alice Kyteler hechizó a cuatro maridos, y fue una arribista muy intrépida y una enemiga de lo más peligrosa. Era adorable, poderosa, emprendedora y buena con la pasta. Si uno examina detenidamente su vida, resulta fácil detectar una serie de patrones, como el hecho de que dejó unos cuantos maridos muertos a su paso, pero estos detalles se han ido borrando hasta desaparecer completamente de los anales de la historia. Lo que la gente recuerda de Alice, si es que se acuerda de ella, es que tal vez viajara —o no— en una escoba engrasada.

Siglos después de que lady Alice fuese acusada de ser la «madre y maestra» de un aquelarre, resulta sencillo leer la documentación sobre su caso y envanecerse con la certeza de que no, aquella mujer no ofrendó nueve ojos crudos de pavo real a ninguna suerte de oscura fuerza demoníaca apodada Robin, Hijo del Arte. Fue falsamente acusada porque tenía demasiado dinero, porque la sociedad consideraba peligrosas y/o molestas a las mujeres poderosas y porque la gente quería quedarse con sus tierras. La reacción de sus congéneres hacia ella tampoco tuvo nada de original que se diga. Mil años antes de que Alice viviera, el poeta romano Juvenal ya andaba murmurando que «no hay cosa más intolerable que una mujer rica».

Vergonzoso, ¿eh? Ya, pero, claro, también hay que tener en cuenta todos esos maridos muertos.

## Los *MALEFICIA*

El siglo xiii estaba llegando a su fin, y la ciudad irlandesa de Kilkenny se había convertido en un lugar maravilloso para vivir. El paisaje de los alrededores era verde y frondoso. No lejos de allí se alzaba un imponente y bonito castillo, que irradiaba protección, poder y orden. Y la ciudad estaba atestada de hombres casaderos.

Por las calles de esta hermosa ciudad se paseaba Alice Kyteler, distinguida en ocasiones con el tratamiento de *dame*, y otras con el de *lady*, siendo como era la orgullosa descendiente de unos mercaderes flamencos. Ya de jovencita, Alice tenía su buen peso en la sociedad, pues poseía tierras, estaba emparentada con el *sheriff* de Kilkenny y contaba con una apabullante cantidad de amigos en las altas esferas. Su influencia siguió en alza cuando se casó con un acaudalado

banquero llamado William Outlawe, allá por 1280, entre cuyos familiares figuraba el lord canciller de Irlanda. La pareja tuvo un hijo, William Junior, y Alice se volcó en cuerpo y alma con el bebé. Él siempre sería el niño de sus ojos.

Después de unos veinte años de matrimonio, Outlawe murió. Resultó de lo más conveniente que William Junior ya tuviera edad para hacerse cargo de las tierras de su padre y del negocio bancario familiar, y además el generoso testamento de Outlawe dejaba a Alice y a su hijo en una situación desahogada. Bueno, más que eso, porque de golpe y porrazo se encontraron con que eran más ricos e influyentes que antes de su muerte. Fue casi como si perder a papáito hasta estuviera bien.

Alice se buscó rápidamente otro hombre: Adam Le Blond, que procedía de una poderosa familia terrateniente. Los recién casados formaban una pareja excelente, con conexiones en los círculos más elevados de la sociedad; en un momento dado, hasta le hicieron un préstamo de quinientas libras al rey, Eduardo I, para ayudar a financiar las guerras escocesas. Al parecer, Le Blond se mostraba encantado con su hijastro, pues no dudó en prestarle tres mil libras, que el joven se apresuró a poner a buen recaudo, enterrándolas en el jardín. Esto constituía una elevadísima cantidad de dinero en aquellos días. Para que se hagan ustedes una idea, un hombre ganaba un penique (con 240 de ellos se obtenía una libra) tras cada jornada de duro trabajo. Las mujeres ganaban la mitad.

Todo este favoritismo empezó a engendrar cierto resentimiento en Kilkenny. William Junior era un niño mimado, y a la gente no le había sentado demasiado bien el hecho de que Alice hubiese salido beneficiada de sus dos matrimonios. Hasta el *sheriff*, que era pariente suyo, envidiaba su privilegiada situación. Así que, una noche de 1302, se dirigió sigilosamente a casa de William Junior, acompañado de un grupo de lugareños, y, con todo el descaro del mundo, desenterró aquellas tres mil libras. La cuadrilla alegó que, puesto que el dinero había sido descubierto bajo tierra, podía considerarse como un «tesoro escondido» —objetos de valor ocultos que no tenían dueño— y que, como tal, pertenecía al rey. Alice y Le Blond protestaron, pero, en lugar de devolverles el dinero, el *sheriff* los acusó de homicidio y los metió en la cárcel.

¿Cómo que homicidio? Cualquiera diría que el *sheriff* se había sacado aquel cargo de la manga, y en cierto modo así había sido, puesto que de esa forma evitaba meterse en problemas por haber robado el dinero en primer lugar. Pero la gente ya llevaba un cierto tiempo chismorreando sobre Alice. Sospechaban que tramaba algo.

La pareja no tardó en ser liberada, ya que eran ricos y poderosos y nadie tenía pruebas reales contra ellos, pero la animosidad hacia Alice y William Junior siguió aumentando. De pronto y como por ensalmo, o al menos así lo pareció, Le Blond decidió modificar su testamento, haciendo de William Junior su único heredero, a la par que cancelaba todas las deudas del joven, entre las que se contaba su famoso préstamo de tres mil libras. Una jugada de lo más sorprendente, puesto que Le Blond ya tenía hijos biológicos, quienes seguramente recibieron con espanto la noticia de la pérdida de sus derechos de nacimiento.

Entonces, una vez que dejó sus asuntos en orden, Adam Le Blond murió. Fue otra muerte de lo más conveniente, pues se produjo en el preciso momento en que Alice y William Junior se hallaban en situación de salir más beneficiados.

Llegado el año 1309, Alice ya se había buscado un tercer marido con mucho gancho: el acomodado caballero Richard de Valle. Al igual que los maridos que lo precedieron, De Valle debió de enamorarse locamente de su mujer, porque, a pesar de que él también tenía ya hijos biológicos de un matrimonio anterior, eligió a William Junior como su favorito. De Valle comenzó a colmar a su hijastro de dinero y de responsabilidades en asuntos relevantes; por ejemplo, otorgó plenos poderes a William Junior para que pudiese cobrar las deudas de los acreedores de la familia De Valle.

Cuando Richard murió, a Alice le correspondía una tercera parte de las extensas propiedades de su marido —su herencia legítima como viuda—, pero uno de los hijos de De Valle intentó reclamarla para sí, probablemente movido por cierto resentimiento hacia su madrastra, la cual ya era una gran terrateniente. Está claro que no comprendía que su madrastra no era una persona con la que se pudiese jugar. Alice tenía una voluntad de hierro (y una impresionante agenda de contactos, por decirlo de alguna manera) y, en vez de ceder ante su hijastro, lo llevó directo a los tribunales; y ganó, claro. Ahora no solo era más rica que nunca, sino que además se había convertido, oficialmente, en una madrastra malvada a ojos de la prole que De Valle acababa de dejar huérfana.

De puertas adentro, no hay duda de que Alice había estado animando a sus maridos a que les legasen toda su fortuna a ella y su queridísimo hijo. A lo mejor no fue una manipulación intencionada y malévola; a lo mejor era tan encantadora que ellos lo hicieron voluntariamente. No sabemos con exactitud qué fue lo que llevó a todos sus maridos a modificar sus respectivos testamentos ni si ella andaría, entretanto, removiendo alguna sopa ponzoñosa que habría de servirles a continuación. Lo único que podemos hacer es identificar un patrón: Alice siempre obtenía un beneficio de la muerte de cada uno de sus maridos, y luego se hacía rápidamente con otro hombre rico.

Ahora bien, los patrones suelen ser indicio de algo: una verdad, una fuente, un secreto. Y este, en concreto, estaba destinado a formar parte de uno de esos bucles de corta vida pero larguísimo recorrido, pues es probable que la gente siga matando a sus seres queridos para sacar algún beneficio hasta el fin de los tiempos. Cuando una mujer hace esto, se la califica de «viuda negra», basándose en la premisa mayoritariamente incorrecta de que todas las arañas viuda negra devoran al macho después del apareamiento. Si en algún momento existieron pruebas forenses que implicaran a Alice en la muerte de sus maridos, estas quedaron reducidas a polvo junto con los cuerpos, hace siglos. Pero su siguiente tanda de hijastros albergaría serias sospechas de que ella era una viuda negra; solo que, a falta de un calificativo semejante, ellos lo llamaron magia.

El cuarto marido de Alice sobrevivió, pero no fue nada agradable. Su nombre era sir John Le Poer y, en el transcurso de su matrimonio, experimentó un deterioro de lo más extraño en su salud. Se quedó extremadamente delgado. Perdió todo el cabello y el vello de su cuerpo. Se le empezaron a caer las uñas, de los pies y de las manos. Una persona familiarizada con las artes apotecarias podría haber identificado los problemas de salud de Le Poer como una consecuencia directa de un lento y gradual envenenamiento por arsénico. Pero, para los demás mortales, su enfermedad tenía toda la pinta de ser obra de una bruja.

No parece que Le Poer albergara ninguna sospecha contra su esposa, pues más pronto que tarde

modificó alegremente sus últimas voluntades y testamento. Esta nueva versión, tan limpia y reluciente, se mostraba de lo más generosa con Alice y William Junior, lo suficiente para que pudieran seguir disfrutando de una vida repleta de comodidades mucho tiempo después de que el espíritu de Le Poer abandonase su consumido cuerpo sin pelo.

La revisión del testamento enfureció a los hijos de Le Poer (los nuevos hijastros de Alice). Ya habían tenido que tragar con la decisión de su padre de casarse con aquella viuda rica y arrogante, y ahora ¿qué? ¿Se iban a quedar de brazos cruzados mirando cómo les negaba sus derechos de nacimiento? ¡Ni hablar! En 1324 marcharon en comandita a visitar al obispo de la zona y le contaron que Alice no solo había hechizado a su padre, sino que le había confundido la mente y también había envenenado a sus tres maridos anteriores. Estas acusaciones se basaban en los *maleficia* —acciones dañinas que las brujas dirigían contra la comunidad valiéndose de sus malas artes—, cuya existencia era ampliamente defendida en todas partes y a los cuales se achacaban con frecuencia hechos inexplicables como podían ser determinadas enfermedades, la muerte o los desastres naturales.

«Haga algo —dijeron—. Arreste a la bruja.»

Los hijos de Le Poer no podían haber recurrido a un hombre más dispuesto a escuchar sus temores. Se llamaba Richard de Ledrede. Era inglés y obispo de Ossory. Cuando oyó pronunciar la palabra *bruja*, pensó automáticamente en *hereje*, y no había nada que él odiase más que a los herejes.

## HEREJÍA

Richard de Ledrede era un extranjero procedente de Inglaterra, un legalista moral al que el aspecto interpersonal de su trabajo no se le daba demasiado bien. Probablemente fuera un brillante erudito, puesto que carecía de contactos políticos —y desde luego sociales— que pudieran haberle echado una mano para conseguirle el obispado de Ossory en 1317. A la hora de su nombramiento, se lo alabó por su «respetabilidad» y su «vida sana», unas virtudes, todo hay que decirlo, un tanto áridas. Lo que esta descripción olvidó mencionar fue su fervor religioso, su obcecada pasión por las normas y su tendencia a ganarse enemigos.

Ledrede se había educado en una época en la que una oleada de caza de brujas barría Francia; y esta histeria se condensaría en los sonados juicios por brujería a los que fueron sometidos los templarios. La Iglesia católica estaba empezando a articular su nueva postura en materia de hechicería, brujería y sacrilegio —y las formas en que estas se entrecruzaban—. La brujería ya no solo estaba caracterizada por la magia y por los actos de *maleficia*. Ahora se consideraba una práctica diametralmente opuesta a la Iglesia: pura herejía.

El papa del momento, Juan XXII, era un hombre de lo más paranoico. Estaba convencido de que sus enemigos trataban de asesinarlo constantemente valiéndose de las oscuras artes de la hechicería; a saber, enviándole un demonio atrapado en el interior de un anillo, fundiendo diminutas figuras de cera moldeadas a su imagen y semejanza, etcétera, etcétera. El 27 de febrero de 1318, emitió la primera bula papal de relevancia contra la brujería. Esta no decretaba oficialmente que las brujas fueran herejes, pero, para cuando terminó de redactarse, la correlación

entre ambos términos ya se había establecido por completo en la mente de la Iglesia. Esta bula, junto con la paranoia del papa, allanó el camino de manera efectiva para lo que estaba por llegar: inquisiciones, persecuciones y quemas de brujas a lo largo y ancho de toda Europa.

La actitud de Ledrede hacia las brujas y los herejes se había cocido en este frenético caldo de cultivo, de modo que inició su carrera «armado de un fervor religioso con el que [se] granjeó rápidamente la antipatía» de sus parroquianos irlandeses. Ellos querían entonar canciones un poco subidas de tono; él los conminaba a cantar himnos en latín. Ellos estaban orgullosos de los santos y de los eruditos de su tierra; él veía que el mal reinaba en toda Irlanda. Estos fieles estaban acostumbrados a obedecer, a un tiempo, las leyes de su rey irlandés y las leyes de la Iglesia, y los mejores obispos eran capaces de recorrer con mucho tacto esta cuerda floja. A Ledrede, sin embargo, le sería totalmente imposible. «Carecía por completo de cualquier sentido práctico de la diplomacia» y habría acabado con las leyes del monarca de un plumazo si así lo hubiera exigido la Iglesia. También se construyó un «lujoso palacio» en Kilkenny, lo que no contribuyó precisamente a congraciarlo con el populacho.

Su diócesis le cogió manía en menos de lo que canta un gallo y se esforzó al máximo en hacerle la vida imposible. De hecho, en 1320 el papa no tuvo más remedio que compensar a Ledrede por toda suerte de agravios: había sido encerrado por sus propios fieles, lo habían acusado falsamente de diversos crímenes, habían maltratado a sus sirvientes, le habían negado el diezmo y alguien le había robado cien chelines en un asalto violento.

A pesar de lo mucho que se detestaban, lady Alice y Ledrede tenían varias cosas en común. Los dos eran ambiciosos, implacables y completa y absolutamente intransigentes. Se habían ganado el desprecio de muchos de sus contemporáneos, pero este odio nunca los detuvo a la hora de llevar a cabo sus deseos. Ambos parecían estar poseídos por una suerte de determinación ligeramente psicótica: Ledrede vivía para hacer valer las leyes de la Iglesia; Alice vivía para acumular riquezas para sí misma y para su hijo. En otra vida podrían haber formado un dúo conspiratorio, pero en los tiempos que les tocó vivir los separaban demasiadas dicotomías inalterables: mujer vs. hombre, rey vs. Iglesia, Irlanda vs. Inglaterra, la fluidez de los contactos sociales vs. la intransigencia de la ley.

FI, FI, FI, AMÉN

Cuando Ledrede oyó que una mujer rica de cierta edad tenía aterrorizada a Kilkenny porque iba asesinando maridos a diestra y siniestra, le pareció que el caso le venía que ni pintado para dar salida a su fervor religioso. Y, por ende, sería una fabulosa manera de complacer al papa. De modo que, aun cuando los hijos de Le Poer no estaban sino presentando una de esas manidas acusaciones de brujería contra su madrastra, Ledrede prefirió tomarse el asunto como si se estuviera enfrentando a un «diabólico nido» de herejes. Sin más dilación, se dirigió rápidamente a Kilkenny para llevar a cabo sus indagaciones y, en nada, ya había «destapado» a una auténtica secta de once brujas, lideradas por la temible lady Alice Kyteler en persona.

Con Ledrede a bordo, los cargos contra Alice se hincharon en un santiamén. La acusación original, presentada por los hijos de Le Poer, hacía constar que Alice había hechizado y matado a

sus tres primeros maridos, y que en aquellos momentos estaba en proceso de asesinar al cuarto. Pero los nuevos cargos adquirieron tintes mucho más heréticos: se acusaba a Alice de haber renegado de la fe cristiana, de sacrificar animales, de consultar con los demonios y de convertir las ceremonias cristianas en retorcidas y demoníacas parodias de sí mismas (a saber, encendiendo velas y excomulgando a sus maridos mientras gritaba: «¡Fi, fi, fi! ¡Amén!»). También se decía que había cocinado, en el cráneo de un ladrón decapitado, un truculento guiso a base de ingredientes tales como intestinos de gallo, «no se sabe qué gusanos asquerosos», sesos de niños sin bautizar y uñas de hombres muertos. Para rematar, se la acusaba de acostarse con un demonio llamado Robin Artisson, o Robin, Hijo del Arte, que era a su vez la supuesta fuente de todas las riquezas de Alice. Este se le aparecía en forma de gato o de perro negro, o como un hombre de tez oscura con dos compañeros; y el acto sexual (no fuera a ser que alguien pensara en el sexo con un espíritu como algo incorpóreo) era tan pegajosamente tangible que la criada de Alice, Petronilla, se veía obligada a pasarse a limpiar cuando terminaban.

Estos cargos tan melodramáticos insinúan un montón de cosas la mar de interesantes. Apuntan a una subversión no solo de la Iglesia católica, sino también de la condición de esposa y madre, con todas esas historias sobre la excomunicación de maridos y sobre cocer cerebros de bebés. Lo de los revolcones con Robin era, probablemente, la más llamativa de las presuntas subversiones de lady Alice: en primer lugar, estaba practicando sexo (fuera del matrimonio) con un demonio mutante (difícilmente catalogable como material marital); en segundo lugar, el hecho de que Petronilla fuese limpiando a la zaga implicaba que se «derramaba la simiente», acto que la Iglesia católica consideraba pecado, pues significaba que había habido sexo sin posibilidad de embarazo.

Irónicamente, estas coloridas acusaciones crearon una bonita y espesa pantalla de humo que distrajo a todo el mundo de las acusaciones originales contra Alice. Si de verdad había asesinado a sus anteriores maridos y estaba envenenando en ese preciso momento a sir John Le Poer, tal y como juraban y perjuraban sus hijastros, entonces Alice había estado subvirtiendo su rol de esposa y madre (o, cuando menos, de madrastra) en todo momento; vamos, que los había estado subvirtiendo de verdad al enviudar intencionadamente y arruinar el futuro de sus hijastros. Pero, aparte de estos últimos, nadie prestó demasiada atención a esa teoría mil veces más plausible. ¡Había demonios de los que hablar y mujeres a las que quemar!

Aunque la inquina de Ledrede hacia Alice nacía de su odio a la herejía, los sentimientos que contra ella albergaban los lugareños obedecían a motivos más prosaicos. Alice era, lisa y llanamente, una espina que tenían clavada. Y desde hacía mucho tiempo. Todo lo que ella representaba constituía una amenaza para el patriarcado de Kilkenny: era heredera, poseía una voluntad de hierro, era una mujer independiente (aun cuando, técnicamente, seguía casada, cuesta imaginar que se sintiese atada por la presencia del moribundo Le Poer) y llevaba metida en el negocio al menos cuarenta años. ¡No había cosa más intolerable que una mujer rica!

De todas formas, no es que Alice fuera una amenaza, única y exclusivamente, para los egos masculinos de Kilkenny, no. Ella suponía un peligro mucho más tangible. Alice había puesto en jaque la economía de sus hijastros y de todo aquel que tuviera un interés particular en una parte o en la totalidad de las apetitosas fortunas de Outlawe, Le Blond, De Valle y Le Poer. Ella era un vivo ejemplo de los peligros que entrañaban los derechos de herencia de las mujeres, un asunto

que traía de cabeza a los irlandeses por aquellos días. Y los cargos de brujería contra ella son un reflejo del miedo y del resentimiento que suscitaba su prosperidad. Su propósito, escribiría el historiador Norman Cohn, era «demostrar que lady Alice no tenía derecho a su fortuna, que se la había arrebatado a sus legítimos dueños por medios realmente diabólicos, que todo estaba amañado desde el principio».

Pero, aunque su fortuna fue la causante de sus problemas, también la sacó de ellos. Ledrede podía acusarla de desafiar a la Iglesia católica todo lo que quisiera, porque Alice contaba con el respaldo de los dioses seculares: el dinero y el poder.

## LA PASIÓN DE LEDREDE

Mientras Ledrede intentaba tejer una red de acusaciones en torno a Alice, ella tiraba también de unos cuantos hilos por su cuenta. Su viejo amigo, el lord canciller de Irlanda, se enteró de la escaramuza que estaba teniendo lugar en Kilkenny y trató de convencer a Ledrede para que retirara los cargos. Sin embargo, cuando vio que el obispo persistía en sus intentos de arrestar a Alice, el lord canciller le recordó muy amablemente que no podía llevarse a cabo tal arresto todavía, por la sencilla razón de que Alice ni siquiera había sido acusada formalmente de un crimen. A lo que Ledrede respondió, «indignado», que «el servicio de la Iglesia estaba por encima de las prescripciones de las leyes del país».

Muy típico de Ledrede, sí, señor. Las leyes del país le estorbaban, así que decidió seguir adelante por su cuenta. Ordenó a Alice que se presentara ante el tribunal, pero ella, en cambio, huyó a Dublín. Ledrede, que estaba que echaba humo, decidió excomulgarla, y a continuación exigió que su hijo, William Junior, se presentase en su lugar.

Una de las autoridades de Kilkenny, Arnald Le Poer —posiblemente emparentado con Alice por vía política—, decidió intervenir *motu proprio* para ver si él lograba apaciguar a Ledrede. Visitó personalmente al enfurecido obispo y trató de apearle de su plan, pero Ledrede se mostró tan intratable y tan obstinado que Arnald acabó saliendo de allí hecho un basilisco él también. Al día siguiente, mandó encerrar a Ledrede en el calabozo hasta después de la fecha del juicio a William Junior. Esto no era del todo legal, pero ¿qué podía hacer el obispo? De nada le habría servido insistir a grito pelado en que las normas de la Iglesia estaban por encima de las leyes del país, porque tanto la Iglesia como la ley acababan con frecuencia doblegándose ante hombres como Arnald, que tenía dinero y soldados a su disposición.

En la cárcel, Ledrede se quejó a gritos de que Irlanda era una tierra dejada de la mano de Dios donde se protegía a hechiceros y a herejes y donde se encerraba a los hombres de fe como él. En cualquier caso, es posible que con estas palabras solo consiguiera exacerbar la xenofobia que Arnald abrigaba contra aquel «forastero de Inglaterra». Cuando un puñado de fieles piadosos se acercaron a la prisión para llevarle comida a Ledrede, Arnald decretó que el obispo no estaba autorizado a recibir ninguna visita. El religioso contraatacó poniendo a la totalidad de la diócesis en entredicho —lo cual significaba que se prohibía a todas las personas recibir los sacramentos y participar en otros rituales eclesiásticos—, aun cuando técnicamente él no estaba capacitado para hacer algo así. Este tira y afloja degeneró en una serie de deliciosos ataques *ad hominem*: así,

mientras Ledrede se desgañitaba en la cárcel, Arnald invitó a todos los miembros de la comunidad a que alzarán la voz y presentaran sus quejas contra él. Los parroquianos aprovecharon la oportunidad encantados y le sacaron los colores al obispo, acusándolo de «crímenes vergonzosos».

Cuando Ledrede finalmente fue liberado de su encarcelamiento, convirtió la ocasión en todo un espectáculo, saliendo del edificio «con aire triunfal, ataviado con sus pontificales». Estaba más decidido que nunca a atrapar a Alice y se apresuró a fijar una nueva fecha para la comparecencia de William Junior ante el tribunal, dado que su madre seguía refugiándose en Dublín. Pero, antes de que pudiese arrastrar a William Junior a juicio, Ledrede recibió su propia citación. El mismísimo rey se había enterado del caos reinante en Kilkenny y le pedía explicaciones acerca de ese entredicho ilegal. Ledrede intentó escabullirse argumentando que el viaje hasta la corte era demasiado peligroso, pues lo obligaba a atravesar las tierras de «su enemigo» —Arnald—, pero nadie atendió a sus excusas.

Sin embargo, ni por estas, con el rey de por medio, comprendió Ledrede que estaba luchando por una causa perdida. Al contrario, mostraba una absurda confianza en sí mismo. Durante una de las audiencias habituales que ofrecía Arnald, Ledrede entró con paso firme en la sala, ataviado con todos los ornamentos pontificales posibles. Iba acompañado por una cuadrilla de religiosos y portaba el pan de la Santa Cena en un recipiente dorado —¡nada menos que el mismísimo cuerpo transubstanciado de Cristo, de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia católica!—. Confiaba en poder intimidar a Arnald para que lo ayudase a arrestar a Alice, pero ni todos los recipientes dorados del mundo podrían haber protegido a Ledrede de que se burlasen de él. Arnald estalló, le dijo que solo era un «vil, tosco e intrusivo monje que portaba un excremento en sus manos» y lo obligó a tomar asiento en uno de los espacios reservados para los criminales. Humillado y ofendido, Ledrede exclamó airado que «Cristo no había recibido un trato semejante desde el juicio en el pretorio ante Poncio Pilato».

Aunque el conflicto de Ledrede con Alice se había visto demorado a causa de su ridícula escaramuza con Arnald, ella había seguido atentamente el desarrollo de los acontecimientos, y decidió que había llegado la hora de actuar por su cuenta. Se las compuso para que un tribunal secular encausara a Ledrede por difamarla y excomulgarla «sin mediar citación ni cargos, y sin haber sido hallada culpable del crimen de hechicería». El hecho de que Alice consiguiera poner a los tribunales en contra de su acusador justo cuando era ella la que estaba a punto de ser juzgada por brujería demuestra, una vez más, que era una mujer muy experimentada y magníficamente relacionada, por no decir que de una audacia sorprendente.

Para cuando Ledrede hubo superado este último obstáculo legal y por fin consiguió la autorización para juzgar a Alice por brujería, ya era demasiado tarde. Alice, siempre tan astuta a la hora de abrirse camino en la sociedad, había decidido que someterse a juicio no la beneficiaría, y había huido a Inglaterra.

## HUMANOS

Las presuntas cómplices de Alice, perseguidas por aquellas historias de demonios y ojos de pavo

real y uñas de hombres muertos, no tenían el dinero ni los contactos para salir de la ciudad. Después de la marcha de Alice, varias de ellas fueron arrestadas y encerradas en prisión. Bajo tortura confesaron todos los crímenes de los que se las imputaba, y declararon que Alice era su temible lideresa, «la madre y maestra de todas ellas».

Petronilla de Meath, la mujer que presuntamente limpiaba lo que Robin y Alice ensuciaban, tuvo la mala fortuna de convertirse en el chivo expiatorio de todas las ofensas de Alice, tanto de las reales como de las imaginadas. Después de haber sido azotada seis veces, Petronilla confesó haber ejercido de médium entre Alice y su amante demonio. También dijo que Alice poseía una escoba mágica que la ayudaba a volar, y que ella en persona había hechizado a algunas mujeres del lugar de forma que pareciera que les crecían cuernos de cabra en la cabeza. En lo que se refería a la magia negra, declaró Petronilla, no había en el mundo nadie más poderoso que lady Alice.

La pobre infeliz fue quemada viva en la hoguera el 3 de noviembre de 1324; era la primera vez que una persona recibía esa condena en Irlanda por el delito de herejía. Pero su recuerdo pervivió como un símbolo de la mujer inocente y agraviada. (En 1979, la artista Judy Chicago volvió a recordar al mundo la existencia de Petronilla al incluirla en una instalación feminista titulada *The Dinner Party*.) A los miembros de la «pestilente sociedad de Robin, Hijo del Arte», también les llovieron toda clase de castigos —latigazos, destierros, excomuniones y más quemas en la hoguera —, pero nadie tocó jamás a Alice.

Resulta difícil determinar cuál de los actores principales de este drama se llevó el gato al agua. Alice dejó a Ledrede a la altura del betún, pero tuvo que pasar el resto de su vida en el exilio. Ledrede logró finalmente llevar a William Junior a juicio, pero, cuando este hizo por fin acto de presencia, estaba irascible y «armado hasta los dientes». Entre los dos llegaron a un acuerdo tan irritable para el uno como para el otro: el obispo le perdonaría a William Junior sus ofensas si William Junior prometía demostrar su arrepentimiento asistiendo a misa, dando de comer a los pobres y cubriendo los gastos de un precioso tejado nuevo de plomo para la catedral.

Ledrede también se las compuso para vengarse de su archienemigo Arnald, al cual acusó de herejía, excomulgó y metió en prisión, donde acabaría muriendo. Pero la venganza no fue dulce. Ahora Ledrede estaba convencido de que su diócesis era un enjambre de brujas y apóstatas, y, durante los años inmediatamente posteriores, todo aquel que lo contrariaba corría el riesgo de ser tachado de hereje. Se volvió todavía más impopular, por imposible que parezca, y consiguió que todo el mundo se distanciara de él, desde sus fieles hasta el rey en persona. En 1329 lo echaron de Irlanda y, al igual que Alice, se vio obligado a vivir en el exilio. Unos años más tarde, el precioso tejado de plomo —su único y muy concreto símbolo de victoria— quedó hecho trizas tras el derrumbamiento del campanario de la catedral.

Hoy, Ledrede ha caído prácticamente en el olvido, y con él la acusación original contra Alice: los asesinatos en serie. Aunque han pasado demasiados siglos para que podamos declarar a Alice culpable de asesinato más allá de toda duda razonable, los posteriores casos de asesinatos de maridos acabarían siendo escalofriantemente parecidos a este: esposos encandilados que empiezan a consumirse, mujeres que obtienen un beneficio material de cada una de las muertes, un metódico casarse y volverse a casar. El arquetipo de la viuda negra se ha vuelto tan prominente

que hasta aparece en la página web del FBI. Muchas de sus características describen a Alice al dedillo: la viuda negra es inteligente, manipuladora, por lo general de más edad y muy bien organizada; sale beneficiada de cada uno de sus asesinatos, trabaja pacientemente durante un largo periodo de tiempo y no vacila a la hora de matar a quienes confían en ella.

Quizá la prueba más contundente contra Alice sea el hecho de que su marido superviviente, sir John Le Poer, nunca cuestionase las acusaciones vertidas contra ella. Es más, al final sospechó de su amada y registró sus pertenencias hasta que halló un «saco repleto de cosas horribles y detestables», el cual entregó a Ledrede. Ese verano, Ledrede montó una enorme hoguera en el centro de Kilkenny y quemó el saco, informando a los curiosos allí presentes de que este contenía los polvos que se habían empleado para envenenar a sir John Le Poer, además de «uñas humanas, pelo, hierbas, gusanos y otras abominaciones».

Es curiosa la cantidad de imperfecciones humanas que revela este caso, y eso a pesar de que sus protagonistas murieron hace siglos. Ledrede quería demostrar que la cruel y avariciosa Alice no solo era culpable, sino inhumana: una hechicera amante de los demonios y depredadora de hombres. Así que la acusó de crímenes espectrales en lugar de enfrentar su mortalidad cara a cara. Pero, bueno, ¿qué culpa tenía él? La gente lleva siglos haciendo eso mismo: atribuyendo los crímenes a la magia, a la histeria, a las apariciones de medianoche, a la locura..., porque quieren creer que los actos semejantes a los cometidos por Alice nos son ajenos, que están totalmente fuera de los límites del comportamiento del ser humano. Pero ni nos son ajenos ni están fuera de nuestros límites. En última instancia, este antiquísimo caso pone de relieve, sin más, la humanidad de todos los que se valieron de la cólera o de las mentiras o de la manipulación para labrarse un camino en Kilkenny: el terco, hipócrita y engreído moral de Ledrede; la desvergonzada, materialista y superviviente experta, Alice; el niño consentido, William Junior; e incluso Arnald, con su mezquina necesidad de meterse en los dramas de los demás.

Alice entró en los anales de la historia como el eje oscuro en torno al cual giraría el que vendría a llamarse el caso de brujería de Kilkenny, y sería recordada para siempre como una bruja, y no como una asesina. Seis siglos después, W. B. Yeats culminaba uno de sus poemas más amargos con la imagen de una Alice desesperada, ofrendando plumas de pavo real y crestas de gallo a su «insolente demonio». Siete siglos más tarde, la Kyteler's Inn de Kilkenny atrae a los turistas con música en vivo, apariciones de fantasmas... y una estatua de bronce de Alice, que, con aspecto exhausto, sostiene un sapo en una mano y una escoba en la otra.

LA BELLA REBANADORA  
DE PESQUEZOS



KATE BENDER

Al finales de 1870, un misterioso cuarteto se adentró sigilosamente en el extremo sureste de Kansas. Los dos hombres se llamaban John. Las dos mujeres se llamaban Kate. Los John y Kate de más edad estaban casados; los John y Kate más jóvenes eran hermanos. Se apellidaban Bender y eso era cuanto se sabía de ellos.

Por aquel entonces, Kansas era un lugar perfecto para reinventarse. Solo hacía nueve años que había sido fundado como estado, y a muchos de sus residentes todavía les faltaba pulir su identidad, pues eran forajidos llegados del norte y del este para perderse en la indómita inmensidad de las praderas. Sí, claro, había un montón de granjeros decentes y temerosos de Dios aferrados a sus pedacitos de tierra cultivable, pero vivían muy apartados los unos de los otros, rodeados nada más que por las llanuras y el viento ululante.

Los Bender eran descendientes de alemanes, como evidenciaba su acento, pero, por lo demás, todo en ellos resultaba cuestionable, incluidos sus nombres; hasta su relación de parentesco generaba dudas. Había quien decía que los jóvenes Bender eran, en realidad, marido y mujer y que solo se hacían pasar por hermanos, o que sí eran hermanos y, en secreto, amantes. Circulaba una leyenda que sostenía que los echaron de un asentamiento alemán de Pensilvania porque las mujeres resultaron ser un par de brujas: solían retozar desnudas en el cementerio a medianoche, se acostaban con un «Oscuro Forastero», tendían sus ropas sobre «la lápida de un infiel» y recitaban el padrenuestro hacia atrás. Pero, como en el Oeste jamás conocías a ciencia cierta el pasado de tu vecino, nadie parpadeó cuando la familia Bender se materializó en las Grandes Llanuras, la pesadilla de la frontera americana hecha carne.

En Kansas, los Bender se instalaron finalmente en una pequeña granja situada once kilómetros al noreste de un pueblo llamado Cherryvale, junto a la carretera que unía las más pobladas ciudades de Fort Scott e Independence. La ubicación era excelente, y los Bender sabían a la perfección cómo sacarle partido: colocaron unas cuantas cortinas, colgaron un cartel y abrieron un hostel.

En la frontera, los norteamericanos decentes valoraban en grado sumo la «buena vecindad», virtud prácticamente equiparable a la santidad. Llevarse bien con el vecino no era solo una manera de ganar puntos en tu círculo social, significaba mucho más: era necesario para la supervivencia, sobre todo en una tierra desolada salpicada de extraños. Y abrir un hostel —con esa vaga referencia al nacimiento de Jesús, y la promesa de un fuego crepitante y una cama caliente— era todo un gesto de buena vecindad, el mejor de los mejores.

Sin embargo, el hostel que nos ocupa era de una estrella como mucho. En serio, se reducía a una diminuta cabaña dividida en dos por una pesada cortina de lona. Los Bender habilitaron la «habitación» delantera como tienda de provisiones y comedor en miniatura, donde los viajeros que iban de paso podían pillar tabaco, galletitas saladas, sardinas en lata, caramelos, pólvora y balas, y tomarse un plato de comida casera. Si te aventurabas al otro lado de la sucia cortina, te encontrabas con la habitación trasera, que se usaba para dormir; los huéspedes que pasaban allí la noche se veían obligados a arrebujarse junto a los Bender. Y, si te fijabas un poco, descubrías una trampilla en el suelo, que conducía a un pequeño sótano. Detrás de la casa, había un diminuto

jardín, un huerto y un establo que cobijaba a un puñado de animales escuálidos. Y eso era todo; el resto del terreno estaba vacío.

Aunque es posible que el observador más avisado reparase tal vez en un curioso detalle de la propiedad de los Bender: el huerto siempre estaba recién arado. Que derrochasen tanta energía en algo así parecía del todo innecesario, pero los vecinos lo anotaron en su lista de las idiosincrasias alemanas y no volvieron a pensar en ello durante los dos años siguientes.

John hijo decidió que necesitaban un cartel donde anunciar sus productos, de modo que buscó un tablón de madera y escribió en él con todo su empeño: «PROBISIONES». Kate, que siempre había sido la lista de la familia, corrigió su ortografía. Luego, colgaron el tablón sobre la puerta principal y el negocio quedó inaugurado.

## UNA HERMOSA FIERA SALVAJE

A los vecinos, los Bender mayores se les antojaban raros y un pelín desagradables. Papá Bender, que rondaría los sesenta años, era bajo, caminaba un poco encorvado y «nunca te miraba a los ojos», según un vecino. Decía que había nacido en los Países Bajos y que había regentado una pastelería en Alemania antes de marcharse a América, y solo hablaba alemán (exceptuando un puñado de selectas imprecaciones en inglés). Mamá Bender hablaba un inglés chapurreado y aparentaba unos cincuenta años. Era baja y robusta, con ojos azules y pelo castaño, y en una ocasión se la describió como la viva imagen de lady Macbeth: a saber, despiadada y poco femenina.

John Bender hijo debía de rondar los veintitantos, hablaba inglés con fluidez y era bastante más guapo que sus padres. Lucía un bigotito aseado y tenía muy buena planta, aunque adolecía de la extraña costumbre de sonreír sin ningún motivo en particular, lo que hacía pensar a algunos vecinos que era un poco retrasado. Pero, vamos, que nadie perdía el tiempo hablando de John hijo o de sus padres, porque la más jovencita de la familia era Kate, y ¿para qué chismorrear sobre los otros cuando podías hablar de Kate?

Se gastan cantidades industriales de tinta en las descripciones físicas de casi todas las mujeres perversas, y Kate no supone una excepción. Era un bellezón, especialmente si la ponías al lado de los horripilantes miembros de su clan, y todos los que sobre ella escribieron a finales del siglo xix se devanarían los sesos tratando de expresar su embeleso con palabras. Rondaba la veintena. Era alta. Su cara era «como la de un águila joven», sus ojos destellaban, su cabello estaba surcado de reflejos rojizos. ¿Y el cuerpo? «De constitución fina y voluptuosa, la piel clara, blanca como la leche, el cutis sonrosado.» Te atrapaba con su «elegancia de tigre» y su con «atractivo animal»; como una «hermosa fiera salvaje». Lo único que impedía que su belleza fuera perfecta era una pequeña quemadura o cicatriz que tenía bajo el ojo izquierdo. (De acuerdo, no todo el mundo se mostró tan efusivo con ella. *The New York Times* la describió como una «jovencita rubicunda y sosa», aunque, claro, también dijeron que John hijo y Papá Bender eran hermanos y que se llamaban Thomas y William.)

Kate era descarada, inteligente y una coqueta hipnotizadora. Anhelaba la notoriedad y abordaba la vida con un hambre voraz y amoral. A diferencia de sus supuestos padres, era una persona con

la que resultaba fácil conversar, y no tenía problemas para integrarse en la sociedad. Recibía clases de danza (bailaba bien), practicaba la hípica (montaba bien) y asistía a la escuela dominical y a las reuniones comunitarias (flirteaba bien). Hasta trabajó de camarera durante un tiempo en el comedor del Cherryvale Hotel, en 1871, donde podemos asumir que recibía buenas propinas.

Sus encantos siempre tendían a lo lucrativo. Una de sus mayores extravagancias era que creía en el espiritismo, una doctrina vaga y melodramática que gozó de bastante popularidad en Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX, con médiums, sesiones espiritistas y mucho fraude de por medio. Kate se valió de sus inclinaciones espiritistas para ganarse un dinerito extra y fue de puerta en puerta vendiendo su magia de tres al cuarto; daba charlas místicas, se ofrecía a localizar objetos perdidos, curaba diversas enfermedades con hierbas y raíces y vendía encantamientos verbales a cincuenta centavos la unidad. Incluso distribuyó un folleto, en 1872, donde publicitaba sus servicios:

#### PROF. KATIE BENDER

Se curan toda clase de dolencias; sanación de ceguera, epilepsia, sordera y demás enfermedades semejantes, también sordomudez. Domicilio: 22 kilómetros al este de Independence, en la carretera de Independence a Osage Mission; 2,5 kilómetros al sureste de Norahead Station.

Buena parte de lo que se escribió sobre los Bender en esa época echa mano de una especie de retórica «pedestre» cuando describe al resto del clan (en plan: *Mira a esos alemanes insensibles y bastos, que ni hablan nuestra lengua ni vienen a nuestros bailes y solo saben de fatigas y violencia*). Pero todos se mostraban de acuerdo en que Kate era especial. Y, cuando al final resultó que la más joven y bonita de todos ellos era en realidad la más perversa —la clave de toda la operación Bender—, vaya, fue una ironía deliciosa. «Un perfecto demonio», la llamarían sus vecinos.

## NOCHES EXTRAÑAS

En aquellos días había tantos viajeros, y la tierra era aún tan violenta, que nadie se llevó las manos a la cabeza cuando en Cherryvale empezaron a circular rumores acerca de hombres desaparecidos. Por aquel entonces, que un hombre desapareciera no era nada del otro mundo; pasaba muy a menudo. Era el precio a pagar por intentar colonizar un territorio salvaje.

Pero, bueno, el caso es que, para 1872, el negocio del Bender Inn iba viento en popa. Muchos de los viajeros que pasaban por allí estaban más que necesitados de una comida caliente y de una cama donde dormir a pierna suelta, y Kate era una magnífica comercial. No solo vendía víveres y convencía a los viajeros de que se quedaran a cenar, sino que siempre procuraba que su ropa estuviese mañosamente descolocada y que su cuerpo rozara «accidentalmente» el de sus clientes mientras se movía de un lado para otro por la diminuta estancia. Les cedía a sus huéspedes el mejor asiento de la casa —el que estaba justo pegado a la cortina de lona—, para que así pudieran observarla mientras trabajaba.

Hubo un par de viajeros que relataron haber tenido una mala experiencia en el Bender Inn, pero la gente no se tomó demasiado en serio sus historias. Un hombre que se hacía apodar «Happy Jack» Reed había visto a Kate calculadamente a medio vestir cuando pasaba a caballo delante del hostel. Frenó a su montura en seco para saludar, y Kate, valiéndose de sus encantos, lo invitó a entrar en la casa y lo sentó a la mesa, justo delante de la cortina de lona. Mientras charlaban, él pudo escuchar un sonido muy peculiar proveniente del exterior —una especie de tos muy aguda—, y sintió que algo se deslizaba detrás de la lona, alejándose de él. Unos instantes después atravesaron el umbral dos nuevos viajeros, y a partir de ese momento pudo comer sin más incidentes.

Cuando, en su viaje de regreso, Happy Jack hizo un alto en el hostel, Kate se mostró extremadamente dichosa de verlo. Se pusieron a charlar, pero de nuevo fueron interrumpidos por un grupo de viajeros que, casualmente, se dirigían justo en ese momento hacia el pueblo de Happy Jack. Tenían prisa por llegar esa misma noche, así que Happy Jack les pidió que le dieran un recado a su familia de su parte: pasaría la noche en el Bender Inn y estaría en casa al día siguiente. Este giro de los acontecimientos obró un brusco cambio de humor en Kate. La joven trató de convencerlo de que no enviara el mensaje, pero él insistió, y entonces ella se irritó tanto que le retiró la palabra. Como ya no tenía a nadie con quien flirtear, Happy Jack se fue a la cama.

Un grito desgarrador lo despertó en mitad de la noche. Se quedó un momento escuchando, aterrado, y oyó varios golpes fuertes justo en el instante en que cesaron los gritos. De repente, notó que Kate Bender estaba de pie junto a su cama, mirándolo para comprobar que seguía dormido. Él cerró los ojos muy fuerte e intentó acompañar la respiración.

Pero Happy Jack no sería el único huésped que oiría sonidos sospechosos en el hostel una vez caída la noche. Un hombre llamado Corlew escuchó gemidos y crujidos, aunque Kate, con mucha labia, le aseguró que solo se trataba de un cerdo que se había colado en los bajos de la casa. Otras personas, en cambio, vivieron experiencias peores: una viajante comercial que estaba de paso dejó que la convencieran para pasar allí la noche, pero se asustó y salió despavorida del lugar cuando vio que John hijo empezaba a afilar un cuchillo que tenía muy mala pinta.

Cabe destacar que buena parte de estos viajeros no concedieron mayor importancia a sus experiencias en el hostel hasta después de que los Bender abandonaran el pueblo rodeados de un halo de sospecha y sangre. Antes de eso, la familia solo les parecía un poco hosca y un pelín rara. Pero, una vez descubiertos los crímenes de los Bender, estos incidentes adquirieron tintes míticos. La historia del hombre que había pasado una noche junto a Kate Bender pasó a ser la historia del hombre que había pasado una noche junto a la Muerte en persona y había vivido para contarla.

## LOS HOSTELEROS DEL INFIERNO

Todos los elementos indicadores del «negocio» —las camas, las comidas caseras, el tabaco, las galletitas saladas, las sardinas en lata, las golosinas, la pólvora y las balas— constituían, evidentemente, una tapadera, porque lo que los Bender regentaban en realidad era un matadero muy eficiente.

Kate era el cebo, claro. Mientras flirteaba, se aseguraba de que el huésped permanecía sentado

con la espalda pegada a la cortina de lona, cuya superficie estaba algo grasienta y salpicada de manchas misteriosas. Al otro lado de la cortina se apostaban Papá Bender o John hijo, y allí aguardaban en silencio, martillo en mano. En el exterior, Mamá Bender montaba guardia. Si veía que entraba otro viajero en el patio, emitía una tos muy aguda —el sonido que había escuchado Happy Jack— y el huésped del interior salvaba la vida. Pero, mientras Mamá permaneciera muda, el plan seguía en pie. Tan pronto como el visitante de turno se reía, se removía o se reclinaba en su asiento, dejando que su cabeza rozara la lona, uno de los dos hombres abatía el martillo y le destrozaba el cráneo a través del tejido. Era entonces cuando Kate se abalanzaba sobre él, sacaba un cuchillo y le rebanaba el pescuezo.

A continuación, abrían la trampilla y tiraban el cuerpo al interior del sótano. Si la víctima no estaba muerta del todo, o bien se la cargaban allí abajo (de ahí los gemidos que escuchó Corlew) o bien la remataban más tarde. Luego, en mitad de la noche, los Bender arrastraban el cuerpo hasta el huerto y lo enterraban en una tumba poco profunda. A la mañana siguiente, Papá Bender araba la tierra una y otra vez para ocultar la parcela de tierra removida con forma de ataúd.

El método era de una genialidad abominable. Solo asesinaban a viajeros, y estos casi siempre iban solos. Ninguno de los lugareños de Cherryvale sospechaba nada, porque no había nadie en la zona que supiera o estuviera interesado en saber quiénes eran estos viajeros, y, para cuando la noticia de su desaparición llegaba a oídos de sus familias en sus lugares de origen, ya resultaba imposible determinar cuál de los numerosos peligros que acechaban por el camino los había matado. Y así, en una era iluminada por la promesa de la exploración del territorio norteamericano, los Bender siguieron en la brecha, convertidos en la morbosa personificación de los peligros que aguardaban a los viajeros.

Como cualquier buen emprendedor norteamericano, identificaron una oportunidad y se lanzaron a aprovecharla, sin piedad. Los Bender fijaban el objetivo en sus huéspedes más pudientes: los que tenían caballos excelentes, carretas recias de buena fabricación o alforjas abultadas. Puesto que muchos de estos hombres se dirigían al Oeste para reclamar su propia parcela de tierra, era habitual que llevaran encima importantes sumas de dinero —en algunos casos, los ahorros de toda una vida—. Uno de ellos, John Greary, estaba enfermo cuando hizo un alto en el Bender Inn con la esperanza de disfrutar de una noche de sueño reparador. De una manera u otra, les hizo pensar que era un hombre rico —¿trataría quizá de impresionar a Kate?—, así que los Bender se enfurecieron al descubrir, después de asesinarlo, que solo llevaba cuarenta centavos encima. No obstante, lo más habitual era que se sacaran cientos o incluso miles de dólares por víctima, y eso sin contar los caballos y las carretas (que vendían a los vecinos, los cuales presumiblemente no hacían preguntas) e incluso sus ropas. A la mayoría de las víctimas se las halló enterradas sin camisa.

Aunque escoger un hostel como tapadera resultaba muy práctico —después de todo, poseían un terreno próximo a una carretera principal—, el negocio de los Bender se articulaba como un clásico tropo del género de terror: la idea del hostel que, en vez de proporcionar refugio de los demonios del camino, resulta ser la guarida de estos. (Está claro que los Bender no pretendían hacer ninguna reivindicación literaria con su matadero, pero el tropo nos ayuda a entender un poco mejor por qué su historia fue catapultada tan rápidamente al ámbito del mito y de la fabulación.) Hoy en día reconocemos esta figura del «hotel maléfico» u «hostal sin salida» porque estamos

familiarizados con novelas y películas como *El resplandor* y *Psicosis*, pero la idea ya estaba en circulación cuando los Bender entraron en escena, allá por la década de 1870, pues aparecía en relatos cortos como «La posada roja» de Honoré de Balzac (1831) y «Una cama sumamente extraña» de Wilkie Collins (publicada en 1831 en una revista editada por Charles Dickens). En términos más amplios, el miedo al bien transmutado en mal es verdaderamente antiguo. ¿Por qué si no creen ustedes que iba a aparecer en tantos cuentos infantiles la «madrastra malvada», esa figura maternal terriblemente desnaturalizada? ¿Por qué si no iba a ser de chocolate la casita de la bruja de *Hansel y Gretel*?

El modesto y sucio hostel, con ese fuego crepitante y esa bella Kate Bender ofreciéndose a la imaginación como un «hogar» y una «esposa», debió de aparecerse ante estos exhaustos viajeros como una suerte de espejismo rutilante, como un consuelo que les permitiría sentirse a salvo durante unas horas. Para ellos, la carretera era el lugar a temer: ese camino que se adentraba dibujando una curva en el vasto e ignoto territorio del Oeste. Lo último que se esperaban era que Kate, que les había estado sonriendo toda la noche, sacase un cuchillo pringoso y se abalanzara sobre ellos. Anhelaban su contacto, pero no de esa forma.

Es probable que el suceso más triste acaecido en el Bender Inn fuera el asesinato de un padre y su hijita. El hombre era un viudo alemán, G. W. Longcohr —que había sido vecino de Charles Ingalls, el padre de *La casa de la pradera*—, y se dirigía a Iowa para dejar a la pequeña al cuidado de sus abuelos. A su paso por Independence, Longcohr le compró una carreta y un tiro de caballos a un tal doctor William York. Al reemprender el viaje en su nueva carreta, quizá Longcohr le explicara con dulzura a su hija que ya no iba a vivir con él, al menos por un tiempo. Luego, cuando se hubo oscurecido el cielo y llegó el momento de empezar a pensar en detenerse para descansar, un diminuto hostel rural apareció en el horizonte, con una acogedora luz brotando de todas sus ventanas.

## VEO TUMBAS

Los Bender habrían mantenido en funcionamiento el matadero durante años si no fuera porque asesinaron a la persona equivocada. La verdad es que cometieron el clásico error de querer probar hasta dónde podían llegar, y terminaron yendo demasiado lejos.

El doctor William York era un hombre influyente de buen corazón que, además tenía dos hermanos muy poderosos: Alexander M. York, el senador de Kansas, y el coronel Ed York, veterano de la guerra civil. En 1873, cuando el doctor York se enteró de que Longcohr y su pequeña hija habían desaparecido poco después de haberle comprado aquella carreta, decidió investigar el asunto. De modo que el 9 o el 10 de marzo partió a lomos de una hermosa yegua ruana roja, con cerca de mil dólares encima, y desapareció.

A diferencia de las otras víctimas de los Bender, al doctor York lo echaron en falta de inmediato. Al fin y al cabo, había desaparecido relativamente cerca de su hogar, de modo que enseguida tuvo a un montón de personas importantes buscándolo. La noticia del suceso apareció publicada en los periódicos de todo el país, y varios equipos de búsqueda empezaron a peinar los campos de los alrededores. Se trataba de un auténtico escándalo, un misterio en el que todo el

mundo podía implicarse. Los hermanos del médico siguieron su rastro concienzudamente y emprendieron sus indagaciones sin reparar en gastos. Llegaron incluso a dragar los ríos de la zona. No tardaron en enterarse de que el doctor York se había detenido en un pequeño colmado, situado muy próximo a la carretera, para comprar cigarros, y de que le había comentado al tendero que tenía previsto pasar la noche en el Bender Inn.

A comienzos de abril, el coronel York y sus hombres fueron a caballo hasta allí para hacerles a los Bender unas cuantas preguntas. John hijo tradujo las respuestas que Papá Bender les ofreció en alemán: sí, el doctor York había parado por allí un día para almorzar, pero luego había proseguido alegremente su camino. Kate también andaba por allí, encantadora y más que dispuesta a cooperar, y le dijo al coronel que para ella sería todo un placer ayudar a localizar al doctor York valiéndose de sus poderes espiritistas, siempre y cuando el coronel regresara al día siguiente a solas; de esa forma, podría tener un poco de tiempo para preparar su mente para el trance clarividente. «Encontraré a su hermano, así esté en el mismísimo infierno», insistió. Pero el coronel nunca regresó. Quizá pensara que estaba loca.

Por esa misma época, los residentes de Cherryvale celebraron una asamblea pública, acuciados por la consternación de saber que se habían convertido en el blanco de las sospechas de la nación entera. La desaparición del doctor York había sacado a la luz muchos otros casos de personas que se habían volatilizado en los alrededores de Cherryvale durante los dos últimos años. Algunos de los granjeros se prestaron inmediatamente a que registraran sus tierras, mientras que otros sugirieron quemar vivos a los culpables tan pronto como fueran descubiertos. Papá Bender y John hijo, ambos presentes, se mostraron tranquilos y despreocupados en todo momento, pero no tardaron en darse cuenta de que se la estaban jugando. Nada más salir de la asamblea, los cuatro Bender liaron el petate con el dinero de sus víctimas, cargaron su carreta y —con su perrillo como única compañía— se desvanecieron como fantasmas.

Sería más o menos el 9 de abril cuando, a unos veinticinco kilómetros de allí, alguien descubrió una carreta abandonada en los bosques próximos al pueblo de Thayer, que contaba con una estación de ferrocarril. La carreta había sido cosida a balazos y los caballos, todavía atados, estaban famélicos. Un perrillo merodeaba por los alrededores. La carreta era una estructura basta, construida con piezas de madera de lo más variopintas, en una de las cuales se podía leer «Provisiones».

Unas semanas después, un grupo de vecinos que pasaba junto a la propiedad de los Bender oyó a un ternero que berreaba en su corral. Al acercarse a echar un vistazo, descubrieron que el ternero estaba hambriento y que su madre, atada allí cerca, trataba de aproximarse a él desesperadamente, con las ubres hinchadas de leche. Tras liberar a los animales, los hombres se asomaron al interior de la casa. Todo estaba patas arriba: cacharros y comida desperdigados por doquier, un hornillo repleto de papeles quemados, una biblia alemana tirada en un rincón. Resultaba evidente que los Bender habían abandonado el pueblo.

La noticia de la sospechosa marcha de la familia llegó enseguida a oídos del coronel York, que reunió a su partida para inspeccionar la propiedad de los Bender. Los granjeros de los alrededores acudieron a participar en el registro, intrigados por la suerte que habrían corrido sus vecinos desaparecidos. En un primer momento, los hombres no hallaron ninguna prueba delatora,

aunque parece ser que sí se tropezaron con un reguero de truculentas pistas: tres martillos de distinto tamaño; un cuchillo con muy mala pinta; unos extraños dibujos grabados en el suelo que simbolizaban los doce signos del zodiaco; unas muñecas de vudú a medio quemar en la chimenea...

No obstante, dieron enseguida con la trampilla del suelo del dormitorio de los Bender. Al abrirla, el hedor les echó para atrás. Pero, haciendo de tripas corazón, un puñado de valientes penetraron a gatas por el oscuro agujero y no tardaron en darse cuenta de que tenían las manos pegajosas: el sótano entero estaba impregnado de la espesa y fétida sangre de dos años de matanzas.

Sin embargo, no había cadáveres almacenados en el sótano ni ocultos por la casa. Los hombres incluso levantaron el hostal de sus cimientos, pero nada. Finalmente, el coronel York fue a sentarse a su carreta para descansar y combatir la angustiada desesperación que lo atenazaba. ¿Acaso se habían equivocado con los Bender? El hecho de que fueran un poco huraños y hoscos no los convertía necesariamente en asesinos.

Desde lo alto de su carreta, el coronel podía abarcar con la vista la totalidad de la propiedad. Entonces, mientras paseaba la mirada por la parcela, desalentado, algo en el huerto captó su atención: una serie de depresiones alargadas y estrechas que surcaban la tierra. Se levantó enseguida sobre su carreta.

«¡Muchachos! —gritó—. ¡Veo tumbas ahí fuera!»

Los hombres corrieron al huerto y empezaron a sondear el terreno con una fina varilla de hierro, la cual penetró con facilidad en las depresiones. Varias crónicas afirman que, al extraer la varilla de la primera tumba, había un cabello humano prendido del extremo. Así que empezaron a cavar. El primer cuerpo estaba enterrado boca abajo, tenía la base del cráneo destrozada y la garganta rebanada. Cuando le dieron la vuelta, el coronel vio confirmados sus peores temores: se trataba de su hermano.

En los informes, el número de cuerpos desenterrados en la propiedad de los Bender suele variar entre ocho y once —aunque algunos relatos registran cifras de hasta treinta y cinco cadáveres—. La mayor parte de las víctimas habían muerto por un golpe asestado con un objeto romo en la cabeza y por degüello. Dos de los cuerpos habían sido acuchillados múltiples veces, entre ellos el del hombre enfermo que solo llevaba cuarenta centavos encima; tal vez Kate mutilara su cuerpo en un ataque de ira, al descubrir que no era rico. Uno de los cadáveres pertenecía a una mujer joven a la que nadie pudo identificar. Debajo del cuerpo de George Longcohr hallaron a su hijita, con un pedazo de tela de seda atado alrededor de la garganta. Ninguno de los hombres logró descifrar cómo había muerto. Es posible que la hubieran estrangulado, pero más de uno se temió que hubiera sido enterrada viva debajo de su padre muerto.

## ESFUMADOS POR ARTE DE BIRLIBIRLOQUE

Los Bender lo tenían todo a su favor para la huida: contaban con una importante ventaja y llevaban encima un montón de fajos de billetes de los hombres muertos, es posible que un total de cincuenta mil dólares. Un día, cuatro personas cuyas descripciones encajaban con las de los

miembros de la familia subieron a un tren, con dirección al norte, en Thayer, el lugar donde hallaron la carreta cosida a balazos. Transportaban un baúl de piel con cierre de resorte y un enorme fardo liado en una sábana, con todas sus misteriosas posesiones. Después de subir al tren, se esfumaron por arte de birlibirloque.

Las gentes del sureste de Kansas se quedaron heladas al pensar que aquellos crímenes tan horribles se habían ejecutado justo delante de sus narices. Los asesinatos les resultaban particularmente impactantes por varios factores: entre otros, el tufillo a ocultismo que desprendían, la muerte de la niña y el hecho de que todos conocieran a los Bender desde hacía dos años. Era como si aquella familia se hubiese estado burlando macabramente del espíritu de «buena vecindad» desde el principio. La prensa empezó a publicar informaciones histéricas sobre las «Hienas humanas infiltradas en los círculos espiritistas», y se formaron grupos de detectives aficionados que salieron a la caza de la familia, decididos a lincharla, con más entusiasmo y sed de sangre que verdadero tesón detectivesco.

Hubo quienes, convencidos de que los Bender estaban compinchados con los colonos gitanos y afroamericanos de los asentamientos vecinos, se dirigieron a dichos campamentos para arrasarlos —aunque es muy posible que esos hombres buscaran desde hacía tiempo una excusa para ello—. Entretanto, los rumores brotaban como si de flores silvestres se tratara: los Bender se habían ido al sur; los Bender se habían ido al norte; los Bender habían sido ajusticiados en un sangriento tiroteo y los habían enterrado en tumbas bien profundas. El estado de Kansas ofreció una recompensa de dos mil dólares para aquel que entregara a los fugitivos a la justicia, pero nadie la reclamó jamás.

De pronto, las sombras de los Bender estaban por todas partes. Ahora eran tristemente famosos y parecía que se manifestaban delante de los hambrientos ojos del público como espejismos, en particular Kate. La gente aseguraba haberla visto en Nueva Orleans, en Ciudad de México, en Nueva York, en La Habana, hasta en París, incluso. Contaban que se había casado (o vuelto a casar), que se había cambiado de nombre y que continuaba con su carnicería en el sur. Dijeron que se disfrazaba de hombre para trabajar de vaquero. Y toda esta paranoia se revistió de una estética propia de los fenómenos de circo, hasta el punto de que, en un momento dado, un teatro de Kansas exhibió durante toda una tarde a una pareja formada, presuntamente, por Mamá y Papá Bender. El dueño del teatro puso las entradas a veinticinco centavos el pase, y se sacó un «pingüe beneficio». Sin embargo, nunca se pudo demostrar que aquellas dos desafortunadas personas fueran los verdaderos Bender. Tras su desaparición, la identidad de la familia se tornó tan maleable y volátil como el viento que soplaba sobre las Grandes Llanuras.

Ni siquiera el implacable brazo de la ley pudo probar quiénes eran los Bender ni adónde se habían marchado. Dieciséis años después del descubrimiento de las tumbas, arrestaron a dos mujeres en Michigan bajo la sospecha de que eran Mamá Bender y Kate, y se las trasladó a Kansas para someterlas a juicio; sin embargo, el proceso resultó ser un absoluto desastre, pues nadie parecía decidirse sobre si eran las auténticas o no. La opinión pública no podía estar más dividida; por cada testigo que las identificaba como Mamá y Kate, salía otro defendiendo lo contrario. Sin fotografías costaba mucho reconocer a las personas, envejecidas por unos años de extrema dureza. Ni siquiera uno de los supuestos amantes de Kate pudo asegurar con certeza si la

mujer que tenía delante era ella. Al final, el abogado de la acusación quedó convencido de que aquellas no eran las Bender, después de todo, y las dejó marchar, libres, al interior de las indómitas tierras americanas.

## VE AL OESTE

Una de las razones de que la opinión pública se encontrara tan dividida con respecto a estas dos mujeres es que muchos habitantes de Kansas estaban convencidos de que los Bender habían sido asesinados en 1873, cuando se descubrió su carreta cosida a balazos. Lo mismo daba si cada uno tenía una versión distinta de cómo los habían matado. Lo importante es que la gente tenía la corazonada de que los Bender ya no estaban vivos. Y había una larga lista de hombres ávidos de arrogarse la gloria de haber matado a los Bender.

En 1908, *The New York Times* publicó la «confesión en su lecho de muerte» de un hombre que aseguraba que él y un «comité de vigilancia» organizado bajo su mando habían matado a aquella cruel familia. En su versión de los hechos, el hombre bebía generosamente de los troyes y de la estética del mito de la frontera:

La noche era oscura, y temíamos que se nos escaparan, pero la suerte estaba de nuestro lado. Los divisamos alejándose a toda velocidad por la pradera, y les dimos el alto. La luna brillaba en el cielo, pero con frecuencia quedaba oculta tras unos gruesos nubarrones... Espoleamos a nuestros caballos y salimos tras ellos como alma que lleva el diablo, y al punto volaban las balas desde ambos lados.

Así enmarcada, la historia de los Sangrientos Bender no podría ser más típicamente americana, un relato coloreado con los generosos brochazos del gótico y del grotesco estadounidenses. Arranca con alguien instalándose en la frontera y acaba con alguien esfumándose en la línea del horizonte, al ocaso. Es la clásica narración del forastero que llega a la ciudad: unos forajidos maléficos se asientan en el lugar y se dedican a cargarse a unos cuantos buenos norteamericanos, pero, al final, son ajusticiados por unos jinetes norteamericanos que los persiguen y les dan caza en la pradera, mientras las balas silban a diestra y siniestra bajo una luna espectral.

Es probable que esta confesión en el lecho de muerte no sea cierta; entre otras cosas, porque no es la única «confesión», ni mucho menos, que circuló durante los años y las décadas inmediatamente posteriores a la desaparición de los Bender. Pero resulta bastante fácil entender por qué tantas personas salieron a la palestra jurando que habían matado a los Bender, aun obviando el hecho de que al hacerlo se cubrían de gloria y, por qué no, regalaban al personal una historia jodidamente buena. Piensen ustedes, por un momento, cuántísimo pavor debían de darles los Bender a sus vecinos colonos. Esta familia —que bien podría no haber sido una familia— era la cara opuesta de todo cuanto la frontera deseaba creer ser. Los Bender estaban tan inquietantemente hechos para aquel entorno que hasta podrían parecernos seres inventados, un producto de la imaginación colectiva de los pioneros..., si no fuera porque existen fotografías de su huerto, salpicado de tumbas abiertas.

El Oeste, a pesar de todos sus problemas tangibles, estuvo muy marcado por el ideal intangible del idealismo, valga la redundancia. Era una «región de ideales, equivocados o no», según el

historiador Frederick Jackson Turner (que desarrolló la que se conoce como la tesis de la frontera): descubrimiento, innovación, democracia e individualismo. El mero hecho de que el Oeste gozara de esa imagen majestuosa, amplia y (equivocadamente) deshabitada implicaba «que sus recursos parecían ilimitados y que su sociedad parecía ser capaz de desprenderse de todos sus males gracias a la sola presencia de estos vastos y nuevos espacios». No tienen ustedes más que pensar en el lenguaje altisonante que empleamos al hablar de todo lo relacionado con la frontera: el inmenso cielo, el indomable espíritu norteamericano, el eterno grito de «¡Ve al Oeste, muchacho!». Es tan bonito e ingenuo e idealista que casi se pueden escuchar los violines entonando de fondo: «O, beautiful, for spacious skies!». (Esta letra, ya que estamos, fue escrita solo veintidós años después de que los Bender se esfumaran de la faz de la Tierra.)

Y, en medio de todo este pujante optimismo, surgieron los Bender, que se dedicaron a rajar literalmente los pescuezos de los idealistas norteamericanos. Llegaron y destruyeron el sueño. Les arrebataron los ahorros de toda una vida y sus relucientes carretas recién estrenadas a los hombres que esperaban heredar la tierra algún día.

Pero ellos también eran herederos del sueño, igual que sus desafortunadas víctimas. Después de todo, si de lo que se trataba en el Oeste era de que un hatajo de inmigrantes reclamase una parcela de tierra y la arase hasta someterla, mostrándose como fieros emprendedores en cada una de sus acciones, entonces eso es precisamente lo que hicieron los Bender. Se dirigieron al Oeste para huir de su sórdido pasado. Abrieron un negocio. Recogieron los beneficios. Y entonces, cuando el viento se les puso en su contra, se esfumaron en una tierra salvaje que ocultaba una promesa en una mano y el horror en la otra.

Como es evidente, esto ofendió profundamente a la clase de personas capaces de organizarse en «comités de vigilancia». Y, como es evidente también, hubo multitud de hombres que quisieron arrogarse el mérito ilícito de haberlos acribillado en la pradera desde sus caballos, galopando como alma que lleva el diablo, mientras las nubes empezaban a ocultar la luna.

«EN SERIO TE LO DIGO, ERA UN MAL BICHO»

Pero estas historias sobre la muerte de los Bender no son solo un intento de recuperar el idealismo norteamericano. También tienen algo que ver con el hecho de matar a Kate, la jefa de los Bender, la peor de los Bender. Y, caramba, ¡vaya si se ensañan con ella! En la mayoría de los relatos, Kate es la que más duro pelea, la que más sufre y la que más tarda en morir. «Caray, cómo luchaba la condenada —decía el hombre de *The New York Times*—. Peleaba con uñas y dientes, como un tigre, y tuvimos que manejarla como si fuera un potro salvaje.» En otra de las narraciones, Kate les chilla a sus perseguidores: «¡Disparad de una vez e idos al infierno!».

Las violentas muertes ficticias de Kate son el precio que tiene que pagar por ser la más perversa de todos los suyos. Para los residentes de Cherryvale, Mamá y Papá Bender eran criminales curtidos que apenas hablaban inglés, y John hijo era un idiota corto de entendederas, pero lo de Kate no tenía justificación. Era joven, bonita, seductora y una excelente bailarina, ¡por todos los santos! Era la única Bender que parecía normal. Asistía a eventos sociales, repartía curas para el dolor de cabeza, flirteaba con los maridos, trabajaba de camarera en el hotel. Y, al hacer creer a

sus vecinos que ella también era una buena vecina, los traicionó más que ninguno de los otros tres. De ahí que, en las historias, termine sufriendo por ello.

En un tercer relato sobre las presuntas muertes de los Bender, a Mamá, Papá y John hijo los linchan enseguida, pero Kate pelea con tantas ganas que ninguno de los miembros del comité de vigilancia logra echarle la soga al cuello. «En serio te lo digo, era un mal bicho —dijo uno de los hombres que afirmaba haber presenciado los hechos—. No paraba de gritar y de soltar mordiscos y de maldecir y de dar patadas... Así que uno le partió el cráneo con un palo y otro le encajó una bala o dos en el cerebro.»

Una cuarta versión cuenta cómo otro comité de vigilancia persiguió a los Bender hasta el interior de un campo de maíz, cerca de la frontera entre Oklahoma y Kansas. A Papá y a John hijo los mataron enseguida. La cuadrilla intentó capturar viva a Mamá, pero ella sacó una pequeña pistola, así que la abatieron a tiros de inmediato. Kate, la última que seguía ofreciendo resistencia, se agazapó rápidamente detrás de unas plantas de maíz, sin dejar de disparar al hombre que se aproximaba hacia ella. Entonces lo alcanzó en la pierna; él se tambaleó, aunque se las compuso para volver a apretar el gatillo, y Kate se derrumbó en el suelo, herida pero viva. El hombre se acercó cojeando hasta ella, disparando sin parar. Enseguida se unió a él otro hombre, y entre los dos le cosieron el cuerpo a balazos. Al igual que en las otras historias, hizo falta más de un hombre para matarla.

La violencia que se ejerce contra Kate en los relatos resulta de lo más perturbadora, por muy violenta que ella fuera en la vida real. En determinados momentos, las historias se nos antojan de un erotismo retorcido, como cuando los hombres describen de qué modo se debatía Kate («como un potro salvaje»), de qué modo se veían obligados a contenerla. Una no puede evitar tener la sensación de que a estos narradores les resulta placentero imaginar las distintas muertes posibles de Kate; se ensañan con ella, hacen que le duela de verdad. Se trata de una gran oportunidad, aprobada por la sociedad, para regodearse en la fantasía de ejercer violencia contra una mujer. Un hombre nunca podría hablar de esa manera en un entorno educado y civilizado —¡en *The New York Times*!— a no ser que hubiese quedado demostrado que la mujer en cuestión era muy pero que muy mala. Y se había demostrado que Kate, claro está, era la peor de todas.

Así, marcada por la violencia imaginaria, Kate Bender se desvaneció hasta convertirse en un mito. Y, al desvanecerse, se volvió más fuerte, y su leyenda no hizo sino crecer más y más. Renació de las cenizas de su vida real para convertirse en una Kate más bonita y peligrosa que nunca, en una bella rebanadora de pescuezos; un símbolo eterno de los peligros que aguardaban a los viajeros que osaran flirtear con una muchacha pelirroja.

LOS «ÁNGELES DE LA MUERTE»  
DE NAGYRÉV



Trasarse una vez un pequeño periódico húngaro llamado *Szolnoki Újság* o, para entendernos, la *Gaceta de Szolnok*, en cuyo número de junio de 1929 apareció publicada una curiosa carta anónima. La epístola denunciaba que algo olía a podrido en la vecina población de Nagyrév: no uno, sino varios asesinatos. Dos décadas de parsimoniosas, deliberadas y repetitivas muertes provocadas. «Las autoridades no hacen nada, y las envenenadoras prosiguen con su tarea tan tranquilas —decía la carta—. Este es mi último intento. Si esto también falla, entonces será que la justicia no existe.»

La policía irrumpió como un enjambre en Nagyrév y en un puñado de aldeas vecinas, y arrestó rápidamente a decenas de sospechosos. En el pueblo, otrora aletargado, estalló el caos. Los vecinos empezaron a acusarse de homicidio entre ellos mientras la policía excavaba una tumba tras otra en el cementerio local, asegurándose en todo momento de que los residentes obtuvieran una clara estampa de los cuerpos en descomposición.

Dos semanas después de la publicación de la carta, la historia se extendió por toda Hungría; para el final del verano, ya se había convertido en una noticia internacional. La gente no podía creer lo que estaba leyendo: casi todos los sospechosos eran mujeres mayores de cincuenta y cinco años. Pero ¿qué clase de complot asesino a gran escala era este? ¿Alguna suerte de aquelarre de brujas húngaras estancadas en la Edad Media? ¿La prueba definitiva de que las mujeres eran malas por naturaleza? Nadie entendía cómo podían haberse sucedido aquellas dos décadas de asesinatos, impunemente, en una población tan pequeña. Nadie entendía cómo era posible que las responsables fueran mujeres.

## ATRAPADAS

La vida en Nagyrév era dura y violenta. Como es habitual en los pueblos pequeños, reinaba una oprimiente sensación de enclaustramiento, como si fuera imposible escapar de aquel lugar, que se encontraba «rodeado y cercado, a modo de una faja de hierro, por las grandes haciendas circundantes». Los habitantes de Nagyrév no tenían espacio para crecer: no había más tierras con las que alimentar las esperanzas de los jóvenes, ni oportunidades para que las personas pudieran prosperar en la vida.

La primera mitad del siglo xx estuvo marcada a nivel global por importantes conflictos y cambios, por expresarlo con suavidad, y Nagyrév sintió en sus carnes la tensión del inestable clima social. Los hombres del pueblo regresaban de la Primera Guerra Mundial heridos, enfadados y afectados por el síndrome de estrés postraumático. La crisis agrícola de la Gran Depresión golpeó duramente a granjeros y campesinos, que dejaron de poder vender sus productos. Nagyrév apenas tenía contacto con el mundo exterior debido al mal estado de las carreteras y al hecho de que ni el ferrocarril ni los autobuses pasaban por allí. Ni siquiera había médico en el pueblo. La tirantez entre los campesinos y la minúscula clase media de la zona iba en aumento, y el esnobismo del pastor, los maestros y las autoridades locales generó tal ambiente de

desconfianza que los más desfavorecidos se sentían incapaces de compartir sus temores y sospechas con aquellos que detentaban el poder.

Además, el matrimonio no constituía una vía de escape de todo esto. Muchos de los hombres del lugar eran alcohólicos que maltrataban con frecuencia a sus mujeres. «Bestias», los llamaban. Las parejas recién casadas vivían a menudo en casa de los suegros, lo que no contribuía a mejorar las cosas, y, debido a la rigidez de los roles de género, las relaciones entre hombres y mujeres estaban sometidas a una tensión constante. Las mujeres se veían obligadas a soportar los abusos de sus maridos; los hombres estaban paranoicos, convencidos de que sus mujeres los habían engañado con otros soldados mientras ellos estaban en la guerra. El divorcio no les era algo desconocido, pero estaba muy mal visto, y muchas mujeres preferían aguantar un matrimonio abusivo —con el pequeño beneficio que suponía contar con los precarios ingresos del marido— antes que tratar de salir adelante ellas solas.

En este mundo empobrecido y aislado, los niños a menudo eran considerados una carga: otra boca que alimentar, un bebé con un futuro tan desesperanzador como el de su madre. Así que las campesinas solían recurrir a primitivos y peligrosos métodos anticonceptivos, como el *fasciga*, un tapón de madera que se introducía en el cérvix. Otras optaban por el aborto casero, una solución muy arriesgada que podía consistir en punzarse el útero con una aguja de tejer, introducir hierbas venenosas en el cérvix o tratar de matar al feto clavándole una pluma de ganso. Si con los tapones de madera y las plumas de ganso no conseguían impedir que el niño naciera, a la madre siempre le quedaba una última opción infalible: el infanticidio. Había múltiples maneras de asesinar a un recién nacido, y todas resultaban igual de crueles: matarlos de hambre, envenenarlos, dárselos de comer a los cerdos, asfixiarlos con una almohada, bañarlos en agua caliente y luego dejar que pillaran una pulmonía a la intemperie... Este crimen era tan común que a los padres sospechosos de haber matado a sus bebés ni siquiera se los denunciaba a las autoridades. Aquello sencillamente formaba parte del duro ciclo de la vida.

En el año 2001, un sociólogo húngaro llamado Ferenc Moksony realizó un estudio de seiscientas comunidades rurales en Hungría y descubrió que el índice de suicidios era más elevado en los pueblos tradicionales y aislados. El estudioso Béla Bodó fue un poco más allá. «Cuanto más marginal sea una comunidad y cuanto más frustrados se sientan sus habitantes por el aislamiento y la pobreza, mayor es la probabilidad de que desarrollen desviaciones en su comportamiento.»

Esto es exactamente lo que sucedió en Nagyrév.

## «ME ENVIARON A LA TUMBA, ELLAS, A LAS QUE MÁS QUERÍA»

Las mujeres de Nagyrév se pasaron veinte años matando a los hombres de Nagyrév, y nadie dijo nada.

No resulta sencillo precisar en qué momento comenzaron los asesinatos. Fue como si surgieran del aire pastoral húngaro, ya completamente formados. Sabemos que algunos de los primeros casos tuvieron lugar a comienzos de la década de 1910, cuando una mujer llamada Julianna Lipka se mudó a la casa de un acaudalado matrimonio de ancianos enfermos, con el pretexto de cuidarlos. El marido murió de viejo, pero la esposa resultó ser una cascarrabias insufrible que

tenía la repugnante costumbre de escupir en el suelo. Aquella mujer daba más trabajo que lo que habían estipulado en el contrato de Julianna.

Cuando se quejó de su situación delante de un grupo de mujeres mayores, ellas le contaron un secreto: si compraba una tira matamoscas y la disolvía en agua, vería que se formaba una película de veneno en la superficie. Entonces, podría retirar el veneno y añadirlo a la comida o a la bebida, y el resultado sería fatal y totalmente indetectable. Julianna siguió su consejo paso por paso. Primero mató a la anciana. Después envenenó a su propia hermanastra, una persona desagradable donde las hubiere, y luego acabó con aquel marido suyo que tanto la irritaba. Una vez que hubo comprobado lo sencillo que resultaba mejorar su vida con algo tan modesto como una tira matamoscas empapada, ya no pudo parar.

Una de aquellas mujeres mayores era Zsuzsanna Fazekas, la partera del pueblo, y nadie conocía los pormenores de la vida y de la muerte mejor que ella. Podía asistir el nacimiento de una criatura, aliviar los dolores musculares de un granjero y envenenar a un marido en una misma jornada de trabajo. Como en el pueblo no había médico, Zsuzsanna detentaba un gran poder en la comunidad, y los lugareños se sentían intimidados por su misteriosa sabiduría y su escandalosa osadía. Iba por ahí con una ampolla de arsénico metida en el bolsillo. Estaba divorciada. Solía fumar y beber en la taberna del pueblo, un lugar al que la mayoría de las mujeres ni siquiera se acercaban. Y era muy buena en su oficio: para 1929 ya vivía en una de las casas más elegantes del pueblo.

A Zsuzsanna no le temblaba el pulso a la hora de prescribir el asesinato a sus desesperadas clientas, y repartía veneno como quien reparte un remedio para la jaqueca. A veces, hasta se encargaba ella misma de cometer los asesinatos, como cuando se acercó a casa de una mujer con un medicamento para «calmar» a su conflictivo marido, un antiguo prisionero de guerra al que le estaba costando aceptar que lo hubieran dejado ciego en la batalla. Las dos mujeres sabían, tácitamente, que el remedio estaba envenenado, y Zsuzsanna se lo administró al marido delante de su mujer. En otras ocasiones, la partera sugería otros modos de matar. Una vez, le explicó con exactitud a una madre muy pobre cómo hacer para matar de hambre a su bebé no deseado.

También había otra mujer mayor —Rozália Takács, masajista— que estuvo muy involucrada en muchos de los asesinatos. Ella se había convertido en homicida de una manera muy personal, después de envenenar al «pedazo de animal alcohólico» que era su marido con ácido arsénico. De ahí pasó a iniciar a una joven madre en el sutil arte de matar a su agobiante suegro, susurrándole: «No te tortures, yo le daré al viejo algo que lo destruirá».

De esta forma, la *idea* del asesinato y los *medios* para llevarlo a cabo se diseminaron por Nagyrév como una niebla maléfica. Ninguna mujer mataba por su cuenta. Primero acudía a sus amigas en busca de consejo y ellas la animaban, ratificaban sus acciones y le proporcionaban los conocimientos —y los suministros— que necesitaba. Se estima que sucedió en cuarenta y dos ocasiones en Nagyrév: cuarenta y dos asesinatos cometidos por treinta y cuatro personas. Aquella congregación de mujeres devino en escuadrón de la muerte, y lo cierto es que eso habría supuesto todo un triunfo para quienes opinaban que, si una mujer era mala por naturaleza, un grupo de ellas solo podía ser el mal personificado.

La conexión entre los crímenes salta a la vista en el caso de Mária Kardos, una de las habitantes

más llamativas del pueblo. Mária disfrutaba de una posición más desahogada que las demás, vestía mejor y se había divorciado dos veces, algo de lo más desacostumbrado en Nagyrév. Después de la segunda separación, se echó un amante, el antiguo alcalde del pueblo. Entretanto, su hijo, un joven enfermizo de veintitrés años fruto de un matrimonio anterior, empezaba a resultarle una carga insoportable. Mária se sentía maniatada por los constantes cuidados que tenía que proporcionarle y quería concentrar sus energías en su nueva relación. Quizá también estuviera harta de ejercer de madre y pensara que, a esas alturas, ya tendría que haber cumplido con creces los requerimientos de dicho rol. Así que le compró arsénico a Zsuzsanna y empezó a introducirlo en pequeñas dosis en la comida de su hijo. El muchacho empeoró rápidamente.

Poco antes de la muerte del chico, Mária trasladó su cama al jardín, para que pudiera disfrutar de unos pocos últimos rayos de sol. Mientras el moribundo yacía allí, con la vista clavada en el cielo, Mária recordó una cosa que siempre le había gustado de su hijo: tenía una voz preciosa.

«Se me ocurrió que sería agradable volver a escucharla una vez más —le contaría a la policía tiempo después—. Así que le dije: “Canta, mi niño, cántame mi canción preferida”. Y él me la cantó con su preciosa y clara voz.» Mária estaba tan triste de haber perdido aquella voz..., pero, una vez que su hijo murió, quedó libre y lista para casarse de nuevo.

Desafortunadamente para ella, el antiguo alcalde resultó ser un mujeriego de tomo y lomo y se mostró muy reacio a convertirse en su marido, hasta que por fin, en 1920, Mária consiguió convencerlo de que se casara con ella; según los chismorreos de la gente, lo «habían tenido que llevar a rastras hasta el ayuntamiento como a un cerdo al matadero». Pero el matrimonio no vino acompañado de romance; su nuevo marido siguió bebiendo y alternando con otras mujeres, y, más pronto que tarde, la pareja se encontró durmiendo en cuartos separados.

Curiosamente, dio la tremenda casualidad de que Zsuzsanna también odiaba al exalcalde por una serie de oscuras razones que nadie más conocía, aunque según ella era porque él le debía unos cuantos sacos de harina. Así que, tan pronto como le llegó noticia de la situación de Mária, la partera se prestó encantada a echarle un cable. Las dos mujeres envenenaron al tipo lentamente, en el transcurso de un mes, hasta que murió en abril de 1922. Más tarde, los editoriales fantasearían con la ira espectral que debían de sentir las víctimas de Nagyrév, como este desafortunado tercer marido y este hijo enfermo, recalcando el profundo impacto, la traición que supondría para ellos su asesinato: «Me mataron, me enviaron a la tumba, ellas, a las que más quería». Pero, por el momento, las asesinas siguieron tranquilas. A modo de agradecimiento, Mária le regaló a Zsuzsanna el dinero suficiente para comprarse un ternero.

Al igual que con otros muchos asesinatos de Nagyrév, los motivos se nos antojan no solo nimios, sino de una insensibilidad psicopática: una deuda de unos cuantos sacos de harina, la inconveniencia de un hijo enfermo. No obstante, estas eran, lisa y llanamente, las razones que se daban las unas a las otras para llevar a cabo los envenenamientos: *La vieja escupía en el suelo. Él se quejaba de haberse quedado ciego. Me irritaba. Me superaba.* En el fondo, estos inconvenientes menores no eran más que un sucedáneo de sus más que perentorias y oscuras necesidades.

Se trataba de una generación de mujeres que no habían recibido nada y que no podían esperar nada. Una generación de mujeres a las que la guerra había arrebatado sus maridos, para luego

devolvérselos marcados, desilusionados, violentos, desconfiados y en estado de *shock* por los bombardeos. No es que el veneno fuera la solución perfecta, pero al menos sí que producía un cambio. Algunas de estas mujeres asesinaban por pura desesperación, como aquella a la que su marido golpeaba con una cadena doble. Así hablaría más adelante en el tribunal, desafiante: «No me siento culpable, ni mucho menos; mi marido era un hombre muy malo... Desde que murió, he hallado la paz». Otras mataban para iniciar una nueva relación, como la mujer que envenenó a su marido y se casó con el mejor amigo de este. Otras, en cambio, asesinaban por venganza, como la mujer que envenenó al suegro que abusaba sexualmente de ella. Y muchas, muchísimas más, recurrían al veneno para conseguir bienes materiales, como la mujer que asesinó a su madre para poder heredar cuanto antes.

Los motivos variaban, pero el método no. La idea de que una podía mejorar su vida recurriendo al veneno se extendió como un oscuro reguero de pólvora entre los círculos femeninos de Nagyrév. Y el hecho de que las envenenadoras dependieran tantísimo las unas de las otras para la información y los suministros generó una peligrosa telaraña de culpa que cubría todo el pueblo. Cualquiera de estas mujeres podía condenar a sus amigas, pero aquella que abriese la boca también se condenaría a sí misma.

## PÁNICO EN EL PUEBLO

A finales de la década de 1920, las autoridades de la vecina Szolnok empezaron a recibir cartas anónimas denunciando que algo terrible sucedía en Nagyrév. Al principio, las misivas, confusas y alarmadas, fueron ignoradas. Resultaba sencillo descartarlas como chismorreos de pueblo, con toda aquella retahíla de nombres y asuntos retorcidos:

Son muchas [...] las que han administrado veneno a otros [...]. El tío Misi Beke [fue asesinado por] Róza Kiss, que [destruyó] a su marido y a la anciana señora János Pápai y también intentó [matar] al viejo Sándor Szendi y a la señora Pista Valki, pero no lo consiguió, y quién sabe a cuántos más.

Pero tan pronto como la *Gaceta de Szolnok* publicó una de las cartas en 1929 —«Las autoridades no hacen nada, y las envenenadoras prosiguen con su tarea tan tranquilas»—, la burocracia del Estado no tuvo más remedio que intervenir, y los acontecimientos empezaron a sucederse a toda velocidad, al tiempo que los periódicos y los tabloides espoleaban la opinión pública húngara y la sumían en un frenesí escandalizado. De repente, tanto los medios de comunicación como el Gobierno estaban presionando a la Policía: querían respuestas, y rápido.

De modo que, después de veinte apacibles años de asesinatos inadvertidos, Nagyrév sucumbió al caos. Las sospechosas eran arrestadas y sometidas a duros interrogatorios en la casa del guarda del cementerio. Sacaban a las mujeres de sus casas varias veces en medio de la noche para entrevistarlas y, cuando no estaban participando en un careo, las obligaban a quedarse de pie, mirando a la pared, sin hablar entre ellas. A Julianna Lipka, que para entonces era una de las sospechosas más ancianas y frágiles, la amenazaron con fustigarla. Si los policías no conseguían sacarles una confesión, recurrían a extrañas tácticas intimidatorias: un agente se escondía debajo de la cama de un dormitorio en el que estaban retenidas dos sospechosas y les daba un susto de

muerte agarrándolas de los pies. Las supersticiosas mujeres, aterradas —seguro que alguna fuerza sobrenatural las rondaba—, confesaban al instante.

Las exhumaciones también les proporcionaron otra oportunidad para asustar al personal. Los cuerpos tenían que ser analizados en busca de veneno, sí, pero la policía se aseguró de desenterrar los cadáveres de la manera más pública posible. Apenas se molestaron en ocultarles aquellos restos nauseabundos a los niños del pueblo; ni siquiera los cerebros «marrones y brillantes», que estaban cubiertos de «fauna cadavérica marrón de alas diminutas».

Conforme el pueblo era presa de la histeria, todos empezaron a señalarse unos a otros. Los vecinos se distanciaron de las mujeres que parecían ser más culpables, y nadie sintió esta hostilidad de manera más profunda que Zsuzsanna. Dada su conexión con tantísimos de los asesinatos, la partera fue una de las primeras sospechosas en ser interrogada. Debía de estar terriblemente aterrada; sabía de sobra cuántos aldeanos podían incriminarla.

La policía la dejó en libertad bajo fianza durante un solo día, con la esperanza de que los ayudase a dar con las demás envenenadoras. Sin embargo, Zsuzsanna se puso a recorrer el pueblo presa del pánico, pidiendo dinero a sus amigas y a sus antiguas clientas con el fin de reunir la cantidad suficiente para contratar a un abogado. Pero ni siquiera una próspera partera como ella podía permitirse la salvación en Nagyrév. A pesar de que suplicó y suplicó, las asustadas mujeres del pueblo le dieron la espalda. Ninguna de ellas podía arriesgarse a mantener el contacto con Zsuzsanna, por muchos favores que esta les hubiese hecho en el pasado.

La partera se fue poniendo más y más nerviosa mientras se arrastraba dando traspiés por todo el pueblo, y, para cuando llegó a su casa, ya iba lanzando juramentos a voz en grito, anunciando que se vengaría de todas y cada una de sus desagradecidas clientas. Permaneció despierta toda la noche, paseándose por el patio. Los muros de su vida parecían estar cerniéndose sobre ella poco a poco. Por la mañana, cuando se asomó a la calle y vio aproximarse a unos agentes de policía que venían a arrestarla de nuevo, se sacó una ampolla de veneno de los pliegues del vestido y se bebió el contenido de un trago.

En algunos de los relatos sobre los envenenamientos de Nagyrév, Zsuzsanna aparece retratada como la impulsora de todos los asesinatos, como una partera desquiciada que se cree investida del poder de decidir quién vive y quién muere; lo que podría considerarse un poder sobrenatural, incluso. Un periodista que cubría el caso para *The New York Times* desde Budapest la describió como «una figura idónea para danzar alrededor del burbujeante caldero en *Macbeth* o para descargar de trabajo a un médico brujo africano». Otro la llamó «fatua deidad oriental, que no paraba de devorar todo lo que podía con sus dientes sangrientos».

Es cierto que Zsuzsanna jugó un papel central en los asesinatos, pero se trataba de un asunto menos brujeril y más orientado a los negocios que lo que decían los periódicos. Simplemente era la emprendedora, el cerebro del proyecto. Distribuía veneno a mujeres que querían matar. Entregaba el veneno a domicilio, si las clientas se mostraban especialmente reticentes. Sugería el asesinato como una solución a la tensión, la infelicidad, el maltrato y la impaciencia, legitimando sutilmente aquel acto en las mentes de sus vecinas.

Llamar bruja a Zsuzsanna era un intento de achacar los crímenes a una única fuente, a un manantial de maldad. Al fin y al cabo, resultaba más sencillo hacer esto que reconocer los

asesinatos de Nagyrév por lo que eran: un espantoso fenómeno nacido y fomentado por una serie de problemas sociales muy extendidos. Los asesinatos se revelaban demasiado comunales y descentralizados como para colgárselos solo a Zsuzsanna, o a cualquier otra mujer, ya que estamos. La fuente de estos crímenes era tan imperceptible y penetrante como el veneno en sí. La economía, la cultura y la infelicidad humana se entrelazaron para formar una intrincada tela de araña en Nagyrév, creando un ambiente caracterizado no por la locura de una única partera, sino por la silenciosa y prolongada desesperación de todas las mujeres.

La policía halló a Zsuzsanna retorciéndose en el suelo. Intentaron hacerle tragar leche para que vomitara el veneno, pero ella mantuvo las mandíbulas bien cerradas. Al darse cuenta de que su principal testigo se les moría, la policía buscó desesperadamente un vehículo con el que trasladar a Zsuzsanna al hospital más próximo, que estaba situado en otra población. Pero había muy pocos medios para salir de Nagyrév, y los vecinos se negaron a colaborar. No querían tener nada que ver con la bruja. Así que, para cuando la policía consiguió un transporte, Zsuzsanna ya había muerto.

## EL MISTERIO RURAL

El abogado János Kronberg, nombrado juez instructor del caso, desarrolló un profundo odio hacia las mujeres de Nagyrév desde el principio. Arrestó a tantas como pudo y ordenó que fueran trasladadas en masa a la vecina Szolnok, donde las aguardaba una muchedumbre atónita. El tabloide *Kis Újság* destacaría el triste contraste que se producía entre las acusadas —mujeres en su mayor parte pobres y de edad avanzada, vestidas de negro, que mantenían la cabeza gacha y se cubrían la cara con pañuelos— y la turba de clase media y coloridos atuendos que no dejaba de insultarlas.

El juicio les proporcionó a las clases medias y altas una excitante oportunidad para refocilarse a gusto en su superioridad social. Ya estaban más que predisuestas en contra de las campesinas, y los periodistas explotaron este hecho atiborrando sus informaciones de todos los prejuicios que fueron capaces de reunir. Los titulares recalcan la naturaleza anticuada, y hasta primitiva, de las asesinas: «El lugar donde nadie ha escuchado la voz de la conciencia en una década y media: visite Nagyrév, el pueblo de la muerte a orillas del Tisa» o «Valiéndose de métodos medievales, los hijos destruían a sus padres para hacerse con sus tierras».

En la cárcel de Szolnok, las campesinas se esforzaban para amoldarse a la soledad, a las celdas infestadas de ratas y a los incesantes interrogatorios. Aquello no se parecía en nada a la vida comunitaria de pueblo a la que estaban acostumbradas. Las obligaron a realizar cuestionarios adaptados a la cultura de la clase media para evaluar su capacidad intelectual, en los que se les preguntaba sobre temas como los impuestos, las festividades nacionales y el Ejército. Un psiquiatra que examinó a las mujeres llegó a la conclusión de que todos sus asesinatos estaban inherentemente relacionados con el sexo: las asesinas eran o frías o promiscuas, y sus (supuestamente retorcidos) impulsos sexuales «estaban enraizados en el misterio rural y en un estilo de vida anormal que había distorsionado la psique de las acusadas y había hecho de su comportamiento algo impredecible».

Dos de las mujeres encarceladas, humilladas y desorientadas, se quitaron el pañuelo de la

cabeza, lo ataron a los barrotes de la ventana de la celda y se ahorcaron. La prensa lo interpretó como un reconocimiento de su culpa.

## NIHILISMO

Las mujeres de Nagyrév nunca pensaron que las cosas pudieran acabar de esta manera.

Sí, habían matado a gente, pero muchas de ellas ni siquiera consideraban sus acciones como un asesinato. El asesinato, para ellas, era sinónimo de sangre, lucha y fuerza bruta. Ellas solo habían dormido a aquellas personas. «No somos asesinas —le dijeron al tribunal—. No apuñalamos ni ahogamos a nuestros maridos. Solo han muerto envenenados. Para ellos fue una muerte sencilla, no un asesinato.»

Quizá estas mujeres considerasen el envenenamiento como «una muerte sencilla» porque eran insensibles a la parca. Sabían de sobra lo dura que podía llegar a ser la vida: cómo la gente se marchaba a la guerra y regresaba mental y físicamente marcada, cómo escaseaba la comida, cómo los niños se morían como moscas los mataras o no. (En los años treinta, casi un tercio de los niños campesinos de Hungría moría antes de alcanzar la edad suficiente para ir a la escuela.) Quizá estas mujeres se dijeran a sí mismas que solo estaban acelerando un duro proceso que, de todas formas, acabaría cobrándose la vida de sus maltrechos maridos, de sus beligerantes suegros y de sus rabiosos bebés.

El periódico *Pesti Napló* especuló sobre la «extraña combinación de causas» que las llevó a experimentar esa increíble familiaridad con la muerte y ese increíble deseo de provocarla. «Sí, fue el dinero; sí, fue el ansia de tierras y, sí, fueron el amor y el odio —relataba el editorial—. Pero también fue el nihilismo cultural, la vida de animales que llevaban, la naturaleza primitiva de sus almas.»

El nihilismo cultural, sí, por supuesto. Pero ¿qué es eso de que vivían como animales? ¿Y lo de las «almas primitivas»? Bueno, bueno... Estos asesinatos nacieron de emociones muy humanas; emociones feas y desasosegantes, desde luego, pero humanas no obstante. Las mujeres mataban para aplacar su desesperación y mejorar su suerte en la vida. Eso, en ocasiones, significaba conseguir algo (dinero, tierras, un nuevo amante); otras veces, significaba deshacerse de algo (marido, hijo, padre, madre). «Puede que los hombres fueran unos bestias —escribió *The New York Times*—, pero estas mujeres destacan por la fuerza y la tenacidad de sus pasiones. La edad media de las asesinas juzgadas hasta ahora supera los cincuenta y cinco años, y aun así la lujuria jugó un papel más importante que la avaricia en sus crímenes.» Esa última parte no era cierta, en realidad, pero le daba más gancho al artículo.

Que aquellas mujeres desearan, de una forma tan descarada —y humana—, más de lo que recibían resultaba incómodo para el público, una muchedumbre mucho más próspera que se decía a sí misma que lo que les pasaba a las mujeres de Nagyrév es que estaban anticuadas. En otras palabras, los de su clase social sabían diferenciar perfectamente el bien del mal, y lo que ocurría era que ese mensaje no había calado todavía en Nagyrév. ¡Venga ya! El ambiente reinante en Nagyrév no era sino una consecuencia de lo que sucedía en el mundo que se extendía a su alrededor, y la defensa no tardó en agarrarse a este hecho como a un clavo ardiendo. Es cierto que

no excusaba a las asesinas. Pero tampoco las convertía en animales.

## LAMENTO FÚNEBRE

Para finales de año, después de interrogar a centenares de personas, excavar más de cincuenta tumbas y hallar restos de arsénico en cuarenta de los cuerpos exhumados, las autoridades estuvieron listas para mandar al banquillo de los acusados a treinta y cuatro mujeres y a un hombre. Un público rabioso llenó la sala para observar a aquellos desviados, y, cuando uno de los acusados los asqueaba especialmente, se ponían a silbar, lo abucheaban o pedían a gritos sentencias implacables.

Ante tanto odio, a las mujeres de Nagyrév les convenía mostrarse modestas, sencillas, limpias y dulces como abuelitas. Su única esperanza para ser absueltas pasaba por que las vieran como unas campesinas de buen corazón que, o bien eran inocentes, o bien habían actuado en defensa propia.

Pero los juicios rompieron la hermandad que existía entre las envenenadoras en mil pedazos. Las acusadas empezaron a testificar las unas contra las otras; los amigos y los parientes de los hombres fallecidos declararon contra las acusadas; algunas personas del pueblo llegaron incluso a testificar en contra de sus propios familiares. Si la mujer procesada había matado a un marido maltratador, los testigos de Nagyrév tendían a mostrarse más indulgentes, pero, cuando consideraban que la acusada de turno tenía algún defecto de carácter, se le lanzaban a la yugular.

János Kronberg creía que todas y cada una de las mujeres eran culpables, y quería colgarlas sin excepción. Su argumentación resultaba ilógicamente circular pero muy efectiva: si existía algún motivo para asesinar, el asesinato se llevaba a cabo, y la única que podía haberlo hecho era la acusada. Cuando Kronberg no contaba con pruebas sólidas, se dedicaba a difamar a las mujeres, criticando su carácter. Desechaba sus testimonios, llamándolos «cuentos chinos», y se mostraba convencido de que el envenenamiento, puesto que requería astucia, secretismo y paciencia, era un crimen intrínsecamente femenino.

La defensa no tenía mucho a lo que aferrarse. Intentó endilgarle los asesinatos a Zsuzsanna, la cual resultaba ser un chivo expiatorio de lo más conveniente ahora que estaba muerta. También intentó argumentar que los crímenes eran consecuencia directa de la pobreza, afirmando que las autoridades húngaras podrían haber hecho mucho más para mejorar el nivel de vida en Nagyrév. Esto constituía una verdad indudable, pero no es que ayudara mucho a la hora de demostrar la inocencia de las mujeres.

La divorciada Mária Kardos acabó convirtiéndose en uno de los personajes más odiados de la sala. Provocó una ira furibunda entre los asistentes cuando se presentó ante el tribunal con una actitud presuntuosa sin un ápice de arrepentimiento, y consiguió poner a toda la sala en su contra al criticar a su hijo muerto y a su tercer esposo fallecido. También lucía en la cabeza un pañuelo carísimo, lo que irritó sobremanera a las mujeres pudientes de la ciudad, que pensaron que intentaba darse aires de grandeza. Durante los interrogatorios policiales, Mária había confesado sus crímenes con minuciosidad, sin ahorrarse ninguno de sus truculentos detalles, aparentemente orgullosa de sus actos. Ahora, en el juicio, intentó incriminar al mayor número posible de vecinas: «Todas las mujeres de Nagyrév sabíamos lo que Zsuzsanna Fazekas había estado haciendo. Nos

tenía tan acostumbradas a sus tejemanejes como las bandadas de gansos nos tenían acostumbradas a verlos salir del pueblo cada mañana rumbo a los prados (...). No hay ninguna mujer entre las detenidas por los envenenamientos que sea inocente».

En un esforzado intento para conseguir que Mária se mostrase arrepentida por sus crímenes, aunque fuera solo un poco, Kronberg la arengó por su incapacidad de ser una madre decente, recordándole que los pájaros alimentan a sus polluelos, que las vacas lamen a sus terneros recién paridos y que una perra se arrojaría al agua para salvar a sus cachorros. Al final, Mária se vino abajo. «Cuando una está desesperada, es capaz de hacer muchas cosas», admitió. Concluido el interrogatorio, alguien entre el público gritó: «¡Que la cuelguen!».

Finalmente se dictó sentencia. Siete mujeres fueron condenadas a muerte, entre ellas Mária y la masajista Rozália Takács, esta última por ser cómplice de tantos de los crímenes. En cuanto a las demás, la mayor parte fue sentenciada a cadena perpetua o a largas condenas de cárcel; aunque también hubo unas pocas que salieron en libertad porque no había suficientes pruebas en su contra.

Tras la lectura de las condenas, las campesinas elevaron un extraño y agudo plañido: «Jaj, Jaj, Istenem, Istenem». Se trataba del lamento que solían entonar en los funerales —«Ay, ay, Dios mío»—, e hizo que sus acaudalados espectadores se sintieran muy incómodos. Era demasiado crudo, demasiado tangible. Habían ido allí a disfrutar de un espectáculo público, no a enfrentarse a la insoportable intensidad de la desesperación humana. Y menos aún si esta procedía de unas meras campesinas.

Pero el Tribunal Supremo no tardó en intervenir y reducir muchas de las condenas, lo que colocó a las autoridades en una situación de lo más embarazosa. El alto tribunal detectó irregularidades formales en las sentencias de las mujeres y consideró que, de todas formas, la mayoría de ellas eran demasiado duras. Finalmente sacaron del corredor de la muerte a tres de las siete mujeres condenadas a la horca, incluida Rozália Takács. Mária Kardos no obtuvo el indulto; el tribunal reexaminó su caso y concluyó que merecía morir por su fría y premeditada crueldad. La colgaron de buena mañana el 13 de enero de 1931.

«Han causado la mayor de las decepciones —publicó la *Gaceta de Szolnok* mientras se desarrollaban los juicios—. En lugar de brujas, demonios y astutas asesinas, en el banquillo solo hay unas amables, pobres y destrozadas ancianitas (...). La vida no les ha dado muchas alegrías. Sin embargo, tampoco se merecían nada mejor.»

LA REINA DE LAS ENVENENADORAS



MARIE-MADELEINE,  
MARQUESA DE BRINVILLIERS

Veneno: el arma femenina por antonomasia. Perfecto para el hogar. Sutil, discreto y limpio. El veneno no deja manchas de sangre en la alfombra ni agujeros en las paredes. Añadir una gota de un líquido incoloro en la sopa o en el vino es la cosa más sencilla del mundo. E, históricamente, ¿quiénes son las que se quedan en casa, preparan la sopa y sirven el vino? Las mujeres, por supuesto.

En la segunda mitad del siglo XVII, París rezumaba veneno y miedo al veneno y, por extensión, miedo a las mujeres: tanto a las curanderas que jugueteaban con arsénico, bebedizos y abortos como a las jóvenes y ricas esposas que las frecuentaban. La corte del Rey Sol se volvió tan paranoica que al primer síntoma de dolor de estómago la gente entraba en pánico, convencida de que alguien, en algún lugar, intentaba liquidarla. Los importantes avances realizados en el campo de la farmacología, unidos al auténtico temor a la magia negra que se había extendido entre los franceses, crearon la atmósfera idónea para el desarrollo de una caza de brujas, conocida hoy en día como el «asunto de los venenos». Y muchos de los acusados fueron mujeres.

«¿Cómo pueden (...) ellas, que son tan sensibles a los infortunios de los otros (...), cometer tan graves crímenes? —escribió un desconcertado reportero, impresionado por la cantidad de damas envenenadoras que llenaban las cárceles de la ciudad—. Son monstruos. No hemos de suponer que son como las demás; de hecho, parece más natural compararlas con los más perversos de los hombres.»

Claro, resultaba tranquilizador —de aquella manera— imaginar que estas envenenadoras tenían más de hombres que de chicas, pero es que eso, sencillamente, no era verdad. Estos «monstruos» eran mujeres de la nobleza francesa, mujeres que se pasaban horas sentadas mientras les componían sus complejos peinados, que asistían a un baile tras otro, que bebían el mismo champán helado que volvía loco al rey. Y todo este asunto fatal fue iniciado por una insensata marquesita llamada Marie-Madeleine.

## LA BRINVILLIERS

Marie-Madeleine d'Aubray, nacida en 1630, era la hija del teniente civil de París, un chollo de trabajo que reportaba una enorme influencia y que además estaba muy bien pagado. Tenía dos hermanos más jóvenes y una hermana pequeña que, probablemente, no fuera tan enrollada como ella, teniendo en cuenta que la hermana acabó en un convento y Marie..., bueno, Marie era una de esas muchachas descaradas, bonitas y alegres, ya saben ustedes a lo que me refiero. Orgullosa, sensible, con mucho carácter. Tenía unos grandes ojos azules, el cabello castaño y una complexión «no muy alta, pero sumamente bien formada». Y, además, era lista. Un historiador que estudió su correspondencia destacó que su ortografía era impecable, «algo poco común entre las damas de su época», y que su caligrafía era «notable; enérgica, firme, como la de un hombre».

Sin embargo, la caligrafía no fue el único rasgo precoz de Marie. Décadas más tarde, aseveraría que había perdido la virginidad a los siete años, con su hermano de solo cinco; una afirmación que

luego negó. Pero, cuando los chismorreos parisinos se hicieron eco del rumor, no sirvió más que para incrementar el halo de tabúes eróticos que rodeó a Marie durante la mayor parte de su vida.

Marie entró ya de joven en los círculos fantásticamente libertinos de la alta sociedad parisina, que giraban en torno a la amoral corte de Luis XIV. Se trataba de un mundo vertiginoso, «absolutamente despiadado y carente de la más mínima fibra moral», repleto de nobles intrigantes y aburridos a los que les gustaba pasarse días enteros apostando sin dormir, difundir cotilleos maliciosos los unos sobre los otros, embarcarse en aventuras amorosas sin ninguna discreción, tomarse una copa de champán helado tras otra y conspirar para precipitar la caída de sus enemigos.

A pesar de que la corrupción campaba a sus anchas en la corte, la sociedad parisina se regía por la firme creencia de que ser noble significaba ser, lisa y llanamente, mejor que otras personas. Los nobles tenían la convicción de que la riqueza y el poder estaban directamente relacionados con la bondad; en definitiva, creían que ser noble imbuía de una cierta nobleza a su mismo carácter. Muchos años después, el abogado de Marie argumentaría que no era posible que ella hubiese cometido un crimen, por mor de sus «aventajadas cualidades, cuna y fortuna». Un noble podía ser un poco travieso —¡noches enteras sin dormir!, ¡amantes!, ¡apuestas excesivas!—, pero los aristócratas no cometían crímenes genuinos. Eso era sencillamente impensable.

A los veintiún años, Marie se adentró un poco más en la alta sociedad al contraer matrimonio con el acaudalado Antoine Gobelin, cuya fortuna procedía del glamuroso sector de la fabricación de tintes. La renta de Gobelin, sumada a la dote de Marie, los convirtió en una próspera pareja con un caché social considerable del que ahora podían alardear por todo París. Mejor aún, las tierras de Gobelin, denominadas Brunvilliers, fueron elevadas poco después a la condición de «marquesado», lo que, junto con una pincelada ortográfica, convirtió a Marie en marquesa de Brinvilliers, o en «la Brinvilliers», si lo que hacías era escribir una carta cotilleando sobre ella.

¿Que si estaban enamorados? Bah, ¿acaso hubo alguien por aquel entonces que estuviera enamorado de su esposo o esposa? Hacia el final de su vida, Marie hablaría en sus escritos del profundo afecto que sentía por Gobelin, pero lo cierto es que, después de la boda, no tardaron mucho en buscarse sus respectivos amantes con total libertad. Resultaba escandaloso, pero nada inusual; es más, si una era una mujer casada joven, atractiva y rica, prácticamente se esperaba de ella que tuviera un querido o dos. Echarte un amante no te relegaba al ostracismo en la Francia del siglo XVII; hacía que hablaran de ti. Además, Gobelin era un hombre débil al que no parecía importarle lo que hiciera Marie con tal de que él pudiera permitirse sus propias aventuras mediocres. Marie, en cambio, «poseía una vitalidad desbordante», y no tardó en enamorarse locamente de alguien que cubría sus necesidades mucho mejor que su marido.

Por desgracia, escogió a uno de los chicos malos. Su amante era un oficial del Ejército endemoniadamente guapo llamado Godin de Sainte-Croix: un galán con un lado muy oscuro, un cabrón de lo más brillante que podía departir con elocuencia sobre cualquier tema, ya fuera teología o química. Para Marie, él fue el «demonio que desencadenó la tormenta y puso en jaque la seguridad de su familia». Pero a Marie le encantaban las tormentas. La pareja no tardó en convertirse en la deliciosa y escandalosa comidilla del lugar.

El marido de Marie seguía ocupado con sus aventuras y no le importaba lo que ella hiciera con

Sainte-Croix, pero su padre y sus hermanos no se distraían con tanta facilidad. Advirtieron el descaro con el que Marie alardeaba de su aventura, y se sintieron profundamente humillados. Es posible que otros nobles se rieran con disimulo, deleitados por los desmanes eróticos de Marie, pero, para sus parientes masculinos, su comportamiento no era ni distinguido ni un hilarante chiste parisino. Era la más absoluta ignominia.

Por aquel entonces, si eras un francés importante y alguien deshonraba a tu familia, te limitabas a solicitar un pequeño volante para el arresto de tu enemigo, firmado por el rey y conocido como una *lettre de cachet*. Así pues, una tarde, mientras los dos tortolitos paseaban por París en su lujoso carruaje, fueron interceptados por unos soldados que les mostraron una *lettre de cachet* del padre de Marie, y al punto Sainte-Croix fue trasladado a la Bastilla.

Podrán ustedes imaginar la ira que invadió a Marie cuando su padre le arrebató a su amante en público. De regreso a casa, iba «protestando con la furia ciega de un animal salvaje». Este fue el principio de todo para Marie. Más adelante, ella misma haría una escalofriante observación: «Jamás debiéramos irritar a nadie; si no hubiesen encerrado a Sainte-Croix en la Bastilla, tal vez no habría sucedido nada».

## BUENAS PERSONAS

Durante las seis semanas que Sainte-Croix permaneció en prisión, puede que se cruzara con otro prisionero allí encarcelado, un misterioso italiano, experto envenenador, llamado Edigio Exili. Los envenenamientos aún no habían hecho cundir el pánico en París, y, a ojos de los galos, el veneno seguía siendo cosa de los italianos, tan ladinos ellos. (Un panfleto francés de la época afirmaba que, en Italia, el veneno era «el más común e infalible de los remedios para aliviar el odio y la sed de venganza», como si estuviese describiendo alguna especie de medicamento gastrointestinal.)

Más adelante, Marie declararía que Exili le había enseñado a Sainte-Croix todo cuanto había que saber sobre el enigmático arte del envenenamiento. Después cambió su versión y dijo que, en realidad, Sainte-Croix había obtenido sus conocimientos sobre el veneno del químico suizo Christophe Glaser, un célebre científico que además era boticario del rey. Glaser era famoso tanto por su erudición como por sus delirantes fórmulas, las cuales requerían ingredientes como «el cráneo de un hombre fallecido por muerte violenta». Claro que todas las boticas tenían a disposición de sus clientes múltiples venenos, desde luego, así que Marie podría haber conseguido fácilmente una ampolla de arsénico o de antimonio en cualquier momento. Pero estas historias sobre la fuente de sus conocimientos delatan cierto deseo por parte de los amantes de relacionar sus crímenes con algo mucho más grande que ellos mismos. No querían ser vistos como unos simples y humildes envenenadores. Querían ser cómplices de la conspiración de los más grandes; querían elevar sus intentos de envenenamiento al rango del arte macabro.

Con Sainte-Croix en la Bastilla, Marie tuvo tiempo de sobra para alimentar su ira por verse temporalmente privada de su amante. Pero este no era el único factor angustiante en juego; también necesitaba dinero. Su marido había resultado ser un desastre con las finanzas, tenían deudas de juego que liquidar y Sainte-Croix era un amiguito bastante caro que se pulía la renta de su amada

como si fuera la suya propia. Huelga decir que la fortuna de su padre comenzaba a antojársele particularmente atractiva.

En cuanto fue liberado, el 2 de mayo de 1663, Sainte-Croix alquiló un laboratorio y empezó a decir que era alquimista, o que, cuando menos, estaba a punto de convertirse en uno. Consciente de su reputación de calavera, se dedicaba a dejar caer que estaba muy pero que muy cerca de lograr un gran avance. Aunque en realidad también comenzó a hacer algo mucho más siniestro: experimentar con venenos.

Recurrir al envenenamiento tenía todo el sentido del mundo para los dos amantes. Necesitaban dinero, estaban furiosos con el padre de Marie y, si daban con la fórmula idónea, parecería que su padre había muerto de gota, de problemas estomacales o de una fiebre verdaderamente furibunda. Con el fin de perfeccionar la mezcla, Marie decidió ponerla a prueba con los pacientes del Hôtel Dieu, el célebre hospital público próximo a Notre Dame. Allí, se dedicó a pasearse entre los enfermos, distribuyendo mermeladas y dulces envenenados a sus preferidos y llorando desconsolada cuando, inevitablemente, morían.

«¿Quién se iba a imaginar que una mujer criada en una familia respetable (...) pudiera aficionarse a visitar los hospitales para envenenar a los pacientes?», escribió Nicolas de la Reynie, el jefe de policía de la época. Marie parecía una aristócrata bondadosa, con sus ojos grandes y su bonita figura; actuaba como una aristócrata bondadosa, dignándose a acariciar la frente febril de los mendigos moribundos. A las autoridades como La Reynie les costó horrores aceptar que, bajo toda esa superficie de nobleza y amabilidad, Marie no tenía nada de bondadoso. (Incluso cuando debiera haber estado ocupándose de su casa como una esposa decente, Marie se dedicó, en cambio, a sembrar el mal en su propio hogar. Experimentó con una de sus doncellas por partida doble dándole comida envenenada, primero grosellas y después jamón, con lo que le regaló a la pobre sirvienta un terrible ardor de estómago y tres años de mala salud.)

Una vez que los amantes se aseguraron de que sus venenos eran indetectables y altamente efectivos, decidieron lanzarse sobre el padre de Marie. Ella colocó en casa de su progenitor a un sirviente de su confianza, el cual empezó a administrarle pequeñas dosis de arsénico. Corría el año 1666. Ya iba siendo hora de que muriese papá.

## «AGUAS VENENOSAS»

En el transcurso de los ocho meses siguientes, Marie observó cómo su padre se iba apagando poco a poco. Una vez que aquel sirviente le hubo administrado suficiente veneno para destruir su salud, Marie acudió a la vera de su padre enfermo, en su hacienda campestre, y tomó el relevo del espantoso proceso, añadiendo arsénico a su comida y bebida. Aquella muerte lenta y agonizante no la conmovió en absoluto; de hecho, le llegó a administrar casi treinta dosis separadas de veneno. Cuando el mayor de sus hermanos visitó la casa para ver cómo se encontraba su padre, le escribió a su superior muy impresionado: «Lo he hallado en las mismas condiciones de las que había tenido noticia, prácticamente sin ninguna esperanza de recuperar la salud (...), en un estado de extremado peligro». Después de muchos meses sufriendo vómitos, agudos dolores de estómago y cierta sensación de quemazón en las entrañas, Monsieur d'Aubray murió el 10 de septiembre de

1666. ¿Y la causa de la muerte? Según sus médicos, gota.

El dinero de la herencia se dividió entre los cuatro hermanos d'Aubray, y Marie y Sainte-Croix dilapidaron su parte enseguida. Llegado el año 1670, ya estaban como al principio: desesperadamente necesitados de dinero, perseguidos por los acreedores y resentidos contra todo aquel que en algún momento se hubiera opuesto a su amor.

Los hermanos de Marie vivían juntos, muy convenientemente, pero el mayor estaba casado con una mujer que detestaba a Marie. Esto significa que Marie no era bien recibida en la cocina, de modo que le resultaba imposible «acceder» (ajá) a las tartaletas, a los pasteles salados y al vino. Por lo tanto, decidió colocar a otro sirviente. El tipo se llamaba La Chaussée y era idóneo para la tarea: ya había trabajado para Sainte-Croix con anterioridad, tenía antecedentes criminales y, al igual que Marie, poseía una truculenta paciencia cuando se trataba de ver morir a la gente. La Chaussée se puso manos a la obra enseguida, valiéndose de una selección de «aguas venenosas» (había una rojiza y otra transparente), con las que envenenó varias bebidas y un elaborado pastel de carne que los dos hermanos deglutieron con gusto. No pasó mucho tiempo hasta que los dos hombres empezaron a quejarse de una sensación de ardor en el estómago.

La muerte de los hermanos de Marie fue, de nuevo, un proceso terriblemente largo y penoso. Hablamos de meses y meses de sufrimiento: vómitos, incapacidad para comer, pérdida de visión, deposiciones sanguinolentas, hinchazón, pérdida de peso y un ardor constante quemándoles las entrañas. Sus cuerpos se tornaron tan «pestilentes e infectos» que resultaba difícil permanecer en el dormitorio con ellos. Cuesta imaginar la clase de mujer capaz de contemplar cómo sus hermanos mueren lentamente, en semejante agonía, pero eso es lo que tenía Marie. Estaba furiosa. Y entre las «violentas pasiones» que saturaban su vida no solo se contaban la lujuria y la avaricia, sino también un ardiente deseo de venganza. Sus hermanos, junto con su padre, conformaban los barrotes de la jaula patriarcal que ella sacudía sin cesar. Ellos la habían despachado, entregándola a un marido blandengue y aburrido, y también la habían castigado cuando intentó huir de él. Insistían en que se comportase con dignidad no solo en su propio interés, sino en el de la reputación de todos. Ella les respondió con una terrible venganza.

El hermano mayor falleció en junio, el pequeño vivió hasta septiembre. Las autopsias revelaron, en ambos casos, unos órganos internos devastados: el estómago y el hígado estaban ennegrecidos y gangrenosos, y los intestinos se hallaban prácticamente deshechos. Tras la muerte del hermano menor, los médicos empezaron a sospechar que ambos habían sido envenenados, pero no ahondaron más en el asunto. Nadie tenía la menor idea de quién podría haber cometido semejante crimen, porque La Chaussée se hacía pasar por fiel sirviente a las mil maravillas, y Marie se aseguró de hallarse a muchos kilómetros de distancia en el momento de sus respectivas muertes. La Chaussée incluso recibió una bonita propina de cien coronas por sus leales servicios.

Ahora que todos sus parientes varones más próximos habían muerto, Marie empezó a planear el asesinato de su hermana, una devota muchachita soltera con una cuantiosa fortuna. También quería envenenar a su cuñada, que acababa de heredar una parte del patrimonio de los D'Aubray, algo que irritó muchísimo a Marie. Y, además, llevaba ya un tiempo dándole vueltas a la idea de envenenar a su marido y casarse con Sainte-Croix —si bien no parecía que a él le entusiasmase demasiado la idea—. Una de las más eminentes enredadoras de la época, madame de Sévigné,

revelaría más adelante que, por cada dosis de veneno que Marie administraba a su marido, Sainte-Croix —que «no tenía ninguna gana de tomar a una mujer tan malvada por esposa»— le daba un antídoto al pobre hombre. ¿El resultado? «Después de haber sido zarandeado de este modo cinco o seis veces, ahora te enveneno, ahora te curo, el hombre seguía vivo.»

Huelga decir que Sainte-Croix y Marie ya habían dejado atrás su luna de miel. En una ocasión, Marie se enfureció tanto que llegó incluso a escribirle una carta en la que le decía que ya no quería seguir viviendo y que, en consecuencia, acababa de tomarse una dosis de la fórmula de Sainte-Croix, esa que había obtenido de él a tan alto precio. En realidad, Marie se había echado otro amante justo después de la muerte de sus hermanos. Este hombre le resultaría tan nocivo como el propio Sainte-Croix, aunque de manera muy distinta; mientras que Sainte-Croix la animó a cometer sus crímenes, este amante se volvería en su contra a causa de ellos. Pero, por el momento, Marie no tenía ni idea de que él la traicionaría. Solo sabía que su nuevo amante era amable, joven y bondadoso.

## SECRETOS CURIOSOS VARIOS

Jean-Baptiste Briancourt fue contratado como tutor de los hijos de Marie en otoño de 1670 y se convirtió en su amante muy poco tiempo después. Al igual que su marido, Briancourt era débil y cobarde, pero a Marie debió de parecerle el complemento ideal respecto a Sainte-Croix, puesto que por aquella época se sentía especialmente vulnerable en su relación con este último (de ahí las intenciones de que se casara con ella y la posterior amenaza de suicidio). Si Sainte-Croix era un hombre sin escrúpulos y temerario, Briancourt era todo lo contrario, a saber, decente y cauteloso. La marquesa lo tenía completamente embelesado, aunque también lo aterrorizaba; hablaba sobre veneno sin parar y en una ocasión le llegó a confesar todos sus crímenes. El tutor también notó cuán cruel era ella con su hija, y sospechó que Marie estaba tratando de envenenar a la niña.

Llegado cierto punto, Briancourt empezó a preguntarse si la marquesa no estaría planeando matarlo a él también. Sus peores temores se vieron confirmados cuando Marie le pidió que acudiera a su lecho a medianoche. Un poco después, al pasar casualmente por delante del dormitorio de ella, Briancourt vio a Marie ocultando a Sainte-Croix en el armario. La escena resultante fue prácticamente de vodevil: Briancourt se presentó en su cuarto a medianoche, mudo y dolido; Marie intentó llevárselo a la cama; entonces, de improviso, Briancourt salió disparado hacia el armario; Marie se abalanzó sobre su espalda, chillando, para impedir que abriera la puerta; Briancourt la abrió de todos modos, se encontró cara a cara con un Sainte-Croix agazapado y gritó: «¡Ah, villano, habéis venido a asestarme una puñalada!». Sainte-Croix salió a trompicones del armario y puso pies en polvorosa, mientras Marie, revolcándose en el suelo, chillaba, lloraba y amenazaba con envenenarse. Finalmente, Briancourt consiguió calmarla prometiéndole que la perdonaría, si bien en su mente ya estaba urdiendo un plan para emprender la huida al amanecer.

Y es que Marie se estaba resquebrajando. Puede que tuviera mucha sangre fría a la hora de asesinar a sus parientes, pero su tórrida relación con Sainte-Croix empezaba a minarle los nervios. Se estaba dando cuenta de que, en cierta forma, aquel hombre le había robado la vida

entera. Ella le había entregado su fortuna, su tiempo y su amor; se había atado a él con los más horribles secretos. Y, a cambio, él había tomado más y más de ella, sin ningún miramiento, y, ahora que las cosas empezaban a complicarse, parecía estar alejándose de Marie. Finalmente, en un último acto de traición, Sainte-Croix murió antes de que sus crímenes fueran descubiertos, dejando que ella cargase con la culpa de los dos.

Cuenta la leyenda que, aquel fatídico 30 de julio de 1672, Sainte-Croix se encontraba destilando venenos en su laboratorio secreto, ataviado con una máscara de cristal para evitar inhalar esos gases tan peligrosos. Al inclinarse sobre el fuego para remover algún ponzoñoso mejunje, la máscara se resquebrajó y Sainte-Croix sucumbió al instante a su propio veneno. Pero la verdadera forma en la que murió no tendría este toque de justicia poética. Sencillamente falleció después de una larga enfermedad, sin que las autoridades llegaran a sospechar que era un criminal. Es más, a ojos de la Iglesia, su muerte fue la de un hombre bueno y piadoso, pues tuvo tiempo de elevar sus últimas oraciones y recibir los últimos sacramentos.

Con todo, Sainte-Croix falleció terriblemente endeudado, así que los tribunales de París enviaron a un intendente para que se encargara de poner en orden sus asuntos. (Por irónico que parezca, el intendente tenía su despacho en el mismo edificio en el que había trabajado el padre de Marie.) Nada más entrar, el tipo descubrió un misterioso rollo titulado «Mi confesión», pero, comoquiera que Sainte-Croix no estaba acusado de nada por aquel entonces, concluyó que el documento debía de ser alguna suerte de declaración sagrada entre un hombre y su Dios, no apta para el consumo público. Así pues, lo arrojó a la chimenea.

Pero el intendente también encontró una cajita llena de enigmáticos polvos y ampollas, que resultaron ser cosas como antimonio, aceite de vitriolo, sublimado corrosivo en polvo y opio. Y, lo que es más extraño aún, la cajita alojaba una nota en la que se especificaba que, en caso de que Sainte-Croix muriera, el contenido debía ser entregado de inmediato a la marquesa de Brinvilliers. «Todo lo que esta caja contiene le concierne y pertenece a ella, y solo a ella —decía la nota—. En la eventualidad de que [la marquesa] falleciera antes que yo (...), procédase a quemarla junto con todo su contenido.» Había también numerosos papeles y sobres marcados con el epígrafe «quémese en caso de muerte», y un biógrafo dio cuenta de que Sainte-Croix llegó incluso a tener la osadía de rotular uno de los sobres con el título «Secretos curiosos varios». Como no es de extrañar, el intendente entregó la cajita a la policía.

El asunto no hizo sino tornarse aún más sospechoso cuando Marie se presentó ante las autoridades a altas horas de la noche, exigiendo que le entregaran la cajita de venenos..., esto, de «secretos curiosos». Tendría que haber tenido más sangre fría, fingir nostalgia por los efectos personales de un amante fallecido, pero su «harto vehemente y extraordinaria forma de exigirla» provocó un recelo inmediato en las autoridades. En lugar de entregarle la cajita, decidieron poner a prueba su contenido, y administraron dos de los líquidos más enigmáticos a una selección de animales; todos murieron en cuestión de unas horas.

Cuando la cuñada de Marie tuvo noticia de la misteriosa cajita llena de venenos, emprendió una carnicería legal, exigiendo venganza por el asesinato de su marido. Interpuso una denuncia contra La Chaussée, que fue encarcelado, y les dijo a las autoridades que detuvieran a la marquesa de Brinvilliers de inmediato.

Marie huyó del país.

## LAS PENAS ORDINARIAS Y EXTRAORDINARIAS

Mientras las autoridades francesas hacían una batida por el continente en busca de la marquesa, La Chausée fue sometido a juicio. En cuanto miembro inferior de la sociedad, con antecedentes penales y una furiosa aristócrata como denunciante, tenía la batalla perdida desde el principio. Se lo halló culpable antes siquiera de que confesara nada, basándose únicamente en «conjeturas y fuertes presunciones». El 24 de marzo de 1673, los jueces lo condenaron a ser ejecutado previa tortura: las «penas ordinarias y extraordinarias».

Las penas eran una modalidad del tormento del agua en la que se tapaba la nariz de la víctima, se tendía su cuerpo boca arriba sobre un caballete y se le introducían grandes cantidades de agua por la garganta; en el caso de las penas extraordinarias, dos veces más agua que en las ordinarias. Después de sufrir las penas, La Chausée fue sometido a una espantosa máquina de tortura denominada los *brodequins*: le encajaron las piernas en sendas carcasas y le martillaron lentamente unas cuñas de madera en el espacio entre la carcasa y la pierna, hasta aplastarle las pantorrillas. La Chausée se negó a confesar una sola cosa durante la tortura, pero tan pronto como lo sacaron de los *brodequins*, la verdad salió de su boca a borbotones. (Parece ser que esto era muy habitual en los procesos de tortura: la mera sensación de alivio que experimentaba el reo al verse liberado del dolor provocaba un auténtico torrente de confesiones.) A continuación, ataron a La Chausée a una rueda, lo golpearon con barras de hierro y lo abandonaron allí para que se desangrase en su agonía. A este tipo de ejecución lo llamaban «la rueda» y recuerda a una especie de cruz, en la que la víctima muere mirando al cielo.

Tres años y un día, contados desde que La Chausée fue condenado a muerte, fue el tiempo exacto que Marie consiguió evitar ser capturada. Se desplazó por toda Europa, sobreviviendo gracias a las pequeñas sumas de dinero que le enviaba su hermana, la misma a la que ella había planeado asesinar en el pasado. Cuando su hermana murió en 1675, Marie tuvo que apañárselas sola y finalmente alquiló una habitación en un convento en Lieja, que por aquel entonces era una ciudad Estado independiente atestada de soldados franceses. Fue un tremendo error. Las autoridades francesas no tardaron en ser informadas de que la infame Brinvilliers se ocultaba en el convento, y se abalanzaron sobre ella.

Mientras la trasladaban de vuelta a París para someterla a juicio, Marie intentó suicidarse en múltiples ocasiones, probando a tragarse alfileres y puñados enteros de esquiras de cristal. Si ya había sido la comidilla de la ciudad durante sus tiempos idílicos con Sainte-Croix, ahora vio redoblada su fama. Empezó a circular el rumor de que había intentado empalarse introduciéndose un palo afilado entre las piernas. Tal y como le escribiría una amiga a madame de Sévigné: «Se clavó un palo..., ¡adivina dónde! No en el ojo, ni en la boca, ni en la oreja, ni en la nariz ni a la turca [analmente]. ¡Adivina!». La Brinvilliers había hecho gala de su aventura amorosa durante tantos años que, ahora, hasta los rumores de sus intentos de suicidio la enmarcaban en un contexto hipersexualizado. Pero Marie ya no era la muchacha salvaje del París libertino. A sus cuarenta y seis años, era una mujer marcada por el sufrimiento, y estaba exhausta.

En el momento de su arresto, se había descubierto en su celda del convento un fajo de papeles: se trataba de una confesión escrita. Al igual que su amante, Marie había sentido la desesperada necesidad de aliviar su conciencia. En el documento, se culpa a sí misma de «descabellados y monstruosos crímenes»: matar a su padre, asesinar a sus hermanos, permitir que La Chaussée fuera sometido a la tortura de la rueda por las fechorías que ella había cometido, intentar envenenar a uno de sus hijos, contemplar el suicidio, quemar un granero, conspirar para matar a su hermana y, finalmente, tratar de envenenar a su marido. De hecho, viene más o menos a arrepentirse de toda su vida. «Me acuso de haber sembrado el escándalo de forma generalizada —escribe—. Me acuso de no haber honrado a mi padre y de no haberle rendido el respeto que le debía.» Se confiesa culpable de haber tenido dos hijos con Sainte-Croix y un tercero con un primo, de haber perdido la virginidad a los siete años con un hermano y de haber cometido incesto «tres veces por semana, quizá trescientas veces en total». También declara que, al entregarse de esa manera a Sainte-Croix, se buscó su propia ruina.

Evidentemente, Marie nos distrae de sus crímenes de un plumazo con sus contundentes afirmaciones sobre el incesto, las cuales han llevado al menos a un investigador a especular que podría tratarse de una referencia velada a un caso de abuso infantil. En su época, estas declaraciones no hicieron sino alimentar su reputación de mujer vorazmente lujuriosa; pero, al leer hoy su confesión, nos vemos enfrentados al retrato de una mujer desesperada y desolada, saturada de remordimientos y exhaustiva en su propia inmolación: pasa de no honrar a su padre a matarlo, de asesinar a sus hermanos a acostarse con ellos, de sembrar el «escándalo de forma generalizada» a causar la tortura y la muerte de un desafortunado delincuente de tres al cuarto. Sin embargo, ante el tribunal lo negó todo, asegurando que no estaba en sus cabales cuando lo escribió: febril, confusa, sola en un país extranjero.

Puesto que se trataba de una mujer de elevada posición social, el tribunal necesitaba pruebas contundentes para demostrar su culpabilidad, y la «confesión» incriminatoria no era suficiente. Muchos testigos se subieron al estrado para declarar en su contra, y uno de los temas que salieron a relucir fue que la Brinvilliers estaba obsesionada con el veneno. Una mujer testificó que Marie se había emborrachado durante una velada y que había exhibido la cajita de venenos de Sainte-Croix, mientras alardeaba, riendo: «He aquí la venganza que cae sobre nuestros enemigos; esta caja será pequeña, ¡pero está repleta de herencias!». Otro hombre oyó decir que Marie le había contado a Briancourt (¡ay, la máquina de chismorreos parisina!) que existían varias «formas de deshacerse de las personas que no eran de su agrado». Así y todo, ninguno de estos testimonios bastaba para condenarla, hasta que el tribunal llamó a declarar a la única persona que lo sabía todo acerca de sus crímenes: Briancourt en persona.

Marie escuchó a su antiguo amante testificar contra ella durante un total de dieciocho horas. Él se lo contó todo al tribunal: cómo ella y Sainte-Croix habían matado al padre y a los hermanos de Marie; cómo ella le había pedido que la ayudase a matar a su hermana y a su cuñada; cómo se había confabulado con Sainte-Croix, escondiéndolo en un armario, para matarlo a él. Marie lo escuchó con temible altivez y respondió a sus acusaciones alegando que Briancourt era un borracho y un mentiroso. Cuando él rompió a llorar en el estrado, diciendo: «Os advertí en más de una ocasión, señora, sobre vuestros desórdenes y vuestra crueldad, os advertí que vuestros

crímenes serían vuestra perdición», Marie lo llamó cobarde. Su estremecedora e impávida serenidad dejó helado al tribunal, pero el testimonio de Briancourt era justo lo que necesitaban para condenarla.

La presencia de Marie en la sala fue todo un espectáculo: tranquila, fría, orgullosa. Lo negó todo una y otra vez, incluso mientras su vida era «disecionada sin piedad» delante de ella. La horrible naturaleza de sus crímenes conmocionó profundamente a todas las demás personas allí presentes —en un momento dado, hasta los jueces se echaron a llorar—, pero Marie «mantuvo la cabeza erguida con orgullo, y ni por un momento se empañó la fría nitidez de sus ojos azules».

El 16 de julio de 1676, los jueces la declararon culpable, y la sentenciaron a las penas ordinarias y extraordinarias, con la esperanza de que soltase el nombre de algún cómplice, si es que lo había, durante la tortura. Después de las penas, sería decapitada. En cierta manera, fue una condena piadosa. Podrían haberla quemado viva.

### «DE PROFUNDIS»

A Marie le fue proporcionado un confesor, el jesuita Edmé Pirot, que era tan sensible y empático como Marie orgullosa y fría. Pirot era un alma tan delicada, de hecho, que afirmaba desmayarse ante la mera visión de la sangre. La visión de Marie —que para entonces estaba extremadamente delgada y, por supuesto, más que condenada— le atravesó el corazón.

Al igual que Briancourt antes que él, Pirot deseaba con vehemencia que Marie se arrepintiese, y milagrosamente, ahora ella estaba dispuesta a hacerlo. Después de pasar cierto tiempo en su compañía, declaró estar lista para ofrecer una confesión completa al tribunal. Allí, delante de todo el mundo, admitió por fin que había asesinado a su padre y a sus hermanos. Quizá tuviera la esperanza de evadir la tortura.

Por desgracia para ella, no le contó al tribunal nada que este no supiera ya; los jueces esperaban que les revelase la identidad de sus cómplices, algún oscuro secreto, nombres relevantes. La paranoia de los envenenamientos había comenzado a invadir la ciudad, y la aterradora sutileza de esta clase de crímenes había hecho que saltaran todas las alarmas de las autoridades. Temían que, tras la muerte de Marie, sus venenos, de un modo u otro, volvieran a matar. Después de todo, ella misma mencionaba, en su confesión escrita, que había vendido veneno a otra mujer que deseaba matar a su marido. ¿Quién sabía por dónde se extendería ahora esta telaraña de maldad femenina?

De modo que se procedió con la tortura. Tras desnudarla por completo, inclinaron a Marie de espaldas sobre un caballete de madera, con los tobillos atados al suelo y las manos a la pared que tenía detrás. El torturador comenzó a introducirle agua en la garganta a través de un embudo, y, cuando la incorporaban tras cada dosis, tosiendo y ahogándose, le hacían preguntas.

«¡Dios mío! ¡Me estáis matando! —sollozó—. Y solo he dicho la verdad.» Le echaron otra buena dosis de agua por la garganta. «¡Me estáis matando!», gritó de nuevo. Ellos elevaron el caballete, su cuerpo se estiró aún más, y dio comienzo la pena extraordinaria. «¡Oh, Dios, me vais a desmembrar! —gritó—. ¡Señor, perdóname! ¡Señor, apiádate de mí!» Le empezaron a sangrar los tobillos y las muñecas mientras el agua seguía bajándole por la garganta, pero la Brinwilliers volvió a negarse a añadir nada a lo ya confesado, y entre gemidos declaró que de ninguna manera

contaría una mentira «que le destruiría el alma».

Después de cuatro horas y media de tormento, los hombres se dieron cuenta de que, si Marie guardaba algún oscuro secreto en su interior, se lo llevaría a la tumba. Así que le dijeron que se preparara para morir, y la enviaron de vuelta junto a su confesor.

Parece ser que la vejación y el horror de la tortura habían avivado los rescoldos del fuego que antaño ardía en las entrañas de Marie. La noche anterior se había mostrado humilde y penitente delante de Pirot, pero ahora estaba indignada tanto por la humillación que acababa de soportar como por la humillación a la que estaban a punto de someterla. Tendría que hacer una confesión pública de camino al cadalso y, luego, después de su muerte, sus cenizas serían arrojadas a los cuatro vientos, un final impensable para la altiva marquesa. Pirot trató de devolverla al estado de arrepentimiento con tanto tesón que rompió a llorar. Finalmente, después de una hora de súplicas y lágrimas del jesuita, Marie rompió a llorar también.

La ejecución de la escandalosa Brinvilliers era todo un acontecimiento, y un buen número de nobles acudió a contemplar su ignominiosa procesión. Una pequeña y sucia carreta llegó para trasladarla al cadalso. De camino al carro, Marie tuvo que pasar junto a un grupo de aristócratas que, como comadreas, se habían colado en el interior de la prisión para echar un vistazo a la infame mujer y saciar así su curiosidad, pues querían saber si seguía siendo la misma muchacha con la que habían bailado, jugado y compartido sus brindis de champán helado. Ahora iba descalza y llevaba un vestido suelto de basta tela blanca, con una soga atada simbólicamente alrededor del cuello.

La marcha a través de París —con aún más nobles mirándola boquiabiertos, y la gente gritándole que merecía morir— sería un suplicio de lo más degradante para cualquier mujer de alcurnia. Pirot, que la observaba de cerca, la vio convulsionarse, literalmente, de ira y humillación: «Su rostro se contrajo, sus cejas se fruncieron, sus ojos se encendieron, su boca se torció y se le agrió la expresión». Un bosquejo de este terrible momento, inmortalizado por Charles Le Brun, cuelga hoy en el Louvre. Es un retrato desalentador del cíclico quebrantamiento humano, la asesina de camino a ser masacrada.

La procesión enfiló la calle hacia Notre Dame, donde Marie fue obligada a apearse del carro para ejecutar un acto público de contrición. Se arrodilló, sosteniendo en las manos una vela encendida, y proclamó: «Reconozco que, con maldad y por venganza, envenené a mi padre y a mis hermanos, e intenté envenenar a mi hermana para hacerme con los bienes de todos ellos, por lo cual pido perdón a Dios, al rey y a la justicia». Más tarde, Pirot escribió: «Hay quien dice que vaciló a la hora de pronunciar el nombre de su padre, pero yo no reparé en nada semejante».

En el cadalso, el verdugo le afeitó la cabeza a Marie y le rasgó el vestido para dejar su cuello y sus hombros al descubierto. Pirot le susurró unas oraciones al oído para reconfortarla, mientras los gruñidos de la muchedumbre se elevaban y descendían en oleadas a su alrededor. Entonces el verdugo le cubrió los ojos, y ella ya había empezado a repetir obedientemente una oración que Pirot estaba pronunciando cuando una larga espada surcó el aire con un destello. Marie enmudeció.

Repentinamente repugnado, Pirot creyó que el verdugo había errado el golpe por completo, porque, aunque Marie ya no hablaba, seguía de rodillas, muy derecha, con la cabeza sobre los

hombros. Sin embargo, un instante después, su cabeza se desprendió del cuello y su cuerpo se desplomó hacia delante. El verdugo le comentó a Pirot: «Señor, ¿no es verdad que he dado un golpe magnífico?», y acto seguido se tomó un buen trago de vino. Tal y como Marie le había pedido, Pirot empezó a recitar un *De profundis* —la oración fúnebre de la fe católica—, allí de pie, junto a su cuerpo ensangrentado: «De lo hondo de mi pecho te he llamado, Señor, con mil gemidos».[2]2

## «LA REPIRAREMOS»

La Brinvilliers estaba muerta, y París, aterrada, escandalizada, encantada. «El asunto de madame de Brinvilliers es espantoso, y hacía mucho tiempo que no se tenía noticia de una mujer tan perversa como ella —le escribiría una chismosa parisina a otra—. El origen de todos sus crímenes fue el amor.» Puesto que Marie no había ocultado en ningún momento su apetito sexual, haciendo alarde de su aventura con Sainte-Croix por todo París, resulta de lo más normal que sus contemporáneas se aferraran a la versión de la bella marquesa que había recurrido al envenenamiento por amor.

El amor y sus primos hermanos, la lujuria y la obsesión, han sido identificados, desde el principio de los tiempos, como la «fuente» de los crímenes ejecutados por mujeres de una y mil formas arquetípicas: la querida celosa, la amante despechada, la loca Ofelia, la chica Manson a la que le habían lavado el cerebro... El amor consigue que una historia no solo sea romántica, sino también agradable. Es un fuego de combustión limpia, después de todo; el amor puede destruir muchas cosas, pero, en el fondo, lo suponemos fiel y honorable, casi de la misma manera en que los franceses daban por supuesto que los nobles, en el fondo, eran bondadosos. Si la fuente de los crímenes de Marie fuera el amor, se anularía la peor parte de su perversidad, o al menos se volvería más socialmente aceptable. Una buena aristócrata tenía derecho a volverse un poco loca cuando se trataba del amor, especialmente en el caso de una dama enamorada de un hombre como Sainte-Croix, que iba por ahí presumiendo de sus conocimientos pseudocientíficos e intentaba transformar la materia innoble en oro.

Hoy en día podemos ver que no fue el amor lo que impulsó a la marquesa a matar, por mucho que las chismosas insistieran en lo contrario. Ella amó, y fue amada, y quizá el amor la llevó a la perdición, pero también era una mujer furiosa, vengativa y obsesionada con su cajita de «herencias». («Jamás debiéramos irritar a nadie», ¡vaya!) Pero el dinero es muy prosaico, y la venganza era cosa de mal gusto en una mujer noble, así que fue la versión de la mujer enamorada la que finalmente prendió.

Pero, aun con todo ese romanticismo, su historia dejó a París traumatizada, y paranoica con respecto al empleo del veneno. Si una bonita mujer acomodada podía envenenar a los hombres más próximos a ella, ¿quién no iba a hacerlo? Si la nobleza podía tornarse perversa, ¿quién estaba a salvo?

«Se acabó, por fin, la Brinvilliers está en el aire —le escribió madame de Sévigné a una amiga—. Su pobre cuerpecito fue arrojado a una gran hoguera después de la ejecución, y sus cenizas se esparcieron a los cuatro vientos, de modo que nosotros la respiraremos, y por medio de unos

espíritus imperceptibles terminaremos desarrollando un afán envenenador que nos asombrará a todos (...). Nunca se ha visto una muchedumbre semejante, ni a la ciudad de París tan conmovida y atenta.»

Es más, una parte de París estaba tan atenta que observó quemarse el cuerpo de Marie hasta el final. Querían ver dónde se posaban sus cenizas. La gente situada más cerca del cadalso contó que un halo de luz iluminó su cara justo antes de la decapitación. La muerte la había convertido en santa, dijeron, y se apresuraron a hurgar entre las cenizas, en busca de algún pedacito de hueso.

---

[2]2. En la versión de Fray Luis de León: *Obras*, Madrid, Ibarra, Impresor de Cámara de Su Majestad, 1816.

## CONCLUSIÓN



## HORROR

La vida media del asesinato es eterna. Las historias de detectives tienen mucho tirón. Así que hay como un millón de cosas que preguntarse sobre los asesinos en serie, un millón de ángulos que analizar, un millón de piedras que voltear. Lo cierto es que da un poco de repelús la cosa. ¿Cómo es posible que se pueda teorizar de manera tan extensa sobre esta gente? ¿No tendríamos que lavarnos las manos y sanseacabó? ¿Por qué esta obsesión? ¿Por qué aquella amiga reculó en su silla, apartándose de mí, cuando le dije que «empatizaba, aunque no simpatizaba», con todas y cada una de las mujeres de este libro?

Normalmente la gente reacciona de una de estas dos maneras cuando les menciono que estoy escribiendo un libro sobre asesinas en serie: o bien sueltan un frenético «¡Qué divertido!», o bien un espantado «¡Qué horror!». (También existe una tercera opción, muda esta vez: una risita nerviosa, acompañada de un discreto paso hacia atrás.) Entiendo todos esos enfoques, pero, si los examinamos uno a uno, nos damos cuenta de que son una falacia. Yo creo que es necesario reírse y también estremecerse a la hora de comprender la historia de la humanidad, que, en parte, es una herencia de muerte.

Retroceder ante el crimen es algo natural, pero, si retrocedemos demasiado, termina convirtiéndose en una falsa ilusión. Los psicólogos tienen la teoría de que nos encanta apartarnos del «mal» porque eso nos hace sentirnos mejores personas: «Localizar el mal en individuos o grupos escogidos trae aparejada la “virtud social” de liberar a la sociedad de toda culpa». Y eso de no tener que cargar con la culpa suena maravilloso, desde luego. Pero, tal y como escribió Alexandr Solzhenitsyn después de padecer una serie de terribles experiencias (prisión, trabajos forzados, exilio): «Si solo se tratara de que en algún lugar hay algunas personas acechando para perpetrar malignidades, bastaría con separarlos del resto de nosotros y destruirlos. Pero la línea que divide el bien del mal pasa por el mismísimo centro del corazón de todo ser humano. ¿Y quién está dispuesto a destruir un solo fragmento de su propio corazón?». También me encanta cómo lo expresa Joyce Carol Oates: «Analizar la mente del asesino en serie es analizar la mente humana *in extremis*, y ¿acaso podemos considerar ajeno a nosotros algo que en definitiva es “humano”? Después de todo, determinar el momento en que lo “humano” se convierte en lo “monstruoso” depende de la ley, de la teología o del gusto estético».

## DAMAS

Las asesinas en serie a menudo pasan desapercibidas durante mucho tiempo, sí. Pero, ojo, toda

esa retórica sobre que «nadie se da cuenta de que las asesinas en serie existen de verdad» puede derivar rápidamente en el más absoluto ridículo. Las damas asesinas existen, pero subestimar esa realidad no significa que estemos poniendo nuestras vidas en riesgo, literalmente, cada vez que hablamos con una mujer. Hay un libro sobre el tema —fantástico excepto por lo que viene a continuación— que incluye una línea en la que da a entender que «esa chica tan mona que nos corta el pan al otro lado del mostrador de la tienda de *delicatessen*» podría ser, de hecho, una despiadada asesina. Vamos, colega, tú pídete el bocata, que no te va a pasar nada.

Con todo, lo cierto es que no se ha estudiado mucho sobre las asesinas en serie, y, cuando sí se ha hecho, los análisis siempre han distado de ser exhaustivos: suelen centrarse solamente en asesinas de Estados Unidos, o en asesinas de los últimos cien años, etcétera. Esa es la razón de que no haya incluido demasiadas estadísticas en este libro; con frecuencia resultan limitadas o poco fiables. Pero he aquí una estadística que seguro que les encanta: en Estados Unidos, la probabilidad de que sea usted víctima de una asesina en serie es tan ínfima como de una entre noventa millones.

Por supuesto, la probabilidad de que sea usted asesinado por una mujer de este libro es nula. La decisión de que estas damas asesinas fueran relativamente *vintage* (Nannie Doss es la más reciente, y se dedicó a hacer de las suyas allá por los años cincuenta) se debió a motivos estéticos, más que nada; cuando tratas con víctimas y perpetradores que llevan muertos mucho tiempo, resulta más sencillo que las historias pequen de espeluznantes y cautivadoras que de simplemente... deprimentes. Los asesinos en serie de la actualidad merecen ser analizados, por supuesto, pero los crímenes modernos llevan aparejada una tristeza y una pesadumbre que la historia tiende a eliminar, ya sea para bien o para mal. De todas formas, esta no es la era de los asesinos en serie. Esa clase de criminales son ahora una raza poco común, una especie en extinción, no como en los años setenta y ochenta, cuando deambulaban por las calles en números aparentemente incontenibles. Si los crímenes son un reflejo de las ansiedades de nuestro tiempo, entonces la actual es la era de los asesinos de masas, los terroristas. Nuestros gustos violentos siguen conduciendo a fines violentos, pero esos fines cambian con el flujo y reflujo de las décadas.

Existe una estadística que se ve confirmada una y otra vez en varios estudios, y es la que dice que la mayoría de los asesinos y asesinas en serie son blancos. (¿Les sorprende?) Claro que toda estadística parte de ciertas premisas sesgadas. Yo diría que la mayoría de los asesinos en serie que aparecen en los medios de comunicación, que figuran en los registros históricos, son blancos. Cuando nos internamos en la categoría de «asesinas en serie de color anteriores a 1950», la información se vuelve exigua, inaccesible, o resulta que, aparentemente, ningún caso llegó a documentarse nunca. Además, hay mucha información falsa por ahí; si consiguen ustedes dar con una lista de asesinas en serie de la historia clasificadas por razas, repararán en que muchas de las mujeres de color incluidas como las primeras «asesinas en serie» son, en realidad, figuras mitológicas, bandidas o reinas malvadas. Mis propias indagaciones no pueden sino estar repletas de imperfecciones y apuntes parciales, claro, pero les diré a quién más pretendía incluir en este libro: a Clementine Barnabet, una jovencita negra de Nueva Orleans, y a Miyuki Ishikawa, una comadrona japonesa. Por desgracia, la información que se conserva sobre ellas es mínima, aparte

de los datos sobre los crímenes en sí, incluso en lengua japonesa (en el caso de Miyuki), de modo que me resultó imposible reunir los detalles suficientes para darles vida.

En líneas generales, me pregunto si no será que a las asesinas en serie no se las ha estudiado en profundidad porque, a fin de cuentas, en el fondo de nuestros corazones, no las consideramos lo bastante dignas como antagonistas. Dejad que corten el pan; que nos miren desde el otro lado del mostrador de la tienda de *delicatessen*. Sencillamente no les tenemos miedo.

## UN CORAZÓN HERIDO

Resulta que ser una dama asesina es algo de lo más solitario. Al parecer, ni una sola de las mujeres de este libro contaba con amistades íntimas. Tillie tenía a su prima Nellie, Raya a Sakina, Anna y Alice tenían a sus queridos hijos. Y punto. A la mayoría, el matrimonio y los hijos no les servían de consuelo, por razones obvias. Y, que yo sepa, las únicas personas que les tendieron la mano o que intentaron comprenderlas fueron clérigos, periodistas y algún que otro médico o abogado defensor; en otras palabras, personas que les fueron enviadas después de que las encerraran, cuando ya era demasiado tarde para salvarlas de ellas mismas.

Y, hablando de soledad, la expresión *mise en abyme*, que significa literalmente «puesta en abismo», ha empezado a recordarme a estas mujeres. La frase evoca la sensación de un salón de espejos: una imagen de una imagen, algo que se multiplica hasta el infinito. Con solo oírla, veo a Erzsébet Báthory plantada en uno de sus cavernosos salones, despotricando en el abismo, sin nadie que pueda devolverle otro reflejo que su propia y retorcida realidad. Veo a Mary Ann Cotton, condenada a repetirse una y otra vez, representando eternamente una siniestra parodia del matrimonio y de la maternidad. Veo a las campesinas de Nagyrév, con cada uno de sus asesinatos como el teatro dentro del teatro de *Hamlet*, una diminuta historia que se refleja en la historia principal, contribuyendo a la idea de que lo que sucedió y lo que estaba a punto de suceder eran ambos completamente inevitables.

De alguna manera, no me preocupa que estemos obsesionados con los asesinos en serie. A lo mejor debería. (Mark Seltzer, un profesor de la Universidad de California en Los Ángeles que ha escrito largo y tendido sobre la violencia, llama a esta obsesión «cultura de la herida»; ya saben, esa tendencia que tenemos a concentrarnos en torno a un trauma, incapaces de apartar la vista de él.) No creo que nuestra obsesión provenga del hecho de que, en el fondo, todos seamos secretamente violentos, o de que nos valgamos del asesino en serie para recrear nuestras más oscuras fantasías. Creo que, más bien, proviene de nuestra eterna pasión por las historias. Dicho esto, he de reconocer que mientras escribía este libro me he visto acosada una y otra vez por un persistente sentido de responsabilidad moral. No quiero hacer que, accidentalmente, el asesinato suene trivial o divertido. No quiero hacer que las asesinas en serie parezcan las feministas definitivas. No quiero formar parte de esa larga tradición que se ha dedicado a rodear de glamur a los asesinos en serie, aunque estoy convencida de que, en alguna que otra ocasión, he patinado en

ese aspecto. Pero creo en el poder curativo y esclarecedor de la narrativa, y pienso que se puede extraer algo positivo de contemplar el mal, de tratar de comprenderlo, de preguntarse si quizá no tenemos todos un poco de culpa. ¿Podemos considerar ajeno a nosotros algo que en definitiva es humano? Esa pregunta es aterradora, y también hermosa.

Lloré en dos ocasiones mientras trabajaba en este libro, las dos veces en la misma parte: el momento en el que Anna Marie Hahn se derrumba por completo de camino a la silla eléctrica. Sus asesinatos se cuentan entre los más despiadados de estas páginas, pero, cuando tuvo que enfrentarse a su propia muerte, no pudo soportarlo. Me parece tan doloroso, tan triste. Demuestra cuán desesperadamente desea vivir el cuerpo humano, por muy perversa o temeraria que se haya vuelto el alma que cobija en su interior. Hasta la mayor psicópata de todas puede darse cuenta, al mirar a la muerte a los ojos, de que, al final, lo que más valoraba desde el principio era la vida.

## AGRADECIMIENTOS



GRACIAS A EMMA CARMICHAEL POR OFRECERLE a la columna «Lady Killers» un hogar, primero en *The Hairpin* y luego en *Jezebel*. Gracias a las personas que leyeron la columna, especialmente al lector que dijo que combinaba fenomenal con una copa de vino tinto. Me gusta tu estilo.

Por su labor de documentación y de comprobación de datos y por sus increíbles dotes bilingües: gracias a Hiba Krisht por la ayuda con Moulay y Raya/Sakina; gracias a Taka Okubo por sondear la historia de Miyuki Ishikawa (aun cuando no hallásemos lo suficiente acerca de ella para incluirla), y a Google Hungría, que me informó de que me equivocaba de parte a parte al creer que el diario de Erzsébet Báthory se encontraba en el Archivo Nacional de Budapest. (No, no se preocupen, tenía más razones aparte de esa para hallarme en Budapest.) No puedo estarles más agradecida a mis traductores del ruso, Rostislav y Alyona Tkachenko: sin vosotros el capítulo de Darya no existiría, y punto. Gracias a Nefertiti Takla por tu generosidad al hablarme de tu excelente trabajo sobre Raya y Sakina. Béla Bodó, Diana Britt Franklin, David Wilson y Kimberly L. Craft: no me conocéis, pero vuestras obras meticulosamente documentadas me fueron de una ayuda que no tiene precio. Y un gracias enorme a todos los esforzados periodistas de la vieja escuela del pasado, por todos esos magníficos titulares, citas impertinentes y anécdotas increíblemente inexactas pero llenas de color. Nellie Bly, Genevieve Forbes: vuestra valentía y espíritu empático perviven hoy en periodistas de todo el mundo.

Gracias a mis hermanos, siempre. A John, mi primer compinche (literario, se entiende) y a Jenny: gracias por dejarme ponerlos al día delante de unas tortitas en IHOP y por ser los más enrollados de Los Ángeles. A Sammy: eres tan entusiasta y me apoyas de una forma tan incondicional con todo... A Anna, mi mejor amiga/genio malvado/consejera, ¿qué haría yo sin ti? ¡Espero no haberte vuelto mala por accidente! También quiero mandarles un abrazo especial a Sammy y a mi primo Aaron por leerse el capítulo de Alice Kyteler mientras andaban perdidos por Sudamérica.

Gracias a mis padres, Charles y Rhonda Telfer, por enseñarme a amar los relatos redentores y los rincones curiosos y olvidados de la historia. Gracias a mis increíbles abuelos, a los cuatro, y a mis suegros superguays, Chris y Lori, por todo su cariño y apoyo.

Y, sobre todo, gracias a Charlie Kirchen: mi alma gemela, mi único amor verdadero, con el que estoy algo así como espeluznantemente obsesionada; gracias por estar ahí en cada paso del camino (y mucho antes también). Gracias por dejarme obsequiarte con historias sobre la muerte, por todo ese café perfectamente preparado, por ser el Clyde de mi Bonnie (¡simbólicamente, no literalmente!), por dejar que te birlase esa cita de Nietzsche, por animarme con mi escritura y con mi *catering*, por inspirarme con tu duro trabajo, por darme la clase de amor que hace que todo parezca posible. ¡Me muero de ganas de que leas esto!

## NOTAS



## LA POBLACIÓN ESQUIVA

- 11 La población esquiava:** Farrell, A. L., Keppel, R. D. y Titterington, V. B.: «Lethal Ladies: Revisiting What We Know about Female Serial Murderers», en *Homicide Studies* 15, nº3, 2011. Págs. 228-252.
- 13 Menos del 10%:** De acuerdo con las estadísticas de la Radford/FGCU Serial Killer Database (la Base de Datos de Asesinos en Serie de las universidades de Radford y Florida Gulf Coast) y con la información recogida en Hickey, Eric W.: *Serial Murderers and Their Victims*, Belmont (California), Wadsworth Publishing, 1997.
- 13 Ciento cuarenta asesinas en serie conocidas:** Vronsky, Peter: *Female Serial Killers: How and Why Women Become Monsters*, Nueva York, Berkley Books, 2007. Pág. 3.
- 13 Blog a favor del movimiento por los derechos de los hombres:** Véase el listado incluido en el índice de [unknownmisandry.blogspot.com](http://unknownmisandry.blogspot.com).
- 14 Ha aumentado en Estados Unidos desde la década de los setenta:** Schurman-Kauflin, Deborah: *The New Predator: Women Who Kill. Profiles of Female Serial Killers*, Nueva York, Algora Publishing, 2000. Pág. 12.
- 14 Amnesia colectiva:** Un concepto que se analiza en Pearson, Patricia: *When She Was Bad: How and Why Women Get Away with Murder*, Nueva York, Penguin Books, 1998.
- 14 Homicidios de tipo expresivo-impulsivo (...), homicidios de tipo instrumental-cognitivo:** Perri, Frank S. y Lichtenwald, Terrance G.: «The Last Frontier: Myths and the Female Psychopathic Killer», en *Forensic Examiner* 19, nº2, verano de 2010. Págs. 50-67.
- 15 Atractivo por encima de la media:** Harrison, Marissa A.; Murphy, Erin A.; Ho, Lavina Y.; Bowers, Thomas G., y Flaherty, Claire V.: «Female Serial Killers in the United States: Means, Motives, and Makings», en *Journal of Forensic Psychiatry and Psychology* 26, nº 3, 2015. Págs. 383-406.
- 15 Del territorio que le es más ventajoso, el del SEXO:** Harland, Marion: «The Truth about Female Criminals», en *North American Review* 150, nº 398, enero de 1890. Págs. 138-140.
- 16 No obstante, rara vez se invoca esta vertiente suya:** Perri y Lichtenwald, op. cit.
- 16 Mito de la pasividad femenina:** Ibídem.
- 16 No hemos de suponer que son como las demás:** *Questions sur les empoisonneurs*, BA, MS 2664, fol. 45, citado en Mollenauer, Lynn Wood: *Strange Revelations: Magic, Poison, and Sacrilege in Louis XIV's France*, University Park (Pensilvania), Pennsylvania State University Press, 2007. Págs. 63 y 159.
- 16 Hot Female Murderers:** Esta lista podía consultarse a fecha de 6 de noviembre de 2016 en la muy popular página web [holytaco.com/female-murderers-casey-anthony](http://holytaco.com/female-murderers-casey-anthony).
- 17 Antes quiere el hombre querer la nada:** Nietzsche, Friedrich Wilhelm: *On the Genealogy of*

*Morals*, Nueva York, Vintage Books, 1989. [*La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, Madrid, Edaf, 2000. Traducción de José Mardomingo Sierra.]

## LA CONDESA SANGRIENTA

- 21 La Condesa Sangrienta:** Este es uno de los apodos más comunes por los que se conoce a Erzsébet y aparece en muchas de las publicaciones que se citan a continuación.
- 24 No solo hablaba húngaro y eslovaco:** Thorne, Tony: *Countess Dracula: The Life and Times of the Blood Countess, Elisabeth Báthory*, Londres, Bloomsbury, 1997, pág. 84. McNally, Raymond T.: *Dracula Was a Woman: In Search of the Blood Countess of Transylvania*, Nueva York, McGraw-Hill, 1983, pág. 19. Penrose, Valentine: *The Bloody Countess*, Londres, Calder and Boyars, 1970, pág. 15. Craft, Kimberly L.: *Infamous Lady: The True Story of Countess Erzsébet Báthory*, Lexington (Kentucky), Kimberly L. Craft, 2009, pág. 13.
- 24 Ataques epilépticos:** McNally, op. cit., pág. 19. Craft, op. cit., pág. 13.
- 24 Sus padres eran primos:** McNally, op. cit., págs. 16 y 18-19. Penrose, op. cit., pág. 15.
- 25 Cuerpo del caballo:** McNally, op. cit., pág. 21.
- 25 Alguna que otra ejecución pública:** Craft, op. cit., pág. 13.
- 25 Administrar las vastas propiedades de su familia política:** Thorne, op. cit., pág. 89.
- 25 Cumplidos los catorce años, Erzsébet:** McNally, op. cit., pág. 30. Thorne, op. cit., pág. 92.
- 26 Algún que otro destello ocasional de ese carácter férreo:** Craft, op. cit., pág. 41.
- 26 Jugar a la pelota con sus cabezas decapitadas:** *Ibidem*, pág. 63.
- 27 Acabaron prestando dinero a los Habsburgo:** McNally, op. cit., pág. 60.
- 27 Patear estrellas:** *Ibidem*, pág. 127.
- 27 Guante con garras (...), picotazos de los insectos:** Craft, op. cit., pág. 64.
- 28 Bestia salvaje con forma de mujer:** *Ibidem*, pág. 62.
- 28 La señora se volvió más cruel:** Testimonio de Ficzkó, traducido en los apéndices de Craft, op. cit.
- 28 Redujo los derechos de los siervos y los campesinos:** Bledsaw, Rachael L.: *No Blood in the Water: The Legal and Gender Conspiracies Against Countess Elizabeth Bathory in Historical Context* (tesis de máster), Universidad Estatal de Illinois, 2014. Pág. 30.
- 28 Una deuda prácticamente imposible de saldar:** Craft, op. cit., pág. 67.
- 29 Por causas desconocidas y misteriosas:** *Ibidem*, págs. 58 y 116.
- 29 Tres cadáveres:** *Ibidem*, pág. 57.
- 29 Su Ilustrísima no debería haber actuado de ese modo:** Informe de Mózes Cziráky, 27 de octubre de 1610, incluido en los apéndices, *ibidem*.
- 30 Se negó a participar en la tortura:** *Ibidem*, pág. 104.
- 30 Les seccionaba los dedos:** Testimonio de Dorka, incluido en los apéndices, *ibidem*.
- 31 Hasta que sus cuerpos reventaban:** Testimonio de Ficzkó, incluido en los apéndices, *ibidem*.

- 31 En mi opinión, jamás ha habido bajo el cielo carnicero tan cruel:** Extracto de la carta de Janós Ponikenusz, párroco de la iglesia de Csejthe, al teólogo Élias Lanyí, fechada el 1 de enero de 1611, incluida en los apéndices, ibídem.
- 31 Erzsébet gozaba con todas y cada una de aquellas variedades:** Todas las descripciones de los métodos de tortura empleados se han tomado de las actas del juicio y de los testimonios de Dorka, Ficzkó, Ilona Jó y Katalin, ibídem.
- 31 Allá donde fuera:** Testimonio de Ilona Jó, incluido en los apéndices, ibídem.
- 31 Su señora no podía comer ni beber:** Extracto del informe redactado por András de Keresztúr para Matías II de Hungría, fechado el 28 de julio de 1611, ibídem.
- 32 Escrito por un erudito jesuita:** Su nombre era László Turóczi.
- 33 Cambiarse la camisa:** Testimonio de Ilona Jó, incluido en los apéndices de Craft, op. cit.
- 33 Los perros terminaban escarbando:** Ibídem, págs. 126, 127 y 155.
- 34 Bruja de los bosques:** Ibídem, pág. 99.
- 34 Ansiedad:** Ibídem, pág. 90.
- 35 El estrambótico pretexto de Erzsébet:** Ibídem, págs. 107-108 y 113.
- 35 Un cuchillo todavía clavado en el pie:** Ibídem, pág. 110.
- 36 Un castigo público supondría una gran humillación para todos nosotros:** Carta de Zrínyi a Thurzó, fechada el 12 de febrero de 1611, incluida en los apéndices, ibídem.
- 37 Persuadidos de que ella trataba de envenenarlos:** Ibídem, págs. 127-128.
- 37 Los gatos debían destruir:** Carta de Ponikenusz a Élias Lanyí, fechada el 1 de enero de 1611, incluida en los apéndices, ibídem.
- 38 Encerradas en las estancias donde esta mujer maldita:** Carta de Thurzó a su esposa, fechada el 30 de diciembre de 1610, ibídem.
- 38 Mazmorras (...), que, escasas horas antes, habían albergado los cadáveres de sus víctimas:** Ibídem, pág. 133.
- 38 Entre 175 y 200 chicas:** Ibídem, pág. 160.
- 38 650 muchachas:** Testimonio de Szuzanna, incluido en los apéndices, ibídem.
- 38 Tan graves y continuadas atrocidades:** Ibídem, pág. 244.
- 39 Ni aunque la torturaran con fuego:** Testimonio de Nicolaus Barosius, pastor protestante de la población de Verbo, ibídem.
- 39 Así las sombras os envuelvan:** Ibídem, pág. 171.
- 40 Ciertos factores culturales e históricos:** Para un estudio en profundidad acerca del empleo de la tortura, de los montajes incriminatorios y del proceso inquisitorial, véase Bledsaw, op. cit., pág. 30.
- 41 Pusieron a la condesa bajo arresto domiciliario:** Thorne, op. cit., pág. 167. Penrose, op. cit., pág. 168.
- 41 Su nombre no volviera a pronunciarse en sociedad:** Craft, op. cit., pág. 180.
- 43 Cantar, y maravillosamente, además:** Carta de Stanislas Thurzó a György Thurzó, fechada el 25 de agosto de 1614, incluida en los apéndices, ibídem.
- 43 Ni rastro de Erzsébet:** Ibídem, pág. 184.

## LA ABUELITA RISUEÑA

- 45 La Abuelita Risueña:** Uno de los apodos más populares con los que la prensa bautizó a Nannie durante sus días de gloria.
- 48 Tía anciana y enferma:** «Possible Poison Victims Now 14», en *Corsicana Daily Sun*, 7 de diciembre de 1954.
- 48 Me alegra sobremanera:** «Nannie Doss Hams It Up for Newsmen», en *Pampa Daily News*, 8 de diciembre de 1954.
- 48 Pensamientos retorcidos:** «Nannie Doss Enjoyed Good, Clean Romance», en *Lawton Constitution*, 3 de junio de 1965.
- 49 Mujer muy fiel a la Iglesia:** «Doss Tales as False», en *Kansas City Times*, 30 de noviembre de 1954.
- 49 No tenía de cristiana:** «Jovial Mrs. Doss Never Lost Smile Throughout Four Poison Confessions», en *Lima News*, 19 de diciembre de 1954.
- 49 Lo rápido que se habían puesto morados:** *Ibidem*.
- 49 Yo por mi madre me hincaría de rodillas:** «Full Story Not Told», en *Kansas City Times*, 1 de diciembre de 1954.
- 50 Algunos hombres eran buenos:** *Ibidem*.
- 50 Habla por los codos:** «Reticent Widow Investigated in Arsenic Deaths», en *Great Bend Tribune*, 27 de noviembre de 1954.
- 51 Viuda sonriente y parlanchina:** «Nannie Doss Admits Poison Deaths of 4», en *Miami Daily News-Record*, 29 de noviembre de 1954.
- 51 Si no te vienes conmigo a la cama (...). Decidí darle una lección:** «Affable Grandmother Confesses Poisoning 4 of 5 Husbands», en *Bridgeport Telegram*, 29 de noviembre de 1954.
- 51 Sacar de la cama:** «Tulsa Widow Confesses Killing Five Husbands», en *Logansport Pharos-Tribune*, 29 de noviembre de 1954.
- 52 Le ruego que elimine nuestros nombres de su lista:** «Endorsement of Widow Written by Poison Victim», en *Brownwood Bulletin*, 30 de noviembre de 1954.
- 52 Perdí la cabeza:** «Affable Grandmother», en *Bridgeport Telegram*.
- 53 Me ponía de los nervios:** «Defense Wants to “Shut Up” Nannie Doss», en *Pampa Daily News*, 1 de diciembre de 1954.
- 53 Le encantaban las ciruelas pasas, vaya que sí:** «Affable Grandmother», en *Bridgeport Telegram*.
- 54 Matar a otra persona:** «Suspect Gave Autopsy Okay», en *Miami Daily News-Record*, 29 de noviembre de 1954.
- 54 Pueden ustedes levantar todas las tumbas del país:** «Tulsa Widow», en *Logansport Pharos-Tribune*.
- 55 Yo seré el siguiente:** «Nannie’s Conscience Clear», en *Anniston Star*, 3 de junio de 1965.
- 55 Lo único que pasó fue que la policía:** «Doss Tales», en *Kansas City Times*.
- 56 Sencilla, cándida, franca:** *Ibidem*.

- 56 Astuta, muy astuta:** *Ibíd.*
- 56 Es verdad, sería para morir, ¿eh?:** «Nannie Doss Hams it Up for Newsmen», en *Pampa Daily News*.
- 58 Llevamos hablando una semana:** «Slayer of Four Husbands Will “Quit Talking”», en *Moberly Monitor-Index*, 30 de noviembre de 1954.
- 59 Yo era una persona normal:** El vídeo de la última entrevista de Bundy con James Dobson estaba disponible en <https://vimeo.com/49018764> a fecha de 5 de febrero de 2017, y la transcripción se encuentra ampliamente disponible en todo Internet.
- 59 Epitafios:** «Widow Liked to Write Epitaphs for Tombstones of Her Poison Victims», en *Brownwood Bulletin*, 5/12/1954.
- 60 Quizá ahora pueda tomarme un respiro:** «Doctors Begin Sanity Tests on Nanny Doss», en *Neosho Daily News*, 16 de diciembre de 1954.
- 60 A lo mejor los médicos del hospital:** «Confessed Slayer to Mental Hospital», en *Lubbock Morning Avalanche*, 17 de diciembre de 1954.
- 60 Si tuvieran ustedes hijos pequeños:** «Grandma Doss Described as “Ideal Patient”», en *McKinney Daily Courier-Gazette*, 9 de marzo de 1955.
- 60 Mentalmente discapacitada:** «Slayer of Four Husbands Held Insane by Examiners», en *El Paso Herald-Post*, 14 de marzo de 1955.
- 60 La vista se perfila:** «Jury to Decide if Granny Doss Is Legally Sane», en *Index-Journal*, Greenwood (Carolina del Sur), 2 de mayo de 1955.
- 61 A mí me gusta la gente:** «Killer of Four Husbands Gets New Proposal», en *Long Beach Independent*, 26 de marzo de 1955.
- 61 Suficientes maridos:** *Ibíd.*
- 61 La señora Doss es una deficiente mental:** «Psychologist Holds Nannie Doss Insane», en *Valley Morning Star*, Harlingen (Texas), 3 de mayo de 1955.
- 61 Se trata de una mujer astuta, inteligente:** «Woman Termed Shrew Who Slew Four Husbands», en *Palm Beach Post*, 4 de mayo de 1955.
- 61 Exagerada y sin motivo:** «Nannie Doss Called Shrew by Prosecutor», en *Pampa Daily News*, 4 de mayo de 1955.
- 61 La mente criminal más inteligente:** «Nannie Might Kill Again, Sanity Hearing Jury Told», en *Albuquerque Journal*, 4 de mayo de 1955.
- 62 En mi vida me había sentido tan cuerda como ahora:** «Chuckling Mrs. Doss Agrees She’s Sane Enough to Face Trial», en *Anniston Star*, 5 de mayo de 1955.
- 62 Llevaba un bonito vestido azul de fiesta:** «Grandma Doss Gets Life Term», en *Daily Capital Journal*, Salem (Oregón), 2 de junio de 1955.
- 62 Este tribunal no ha oído jamás que a una mujer:** «Arsenic Slayer Gets Life Term», en *Brownsville Herald*, 2/6/1955.
- 62 No le guardo rencor a nadie:** «Nannie Doss Gets Life Term for Killing Husband», en *Sedalia Democrat*, 2 de junio de 1955.
- 63 Creía que me había quedado fuera de los titulares para siempre:** «Nannie Grants an Interview», en *Miami Daily News-Record*, 7 de septiembre de 1955.

- 63 Del artículo de una revista:** «Accused Poisoner Sent to Hospital for Mental Tests», en *Moberly Monitor-Index*, 16 de diciembre de 1954.
- 63 Menuda locura, ¿eh?:** «Nannie Grants», en *Miami Daily News-Record*.
- 63 Estrictamente restringido para las cincuenta internas:** «“Like Being at Home,” Nannie Says of Her Stay in State Penitentiary», en *Miami Daily News-Record*, 1 de diciembre de 1955.
- 63 Como una madre:** *Ibidem*.
- 63 Justo como estar en mi propio hogar:** *Ibidem*.
- 64 Numerosos estudios:** Brower, M. C.: «Advances in Neuropsychiatry: Neuropsychiatry of Frontal Lobe Dysfunction in Violent and Criminal Behaviour: A Critical Review», en *Journal of Neurology, Neurosurgery and Psychiatry* 71, nº 6, 2001. Págs. 720-726.
- 65 Serás pillina, abuelita:** «Grandma, You Rat!», en *Gastonia Gazette*, 30 de noviembre de 1954.
- 65 Melissa Ann Shepard:** Citas tomadas de «Canada’s Black Widow», en *The Guardian*, 25 de marzo de 2016, y de «The Many Faces of Canada’s “Internet Black Widow”», en *Daily Mail*, 19 de marzo de 2016.
- 66 Cuando están faltos de personal en la cocina:** Esta cita tuvo una gran repercusión, a la prensa le encantó. «News Quotes», en *Edwardsville Intelligencer*, 13 de mayo de 1957.
- 66 A lo mejor me condenan a la silla eléctrica:** «Widow Rejects Life in Prison», en *Panama City News Herald*, 13 de mayo de 1957.

## LA PEOR MUJER DEL MUNDO

- 69 La peor mujer del mundo:** «Lizzie Halliday dead; Guilty of Five Murders and Described as “Worst Woman on Earth”», en *The New York Times*, 29 de junio de 1918.
- 72 Efecto peculiar:** «Murder Is a Mania with Her», en *Harrisburg Daily Independent*, 11 de septiembre de 1893.
- 72 Perfectamente cuerda:** «Young Yet a Fiend», en *Algona Upper Des Moines*, 15 de julio de 1891.
- 73 Siempre andaba buscando pelea:** Blumer, G. Alder: «The Halliday Case», en *Brooklyn Medical Journal* 9, pág. 169.
- 73 Cara repulsiva:** «Distrusted Mrs. Halliday», en *The New York Times*, 12 de septiembre de 1893.
- 73 De natural, fea:** Blumer, op. cit., pág. 167.
- 74 La temo:** *Ibidem*, pág. 168.
- 74 ¿Qué sentido tiene vivir?:** *Ibidem*, pág. 166.
- 74 Matado a golpes a su primera mujer:** «A Woman without a Heart», en *The World*, Nueva York, 5 de noviembre de 1893.
- 75 Mi niño rondará ahora los doce años:** *Ibidem*.
- 75 Y, por si no os vuelvo a ver, adiós:** «The Halliday Murder Case», en *The New York Times*, 7

de septiembre de 1893.

- 76 El corazón seco:** Plainfield, N. J.: «Mrs. Halliday's Trial», en *The Daily Press*, 20 de junio de 1894.
- 76 Mirada taimada:** «Lizzie Halliday's Trial», en *Middletown Daily Argus*, 20 de junio de 1894.
- 77 En avanzado estado de descomposición:** «Watching Her Closely», en *Lebanon Daily News*, 8 de septiembre de 1893.
- 78 Chillido ensordecedor:** «Mrs. Halliday in Jail», en *The New York Times*, 9 de septiembre de 1893.
- 78 Con aire taciturno, ensimismada:** «Mrs. Halliday Not Insane», en *The New York Times*, 12 de septiembre de 1893.
- 78 Abuso generalizado [alegato de demencia]:** «To Stop the Insanity Dodge», en *Chicago Tribune*, 21 de abril de 1898.
- 78 La gente cree equivocadamente:** *Transactions of the Medical Society of the State of New York*, 1895, pág. 241.
- 79 Aventureras famosas:** Las entrevistas de Nellie Bly a Lizzie se pueden leer en «A Woman Without a Heart», en *The World*, 5 de noviembre de 1893, y en «Lizzie Borgia», en *St. Louis Post-Dispatch*, 5 de noviembre de 1893.
- 81 Se me ha ocurrido que podría cortarme para ver si sangraba:** «Cut Her Throat This Time», en *The Sun and the Erie County Independent*, 15 de diciembre de 1893.
- 82 No tomaba las precauciones:** «Trial», en *Middletown Daily Argus*.
- 82 Salvaje como un halcón:** «A Wierd Murderess [sic]», en *Evening World*, Nueva York, 20 de junio de 1894.
- 82 Diecinueve mofetas/Es una teatrera:** «Was Like a Tigress», en *Evening World*, Nueva York, 21 de junio 1894.
- 83 De una fiera salvaje o de un monstruo:** «Mrs. Halliday Convicted», en *Sun*, Nueva York, 22 de junio de 1894.
- 83 Exterminar a la reclusa:** «Trial», en *Middletown Daily Argus*.
- 83 No se merecía tener amigos:** «Convicted», en *Sun*.
- 84 Malicia:** «More Mystery», en *Middletown Times-Press*, 11 de septiembre de 1893.
- 84 Flujo menstrual excesivamente abundante:** Las observaciones acerca del estado de salud de Lizzie aparecen recogidas en Ransom, J. B.: «Shall Insane Criminals Be Imprisoned or Put to Death?», en *Transactions of the Medical Society of the State of New York*, 1895. Pág. 233.
- 84 Él me rompió una costilla:** Blumer, op. cit., pág. 163.
- 85 Las demandas de una opinión pública exaltada y clamorosa:** Ransom, op. cit., pág. 235.
- 85 Capacidad de escoger:** Blumer, op. cit., pág. 173.
- 86 Tranquila, ocupada y contenta:** «Lizzie Halliday Getting Better», en *Middletown Daily Argus*, 21 de agosto de 1895.
- 86 Había recuperado la cordura:** «Mrs. Halliday Tries Again», en *Washington Bee*, 7 de septiembre de 1895.
- 87 Emocionante drama bélico:** «Exciting War Play», en *Gazette*, York (Pensilvania), 6 de noviembre de 1898.

- 89 Intentó abandonarme:** «Mad Murderess Kills Girl Nurse», en *French Broad Hustler*, 4 de octubre de 1906.
- 90 Brotes de enajenación mental:** «More Mystery», en *Middletown Time-Press*.
- 90 Una joven y bonita integrante:** «The Gipsy Fiend», en *Leavenworth Times*, 1 de octubre de 1893.
- 90 ¿Acaso se creen que soy un elefante?:** «More about Mrs. Halliday», en *Middletown Times-Press*, 4 de diciembre de 1893.

## EL DIABLO EN FORMA DE SANTA

- 93 El diablo en forma de santa:** *A True Relation of Four Most Barbarous and Cruel Murders Committed in Leicester-shire by Elizabeth Ridgway* [sic], Londres, George Croom, 1684.
- 96 Tengo motivos para estarle agradecido a Dios de por vida:** Josselin, Ralph y Hockliffe, Ernest: *The Diary of the Rev. Ralph Josselin, 1616-1683*, Londres, Offices of the Society, 1908.
- 96 Servidora del Señor:** *A True Relation*, impreso por Croom.
- 96 No sentía el más mínimo interés:** Newton, John: *A True Relation of the Fact, Trial, Carriage and Death of Ridgeway*, Londres, Richard Chiswell, 1684.
- 97 Thomas Ridgeway:** En el panfleto de George Croom aparece bajo el nombre de William, pero, como Newton habló con Elizabeth en persona, me inclino por otorgarle más credibilidad a su relato.
- 97 Ánimo obstinado y resentido:** *A True Relation*, impreso por Croom.
- 97 Mercurio blanco:** Newton dice que fue arsénico blanco. Newton, op. cit.
- 97 Tan liberal:** *A True Relation*, impreso por Croom.
- 98 Prepararle alguna suerte de bebedizo:** *Ibidem*.
- 98 Aparente amor mutuo:** Newton, op. cit.
- 98 Frustrada con las expectativas:** *Ibidem*.
- 99 Convirtió su desesperación:** *Ibidem*.
- 100 Atormentado de dolor:** *Ibidem*.
- 101 Brotó de su nariz y de su boca:** *A True Relation*, impreso por Croom.
- 101 Personas sensibles:** Newton, op. cit.
- 101 Newton visitó a Elizabeth en la cárcel:** *Ibidem*. Todos los fragmentos subsiguientes que citan lo que Elizabeth le dijo a Newton, o lo que Newton dijo acerca de Elizabeth, proceden del relato que escribiera Newton sobre su experiencia.
- 105 Siglos más tarde, los investigadores clasificarían a las psicópatas en dos grandes categorías:** Perri, Frank S. y Lichtenwald, Terrance G.: «The Last Frontier: Myths and the Female Psycopathic Killer», en *Forensics Examiner* 19, nº2, verano de 2010. Págs. 50-67.
- 106 Iba a morir:** *A True Relation*, impreso por Croom.
- 106 Contemplativa ante la inminencia de la Muerte y del Juicio:** Newton, op. cit.

- 107 Espíritu familiar:** *A True Relation*, impreso por Croom.  
**108 Leer y rezar:** *Ibidem*.  
**109 Brutal ejemplo:** *Ibidem*.

## VÍBORAS

- 111 Víboras:** Uno de los muchos y bestiales apodos que recibieron las hermanas por parte de la prensa. Lopez, Shaun T.: «Madams, Murders, and the Media», en *Re-Envisioning Egypt 1919-1952*, El Cairo, American University in Cairo Press, 2005. Pág. 384.
- 114 ¿Dónde está la policía?:** Esta cita de Abaza se publicó originalmente en *Al-Ahram Weekly*, el 25 de noviembre de 1920, y volvió a aparecer en Labib Rizk, Yunan: «The Women Killers», en *Al-Ahram Weekly*, 17-23 de julio de 1999.
- 115 Raya y Sakina a menudo la acompañaban:** La mejor fuente de información acerca de la infancia y la juventud de las dos hermanas es la que proporciona Issa, Salah: *Rijal Raya wa Sekina: Sira Ijtima'yahwa Siyasiyyah*, El Cairo, Dar al-Ahmadi, 2002.
- 116 Entre diez y quince vasos de vino:** Takla, Nefertiti: *Murder in Alexandria: The Gender, Sexual and Class Politics of Criminality in Egypt, 1914-1921* (tesis doctoral), Universidad de California en Los Ángeles, 2016. Pág. 146. Consultado el 1 de abril de 2016: [csw.ucla.edu/2016/03/21/murder-alexandria-gender-sexual-class-politics-criminality-egypt-1914-1921](https://escholarship.org/uc/item/4r35401h) [actualmente se puede consultar en la siguiente dirección: <https://escholarship.org/uc/item/4r35401h>].
- 116 Cortos de entendederas, lascivos, irascibles y vengativos:** *Ibidem*, pág. 26.
- 117 Siempre tenía algo de dinero en el bolsillo:** Issa, op. cit., pág. 468.
- 117 Sakina consiguió unos ingresos extra:** *Ibidem*, pág. 168.
- 118 Ese trauma:** *Ibidem*, págs. 111-112.
- 118 [Burdeles] de forma clandestina:** Takla, op. cit.
- 119 Su valor:** *Ibidem*, pág. 79.
- 119 Trabajos físicos:** *Ibidem*, pág. 103.
- 120 Paralizando temporalmente la economía de todo el país:** Botman, Selma: *Egypt from Independence to Revolution: 1919-1952*, Siracusa (Nueva York), Syracuse University Press, 1991. Pág. 100.
- 122 Dónde estaba la policía:** Cita procedente de *Al-Lataif al-Musawara*, 29 de noviembre de 1920, tomada de «The Centenary of Raya and Sakina», en *Community Times*, 11 de febrero de 2015. Consultado el 5 de febrero de 2017: [communitytimes.me/the-centenary-of-raya-and-sakina/](https://communitytimes.me/the-centenary-of-raya-and-sakina/). No he podido localizar el título del artículo original.
- 123 Raya, quien tal vez fuera la cabecilla del grupo:** Esto es lo que se postula en Issa, op. cit., pág. 468.
- 123 Método para matar:** «The Women Killers», en *Al-Ahram Weekly*.

- 124 Por los miembros de las clases bajas contra sus propios congéneres:** Lopez, op. cit., pág. 373.
- 125 Publicaba, en toda su historia, la fotografía de un criminal:** «The Women Killers», en *Al-Ahram Weekly*.
- 125 En todas las calles los vendedores de periódicos:** Cita de *Al-Haqa'iq*, 21 de noviembre de 1920, tomada de Lopez, op. cit., pág. 389. No he podido localizar el título del artículo original.
- 125 Qué fuerza impulsó a estas mujeres:** Cita procedente de un editorial de *Al-Umma*, 21 de noviembre de 1920, tomada de Lopez, op. cit., pág. 385.
- 126 Un espíritu débil:** Cita procedente de un editorial de *Al-Haqa'iq*, 20 de diciembre de 1920, tomada de Lopez: op. cit., pág. 385.
- 126 Ensombrecido los albores:** Abaza en su artículo de *Al-Ahram Weekly*.
- 126 La codicia y las ansias de placer:** Lopez, op. cit., pág. 384.
- 126 Captadas mediante la oferta de atractivos viajes turísticos:** «50 Murder Mysteries Cleared by Confession», en *Post-Crescent*, Appleton (Wisconsin), 19 de febrero de 1921.
- 127 Víboras, tigresas, serpientes y lobas:** Lopez, op. cit., pág. 384.
- 127 No puedes escapar de mis garras:** Viñeta publicada en *Al-Rashid*, 9 de diciembre de 1920.
- 127 Raya, no eres humana:** Cita procedente de un editorial de *Al-Rashid*, tomada de Lopez, op. cit., pág. 384.
- 127 La gente acudió precipitadamente:** «The Women Killers», en *Al-Ahram Weekly*.
- 127 No hay una sola persona que pida una pizca de clemencia:** «The Trial of Raya and Sakina and Their Accomplices», en *Al-Muqattam*, 11 de mayo de 1921.
- 128 Para empezar, los crímenes cometidos por mujeres requieren, de costumbre:** «The Women Killers», en *Al-Ahram Weekly*.
- 129 Cuando le pregunté a Sakina al respecto:** *Ibidem*.
- 129 Amputar de la nación estos dos miembros corruptos:** Cita procedente de «Qadayyat Raya wi Sakina», en *Al-Basīr*; 11 de mayo de 1921, tomada de Takla, op. cit., pág. 182.
- 129 Auténtico pandemonio durante quince minutos:** «The Women Killers», *Al-Ahram Weekly*.
- 129 Prepárate (...) haya pisado jamás el patíbulo:** Las citas de la prensa sobre el monólogo final de Sakina aparecen todas recogidas en Takla, op. cit., págs. 191-192.
- 130 Ira de las mujeres:** Boyle, Stephanie: «Gender and Calamity in the British Empire», en Fallwell, Lynne y Williams, Keira V. (eds.): *Gender and the Representation of Evil*, Nueva York, Routledge, 2017. Pág. 94.
- 130 ¿Dónde estaba la policía?:** *Ibidem*, pág. 90.
- 131 La insensibilidad, por naturaleza:** «The Women Killers», en *Al-Ahram Weekly*.
- 131 Los turistas examinan penosamente las calles de Al-Labbān:** En la página web Community Times, se citan palabras textuales de algunos de los vecinos actuales del barrio, varios de los cuales expresan sentirse «avergonzados» por esta infamia. Véase «The Centenary of Raya and Sakina», en *Community Times*.
- 132 Raya y Sakina vayan a por ella:** «Sisters without Mercy: Behind Egypt's Most Infamous Murder Case», en *Haaretz*, 27 de diciembre de 2014.

## LA MUJER MALDITA

- 133 Mujer maldita:** «Execution of Mary Ann Cotton», en *Leeds Mercury*, 25 de marzo de 1873.
- 135 Al menos nueve de ellas fueron declaradas culpables:** Crosby, Sara Lynn: *Poisonous Muse: The Female Poisoner and the Framing of Popular Authorship in Jacksonian America*, Iowa City, University of Iowa Press, 2016. Pág. 11.
- 136 Bonitos ojos oscuros:** Appleton, Arthur: *Mary Ann Cotton: Her Story and Trial*, Londres, Michael Joseph, 1973. Pág. 48.
- 136 Días felices:** Cita procedente de la correspondencia de Mary Ann Cotton desde prisión. Estas cartas aparecen recogidas en Appleton, op. cit., y en Wilson, David: *Mary Ann Cotton: Britain's First Female Serial Killer*, Hampshire, Waterside Press, 2012.
- 138 Explotara:** Whitehead, Tony: *Mary Ann Cotton, Dead, but Not Forgotten*, Londres, T. Whitehead, 2000. Esta es una teoría expuesta por Tony Whitehead, cuya postura podría parecer excesivamente compasiva para con Mary Ann.
- 139 Empleaban los términos tifus y fiebre tifoidea indistintamente:** Wilson, op. cit., pág. 64.
- 139 Bien proporcionado y musculoso:** Appleton, op. cit., pág. 56. Aquí Appleton cita una fuente original, aunque sin aportar referencias.
- 140 Algunos biógrafos se preguntan:** El voraz apetito sexual de Mary Ann es un tema recurrente en el libro de Appleton. No cabe ninguna duda de que Mary Ann utilizaba el sexo para conseguir lo que quería, pero especular sobre su apetito sexual se me antoja un tanto *voyeur*.
- 140 Esta clase de especulación:** Véase el capítulo 13 de este libro, dedicado a los «Ángeles de la Muerte» de Nagyrév.
- 141 Tres de los niños empezaron a retorcerse de dolor en la cama:** Appleton, op. cit., pág. 60.
- 141 Por aquel entonces, no dejaba que su mente alimentara:** *Ibidem*, pág. 61.
- 142 Me había quedado sin hogar:** Cita procedente de la correspondencia de Mary Ann Cotton desde prisión. Estas cartas aparecen recogidas tanto en Appleton, op. cit., como en Wilson, op. cit.
- 142 Lujurioso marinero:** Appleton, op. cit., pág. 63
- 142 El estómago muy delicado:** *Ibidem*, pág. 76
- 145 ¿A quién puedo avisar?:** *Ibidem*, 41.
- 145 Esto que tengo no son fiebres:** Wilson, op. cit., pág. 91.
- 148 Delicada y arrebatadora belleza:** Appleton, op. cit., pág. 32.
- 148 Provocando que sus piernecitas se retuerzan de dolor:** Wilson, op. cit., pág. 128.
- 149 Allí para defenderme:** Flanders, Judith: *The Invention of Murder: How the Victorians Revelled in Death and Detection and Created Modern Crime*, Londres, HarperPress, 2011. Pág. 390.
- 149 Las mentiras que sobre mi persona se han contado:** Cita procedente de la correspondencia de Mary Ann Cotton desde prisión. Estas cartas aparecen recogidas tanto en Appleton, op. cit., como en Wilson, op. cit.
- 149 Frotando las encías del pequeño con jabón:** «Execution of Mary Ann Cotton», en *Berwick*

*Advertiser*, 28 de marzo de 1873.

**151 Una mujer maldita y condenada:** Cita de *Newcastle Courant* recogida en Wilson, op. cit., pág. 151.

**151 El anuncio de su ejecución:** «Execution of Mary Ann Cotton», en *Burnley Advertiser*, 29 de marzo de 1873.

## LA TORTURADORA

**153 La torturadora:** Esta es la frase que podía leerse en el cartel que le colgaron a Darya del cuello durante su castigo público en 1768. Nota: Si no se indica lo contrario, toda la información que sigue procede de Studenkin, G. I.: «Saltychikha» (en ruso: «Салтычиха»), en *Russian Antiquity Journal* 10, 1874. Traducción de Rostislav y Alyona Tkachenko (2016).

**156 Nunca aprendió a leer:** Studenkin resalta que varios documentos relacionados con la venta de sus siervos y de sus tierras aparecen firmados por su clérigo o por su hijo, y no por la propia Darya.

**157 Estaba empezando a aproximarse a un punto crítico:** Montefiore, Simon Sebag: *Prince of Princes: The Life of Potemkin*, Nueva York, Thomas Dunne Books, 2001. Pág. 20.

**158 Los propietarios podían vender a sus campesinos:** Ucace imperial, fechado el 15 de abril de 1721.

**158 No les estaba permitido matar a los siervos:** Montefiore, op. cit., pág. 21.

**158 Collares de hierro, cadenas:** Catalina II de Rusia y Anthony, Katharine Susan: *Memoirs of Catherine the Great*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1927.

**159 Insubordinación:** Wallace, Sir Donald Mackenzie: *Russia, Volume I*, Londres y Nueva York, Cassel and Company, 1912. Pág. 263.

**159 A las minas de Nérchinsk de por vida:** Ucace imperial de Catalina II, fechado el 22 de agosto de 1767.

**166 Aplastante lógica del lunático:** Chesterton, G. K.: *Orthodoxy*, Nueva York, Lohn Lane, 1909, págs. 32 y 42. [*Ortodoxia*, Barcelona, Acantilado, 2013. Traducción de Miguel Temprano García.]

**169 Todo castigo mediante el cual el cuerpo humano pueda:** Massie, Robert K.: *Catherine the Great: Portrait of a Woman*, Nueva York, Random House, 2011, pág. 347. [*Catalina la grande: Retrato de una mujer*, Barcelona, Crítica, 2012. Traducción de Cecilia Belza y Gonzalo García.]

**170 No eran de este mundo:** Esta frase aparece en un par de relatos, un tanto superficiales, acerca de la vida de Darya, publicados en Internet. No obstante, he sido incapaz de localizar la cita en ninguna fuente original o secundaria. Me figuro que el comentario procede de uno de los muchos antiguos documentos rusos referentes al caso que, para mi frustración, permanecerán fuera de mi alcance hasta que alguien los traduzca.

- 171 Prácticamente pasaba por alto la existencia de la servidumbre:** Freeze, Gregory L.: «The Orthodox Church and Serfdom in Prereform Russia», *Slavic Review* 48, nº 3, 1989, págs. 361-387.
- 171 Ninguna rama del cristianismo:** Pipes, Richard: *Russia under the Old Regime*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1974. Pág. 245.
- 172 Saltychikha:** Mi traductor, Rostislav Tkachenko, me hace notar lo siguiente: «“Saltychikha” no suena a nombre de aristócrata; es más vulgar, de pueblo. Cuando a una mujer se la llama “dya-chikha” o “Salty-chikha”, uno se imagina a una mujer simple y ramplona, que no es guapa ni inteligente ni aristocrática. Solo una persona “corriente”, como el resto de la gente. Así que, para Saltykova y sus amigos, el nombre sonaría despectivo, algo que en modo alguno se correspondía a su estatus como terratenientes».
- 172 Alma completamente impía:** Estos epítetos aparecieron en el veredicto imperial de Catalina, emitido el 2 de octubre de 1768.

#### ANNA «TÉMPANO DEHIELO»

- 175 Anna «Témpano de Hielo»:** Este fue el apodo con el que Karin Walsh, reportera del *Chicago Daily Times*, bautizó a Anna Hahn.
- 178 Uno de los médicos más eminentes del mundo:** Franklin, Diana Britt: *The Good-bye Door: The Incredible True Story of the First Female Serial Killer to Die in the Chair*, Kent (Ohio), Kent State University Press, 2003. Pág. 189.
- 178 Fue la clase de enamoramiento:** Estas citas proceden de la confesión de veinte páginas que escribió Anna y que apareció publicada en la prensa a partir del 19 de diciembre de 1938. Se puede consultar la confesión completa en Franklin, op. cit., págs. 213-224.
- 179 No podía soportar por más tiempo esas cosas:** «Anna Hahn’s Death Cell Confession! Four Cincinnati Murders Are Laid Bare», en *Cincinnati Enquirer*, 19 de diciembre de 1938.
- 179 Las pocas alegrías que he tenido en la vida:** Ibídem.
- 180 Rubia muy bonita:** «Blonde is Linked with Another Poisoning; Indicted on Charges of Murdering Two», en *Cincinnati Enquirer*, 17 de agosto de 1937.
- 180 Tenía más que de sobra para cubrir sus gastos:** Ibídem.
- 180 Era amable conmigo:** «Death Cell Confession!», en *Cincinnati Enquirer*.
- 181 Cazadores, (...) recolectoras:** Harrison, Marissa A.; Murphy, Erin A.; Ho, Lavina Y.; Bowers Thomas G., y Flaherty, Claire V.: «Female Serial Killers in the United States: Means, Motives, and Makings», en *Journal of Forensic Psychiatry and Psychology* 26, nº3, 2015. Págs. 383-406.
- 182 Mi chica:** Franklin, op. cit., pág. 18.
- 184 Mi querido papaito:** «With “Love and Kisses!”», en *Cincinnati Enquirer*, 19 de agosto de 1937.

- 184 Allí vivía algún anciano:** Franklin, op. cit., pág. 25.
- 185 Tengo una nueva nena:** Ibídem, pág. 26.
- 185 Es que me encantaba hacer que las personas mayores se sintieran cómodas, nada más:** «Ohio Widow Held as Police Probe Alleged Poison Plot», en *Pittsburgh Press*, 12 de agosto de 1937.
- 186 Semiinconsciente (...). Ich könnte ein Fass voll Wasser trinken!:** Franklin, op. cit., pág. 30.
- 186 Por la presente manifiesto mi última voluntad y testamento:** «Woman Found Poisons in Wagner's Dwelling, Hahn Trial Testimony», en *Cincinnati Enquirer*, 19 de octubre de 1937.
- 187 No quisiste casarte conmigo:** Franklin, op. cit., pág. 36.
- 191 Ese niño era más malo que la tiña:** Ibídem, págs. 13-14.
- 192 Aquí me tenéis, muchachos:** «Charged with Pouring Death from Bottle», en *Des Moines Register*, 14 de agosto de 1937.
- 193 Indiferente:** «Aged Mother Unaware», en *Cincinnati Enquirer*, 22 de agosto de 1937.
- 193 Me serviría de consuelo:** Franklin, op. cit., pág. 76.
- 193 Telegrama (...) himno:** «Thoughts Are of Mother», en *Cincinnati Enquirer*, 23 de agosto de 1937.
- 194 Ha asesinado a tantos hombres:** Franklin, op. cit., pág. 88.
- 194 Aquel encargo era demasiado para cualquiera:** Ibídem, pag. 133.
- 195 Flemático enigma:** Ibídem, pág. 187.
- 195 Supongo que ahora me cargarán con las muertes de todos los mayores de sesenta:** Ibídem, pág. 70.
- 195 Testigo superviviente:** «Wagner's Physician Testifies in Hahn Case», en *Cincinnati Enquirer*, 16 de octubre de 1937.
- 196 Anna Hahn es la única persona en este mundo de Dios:** Franklin, op. cit., págs. 161-162.
- 196 En las cuatro esquinas de esta sala:** Ibídem, págs. 165-166.
- 197 Es la mujer más valiente que he conocido en mi vida:** Ibídem, pág. 179.
- 198 Estaba ahí sentada escuchando toda la historia:** «Death Cell Confession!», en *Cincinnati Enquirer*.
- 198 El juicio había sido una cacería:** Franklin, op. cit., pág. 183.
- 198 Oh, Dios mío:** Ibídem, pág. 196.
- 199 ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de Oscar?:** Ibídem, pág. 199.
- 199 En el transcurso de sus últimas veinticuatro horas:** «True Anna Hahn Seen as Last Day Slipped by, Matron Says», en *Columbus Dispatch*, 8 de diciembre de 1938.
- 199 No me lo quitéis:** «Anna Hahn Falls and is Carried to Chair; Dies After She Cries Appeal to Spectators», en *Cincinnati Enquirer*, 8 de diciembre de 1938.
- 200 No, por favor, no lo hagan:** Ibídem.
- 201 Como una bengala en el Cuatro de Julio:** «Mrs. Hahn Dies in Electric Chair at Columbus, O.», en *New Castle News*, 8 de diciembre de 1938.
- 202 Me sorprende que se derrumbara:** Franklin, op. cit., pág. 209.

## EL RUISEÑOR

- 203 El ruiseñor:** «“Female Landru” of Morocco—Beautiful Dancer Denies Throttling Dancing Girl», en *Mirror*, Perth (Australia), 17 de diciembre de 1938.
- 205 Blanca y refulgente:** Von Pückler-Muskau, Hermann Fürst: *Semilasso in Africa: Adventures in Algiers, and Other Parts of Africa*, Londres, R. Bentley, 1837. Pág. 302.
- 206 La cabaretera más hermosa del norte de África:** «Glamor Girls’ Grim Fate in Morocco», en *Daily News*, Perth (Australia), 21 de diciembre de 1938.
- 206 Amistad salvaje:** Colette: *Looking Backwards*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1975. Pág. 35.
- 206 Indeterminado y miserable montón:** *Ibidem*, pág. 34.
- 206 Guapas y recias mujeres bereberes:** *Ibidem*, pág. 35.
- 207 Se echaron a las calles:** Gershovich, Moshe: *French Military Rule in Morocco: Colonialism and Its Consequences*, Londres, F. Cass, 2000. Pág. 57.
- 207 Bailarinas:** «Wicked Madame Moulay Hassen», en *American Weekly (San Antonio Light)*, 12 de septiembre de 1937.
- 208 Es rica, amada y adulada:** Cita procedente de la cobertura del juicio en *Paris-Soir*, fechada el 15 de noviembre de 1938. La traducción al inglés es mía.
- 208 Daba pie a que las mujeres respetables:** «Wicked Madame», en *American Weekly*.
- 209 Un millar de franceses:** *Ibidem*.
- 209 Sórdido, fétido:** Colette, op. cit., pág. 37.
- 210 Los hombres que recibe son exigentes:** Cita procedente de la cobertura del juicio en *Paris-Soir*, fechada el 16 de noviembre de 1938. La traducción al inglés es mía.
- 210 La gordura de la mediana edad:** «Former Dancer Sentenced», en *Lincoln Evening Journal*, 17 de octubre de 1938.
- 210 Unos pies, unas manos, una cabeza con su pelo:** Colette, op. cit., pág. 34.
- 211 Internas:** Cita procedente de la cobertura del juicio en *Paris-Soir*, fechada el 16 de noviembre de 1938. La traducción al inglés es mía.
- 211 Mohammed es un estúpido:** «A Landru of Morocco», en *Goulburn Evening Penny Post*, Australia, 23 de julio de 1937.
- 211 Estamos cuatro:** «Wicked Madame», en *American Weekly*. Hay relatos posteriores que insisten en que había cinco pequeños detrás del tabique: cuatro niñas y un niño.
- 212 Arrancado de la garganta:** *Ibidem*.
- 212 Oscurísimos ojos marrón verdoso (...), anodina, vulgar:** Colette, op. cit., pág. 36.
- 212 Cráneos en lugar de almendras:** *Ibidem*, pág. 37.
- 212 Cámara de los horrores:** «World-Famous Courtesan Faces Torture Charges», en *Nevada State Journal*, 15 de noviembre de 1938.
- 213 De las catorce chicas que se sabe con certeza que estuvieron trabajando:** Cita procedente de la exposición de M. Julin, publicada en «Female Landru», en *Mirror*, y en la cobertura del juicio de *Paris-Soir*.

- 213 Socavó su salud y su belleza:** «Wicked Madame», en *American Weekly*.
- 213 Danza del té hirviendo:** Ibídem.
- 215 Prensa marroquí:** Tayebi, Hamza: «Print Journalism in Morocco: From the Pre-colonial Period to the Present Day», en *Mediterranean Journal of Social Sciences* 4, nº 6, julio de 2013, págs. 497-506.
- 216 Cocieron los restos durante veinticuatro horas:** Cita procedente de la cobertura del juicio en *Paris-Soir*, fechada el 16 de noviembre de 1938. La traducción al inglés es mía.
- 216 Repugna en extremo:** Colette, op. cit., pág. 38.
- 216 ¿Víctima? Desde luego:** Ibídem, pág. 39.
- 217 Qué palabras o imágenes podemos invocar:** Ibídem, pág. 36.
- 217 Un toque de tortura por aquí, un poco de hambre por allá:** Ibídem, pág. 37.
- 217 La visión colonial de la prostitución:** Lazreg, Marnia: *The Eloquence of Silence: Algerian Women in Question*, Nueva York, Routledge, 1994. Pág. 58.
- 218 Artículo de prensa marroquí en lengua francesa:** Incluido en Baker, Alison: *Voices of Resistance: Oral Histories of Moroccan Women*, Albany, State University of New York Press, 1998. Págs. 20-21.
- 219 Otrora glamurosa:** «World-Famous Courtesan», en *Nevada State Journal*.
- 219 Después de perder su belleza:** «Escapes the Guillotine, Gets 15-Year Sentence», en *Oshkosh Daily Northwestern*, 16 de noviembre de 1938.
- 220 El número de víctimas que se le atribuían:** «Mass Murderess Once Won the Legion of Honor», en *Sunday Morning Star*, Wilmington (Delaware), 3 de octubre de 1937.
- 220 Enjugándose las lágrimas:** Ibídem.
- 220 Sus figuras veladas y sus pasadizos olvidados:** «The Soul of Morocco», en *The New York Times*, 8 de abril de 2017.
- 221 Bombazo político:** «Wicked Madame», en *American Weekly*.

## LA ALTA SACERDOTISA DE LA CAMARILLA DE LAS BARBAZUL

- 223 La alta sacerdotisa de la camarilla de las Barbazul:** «Klimek Poison List Is Twenty; Arrest 1 More», en *Chicago Daily Tribune*, 29 de noviembre de 1922.
- 225 Cuerpo contrahecho:** «“Guilty” Is Klimek Verdict», en *Chicago Daily Tribune*, 14 de marzo de 1923.
- 226 Aire de campesinos:** «Arsenic Cousins Go on Trial with Air of Peasants», en *Chicago Daily Tribune*, 7 de marzo de 1923.
- 226 6Cuatrocientos por ciento:** Perry, Douglas: *The Girls of Murder City: Fame, Lust, and the Beautiful Killers Who Inspired Chicago*, Nueva York, Viking, 2010. Pág. 17.
- 228 Ni dos días:** «How Mrs. Klimek Jested of Death of Husband Told», en *Chicago Daily Tribune*, 9 de marzo de 1923.

- 228 Desgraciado:** *Ibidem*.
- 228 Aquella mujer parecía ser omnisciente:** Ione Quinby, una reportera que cubrió el juicio de Tillie años después, escribió: «Había cientos de personas que creían que tenía poderes sobrenaturales». *Milwaukee Journal*, 16 de octubre de 1940.
- 229 Colocó mi fotografía sobre la repisa de la chimenea:** Entrevista de Genevieve Forbes a Joseph Klimek, «Study of Klimek», en *Chicago Daily Tribune*, 16 de noviembre de 1922.
- 229 Alguna otra manera:** «Poison Evidence Robs Mrs. Klimek of Indifference», en *Chicago Daily Tribune*, 11 de marzo de 1923.
- 230 Todo esto es culpa suya:** *Ibidem*.
- 231 ¡Yo qué sé! Déjame en paz de una vez:** «Grave Digger Tells of Goings On at Klimeks'», en *Chicago Daily Tribune*, 10 de marzo de 1923.
- 232 Las pistas de los misteriosos envenenamientos:** «Poison Deaths May Total 12; Babes Victims?», en *Chicago Daily Tribune*, 12 de noviembre de 1922.
- 232 La vida que llevaba:** *Ibidem*.
- 232 Recuento de supuestas víctimas:** Para una lista numerada de las víctimas, véase «“Mrs. Bluebeards” of Klimek case and 20 Alleged Victims», en *Chicago Daily Tribune*, 19 de noviembre de 1922.
- 233 Protestara a voces:** «Klimek Poison List», en *Chicago Daily Tribune*.
- 233 Cinturón de envenenadoras:** «Police to Delve Anew for Clews [sic] to Poisoners», en *Chicago Daily Tribune*, 16 de noviembre de 1922.
- 233 Alta sacerdotisa:** «Klimek Poison List», en *Chicago Daily Tribune*.
- 233 Los de arriba:** «Judge Dismisses Koulik Jury», en *Chicago Daily Tribune*, 14 de abril de 1923.
- 233 Autómata:** «Death Called Mere Routine in Poison Home», en *Chicago Daily Tribune*, 15 de noviembre de 1922.
- 233 Yo no he robado a nadie:** «Klimek Poison Charges Ready for Grand Jury», en *Chicago Daily Tribune*, 18/11/1922.
- 234 Más pasmoso:** «“Mrs. Bluebeards” of Klimek», en *Chicago Daily Tribune*.
- 234 Fiestas de veneno:** «Ask Hanging for Two Women Charged with Murder Orgy», en *Belvidere Daily Republican*, 6 /3/1923.
- 234 Gorda y rechoncha:** «Killing Ladies», en *Chicago Daily Tribune*, 27 de febrero de 1927.
- 234 Espectadora de su propio drama:** «Death Called Mere Routine», en *Chicago Daily Tribune*.
- 235 Localizar el nido:** «Indict 2 Women in Poison Cases; Below Normal», en *Chicago Daily Tribune*, 21 de noviembre de 1922.
- 235 Tiene sesera:** «Death Called Mere Routine», en *Chicago Daily Tribune*.
- 235 Esto no es un teatro:** «Grave Digger», en *Chicago Daily Tribune*.
- 235 Directora de pompas fúnebres:** *Ibidem*.
- 236 Para que yo no pudiera ver:** *Ibidem*.
- 236 ¿Qué iba a hacer yo?:** «Tillie Klimek Is Strong Witness in Own Defense», en *Chicago Daily Tribune*, 13 de marzo de 1923.
- 236 Caballeros, la pena de muerte nunca se ha puesto en práctica contra una mujer:**

- «“Guilty” Is Klimek Verdict», en *Chicago Daily Tribune*.
- 237 Llamativa (...) nula belleza:** *Ibidem*.
- 238 Unos rizos rubios o unos ojos negros:** «Declares the Double Standard of Murder Is Still Invincible», en *Des Moines Register*, 25 de junio de 1923.
- 238 Salón de belleza:** «Killing Ladies», en *Chicago Daily Tribune*.
- 239 Tufillo de maltrato por parte del esposo:** Véase, por ejemplo, el juicio de Cora Orthwein: «Sensation is Sprung in Orthwein Trial», en *Los Angeles Times*, 22 de junio de 1921.

## LA HECHICERA DE KILKENNY

- 241 La hechicera de Kilkenny:** Seymour, Saint John D.: *Irish Witchcraft and Demonology*, Dublín, Hodges Figgis, 1913. Capítulo 2.
- 243 El auténtico primer juicio por brujería de Europa:** Thurston, Robert: *Witch, Wicce, Mother Goose: The Rise and Fall of the Witch Hunts in Europe and North America*, Harlow (Inglaterra), Longman, 2001. Pág. 73.
- 244 No hay cosa más intolerable:** Juvenal: *The Satires of Juvenal*, Nueva York, G. P. Putman's Sons, 1918, traducción al inglés de G. G. Ramsay. [*Sátiras*, Madrid, Alianza, 2010. Traducción de Francisco Socas Gavilán.]
- 244 Mercaderes flamencos:** Neary, Anne: «The Origins and Character of the Kilkenny Witchcraft Case of 1324», en *Proceedings of the Royal Irish Academy*, 83C, 1983. Pág. 343.
- 245 La mitad:** Callan, Maeve Brigid: *The Templars, the Witch, and the Wild Irish: Vengeance and Heresy in Medieval Ireland*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2014. Pág. 155.
- 246 Los metió en la cárcel:** Wright, Thomas: *Narratives of Sorcery and Magic from the Most Authentic Sources*, Londres, B. Bentley, 1851. Pág. 24.
- 246 Cancelaba todas las deudas del joven:** Neary, op. cit., pág. 344.
- 247 Directo a los tribunales:** *Ibidem*, pág. 344.
- 247 Patronos:** Ó Domhnaill, Rónán Gearóid: *Fadó Fadó: More Tales of Lesser-known Irish History*, Leicester, Troubadour, 2015. Pág. 27.
- 249 Conseguirle el obispado:** Neary, op. cit., pág. 338.
- 249 Oscuras artes de la hechicería:** Seymour, op. cit., pág. 44.
- 249 Lo que estaba por llegar:** Wright, op. cit., pág. 25.
- 249 Armado de un fervor religioso:** Neary, op. cit., pág. 340.
- 250 Carecía por completo de cualquier sentido práctico de la diplomacia:** *Ibidem*. Este párrafo en concreto: págs. 340-341.
- 250 Lujoso palacio:** Callan, op. cit., pág. 144.
- 250 Toda suerte de agravios:** Bliss, W. H. y Twemlow, J. A. (eds.): *Calendar of entries in Papal Registers: Papal Letters*, Londres, 1893-1960, págs. 1305-1342 y 206-207.

- 251 Diabólico nido:** Neary, op. cit., pág. 345.
- 251 Pasarse a limpiar:** Callan, op. cit., pág. 136.
- 253 Derechos de herencia de las mujeres:** Para una detallada exposición sobre este tema, véase el capítulo titulado «Gender and the Colony of Ireland», en Callan, op. cit.
- 253 Demostrar que lady Alice:** Cohn, Norman: *Europe's Inner Demons: An Enquiry Inspired by the Great Witch-hunt*, Chicago, University of Chicago Press, 2001. Pág. 138.
- 253 Por encima de las prescripciones de las leyes del país:** Wright, op. cit., pág. 27.
- 254 Dobleándose ante hombres:** *Ibidem*.
- 254 Forastero de Inglaterra:** Neary, op. cit., pág. 346.
- 254 Técnicamente él no estaba capacitado:** Véase Código de Derecho Canónico (1917), cc. 2186-2187, en Gasparri, Pietro (ed.): *Codex Iuris Canonici Pii X Pontificis Maximi Iussu Digestus, Benedicti Papae XV Auctoritate Promulgatus*, Nueva York, P. J. Kenedy & Sons, 1918.
- 254 Crímenes vergonzosos:** Wright, op. cit., pág. 28.
- 255 Ataviado con sus pontificales:** *Ibidem*.
- 255 Vil, tosco e intrusivo monje:** Seymour, op. cit., pág. 33.
- 255 Cristo no había recibido un trato semejante:** Wright, op. cit., pág. 29.
- 255 Sin mediar citación ni cargos:** Seymour, op. cit., pág. 34.
- 256 Madre y maestra:** *Ibidem*, pág. 35.
- 256 Primera vez que una persona recibía esa condena en Irlanda por el delito de herejía:** *Ibidem*, pág. 39.
- 257 Pestilente sociedad:** Anónimo: *A Contemporary Narrative of the Proceedings Against Dame Alice Kyteler*, Londres, J. B. Nichols and Son, 1843.
- 257 Armado hasta los dientes:** Wright, op. cit., pág. 30.
- 257 Ahora Ledrede estaba convencido (...) derrumbamiento del campanario de la catedral:** Neary, op. cit., págs. 349-350.
- 257 Asesinatos en serie:** De acuerdo, no soy la primera que especula con la posibilidad de que fuera una asesina en serie. Ó Domhnaill y Thorne también se lo preguntan.
- 258 Página web del FBI:** En la siguiente dirección: [www.fbi.gov/stats-services/publications/serial-murder](http://www.fbi.gov/stats-services/publications/serial-murder).
- 258 Uñas humanas:** Seymour, op. cit., pág. 37.
- 259 Insolente demonio:** Yeats, W. B.: «Nineteen Hundred and Nineteen», en *The Tower*, Londres, Macmillan, 1928.

#### LA BELLA REBANADORA DE PESQUEZOS

- 261 Bella rebanadora de pescuezos:** «Was Kate —The Killer— Ever Here?», en *Jacksonville Journal Courier*, 30 de junio de 1974.

- 263 Los dos hombres se llamaban:** Hardy, Allison: *Kate Bender, the Kansas Murderess: The Horrible History of an Arch Killer*, Girard (Kansas), Haldeman-Julius, 1944. Pág. 3.
- 264 Oscuro Forastero:** Ibídem, pág. 2.
- 264 Buena vecindad:** James, John T.: *The Benders in Kansas*, Washington D. C., Photoduplication Service, Library of Congress, 1913. Pág. 19.
- 264 Tienda de provisiones y comedor en miniatura:** Case, Nelson: *History of Labette County, Kansas from the First Settlement to the Close of 1892*, Topeka (Kansas), Crane, 1893. Pág. 86.
- 265 Nunca te miraba a los ojos:** Hardy, op. cit., pág. 3.
- 265 Lady Macbeth:** Triplett, Frank: *History, Romance and Philosophy of Great American Crimes and Criminals*, Nueva York, N. D. Thompson, 1884. Pág. 560.
- 266 Como la de un águila joven:** Hardy, op. cit., pág. 3.
- 266 De constitución fina y voluptuosa (...), atractivo animal:** James, op. cit., pág. 13.
- 266 Una hermosa fiera salvaje:** Triplett, op. cit., pág. 557.
- 266 Rubicunda y sosa:** «The Kansas Murders», en *The New York Times*, 13 de mayo de 1873.
- 267 Un perfecto demonio:** «The Cherryvale Murders», en *Wichita City Eagle*, 15 de mayo de 1873.
- 271 «Hotel maléfico» u «hostal sin salida»:** He sacado estos términos concretos de la fascinante página web tvtropes.org, pero el concepto en sí es universal.
- 272 Charles Ingalls:** O'Brien, Liam: «Laura Ingalls Wilder and the Bloody Benders: Truth or Fiction?», en *Melville House Books*, 29 de enero de 2015. Consultado el 21 de abril de 2016: [mhpbooks.com/laura-ingalls-wilder-and-the-bloody-benders-truth-or-fiction/](http://mhpbooks.com/laura-ingalls-wilder-and-the-bloody-benders-truth-or-fiction/).
- 273 Encontraré a su hermano:** Scott, Robert F.: «What Happened to the Benders?», en *Western Folklore* 9, nº 4, 1950. Pág. 326.
- 375 Muñecas de vudú:** Hardy, op. cit., pág. 15.
- 275 Veo tumbas:** Ibídem.
- 275 Cabello humano:** Triplett, op. cit., pág. 569.
- 276 Cincuenta mil dólares:** Hardy, op. cit., 19.
- 277 Hienas humanas:** Ibídem, pág. 16.
- 277 Contaban que se había casado:** «Story of Iron-Fisted Kate», en *Camden News*, 22 de septiembre de 1971.
- 277 Dijeron que se disfrazaba de hombre:** «Another “Kate Bender”», en *Parsons Daily Sun*, 9 de marzo de 1904.
- 277 Pingüe beneficio:** «Crime», en *Valley Republican*, Kinsley (Kansas), 21 de agosto de 1880.
- 279 La noche era oscura:** «Dying Man Clears the Bender Mystery», en *The New York Times*, 12 de julio de 1908.
- 280 Frederick Jackson Turner:** Todas las citas proceden de su célebre escrito de 1893, «The Significance of the Frontier in American History», que se encuentra disponible en línea en diferentes formatos.
- 281 Disparad de una vez e idos al infierno:** Scott, op. cit., pág. 334.
- 281 En serio te lo digo, era un mal bicho:** «The Fate of the Benders», en *Sun*, Nueva York, 9 de

enero de 1887.

## LOS «ÁNGELES DE LA MUERTE» DE NAGYRÉV

- 283 Ángeles de la Muerte:** «Ángel de la Muerte» es un apodo que se ha aplicado a más de una asesina en serie, como a Amelia Dyer, por ejemplo. «Los Ángeles de la Muerte de Nagyrév» es una forma muy común (al menos en lengua inglesa) para referirse a las mujeres de Nagyrév en conjunto.
- 285 Las autoridades no hacen nada:** La carta fue publicada de nuevo en «Murder by Wholesale: A Tale from Hungary», en *The New York Times*, 16 de marzo de 1930.
- 286 Rodeado y cercado:** *Ibidem*.
- 286 Nagyrév sintió en sus carnes la tensión:** Para una descripción en profundidad del clima socioeconómico de Nagyrév en el momento de los crímenes, véase Bodó, Béla: *Tiszazug: A Social History of a Murder Epidemic*, Nueva York, Columbia University Press, 2002. Capítulo 4.
- 287 Bestias:** «Murder by Wholesale», en *The New York Times*.
- 287 Divorcio:** Parascandola, John: *King of Poisons: A History of Arsenic*, Lincoln (Nebraska), Potomac Books, 2012. Pág. 37.
- 287 Fasciga:** Bodó, op. cit., pág. 190.
- 287 Maneras de asesinar a un recién nacido:** *Ibidem*, pág. 193.
- 288 Índice de suicidios:** Moksony, Ferenc: «Victims of Change or Victims of Backwardness? Suicide in Rural Hungary», en Lengyel, Gy. y Rostoványi, Zs. (eds.): *The Small Transformation: Society, Economy and Politics in Hungary and the New European Architecture*, Budapest, Akadémiai Kiadó, 2001, págs. 366-376.
- 288 Cuanto más marginal sea una comunidad:** Bodó, op. cit., pág. 179.
- 289 Pedazo de animal alcohólico:** *Ibidem*, pág. 209.
- 289 No te tortures:** Bodó, Béla: «The Poisoning Women of Tiszazug», en *Journal of Family History* 27, nº 1, enero de 2002. Pág. 49.
- 290 Canta, mi niño:** «Murder by Wholesale», en *The New York Times*.
- 291 Habían tenido que llevar a rastras hasta el ayuntamiento:** Tomo el extracto de la colorida cobertura que hizo el novelista Zsigmond Móricz del juicio. Móricz, Zsigmond: *Riportok, 1930-1935*, Budapest, Szépirodalmi Könyvkiadó, 1958. Recogido en los apéndices de Bodó: *Tiszazug*.
- 291 Me mataron, me enviaron a la tumba, ellas, a las que más quería:** Bodó: *Tiszazug*, pág. 16, citando uno de los dramáticos editoriales que sobre los envenenamientos publicó la prensa húngara.
- 292 Mi marido era un hombre muy malo:** *Ibidem*, pág. 211.
- 293 Son muchas:** *Ibidem*, pág. 235.

- 293 **Frenesí:** Bodó: «The Poisoning Women», pág. 40.
- 294 **Marrones y brillantes:** Bodó: *Tiszazug*, pág. 90.
- 295 **Fatua deidad oriental:** Parascandola, op. cit., pág. 39.
- 296 **No dejaba de insultarlas:** *Kis Újság*, 9 de agosto de 1929.
- 296 **Valiéndose de métodos medievales:** Bodó: *Tiszazug*, pág. 13.
- 296 **Misterio rural:** *Ibidem*, pág. 86.
- 297 **No somos asesinas:** «Murder by Wholesale», en *The New York Times*.
- 297 **Casi un tercio de los niños campesinos de Hungría moría:** Bodó: *Tiszazug*, pág. 193.
- 297 **Extraña combinación de causas:** Publicado en *Pesti Napló*, un periódico «judío liberal» de amplia difusión, 14 de diciembre de 1929.
- 298 **La fuerza y la tenacidad de sus pasiones:** «Murder by Wholesale», en *The New York Times*.
- 299 **Cuentos chinos:** Bodó: *Tiszazug*, págs. 118-119.
- 300 **Darse aires de grandeza:** *Ibidem*, pág. 101.
- 300 **Todas las mujeres de Nagyrév:** *Ibidem*, pág. 115.
- 300 **Que la cuelguen:** *Ibidem*.
- 300 **Jaj, Jaj, Istenem, Istenem:** *Ibidem*, pág. 123.
- 301 **Han causado la mayor de las decepciones:** *Szolnoki Újság*, 15 de diciembre de 1929.

#### LA REINA DE LAS ENVENENADORAS

- 303 **Reina de las envenenadoras:** *The Terrible Book of Poisons, Or the Life and Plots of the Marchioness of Brinvilliers*, Londres, C. Elliot, 1860.
- 306 **Son monstruos:** *Questions sur les empoisonneurs*, BA, MS 2664, fol. 45, citado en Mollenauer, Lynn Wood: *Strange Revelations: Magic, Poison, and Sacrilege in Louis XIV's France*, University Park (Pensilvania), Pennsylvania State University Press, 2007. Págs. 63 y 159.
- 306 **Champán helado:** Stokes, Hugh: *Madame De Brinvilliers and Her Times 1630-1676*, Londres, Bodley Head, 1912. Pág. 71.
- 306 **No muy alta, pero sumamente bien formada:** *Ibidem*, pág. 65.
- 306 **Notable; enérgica, firme:** Funck-Brentano, Frantz y Maidment, George Charles: *Princes and Poisoners: Studies of the Court of Louis XIV*, Londres, Duckworth and Company, 1901.
- 307 **Absolutamente despiadado:** Stokes, op. cit., pag. VI.
- 307 **Eso era sencillamente impensable:** Mollenauer, op. cit., pág. 12.
- 308 **Poseía una vitalidad desbordante:** Stokes, op. cit., pág. 66.
- 308 **Podía departir con elocuencia sobre cualquier tema:** *Ibidem*, pág. 75.
- 308 **Demonio que desencadenó la tormenta:** *Ibidem*, pág. 76.
- 309 **Protestando con la furia ciega:** *Ibidem*, pág. 80.
- 309 **Jamás debiéramos irritar a nadie:** Saint-Germain, Jacques: *Madame De Brinvilliers: La*

- Marquise Aux Poisons*, París, Hachette, 1971. Págs. 123 y 78.
- 309 El más común e infalible de los remedios:** Somerset, Anne: *The Affair of the Poisons: Murder, Infanticide, and Satanism at the Court of Louis XIV*, Nueva York, St. Martin's Press, 2004. Pág. 10.
- 309 El cráneo de un hombre:** Ibídem, pág. 12.
- 310 Experimentar con venenos:** Ibídem, págs. 40-41.
- 310 Quién se iba a imaginar:** Funck-Brentano, op. cit., págs. 12-13.
- 311 En un estado de extremado peligro:** Stokes, op. cit., pág. 139.
- 311 Gota:** Somerset, op. cit., pág. 46.
- 311 Aguas venenosas:** L'Estrange, Roger: *A Narrative of the Process Against Madam Brinvilliers; and of Her Condemnation and Execution, for Having Poisoned Her Father and Two Brothers, Translated Out of French*, Londres, impreso para Jonathan Edwyn, 1676.
- 312 Pestilentes e infectos:** Somerset, op. cit., pág. 47.
- 312 Violentas pasiones:** L'Estrange, op. cit.
- 313 [Marie deseaba] casarse con Sainte-Croix:** Stokes, op. cit., pág. 148.
- 313 Que había obtenido de él a tan alto precio:** Funck-Brentano, op. cit., pág. 22.
- 314 Marie estaba tratando de envenenar a la niña:** Stokes, op. cit., pág. 224.
- 315 Ah, villano:** Funck-Brentano, op. cit., págs. 30-31.
- 316 Mi confesión:** Somerset, op. cit., pág. 50.
- 316 Enigmáticos polvos y ampollas:** *Memoire Du Proces Extraordinaire Contre Madame De Brinvilliers...*, Ámsterdam, Boom, 1676.
- 316 Todo lo que esta caja contiene:** Stokes, op. cit., pág. 166.
- 316 Secretos curiosos varios:** Dumas, Alexandre: *Celebrated Crimes*, Nueva York, P. F. Collier and Son, 1910, vol. 8. [*Crímenes célebres*, Madrid, Valdemar, 2013. Traducción de Marcial Busquets.]
- 316 Harto vehemente y extraordinaria forma de exigirla:** L'Estrange, op. cit.
- 316 Selección de animales:** Somerset, op. cit., pág. 52.
- 317 Conjeturas y fuertes presunciones:** Ravaisson, François: *Archives de la Bastille, VI*, pág. 396.
- 318 A la turca:** Somerset, op. cit., pág. 24.
- 318 Me acuso:** La confesión aparece transcrita por completo en Saint-Germain, op. cit., págs. 131-132.
- 319 Abuso infantil:** Somerset, op. cit., pág. 57.
- 319 Está repleta de herencias:** Ibídem, 25.
- 319 Formas de deshacerse de las personas que no eran de su agrado:** L'Estrange, op. cit.
- 320 Os advertí en más de una ocasión:** Funck-Brentano, op. cit., págs. 68-69.
- 320 Diseccionada sin piedad:** Ibídem, pág. 74.
- 320 Mantuvo la cabeza erguida con orgullo:** Piro, Edme y Roullier, G.: *La Marquise De Brinvilliers: Récit De Ses Derniers Moments*, París, A. Lemerre, 1883.
- 320 Podrían haberla quemado viva:** Somerset, op. cit., págs. 62-63.
- 321 Oh, Dios, me vais a desmembrar:** Dumas, op. cit.

- 322 Su rostro se contrajo:** Pirot y Roullier, op. cit.
- 323 Reconozco que, con maldad y por venganza:** Dumas, op. cit.
- 323 Hay quien dice que vaciló:** Pirot, op. cit.
- 323 El asunto de madame de Brinvilliers es espantoso:** De Rabutin, Roger, conde de Bussy, y Lalanne, Ludovic: *Correspondance De Roger De Rabutin, Comte Bussy Avec Sa Famille Et Ses Amis (1666-1693)*, Westmead (Farnborough, Inglaterra), Gregg International, 1972.
- 325 Se acabó, por fin:** Somerset, op. cit., pág. 32.

## CONCLUSIÓN

- 330 Localizar el mal en individuos:** Zimbardo, Philip G.: «A Situationist Perspective on the Psychology of Evil», en Arthur G. Miller (ed.), *The Social Psychology of Good and Evil*, Nueva York, Guilford Press, 2004.
- 330 Si solo se tratara de que en algún lugar hay algunas personas:** Solzhenitsyn, Alexandr y Whitney, Thomas P.: *The Gulag Archipelago*, Nueva York, Harper and Row, 1975. [Solzhenitsyn, Alexandr: *Archipiélago Gulag I*, Barcelona, Tusquets, 2015. Traducción de Josep Maria Güell y Enrique Fernández Vernet.]
- 330 Analizar la mente del asesino en serie:** Oates, Joyce Carol: «I Had No Other Thrill or Happiness», en *New York Review of Books*, 24 de marzo de 1994.
- 331 Una entre noventa millones:** Mallicoat, Stacy L. y Ireland, Connie Estrada: *Women and Crime: The Essentials*, Thousand Oaks (California), Sage, 2013. Pág. 236.
- 331 No como en los años setenta y ochenta:** Beam, Christopher: «Blood Loss: The Decline of the Serial Killer», en *Slate*, 5 de enero de 2011. Consultada el 6 de febrero de 2017: <https://slate.com/news-and-politics/2011/01/the-decline-of-the-serial-killer.html>.
- 331 Son blancos:** Por ejemplo, véanse las estadísticas recogidas por la Radford/FGCU Serial Killer Database.

## POST SCRIPTUM



### LA AUTORA

EN PRIMERA PERSONA

### EL LIBRO

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

DATOS INCOMPLETOS

PLAYLIST

### OTRAS LECTURAS

MÁS SOBRE ESTAS MUJERES

DE INTERÉS GENERAL

## LA AUTORA

### EN PRIMERA PERSONA

#### ASÍ DESCRIBÍ, EN 2011, MIS «RAZONES PARA ESCRIBIR» ANTE UN COMITÉ DE ADMISIONES DE UNA ESCUELA DE POSGRADO:

No puedo dormirme delante de un televisor con la pantalla apagada porque estoy convencida de que la niña de *The Ring* emergerá de ella con su pelo negro mojado cubriéndole el rostro. Como a Borges y a Poe, me aterra ver mi cara reflejada en un espejo oscuro. Cuando tenía doce años, mi hermana pequeña se coló en mi cama y, al despertarme en mitad de la noche con un cuerpo callado junto a mí, supe con toda seguridad —durante unos cuarenta segundos— que había un asesino en mi cama, con un cuchillo pegado al pecho, simplemente esperando.

Este párrafo retrata a alguien a quien le aterra y que está obsesionada con, bueno, con que la aterren, así que supongo que no es tan raro que acabase escribiendo sobre asesinas. No obstante, si me pidieran mi honesta opinión, les diría que la semilla de este libro se sembró mucho, muchísimo antes de 2011. Se sembró aquel año de instituto en el que me pasé todo el curso obsesionada con Nerón, ya saben, el más malvado emperador romano de todos los tiempos. Yo siempre he tenido un sentido del humor bastante morboso (cosa que tiene su gracia, porque soy una cagueta que no soporta las películas de terror), y en aquellos días me convertí en toda una fuente de anécdotas neronianas que nadie quería escuchar. Por ejemplo: una vez Nerón estaba tan aburrido durante una lucha de gladiadores que intentó «animar las cosas» arrojándole un ladrillo a la cabeza a otro espectador, con lo que mató al pobre hombre. También cuentan que se paseaba por las calles de Roma por las noches, acompañado de un escuadrón de guardias, buscando arbitrariamente a personas a las que matar para luego arrojarlas a las cloacas. Bueno, el caso es que un día tuve que leer una redacción sobre Nerón en voz alta a un pequeño grupo de compañeros de clase, y me entró tal ataque de risa que hasta se me saltaron las lágrimas. Nadie más en el aula movió un solo músculo. Fue rarísimo y, claro, me sentí como una especie de psicópata adolescente. Pero me lo pasé pipa escribiendo aquella redacción.

## EL LIBRO

### PREGUNTAS Y RESPUESTAS

**Este es tu primer libro. ¿Hubo algo que te sorprendiera especialmente cuando trabajabas en él?**

Me sorprendió lo mucho que se parecía cada capítulo a un relato corto. El arco narrativo, el desarrollo de los personajes, los momentos de suspense..., era igual que si estuviese escribiendo ficción, salvo que no tenía que decidir cómo terminar cada historia. Y eso me gustó. También me sorprendió lo mucho que me emocionaron la mayoría de estas mujeres. Buena parte de ellas estaban verdaderamente desvalidas y lo tuvieron muy muy difícil, y, aunque eso no justifica sus crímenes, sí que añade cierto *pathos* a sus historias. Para terminar, me sorprendió lo intimidante que puede resultar escribir un libro de no ficción. Eso de tener que manejar miles de datos, intentar no meter la pata al tiempo que cuentas una buena historia, confiar en que tus fuentes sean fidedignas, preguntarte si habrá algún documento importante de la fuente principal perdido en algún antiguo pergamino que podrías haber descubierto si hubieras buscado con más ahínco... Te das cuenta de que ahí se alcanza un nuevo nivel de ansiedad autoral al que, sencillamente, no te enfrentas cuando estás construyendo un mundo ficticio.

**¿Por qué decidiste abordar un tema tan serio desde una perspectiva humorística?**

Bueno, en parte eso se debe a mi personalidad, para bien o para mal. Me cuesta un montón mantenerme superseria durante mucho rato. Además, tengo un sentido del humor bastante morboso (véase: anécdota del emperador Nerón). Pero es que la mayoría de los personajes de este libro son eso, personajes. Son salvajes, impredecibles, grandiosos, en absoluto conscientes de sí mismos, y, como tales, se prestan a algún que otro toque de humor o de sarcasmo. El obispo Ledrede es tan melodramático que me resulta hilarante. Me parece que es muy gracioso que Nannie matara al más aburrido de sus maridos envenenando sus ciruelas pasas cocidas. Porque, vamos a ver, ¡mira que gustarle las ciruelas pasas cocidas...! Me encanta imaginarme la grandiosa automitologización a la que se estarían entregando Marie y Sainte-Croix en su laboratorio: juntando los dedos muy concentrados, llegando extasiados a la conclusión de que eran los mejores envenenadores de todos los tiempos y demás. Ahí hay un elemento que raya en lo ridículo.

Además, también creo que una pizca de humor ayuda a comprender las cosas. Al menos algunas. Siempre nos han llevado a creer que, para ser un intelectual, uno debe emplear un tono de voz

grave y muy correcto mientras se sienta a discutir sobre asuntos importantes, Cosas de Hombres. Pero, según mi experiencia, que es limitada, lo reconozco, la rigidez intelectual es la manera más infalible de apreciar solo el 50 % de lo que tenemos delante. Por supuesto que es importante ser correcto y respetuoso; es más, a veces la gravedad extrema es la única respuesta posible. Pero, en mi opinión, resulta más sencillo meterse en la mente de estas mujeres si dejamos de tirarnos del collar de perlas hasta casi estrangularnos.

### **¿Cuál fue tu parte preferida del proceso?**

No hay nada como toparse con un acontecimiento o con alguna clase de material cultural efímero que supere cualquier cosa que pudieras inventarte en una obra de ficción. Como el hecho de que a los siervos rusos de la época de Darya los llamaran «almas», y que encima Darya fuera superreligiosa. ¿Qué me dices? Resulta de lo más conmovedor. Me produce una maravillosa sensación de perfección narrativa.

### **¿Cuál de ellas te da más miedo?**

Posiblemente Darya. Era la más sanguinaria, la más trastornada, y, a diferencia de su análoga (en crímenes y posición social) Erzsébet, hay muchísima documentación rigurosa que demuestra con creces su culpabilidad. ¡La acusaron de matar a ciento treinta y ocho personas! Era la dictadora de su propia parcela ensangrentada, extremadamente poderosa (por un tiempo) y extremadamente intocable. Su historia constituye un estudio increíble de las consecuencias (e impunidad) del abuso de poder.

### **¿Cuál es la que más te desconcierta?**

Mary Ann Cotton. ¿Cuál era su meta? No hay forma de saberlo. Sus actos resultaban tan repetitivos que rayaban en la locura. Es la personificación de la cita que dice que la locura es hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados diferentes.

### **¿A cuál de estas damas asesinas es a la que más te gustaría conocer?**

Bueno, ¡seguro que Alice Kyteler no me habría matado! Tendría los ojos puestos en su siguiente marido rico. No abrigaría el menor interés por asesinar a una escritora, a no ser que dicha escritora la importunara (cosa que yo no haría jamás, porque, oye, lo he leído todo sobre ella, y era de las peligrosas). Así que me encantaría visitar su mansión en Irlanda, tomarme un té y unos pastelitos, y charlar sobre el género, la política y la búsqueda del amor. Y luego dejaría caer, así como si nada: «De modo que... este es tu cuarto matrimonio y a tu marido se le están cayendo las uñas, ¿de qué vas?».

### **¿Qué capítulo te costó menos escribir? ¿Y cuál te costó más?**

El capítulo de Raya y Sakina fue el más difícil, con diferencia. Al principio no conseguía encontrar información sobre ellas, y menos en inglés. Y el material que logré recopilar estaba repleto de hechos, pero apenas decía nada sobre las hermanas como personas. Ordené los datos y

les di el formato de un capítulo, pero nada, me parecían dos completas desconocidas. Por fortuna, una persona me puso en contacto con la académica Nefertiti Takla, que estaba realizando su tesis doctoral en la Universidad de California en Los Ángeles sobre Raya y Sakina, y tuvo la generosidad de dejarme leer su texto cuando lo acabó. Algunas de las citas que ella destapó — como el desafiante monólogo final— fueron algo así como las chispas que resucitaron a las hermanas. La eterna frustración de una escritora casi monolingüe como yo es que siempre tienes la sensación de que hay algún documento importante en la lengua original que sencillamente no vas a poder encontrar, o que existe algún matiz cultural que no terminas de pillar. En esos casos, tienes que recurrir a otras personas más entendidas y asumir sin aspavientos que es posible que nunca consigas reconstruir la historia tal y como sucedió.

Puede que el capítulo de Lizzie Halliday fuera el más «sencillo» porque, en su caso, el problema fue todo lo contrario: había montones y montones y montones de información sobre ella. ¡El primer borrador que redacté resultó ser el doble de extenso que los demás capítulos del libro! Y es que tenía mucha miga, porque cada uno de sus crímenes era muy diferente a los demás (¡lo que constituye toda una rareza en este libro lleno de repetidos envenenamientos con arsénico!). Además, era un personaje tan variopinto (aunque trágico) que me costó eliminar anécdotas sobre ella. ¿Te acuerdas de lo del rumor sobre Jack el Destripador? Bueno, pues buena parte de la culpa la tuvo su carcelero, porque se pasaba el día cotilleando con la prensa, diciendo cosas como: *Os lo digo yo, anoche Lizzie prácticamente admitió que ella era el Destripador. ¿Qué rarita, eh?* ¡Menudo irresponsable! Pero la gente siempre estaba intentando subirse al carro de la fama de la dama asesina.

**Si pudieras ir a ver una película sobre cualquiera de estas mujeres, ¿a cuál elegirías y a quién le darías el papel para la adaptación?**

Creo que una película sobre Marie, la marquesa de Brinvilliers, sería una magnífica pieza antagónica a María Antonieta: paseándose muy ufana por París y sembrando la muerte a su paso. Marion Cotillard estaría increíble en ese papel. Pero también me encantaría ver una película sobre Kate Bender. Su historia tiene un atractivo narrativo tan increíble, con el tema del Oeste y las leyendas y el Sueño Americano... ¿Podríamos contratar a la Faye Dunaway de la época de *Bonnie y Clyde*?

## DATOS INCOMPLETOS

Varios rumores, personajes e imágenes surgen una y otra vez en estos capítulos. ¡Y no me refiero solo al arsénico en una taza de té! He aquí algunos datos nada científicos que he compilado acerca de estas catorce mujeres. Sírvanse a su gusto para alimentar sus teorías conspirativas.

**Número de veces que sus crímenes se relacionaron con la brujería: seis.** (Alice; Elizabeth; Erzsébet; Kate; Zsuzsanna, uno de los Ángeles de la Muerte; y Tillie.)

**Número de figuras clericales compasivas: tres.** (El pastor protestante de Erzsébet, que se preocupó por todas aquellas sirvientas muertas; el clérigo de Elizabeth, John Newton; y el confesor de Marie, Edme Pirot.)

**Número de abogados defensores muy sentidos: dos.** (El abogado de Lizzie, George H. Carpenter, lloró cuando la condenaron. El abogado de Anna, Joseph Hoodin, dijo que aquel caso era demasiado para cualquiera.)

**Número de reporteras peleonas que se personaron en el lugar de los hechos para resolver el caso: tres.** (Colette informó sobre Moulay; Nellie Bly entrevistó a Lizzie; Genevieve Forbes entrevistó a Tillie.)

**Número de ejecuciones en las que la criminal murió a mitad de una plegaria: dos.** (Anna y Marie.)

**Número de Elizabeths: tres.** (Elizabeth, Lizzie y Erzsébet.)

**Número de damas asesinas que, más o menos, se desvanecieron en el horizonte: tres.** (No sabemos qué fue de Alice, Kate o Moulay.)

**Número de rumores no demostrados sobre sexo: por lo menos doce.** (Erzsébet: supo del lesbianismo a través de su tía, fue amante de Darvolya, tuvo un hijo con un sirviente, tuvo un comportamiento promiscuo mientras su marido estaba en la guerra. Lizzie: tenía un amante secreto que la ayudó a ocultar los cadáveres. Sakina: estaba obsesionada con el sexo y eso la llevó a matar. Mary Ann: asesinó a su marido Ward porque estaba sexualmente insatisfecha, se fue a vivir con un «lujurioso marinero». Alice: se acostaba con un demonio. Darya: tuvo un hijo con su carcelero. Ángeles de la Muerte: mataban porque eran frías, mataban porque eran promiscuas.)

**Número de modelos de negocio poco aconsejables: cinco.** (Anna abrió un restaurante y luego lo incendió; Erzsébet montó su gineceo y luego se cargó a todas sus pupilas; Lizzie abrió una tienda y la quemó; Moulay montó un burdel y luego asesinó a sus empleadas; Raya y Sakina abrieron un burdel y también mataron a sus trabajadoras.)

**Número de empleos *freelance*: al menos cinco.** (Kate Bender publicitaba sus servicios como espiritista; Anna se sacaba un dinero extra apostando en las carreras de caballos; Mary Ann tuvo muchos empleos distintos como enfermera; Sakina vendía carne de caballo podrida; Rozália Takács, uno de los Ángeles de la Muerte, era masajista.)

**Número de buenas cocineras: tres.** (Nannie, Anna y Tillie recibieron grandes alabanzas por sus platos exquisitamente condimentados de boca de hombres que acabaron enfermos o muertos.)

**Número de veces que hubo perros de por medio: tres.** (Los perros jugaban con los huesos en los alrededores del castillo de Erzsébet; Tillie mató a un par de pobres perros que ladraban demasiado fuerte; la familia de Kate Bender abandonó a su perrillo durante su huida.)

## PLAYLIST

Mientras escribía este libro me dediqué a escuchar música de forma muy repetitiva. Estos son los diez temas que me parecieron más apropiados.

«Miserere Mei, Deus», de Gregorio Allegri.

«Countess Bathory», de Venom.

«Kill Kill», de Juvenile.

«I Put a Spell on You», de Screamin' Jay Hawkins, pero también las versiones de Nina Simone y Marilyn Manson.

«Kill V. Maim», de Grimes.

«Hey Joe», de Jimi Hendrix.

«Where Did You Sleep Last Night?», en las versiones tanto de Lead Belly como de Nirvana.

«You Want it Darker», de Leonard Cohen.

«Prayers for Rain», de The Cure.

«When I Am Laid in Earth (Dido's Lament)», de Henry Purcell.

## OTRAS LECTURAS

### MÁS SOBRE ESTAS MUJERES

**Acerca de los Ángeles de la Muerte de Nagyrév:** Bodó, Béla: *Tiszazug: A Social History of a Murder Epidemic.*

**Acerca de Anne Marie Hahn:** Franklin, Diana Britt: *The Good-bye Door: The Incredible True Story of the First Female Serial Killer to Die in the Chair.*

**Acerca de Erzsébet Báthory:** Craft, Kimberly L.: *Infamous Lady: The True Story of Countess Erzsébet Báthory.*

**Acerca de Kate Bender (¡uno antiguo!):** Hardy, Allison: *Kate Bender, the Kansas Murderess: The Horrible History of an Arch Killer.*

**Acerca de la marquesa de Brinvilliers y lo que sucedió después de su ejecución:** Somerset, Anne: *The Affair of Poisons: Murder, Infanticide, and Satanism at the Court of Louis XIV.*

**Acerca de Mary Ann Cotton:** Wilson, David: *Mary Ann Cotton: Britain's First Female Serial Killer.*

## DE INTERÉS GENERAL

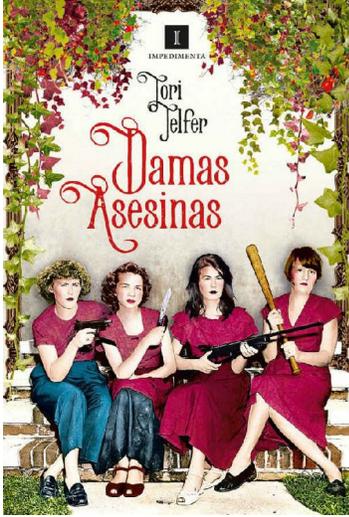
Ronson, Jon: *The Psycopath Test*.

Bade, Patrick: *Femme Fatale: Images of Evil and Fascinating Women*.

Pennington, Jody W. y Packer, Sharon (eds.): *A History of Evil in Popular Culture*.

Seltzer, Mark: *Serial Killers: Death and Life in America's Wound Culture*.

## Damas asesinas



¿Creías que todos los asesinos en serie eran hombres? De hecho, muchos expertos defienden las tesis de que las asesinas en serie no existen. Pero ¿qué hay entonces de la infame condesa Erzsébet Báthory (conocida como «la condesa sangrienta»), de Nannie Doss (la adorable abuelita asesina, apodada «lady Barbazul»), de Mary Ann Cotton (virtuosa del «arsénico sin compasión»), de Darya Nikolayevna Saltykova («la vampiresa rusa»), o de Kate Bender («la bella rebanadora de pescuezos»)? La periodista Tori Telfer ofrece un compendio de catorce grandes asesinas cuyos crímenes estremecieron al mundo. Un sugerente catálogo de mujeres que hicieron del asesinato un arte: horneando ricos pasteles con sorpresa, manejando el cuchillo con habilidad letal o ideando sibilinos venenos a prueba de autopsia.

**Tori Telfer** es escritora y periodista. Sus artículos han aparecido en medios como Rolling Stone, The Believer, The Atlantic y Vice. Ha trabajado como editora en una revista de literatura infantil, como lectora de pruebas, como «negra literaria», como profesora de escritura creativa y como publicista. Actualmente vive en Nueva York con su marido. «Damas asesinas» es su primer libro.

Título original: *Lady Killers. Deadly Women Throughout History*

Edición en ebook: noviembre de 2019

Copyright Tori Telfer, 2017

Copyright de la traducción © Alicia Frieyro, 2019

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

[www.impedimenta.es](http://www.impedimenta.es)

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Ane Zulaika y Sara Terrero

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-48-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Índice

Portada  
Damas asesinas  
La población esquiva  
Damas asesinas  
La Condesa Sangrienta. Erzsébet Báthory  
La Abuelita Risueña. Nannie Doss  
La peor mujer del mundo. Lizzie Halliday  
El diablo en forma de santa. Elizabeth Ridgeway  
Víboras. Raya y Sakina  
La mujer maldita. Mary Ann Cotton  
La torturadora. Darya Nikolayevna Saltykova  
Anna «Témpano de Hielo». Anna Marie Hahn  
El ruiseñor. Oum-El-Hassen  
La alta sacerdotisa de la camarilla de las Barbazul. Tillie Klimek  
La hechicera de Kilkenny. Alice Kyteler  
La bella rebanadora de pescuezos. Kate Bender  
Los «Ángeles de la Muerte» de Nagyrév  
La reina de las envenenadoras. Marie-Madeleine, marquesa de Brinvilliers  
Conclusión  
Agradecimientos  
Notas  
Post Scriptum  
La autora  
El libro  
Otras lecturas  
Sobre este libro  
Sobre Tori Telfer  
Créditos